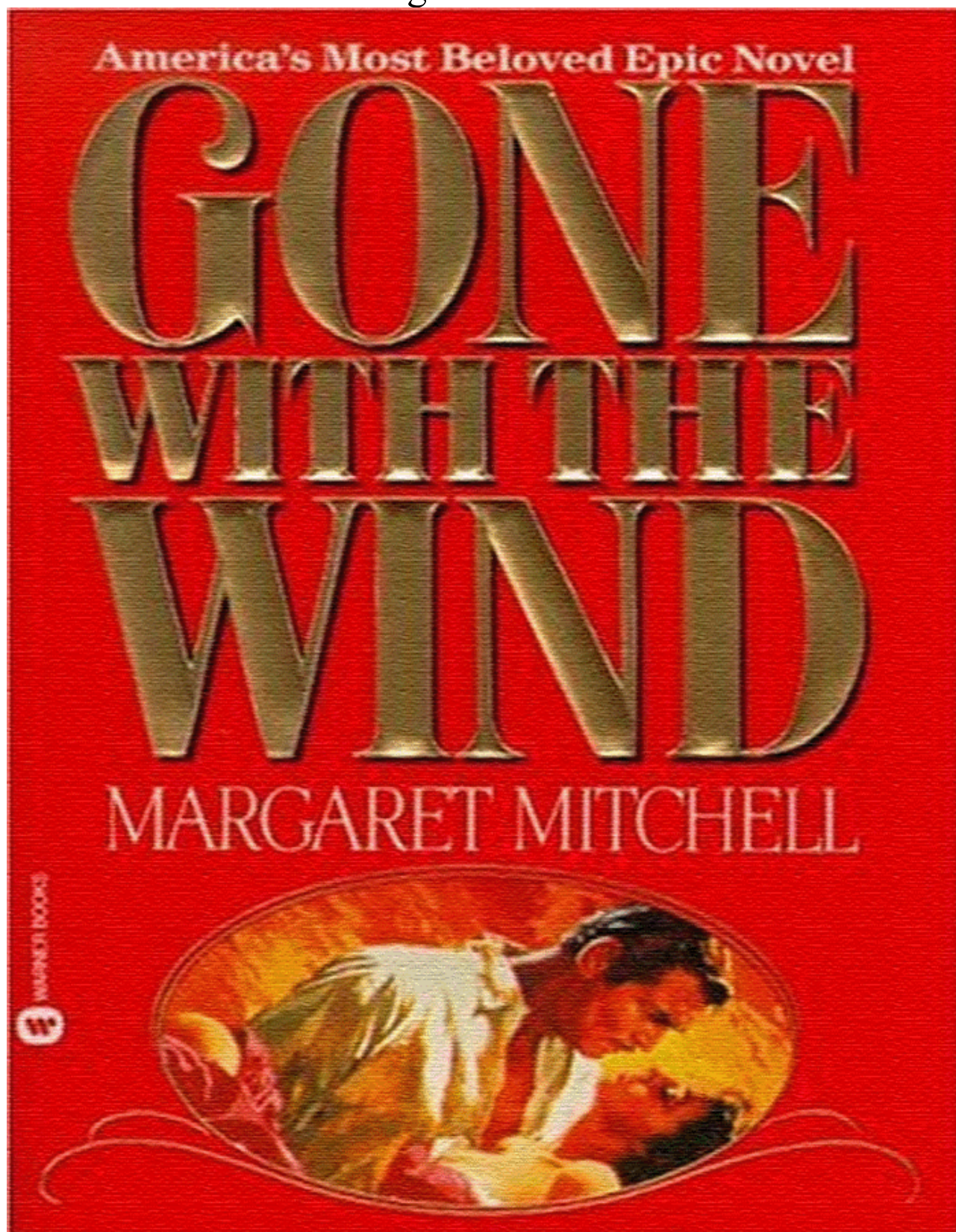


LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ  
Margaret Mitchell



**LIBRO** dot .com

<http://www.librodot.com>

## **PRIMERA PARTE**

### **1**

Scarlett O'Hara no era bella, pero los hombres no solían darse cuenta de ello hasta que se sentían ya cautivos de su embrujo, como les sucedía a los gemelos Tarleton. En su rostro contrastaban acusadamente las delicadas facciones de su madre, una aristócrata de la costa, de familia francesa, con las toscas de su padre, un rozagante irlandés. Pero era el suyo, con todo, un semblante atractivo, de barbilla puntiaguda y de anchos pómulos. Sus ojos eran de un verde pálido, sin mezcla de castaño, sombreados por negras y rígidas pestañas, levemente curvadas en las puntas. Sobre ellos, unas negras y espesas cejas, sesgadas hacia arriba, cortaban con tímida y oblicua línea el blanco magnolia de su cutis, ese cutis tan apreciado por las meridionales y que tan celosamente resguardan del cálido sol de Georgia con sombreros, velos y mitones.

Sentada con Stuart y Brent Tarleton a la fresca sombra del porche de Tara, la plantación de su padre, aquella mañana de abril de 1861, la joven ofrecía una imagen linda y atrayente. Su vestido nuevo de floreado organdí verde extendía como un oleaje sus doce varas de tela sobre los aros del miriñaque y armonizaba perfectamente con las chinelas de tafilete verde que su padre le había traído poco antes de Atlanta. El vestido se ajustaba maravillosamente a su talle, el más esbelto de los tres condados, y el ceñido corsé mostraba un busto muy bien desarrollado para sus dieciséis años. Pero ni el recato de sus extendidas faldas, ni la seriedad con que su cabello estaba suavemente recogido en un moño, ni el gesto apacible de sus blancas manitas que reposaban en el regazo conseguían encubrir su personalidad. Los ojos verdes en la cara de expresión afectadamente dulce eran traviosos, voluntariosos, ansiosos de vida, en franca oposición con su correcto porte. Los modales le habían sido impuestos por las amables amonestaciones y la severa disciplina de su madre; pero los ojos eran completamente suyos. A sus dos lados, los gemelos, recostados cómodamente en sus butacas, reían y charlaban. El sol los hacía parpadear al reflejarse en los cristales de sus gafas, y ellos cruzaban al desgaire sus fuertes, largas y musculosas piernas de jinetes, calzadas con botas hasta la rodilla. De diecinueve años de edad y rozando los dos metros de estatura, de sólida osamenta y fuertes músculos, rostros curtidos por el sol, cabellos de un color rojizo oscuro y ojos alegres y altivos, vestidos con idénticas chaquetas azules y calzones color mostaza, eran tan parecidos como dos balas de algodón.

Fuera, los rayos del sol poniente dibujaban en el patio surcos oblicuos bañando de luz los árboles, que resaltaban cual sólidas masas de blancos capullos sobre el fondo de verde césped. Los caballos de los gemelos estaban amarrados en la carretera; eran animales grandes, jaros como el cabello de sus dueños, y entre sus patas se debatía la nerviosa trailla de enjutos perros de caza que acompañaban a Stuart y a Brent adondequiera que fuesen. Un poco más lejos, como corresponde a un aristócrata, un perro de lujo, de pelaje moteado, esperaba pacientemente tumbado con el hocico entre las patas a que los muchachos volvieran a casa a cenar.

Entre los perros, los caballos y los gemelos hay una relación más profunda que la de su constante camaradería. Todos ellos son animales sanos, irreflexivos y jóvenes; zalameros, garbosos y alegres los muchachos, briosos como los caballos que montan, briosos y arriesgados, pero también de suave temple para aquellos que saben manejarlos.

Aunque nacidos en la cómoda vida de la plantación, atendidos a cuerpo de rey desde su infancia, los rostros de los que están en el porche no son ni débiles ni afeminados. Tienen el vigor y la viveza de la gente del campo que ha pasado toda su vida al raso y se ha preocupado muy poco de las tonterías de los libros. La vida es aún nueva en la Georgia del Norte, condado de Clayton, y un tanto ruda como lo es también en Augusta, Savannah y Charleston. Los de las provincias del Sur, más viejas y sedentarias, miran por encima del hombro a los georgianos de las tierras altas; pero

allí, en Georgia del Norte, no avergonzaba la falta de esas sutilezas de una educación clásica, con tal de que un hombre fuera diestro en las cosas que importaban. Y las cosas que importaban eran cultivar buen algodón, montar bien a caballo, ser buen cazador, bailar con agilidad, cortejar a las damas con elegancia y aguantar la bebida como un caballero. Los gemelos sobresalían en estas habilidades, y eran igualmente obtusos en su notoria incapacidad para aprender cualquier cosa contenida entre las tapas de un libro. Su familia poseía más dinero, más caballos, más esclavos que otra ninguna del condado, pero los muchachos tenían menos retórica que la mayoría de los vecinos más pobres de la región.

Ésta era la razón de que Stuart y Brent estuvieran haraganeando en el porche de Tara en aquella tarde de abril. Acababan de ser expulsados de la Universidad de Georgia (la cuarta universidad que los expulsaba en dos años), y sus dos hermanos mayores, Tom y Boyd, habían vuelto a casa con ellos por haberse negado a permanecer en una institución donde los gemelos no eran bien recibidos. Stuart y Brent, consideraban su última expulsión como una broma deliciosa, y Scarlett, que no había abierto con gusto un libro desde que saliera, un año antes, de la academia femenina de Fayetteville, lo encontraba tan divertido como ellos.

—Ya sé que ni a Tom ni a vosotros dos os importa que os hayan expulsado —dijo—. Pero ¿qué me decís de Boyd? Está decidido a instruirse, y vosotros le habéis hecho salir de las universidades de Virginia, de Alabama y de Carolina del Sur, y ahora de la de Georgia. A ese paso no acabará nunca.

—¡Oh! Puede estudiar leyes en el despacho del juez Parmalee, en Fayetteville —contestó Brent despreocupadamente—. Además, no importa gran cosa. Hubiéramos tenido que volver a casa de todos modos antes de fin de curso. —¿Por qué?

—¡La guerra, tonta! La guerra va a estallar el día menos pensado, y no imaginarás que ninguno de nosotros va a seguir en el colegio mientras dure la guerra, ¿verdad?

—Ya sabéis que no va a haber guerra —replicó Scarlett, enojada—. Nadie habla de otra cosa. Ashley Wilkes y su padre dijeron a papá la semana pasada precisamente que nuestros delegados en Washington llegarían a... a un acuerdo amistoso con el señor Lincoln sobre la Confederación. Y, además, los yanquis nos tienen demasiado miedo para luchar. No habrá guerra alguna, y ya estoy harta de oír hablar de eso.

—¿Que no va a haber guerra? —protestaron con indignación los gemelos, como si se sintieran defraudados—. ¡Claro que habrá guerra, querida! —dijo Stuart—. Los yanquis pueden tenernos mucho miedo; pero, después de ver la forma en que el general Beauregard los arrojó anteayer de Fort Sumter<sup>1</sup>, tendrán que luchar o quedarán ante el mundo entero como unos cobardes. Si la Confederación...

Scarlett hizo un gesto de enfado e impaciencia.

—Si nombráis la guerra una sola vez más, me meto en casa y cierro la puerta. Nunca he estado en mi vida tan harta de una palabra como de ésta de Secesión. Papá habla de guerra mañana, tarde y noche, y todos los señores que vienen a verle se exaltan hablando de Fort Sumter, Estados, derechos y de Abraham Lincoln, hasta que me ponen tan nerviosa que de buena gana me echaría a llorar. Ese es también el tema de conversación de los muchachos que no saben hablar de otra cosa; de eso y de su Milicia. No ha habido diversiones esta primavera porque los chicos no saben hablar de otra cosa. Me alegro infinito de que Georgia esperase a que pasaran las Navidades para separarse, pues de lo contrario nos hubiera estropeado las reuniones de Pascuas. Si volvéis a decir una palabra de la guerra, me meto en casa.

Y lo pensaba como lo decía, porque no le era posible soportar mucho rato una conversación de la que ella no fuese el tema principal. Pero sonreía al hablar y, con estudiado gesto, hacía más señalados los hoyuelos de sus mejillas, y agitaba sus negras y afiladas pestañas tan rápidamente

---

<sup>1</sup> El fuerte Sumter, levantado en la bahía de Charleston, fue escenario de uno de los primeros choques militares que enfrentaron a los yanquis con los sudistas, antes de que se declarase la guerra. (*N. de los T.*)

como sus alas las mariposas. Los muchachos estaban entusiasmados, como ella quería que estuviesen, y se apresuraron a disculparse por haberla disgustado. No encontraban mal su falta de interés. Parecíales mejor, por el contrario. La guerra es asunto de hombres, no de señoras, y ellos consideraban aquella actitud como prueba de la feminidad de Scarlett.

Habiendo maniobrado de este modo para sacarles del árido tema de la guerra, volvió con interés al de su situación actual.

—¿Qué ha dicho vuestra madre al saber que os han expulsado otra vez?

Los muchachos parecieron sentirse desasosegados recordando la actitud de su madre cuando, tres meses antes, habían vuelto a casa, expulsados de la Universidad de Virginia.

—Pues mira, no ha tenido aún ocasión de decir nada. Tom y nosotros dos hemos salido temprano de casa, esta mañana, antes de que se levantase. Tom se ha quedado en casa de los Fontaine, mientras nosotros veníamos aquí.

—¿No dijo nada anoche cuando llegasteis?

—Anoche estuvimos de suerte. Precisamente cuando nosotros llegamos acababan de llevarle el nuevo caballo garañón que mamá compró en Kentucky el mes pasado, y toda la casa estaba revuelta. ¡Qué animal tan robusto! Es un gran caballo, Scarlett; tienes que decir a tu padre que vaya a verlo en seguida. Ya ha mordido al mozo que lo trajo y ha coceado a dos de los negros de mamá que fueron a buscarlo al tren en Jonesboro. Y un momento antes de llegar nosotros a casa había destrozado a patadas el establo y dejado medio muerto a Fresa, el viejo garañón de mamá. Cuando llegamos, mamá estaba en el establo, calmándolo con un saquito de azúcar; y lo hacía a las mil maravillas. Los negros estaban tan espantados que temblaban, encaramados a las vigas; pero mamá hablaba al caballo como si se tratara de una persona; y el animal comía en su mano. No hay nadie como mamá para entender a un caballo. Y cuando nos vio nos dijo: «¡En nombre del cielo! ¿Qué hacéis otra vez en casa? ¡Sois peores que las plagas de Egipto!» Y entonces el caballo empezó a relinchar y a encabritarse, y mamá dijo: «¡Largo de aquí! ¿No veis que el pobre animal está nervioso? Ya me ocuparé de vosotros cuatro mañana por la mañana.» Entonces nos fuimos a la cama, y esta mañana nos marchamos antes de que nos pudiera pescar, dejando a Boyd para que se las entendiese con ella.

—¿Creéis que pegará a Boyd?

Scarlett, como el resto del condado, no podía acostumbrarse a la manera como la menuda señora Tarleton trataba a sus hijos, ya crecidos, y les cruzaba la espalda con la fusta cuando el caso lo requería. Beatrice Tarleton era una mujer muy activa, que regentaba por sí misma no sólo una extensa plantación de algodón, un centenar de negros y ocho hijos, sino también la más importante hacienda de cría caballar del condado. Tenía mucho carácter y a menudo se incomodaba por las frecuentes trastadas de sus cuatro hijos; y, mientras a nadie le permitía pegar a un caballo, ella pensaba que una paliza de vez en cuando no podía hacer ningún daño a los muchachos.

—Claro que no le pegará. A Boyd no le pega nunca, primero porque es el mayor y luego por ser el más menudo de la carnada —dijo Stuart, que estaba orgulloso de su casi metro noventa—. Por eso le hemos dejado en casa, para que explique las cosas a mamá. ¡Dios mío, mamá no tendrá más remedio que pegarnos! Nosotros tenemos ya diecinueve años y Tom veintiuno, y nos trata como si tuviéramos seis.

—¿Montará tu madre el caballo nuevo para ir mañana a la barbacoa de los Wilkes?

—Eso quería, pero papá dice que es demasiado peligroso. Y, además, las chicas no quieren dejarla. Dicen que van a procurar que vaya a esa fiesta por lo menos en su coche, como una señora.

—Espero que no llueva mañana —dijo Scarlett—. No hay nada peor que una barbacoa que se convierte en un picnic bajo techado. —No, mañana hará un día espléndido y tan caluroso como si fuera de junio. Mira qué puesta de sol. No la he visto nunca tan rojiza. Siempre se puede predecir el tiempo por las puestas de sol.

Miraron a lo lejos hacia el rojo horizonte por encima de las interminables hectáreas de los recién arados campos de algodón de Gerald O'Hara. Ahora, al ponerse el sol entre oleadas carmesíes detrás de las colinas, más allá del río Flint, el calor de aquel día abriero parecía expirar con balsámico escalofrío. La primavera había llegado pronto aquel año con sus furiosos chaparrones y con el repentino florecer de los melocotoneros y de los almendros que salpicaba de estrellas el oscuro pantano y las colinas lejanas. Ya la labranza estaba casi terminada, y el sangriendo resplandor del ocaso teñía los surcos recién abiertos en la roja arcilla de Georgia de tonalidades aún más bermejas. La húmeda tierra hambrienta que esperaba, arada, las simientes de algodón, mostraba tintes rosados, bermellón y escarlata en los lomos de los arenosos surcos, y siena allí donde las sombras caían a lo largo de las zanjas. La encalada mansión de ladrillo parecía una isla asentada en un mar rojo chillón, un mar cuyo oleaje ondulante, creciente, se hubiera petrificado de pronto, cuando las rosadas crestas de sus ondas iban a romperse. Porque allí no había surcos rectos y largos, como los que pueden verse en los campos de arcilla amarillenta de la llana Georgia central o en la oscura y fértil tierra de las plantaciones costeras. El campo que se extendía en pendiente al pie de las colinas del norte de Georgia estaba arado en un millón de curvas para evitar que la rica tierra se deslizase en las profundidades del río.

Era una tierra de tonalidades rojas, color sangre después de las lluvias y color polvo de ladrillo en las sequías; la mejor tierra del mundo para el cultivo del algodón. Era un país agradable, de casas blancas, apacibles sembrados y perezosos ríos amarillos; pero una tierra de contrastes, con el sol más radiantemente deslumbrador y las más densas umbrías. Los claros de la plantación y los kilómetros de campos de algodón sonreían al sol cálido, sereno, complaciente. A sus lados se extendían los bosques vírgenes, oscuros y fríos aun en las tardes más sofocantes; misteriosos, un tanto siniestros, los rumorosos pinos parecían esperar con paciencia secular, para amenazar con suaves suspiros: «¡Cuidado! ¡Cuidado! Fuisteis nuestros en otro tiempo. Podemos arrebatáros otra vez.»

A los oídos de las tres personas que estaban en el porche llegaba el ruido de los cascotes de las caballerías, el tintineo de las cadenas de los arneses, las agudas y despreocupadas carcajadas de los negros, mientras braceros y muías regresaban de los campos. De dentro de la casa llegaba la suave voz de la madre de Scarlett, Ellen O'Hara, llamando a la negrita que llevaba el cestillo de sus llaves. La voz atiplada de la niña contestó: «Sí, señora», y se oyeron las pisadas que salían de la casa dirigiéndose por el camino de detrás hacia el ahumadero, donde Ellen repartiría la comida a los trabajadores que regresaban. Se oía el chocar de la porcelana y el tintineo de la plata anunciando que Pork, el mayordomo de Tara, ponía la mesa para la cena.

Al oír estos últimos sonidos, los gemelos se dieron cuenta de que era ya hora de regresar a casa. Pero tenían miedo de enfrentarse con su madre y remoloneaban en el porche de Tara, con la momentánea esperanza de que Scarlett los invitara a cenar.

—Oye, Scarlett. A propósito de mañana —dijo Brent—, el que hayamos estado fuera y no supiéramos nada de la barbacoa y del baile no es razón para que no nos hartemos de bailar mañana por la noche. No tendrás comprometidos todos los bailes, ¿verdad?

—¡Claro que sí! ¿Cómo iba yo a saber que estabais en casa? No podía exponerme a estar de plantón sólo por esperaros a vosotros. —¿Tú de plantón? Y los muchachos rieron a carcajadas.

—Mira, encanto. Vas a concedernos a mí el primer vals y a Stu el último, y cenarás con nosotros. Nos sentaremos en el rellano de la escalera, como hicimos en el último baile, y llevaremos a mamita Jincy para que te eche otra vez la buenaventura.

—No me gustan las buenaventuras de mamita Jincy. Ya sabes que me dijo que iba a casarme con un hombre de pelo y bigotazos negros; y no me gustan los hombres morenos.

—Te gustan con el pelo rojo, ¿verdad, encanto? —dijo Brent haciendo una mueca—. Bueno, anda; prométenos todos los valsés y que cenarás con nosotros.

—Si lo prometes te diremos un secreto —dijo Stuart.

—¿Cuál? —exclamó Scarlett, curiosa como una chiquilla ante aquella palabra.

—¿Es lo que oímos ayer en Atlanta, Stu? Si es eso, ya sabes que prometimos no decirlo.

—Bueno, la señorita Pitty nos dijo...

—¿La señorita qué?

—Ya sabes; la prima de Ashley Wilkes, que vive en Atlanta. La señorita Pittypat Hamilton, la tía de Charles y de Melanie Hamilton.

—Sí, ya sé; y la vieja más tonta que he visto en toda mi vida.

—Bueno, pues cuando estábamos ayer en Atlanta, esperando el tren para venir a casa, llegó en su coche a la estación, se paró y estuvo hablando con nosotros; y nos dijo que mañana por la noche, en el baile de los Wilkes, iba a anunciarse oficialmente una boda.

—¡Ah! Ya estoy enterada —exclamó Scarlett con desilusión—. Charles Hamilton, el tonto de su sobrino, con Honey Wilkes. Todo el mundo sabe hace años que acabarán por casarse alguna vez, aunque él parece tomarlo con indiferencia.

—¿Le tienes por tonto? —preguntó Brent—. Pues las últimas Navidades bien dejabas que mosconeara a tu alrededor.

—No podía impedirlo —dijo Scarlett, encogiéndose de hombros con desdén—. Pero me resulta un moscón aburrido.

—Además, no es su boda la que se va a anunciar —dijo Stuart triunfante—. Es la de Ashley con Melanie, la hermana de Charles.

El rostro de Scarlett no se alteró, pero sus labios se pusieron pálidos como los de la persona que recibe, sin previo aviso, un golpe que la aturde, y que en el primer momento del choque no se da cuenta de lo que le ha ocurrido. Tan tranquila era su expresión mientras miraba fijamente a Stuart, que éste, nada psicólogo, dio por supuesto que estaba simplemente sorprendida y muy interesada.

—La señorita Pitty nos dijo que no pensaban anunciarlo hasta el año que viene, porque Melanie no está muy bien de salud; pero que con estos rumores de guerra las dos familias creyeron preferible que se casaran pronto. Por eso lo harán público mañana por la noche, en el intermedio de la cena. Y ahora, Scarlett, ya te hemos dicho el secreto. Así que tienes que prometernos que cenarás con nosotros.

—Desde luego —dijo Scarlett como una autómatas.

—¿Y todos los vales?

—Todos.

—¡Eres encantadora! Apuesto a que los demás chicos van a volverse locos de rabia.

—Déjalos que se vuelvan locos. ¡Qué le vamos a hacer! Mira, Scarlett, siéntate con nosotros en la barbacoa de la mañana.

—¿Cómo?

Stuart repitió la petición.

—Desde luego.

Los gemelos se miraron entusiasmados, pero algo sorprendidos. Aunque se consideraban los pretendientes preferidos de Scarlett, nunca hasta aquel momento habían logrado tan fácilmente testimonios de su preferencia. Por regla general les hacía pedir y suplicar, mientras los desesperaba negándoles un sí o un no; riendo si se ponían ceñudos, mostrando frialdad si se enfadaban. Y ahora les había prometido el día siguiente casi entero: sentarse a su lado en la barbacoa, todos los vales (¡y ya se las arreglarían ellos para que todas las piezas fueran vales!), y cenar con ellos en el intermedio. Sólo por esto valía la pena ser expulsados de la universidad.

Henchidos de renovado entusiasmo con su éxito, continuaron remoloneando, hablando de la barbacoa y del baile, de Ashley Wilkes y Melanie Hamilton, interrumpiéndose uno a otro, diciendo

chistes y riéndoselos, y lanzando indirectas clarísimas para que los invitaran a cenar. Pasó algún tiempo antes de que notaran que Scarlett tenía muy poco que decir. Algo había cambiado en el ambiente, algo que los gemelos no sabían qué era. Pero la tarde había perdido su bella alegría. Scarlett parecía prestar poca atención a lo que ellos decían, aunque sus respuestas fuesen correctas. Notando algo que no podían comprender, extrañados y molestos por ello, los gemelos lucharon aún durante un rato y se levantaron por fin de mala gana consultando sus relojes.

El sol estaba bajo, sobre los campos recién arados, y recortaba al otro lado del río las negras siluetas de los bosques. Las golondrinas hogareñas cruzaban veloces a través del patio, y polluelos, patos y pavos se contoneaban, rezagándose de vuelta de los campos.

Stuart bramó: «Jeems!» Y, tras un intervalo, un negro alto y de su misma edad corrió jadeante alrededor de la casa y se dirigió hacia donde estaban trabados los caballos. Jeems era el criado personal de los gemelos y, lo mismo que los perros, los acompañaba a todas partes. Compañero de juegos de su infancia, había sido regalado a los gemelos cuando cumplieron los diez años. Al verle, los perros de los Tarleton se levantaron del rojo polvo y permanecieron a la expectativa, aguardando a sus amos. Los muchachos se inclinaron estrechando la mano de Scarlett, y le dijeron que por la mañana temprano la esperarían en casa de los Wilkes. Salieron en seguida a la carretera, montaron en sus caballos y, seguidos de Jeems, bajaron al galope la avenida de cedros, agitando los sombreros y gritándole adiós.

Cuando hubieron doblado el recodo del polvoriento camino que los ocultaba de Tara, Brent detuvo su caballo en un bosquecillo de espinos. Stuart se paró también, mientras el criado negro retrocedía, distanciándose de ellos unos pasos. Los caballos, al sentir las bridas flojas, alargaron el cuello para pacer la tierna hierba primaveral y los pacientes perros se tumbaron de nuevo en el suave polvo rojo, mirando con ansia las golondrinas que revoloteaban en la creciente oscuridad. El ancho e ingenuo rostro de Brent estaba perplejo y demostraba una leve contrariedad.

—Oye —dijo—. ¿No te parece que debía habernos convidado a cenar?

—Eso creo —respondió Stuart—, y estaba esperando que lo hiciese pero no lo ha hecho. ¿Qué te ha parecido?

—No me ha parecido nada, pero creo que debía habernos invitado. Después de todo es el primer día que estamos en casa, no nos había visto casi ni un minuto, y teníamos un verdadero montón de cosas que decirle.

—A mí me ha hecho el efecto de que estaba contentísima de vernos cuando llegamos.

—Y a mí también.

—Y de repente, al cabo de media hora, se ha quedado casi ensimismada, como si le doliera la cabeza.

—Yo me he dado cuenta, pero no me he preocupado de momento. ¿Qué crees que le dolería?

—No sé. ¿Habremos dicho algo que la disgustase?

Ambos pensaron durante un momento.

—No se me ocurre nada. Además, cuando Scarlett se enfada, todo el mundo se entera; no se domina como hacen otras chicas.

—Sí, precisamente eso es lo que me gusta de ella. No se molesta en aparentar frialdad y desapego cuando está enfadada, y dice lo que se le ocurre. Pero ha sido algo que hemos hecho o dicho lo que ha provocado su mudez y su aspecto de enferma. Yo juraría que le alegró vernos cuando llegamos y que tenía intención de convidarnos a cenar. ¿No habrá sido por nuestra expulsión?

—¡Qué diablos! No seas tonto. Se rió como si tal cosa cuando se lo dijimos. Y, además, Scarlett no concede a los libros más importancia que nosotros.

Brent se volvió en la silla y llamó al criado negro.

—Jeems!

—¿Señor?

—¿Has oído lo que hemos estado hablando con la señorita Scarlett?

—¡Por Dios, señorito Brent...! ¿Cómo puede usted creer? ¡Dios mío, estar espiando a las personas blancas!

—¡Espiendo, por Dios! Vosotros, los negros, sabéis todo lo que ocurre. Vamos, mentiroso, te he visto con mis propios ojos rondar por la esquina del porche y esconderte detrás del jazminero del muro. Vaya, ¿nos has oído decir algo que pueda haber disgustado a la señorita Scarlett o herido sus sentimientos?

Así interrogado, Jeems no llevó más lejos su pretensión de no haber escuchado la charla, y frunció el oscuro ceño.

—No, señor; yo no me di cuenta de que dijeran ustedes nada que le disgustase. Me pareció que estaba muy contenta de verlos y que los había echado mucho de menos; gorjeaba alegre como un pájaro, hasta el momento en que empezaron ustedes a contarle lo de que el señorito Ashley y la señorita Melanie Hamilton se iban a casar. Entonces se quedó callada como un pájaro cuando va el halcón a echarse sobre él.

Los gemelos se miraron moviendo la cabeza, perplejos.

—Jeems tiene razón. Pero no veo el motivo —dijo Stuart—. ¡Dios mío! Ashley no le importa absolutamente nada, no es más que un amigo para ella. No está enamorada de él. En cambio, nosotros la tenemos loca.

Brent movió la cabeza asintiendo.

—¿Pero no crees —dijo— que quizá Ashley no le haya dicho a Scarlett que iba a anunciar su boda mañana por la noche y que Scarlett se ha disgustado por no habérselo comunicado a ella, una antigua amiga, antes que a nadie? Las muchachas dan mucha importancia a eso de ser las primeras en enterarse de semejantes cosas.

—Bueno, puede ser. Pero ¿qué tiene que ver que no le dijera que iba a ser mañana? Se supone que era un secreto, una sorpresa, y un hombre tiene derecho a mantener secreta su palabra de casamiento, ¿no es así? Nosotros no nos hubiéramos enterado si no se le escapa a la tía de Melanie. Pero Scarlett debía saber que él había de casarse algún día con Melanie. Nosotros lo sabemos hace años. Los Wilkes y los Hamilton se casan siempre entre primos. Todo el mundo estaba enterado de que seguramente se casarían, exactamente igual que Honey Wilkes se va a casar con Charles, el hermano de Melanie.

—Bueno, vamos a dejarlo. Pero siento que no nos convidara a cenar. Te juro que no tengo ninguna gana de oír a mamá tomarla con nuestra expulsión. No es como si fuera la primera vez.

—Tal vez Boyd la haya suavizado a estas horas. Ya sabes que es un hábil parlanchín ese gorgojo. Y sabes también que consigue siempre aplacarla.

—Sí, puede hacerlo, pero necesita tiempo. Tiene que empezar con rodeos hasta que pone a mamá tan nerviosa que se da por vencida y le pide que reserve su voz para la práctica del Derecho. No habrá tenido tiempo, sin embargo, de llevar las cosas a buen fin. Mira, te apuesto lo que quieras a que mamá está tan excitada aún con lo de su caballo nuevo que ni se dará cuenta de que estamos otra vez en casa hasta que se siente a cenar esta noche y vea a Boyd. Y antes de que termine la comida se habrá ido acalorando y poniendo furiosa. Y habrán dado las diez sin que Boyd haya conseguido tomar la palabra para decirle que no hubiera resultado digno en ninguno de nosotros continuar en el colegio después de habernos hablado el rector como nos habló a ti y a mí. Y será más de medianoche antes de que haya él conseguido darle la vuelta en tal forma que esté tan indignada con el rector que le pregunte a Boyd por qué no le pegó un tiro. No, decididamente, no podemos ir a casa hasta pasada medianoche. Es algo completamente imposible.

Los gemelos se miraron malhumorados. No tenían ningún miedo ni a los caballos salvajes ni a los peligros de la caza ni a la indignación de sus vecinos; pero les infundían un saludable pánico las clarísimas advertencias de su pelirroja madre y la fusta con la cual no tenía reparo en castigarles.



—Bueno, mira —dijo Brent—, vamos a casa de los Wilkes. Las chicas y Ashley se sentirán encantados de que cenemos allí.

Stuart pareció un poco molesto.

—No, no vayamos allí. Estarán muy ocupados preparándolo todo para la barbacoa de mañana, y además...

—¡Oh! Me había olvidado de eso —replicó Brent rápido—. No iremos, no.

Pusieron los caballos al paso y marcharon un rato en silencio, Stuart con las morenas mejillas encendidas de sonrojo. Hasta el verano anterior había él cortejado a India Wilkes, con la aprobación de ambas familias y del condado entero. El condado pensaba que tal vez la fría y comedida India Wilkes tendría sobre él una influencia sedante. Por lo menos, eso esperaban todos fervientemente. Y Stuart hubiera seguido adelante, pero Brent no estaba satisfecho. Brent le tenía afecto a India pero la encontraba muy fea y apocada y no hubiera podido enamorarse de ella sólo por hacerle compañía a Stuart. Era la primera vez que los intereses de los gemelos no estaban acordes, y Brent se sintió agraviado por las atenciones que su hermano prodigaba a una muchacha que a él no le parecía nada extraordinaria.

Entonces, el verano anterior, en un discurso político que tuvo lugar en un robledal de Jonesboro, a los dos les llamó la atención Scarlett O'Hara. La conocían desde hacía años; en su infancia había sido su compañera favorita de juegos porque sabía montar a caballo y trepar a los árboles casi tan bien como ellos. Pero ahora, ante su gran asombro, vieron que se había convertido en una bella joven, la más encantadora del mundo entero.

Se dieron cuenta por primera vez de la movilidad de sus verdes ojos, de lo profundos que resultaban los hoyuelos de sus mejillas cuando reía, de lo diminutos que eran sus manos y sus pies y de lo esbelto que era su talle. Las ingeniosas salidas de los gemelos la hacían prorrumpir en sonoras carcajadas, y, poseídos del convencimiento de que los consideraba una pareja notable, ellos se superaron realmente.

Fue aquél un día memorable en la vida de los gemelos. Desde entonces, cuando hablaban de ello, se asombraban de que no se hubieran dado cuenta antes de los encantos de Scarlett. Nunca lograban dar con la exacta respuesta, y era ésta: que Scarlett decidió aquel día conseguir que se diesen cuenta de sus referidos encantos. Era incapaz por naturaleza de soportar que ningún hombre estuviera enamorado de otra mujer que no fuese ella, y simplemente el ver a Stuart y a India Wilkes durante el discurso fue demasiado para su temperamento de predadora. No contenta con Stuart, echó también las redes a Brent, y ello con una habilidad que los dominó a los dos.

Ahora, ambos estaban enamorados de ella. India Wilkes y Letty Munroe, de Lovejoy, a quienes Brent había estado medio cortejando, se encontraban muy lejos de sus mentes. Qué haría el vencido, si Scarlett daba el sí a uno de los dos, era cosa que los gemelos no se preguntaban. Ya se preocuparían de ello cuando llegase la hora. Por el momento, se sentían muy satisfechos de estar otra vez de acuerdo acerca de una muchacha, pues no existía envidia entre ellos. Era una situación que interesaba a los vecinos y disgustaba a su madre, a quien no le era simpática Scarlett.

—Os vais a lucir si esa buena pieza se decide por uno de vosotros —observaba ella—. O tal vez os diga que sí a los dos, y entonces tendríais que trasladaros a Utah, si es que los mormones os admiten, lo cual dudo mucho... Lo que más me molesta es que cualquier día os vais a pegar, celosos el uno del otro, por culpa de esa cínica pécora de ojos verdes, y os vais a matar. Aunque tal vez no fuese una mala idea, después de todo.

Desde el día del discurso, Stuart se había encontrado a disgusto en presencia de India. No era que ésta le reprochase ni le indicara siquiera con miradas o gestos que se había dado cuenta de su brusco cambio de afectos. Era demasiado señora. Pero Stuart se sentía culpable y molesto ante ella. Comprendió que se había hecho querer y sabía que India le quería aún; y sentía, en el fondo del corazón, que no se había portado como un caballero. Ella le seguía gustando muchísimo por su frío dominio sobre sí misma, por su cultura y por todas las auténticas cualidades que poseía. Pero,

¡demonio!, era tan incolora y tan poco interesante, tan monótona en comparación con el luminoso y variado atractivo de Scarlett. Con India siempre sabía uno a qué atenerse, mientras que con Scarlett no se tenía nunca la menor idea. No basta con saber entretener a un hombre, pero ello tiene su encanto.

—Bueno, vamos a casa de Cade Calvert y cenaremos allí. Scarlett dijo que Cathleen había vuelto de Charleston. Tal vez tenga noticias de Fort Sumter que nosotros no conozcamos.

—¿Cathleen? Te apuesto doble contra sencillo a que ni siquiera sabe que el fuerte está en el muelle, y mucho menos que estaba lleno de yanquis hasta que fueron arrojados de allí. Esa no sabe nada más que los bailes a que asiste y los pretendientes que selecciona.

—Bueno, pero es divertido oírla charlar. Y es un sitio donde esconderse hasta que mamá se vaya a la cama.

—¡Qué diablo! Me gusta Cathleen; es entretenida, y me alegrará saber de Caro Rhett y del resto de la gente de Charleston; pero que me condenen si soy capaz de aguantar otra comida sentado al lado de la yanqui de su madrastra.

—No seas demasiado duro con ella, Stuart. Tiene buena intención. —No soy duro con ella. Me inspira muchísima lástima, pero no me gusta la gente que me inspira compasión. Y se agita tanto de un lado para otro procurando hacer las cosas bien y darte la sensación de que estás en tu casa, que siempre se las arregla para decir y hacer precisamente lo peor. ¡Me pone nervioso! Y cree que los del Sur somos unos bárbaros feroces. Siempre se lo está diciendo a mamá. La tienen asustada los del Sur. Siempre que estamos con ella parece muerta de miedo. Me hace pensar en una gallina esquelética encaramada en una silla, con los ojos en blanco, brillantes y espantados, dispuesta a agitar las alas y a cacarear al menor movimiento que se haga.

—Bueno, no debes censurarla. Le disparaste un tiro a la pierna a Cade. —Sí, pero estaba bebido; si no, no lo hubiera hecho —dijo Stuart—. Y Cade no me ha guardado nunca rencor, ni Cathleen, ni Raiford, ni el señor Calvert. La única que chilló fue esa madrastra yanqui, diciendo que yo era un bárbaro feroz y que las personas decentes no estaban seguras entre los meridionales incultos.

—No puedes echárselo en cara. Es una yanqui y no tiene muy buenos modales; y, al fin y al cabo, le habías soltado un balazo a Cade, y Cade es su hijastro.

—¡Qué diablo! Eso no es disculpa para insultarme. Tú eres de la misma sangre de mamá y ¿se puso mamá así aquella vez que Tony Fontaine te largó a ti un tiro en la pierna? No, se limitó a llamar al viejo doctor Fontaine para que vendase la herida, y le preguntó al médico por qué había errado el blanco Tony. Dijo que preveía que la falta de entrenamiento iba a echar a perder la buena puntería. Acuérdate cómo le indignó esto a Tony.

Los dos muchachos prorrumpieron en carcajadas.

—¡Mamá es admirable! —dijo Brent, con cariñosa aprobación—. Siempre puedes contar con que ella hará lo más indicado y estar seguro de que no te pondrá en un apuro delante de la gente.

—Sí, pero estará dispuesta a ponernos en un apuro delante de papá y de las chicas, cuando lleguemos a casa esta noche —dijo Stuart con mal humor—. Mira, Brent, eso me hace presentir que ya no iremos a Europa. Ya sabes que mamá dijo que si nos expulsaban de otro colegio nos quedaríamos sin nuestro viaje alrededor del mundo.

—Bueno, ¿y qué? Nos tiene sin cuidado, ¿no es verdad? ¿Qué hay que ver en Europa? Apostaría a que esos extranjeros no nos iban a enseñar nada que no tengamos aquí en Georgia. Jugaría que sus caballos no son tan rápidos ni sus muchachas tan bonitas. Y estoy completamente seguro de que ellos no tienen un whisky de centeno que pueda compararse con el que hace papá.

—Ashley Wilkes dice que no hay quien los iguale en decoraciones de teatro y en música. A Ashley le gusta mucho Europa; siempre está hablando de ella.

—Sí, ya sabes cómo son los Wilkes. Tienen la manía de la música, de los libros y del teatro. Mamá dice que es porque su abuelo vino de Virginia y que la gente de allá es muy aficionada a esas cosas.

—Buen provecho les haga. A mí dame un buen caballo que montar, un buen vino que beber, una buena muchacha que cortejar y una mala para divertirme, y que se queden ellos con su Europa. ¿Qué nos importa perder el viaje? Suponte que estuviéramos en Europa, ahora que va a estallar aquí la guerra. No podríamos volver a tiempo. Me interesa mucho más ir a la guerra que ir a Europa.

—Lo mismo me pasa a mí. Algún día... Mira, Brent, ya sé adonde podemos ir a cenar. Crucemos el pantano en dirección a la hacienda de Able Wynder. Le diremos que estamos otra vez los cuatro en casa dispuestos a hacer la instrucción.

—Es una buena idea —exclamó Brent, entusiasmado—. Y nos enteramos de las noticias del Ejército y del color que han adoptado al fin para los uniformes.

—Si es el de zuavo, prefiero cualquier cosa a alistarme con ellos. Me iba a sentir como un monigote con esos pantalones bombachos encarnados. Esos calzones de franela roja me parecen de señorita.

—¿Piensan ir a la hacienda del señor Wynder? Si van, no cenarán muy bien —dijo Teems—. Se les murió la cocinera y no han comprado otra. Han puesto a guisar a una de las trabajadoras del campo, y me han dicho los negros que es la peor cocinera del Estado.

—¡Dios mío! ¿Por qué no compran otra?

—¿Cómo van a poder esos blancos pobretones comprar ningún negro? No han tenido nunca más de cuatro.

Había franco desprecio en la voz de Jeems. Su propia categoría social estaba asegurada porque los Tarleton poseían un centenar de negros, y, como todos los esclavos de los grandes hacendados, despreciaban a los modestos labradores que no podían tener tantos.

—¡Te voy a hacer azotar por decir eso! —exclamó Stuart con orgullo—. No vuelvas a llamar a Able Wynder blanco pobretón. Verdad es que es pobre, pero no es un cualquiera: que me condene si hay alguien, blanco o negro, que pueda compararse con él. No hay hombre mejor que él en todo el condado. Y, si no, ¿cómo iba a haberle elegido teniente la Milicia?

—Nunca lo hubiera creído, mi amo —replicó Jeems, impertérrito después de la riña de su señor—. Yo creí que elegirían a los oficiales entre la gente rica y nunca a esos pobretones de los pantanos.

—No es un pobretón. ¿Cómo se te ocurre compararle con gente como los Slattery? Ésos sí que son unos blancos pobretones. Able no es rico, sencillamente. Es un modesto hacendado, no un gran terrateniente, y puesto que los muchachos le consideran con suficiente talla para nombrarle teniente, no tiene por qué hablar de él descaradamente un negro cualquiera. La Milicia sabe lo que hace.

La milicia de caballería había sido organizada tres meses antes, el mismo día que Georgia se separó de la Unión, y desde entonces los reclutas se venían preparando para la guerra. El batallón carecía de nombre aún, aunque no por falta de sugerencias. Todos tenían su idea sobre el asunto y no se sentían dispuestos a abandonarla, de igual modo que todos tenían su idea sobre el color y el corte de los uniformes. «Los gatos monteses de Clayton», «Los devoradores de fuego», «Los húsares de Georgia del Norte», «Los zuavos», «Los rifles del interior» (aunque la Milicia iba a ser equipada con pistolas, sables y cuchillos de monte, y no con rifles), «Los Clayton grises», «Los rayos y truenos», «Los rudos y preparados», y otros muchos por el estilo. Mientras se decidía este asunto, todo el mundo, al referirse a la organización, la llamaba la «Milicia», y, a pesar del muy sonoro nombre que fue adoptado finalmente, toda la vida se la conoció por la «Milicia».

Los oficiales eran elegidos entre los propios miembros, porque nadie en el condado tenía la menor experiencia militar, excepto algunos veteranos de las guerras de México y la de los

Seminólas<sup>2</sup>, y además la Milicia hubiera rechazado como jefe a un veterano si no le hubiera querido y apreciado personalmente. Todo el mundo quería a los cuatro chicos Tarleton y a los tres Fontaine; pero, sintiéndolo mucho, se negaron a elegirlos porque los primeros se excitaban fácilmente con la bebida y eran demasiado aficionados a la jarana, y, en cuanto a los Fontaine, tenían un temperamento demasiado vivo y sanguinario. Fue elegido capitán Ashley Wilkes, porque era el mejor jinete del condado y porque se confiaba en su carácter frío para mantener cierta apariencia de orden. Fue nombrado primer teniente Raiford Calvert, porque todo el mundo quería a Raif, y Able Wynder, el hijo de un trampero del pantano y a su vez modesto hacendado, fue elegido segundo teniente.

Able era un gigante astuto y serio, inculto, de buen corazón, de más edad que los otros muchachos y de tan buenos o mejores modales que ellos con las señoras. No había muchos en la Milicia que pudieran presumir de aristócratas. Los padres y abuelos de muchos de ellos habían alcanzado la fortuna desde la clase de modestos granjeros. Además, Able era la mejor escopeta de la Milicia, un magnífico tirador capaz de vaciar un ojo a una ardilla a una distancia de setenta metros; y sabía mucho de la vida al aire libre: encender fuego bajo la lluvia, rastrear animales y encontrar agua. La Milicia se inclinaba ante el verdadero mérito, y, como además de todo esto le querían, eligieronle oficial. Recibió el honor gravemente y sin engreírse, como si le fuera debido. Pero las señoras de los grandes hacendados y los esclavos de los mismos no podían soportar el hecho de que no hubiera nacido noble, aunque a esto no le concediesen importancia los hombres.

Al principio, la Milicia había sido reclutada tan sólo entre los hijos de los hacendados y la gente acomodada, teniendo que aportar cada uno su caballo, armas, equipo, uniforme y asistente. Pero los ricos hacendados eran pocos en el nuevo condado de Clayton, y para poder reunir una milicia poderosa había sido necesario alistar más reclutas entre los hijos de los modestos granjeros, cazadores, tramperos, canteros y, en casos excepcionales, hasta entre los blancos pobres, si estaban por encima del nivel medio de los de su clase.

Estos últimos jóvenes se sentían tan deseosos de luchar contra los yanquis como sus vecinos ricos; pero se planteó la delicada cuestión del dinero. Pocos son los pequeños labradores que tienen caballos. Hacen las faenas de la granja con muías y no suelen tener más que las absolutamente necesarias, rara vez más de cuatro. No podían prescindir de las muías para darlas al Ejército y eso en el caso de que la Milicia las hubiera aceptado, cosa que no ocurrió. En cuanto a los blancos pobres, se consideraban potentados si tenían una mula. Los habitantes de los bosques y de los pantanos no poseen ni caballos ni muías. Viven exclusivamente del producto de sus tierras y de la caza en el pantano, atendiendo a sus necesidades por el sistema del cambio de artículos, pues no ven una moneda de cinco dólares al cabo del año, y caballos y uniformes se hallan fuera de su alcance. Pero eran tan salvajemente orgullosos en su miseria como los hacendados en su opulencia, y no hubieran aceptado de sus ricos vecinos nada que pudiera tener apariencia de limosna. Así, para no herir los sentimientos de nadie y conseguir formar una poderosa milicia, el padre de Scarlett, John Wilkes, Buck Munroe, Jim Tarleton, Hugh Calvert y, en fin, todos los ricos hacendados del condado, con la única excepción de Angus Macintosh, habían aportado el dinero para equipar enteramente a la Milicia de caballos y hombres. El resultado del acuerdo fue que cada hacendado consintió en pagar para equipar a sus hijos y a cierto número de muchachos más, pero se hizo en tal forma que los menos afortunados pudieron aceptar caballos y uniformes sin menoscabo de su dignidad.

La Milicia se reunía dos veces por semana en Jonesboro para hacer la instrucción y rezar por el pronto estallido de la guerra. Todavía no habían terminado las gestiones para conseguir el cupo completo de caballos, pero quienes los tenían realizaban lo que ellos creían maniobras de caballería en un campo, detrás de la Audiencia; levantaban grandes nubes de polvo, se gritaban unos a otros con voz ronca y blandían las espadas de la Guerra de Independencia cogidas de la panoplia del

---

<sup>2</sup> Las segundas guerras Seminólas que enfrentaron, de 1834 a 1842, a los norteamericanos con los indios de Florida. (N. de los T.)

salón. Los que no tenían aún caballos se sentaban al borde de la acera, delante del almacén de Bullard y contemplando a sus compañeros masticaban tabaco y contaban cuentos. Y también organizaban partidas de tiro al blanco. No había necesidad de enseñar a tirar a ninguno de los hombres. La mayoría de los meridionales nacen con un fusil en la mano, y el pasarse la vida cazando les ha hecho a todos tiradores.

De las casas de las plantaciones y de las cabañas del pantano llegaba para cada revista un variado surtido de armas de fuego. Veíanse allí largos fusiles que habían sido nuevos cuando los montes Alleghenies fueron cruzados por primera vez, antiguallas que se cargaban por la boca y que habían despachado a más de un indio, recién creado el Estado de Georgia; pistolas de arzón que habían prestado servicio en 1812, en las guerras de los Seminólas y de México, pistolas de desafío montadas en plata, *derringers* de bolsillo, escopetas de caza de dos cañones y magníficos rifles ingleses, nuevos, fabricados con relucientes culatas de maderas finas.

La instrucción terminaba siempre en los salones de Jonesboro, y al caer la noche habían estallado tantas disputas que a los oficiales les era difícil evitar los accidentes sangrientos en espera de que se los ocasionasen los yanquis. Fue en uno de aquellos alborotos donde Stuart Tarleton hirió a Cade Calvert y Tony Fontaine a Brent. Los gemelos acababan de llegar a casa recién expulsados de la Universidad de Virginia, cuando se estaba organizando la Milicia, y se habían incorporado a ella con entusiasmo; pero después del episodio del tiro, hacía dos meses, su madre los mandó a la Universidad del Estado, con órdenes categóricas de permanecer allí. Habían echado mucho de menos la animación del ejercicio militar y daban por bien perdidos sus estudios con tal de volver a cabalgar, a gritar y a disparar rifles.

—Bueno, atajemos a campo traviesa para ir a casa de Able —sugirió Brent—. Podemos ir cruzando el vado del señor O'Hara y los pastos de los Fontaine y estar allí en un momento.

—No vamos a conseguir para comer más que zarigüeya y verduras —arguyó Jeems.

—Tú no vas a conseguir nada —gruñó Stuart—, porque vas a irte a casa a decir a mamá que no iremos a cenar.

—¡No, yo no! —protestó Jeems alarmado—. Yo no. No me hace gracia que la señora Beatrice me vuelva a castigar. Lo primero, me va a preguntar cómo se las han arreglado ustedes para que los echen otra vez, y después por qué no los he llevado a casa esta noche para que pudiera zurrarlos. Además me va a sacudir de lo lindo, como a una estera vieja, y voy a ser yo el que pague por todos. Si no me llevan ustedes a casa del señor Wynder me quedaré al sereno en el bosque toda la noche, y puede que me cojan las brujas; al fin y al cabo, prefiero que me cojan las brujas a que me coja la señora Beatrice cuando está enfadada.

Los gemelos le miraron perplejos e indignados.

—Es tan loco que es capaz de dejarse llevar por las brujas; y eso proporcionará a mamá tema de conversación para unas semanas. Te aseguro que los negros son un estorbo. Algunas veces pienso que los abolicionistas tienen razón.

—Realmente, no sería justo hacerle enfrentarse a Jeems con lo que a nosotros nos asusta. Bueno, vamos a tener que llevarle con nosotros.

Pero, mira, negro loco y descarado, si empiezas a presumir con los negros de Wynder y a hacer alusiones a que nosotros comemos siempre pollo asado y jamón, mientras ellos sólo tienen conejo y zarigüeya, yo... yo se lo diré a mamá. Y no te dejaremos ir a la guerra con nosotros.

—¿Presumir? ¿Presumir yo con esos negros baratos? No, mi amo, tengo mejores modales. ¿No me ha enseñado educación la señora Beatrice como a ustedes?

—Pues no se ha lucido con ninguno de los tres —dijo Stuart—. En marcha, vamos de prisa.

Se echó hacia atrás en su alto caballo jaro, y, picando espuelas, le hizo saltar con agilidad la valla que separaba el prado de la plantación de Gerald O'Hara. El caballo de Brent le siguió, y luego, el de Jeems, con éste aferrado a las crines y al pomo de la silla. A Jeems no le gustaba saltar vallas, pero las había saltado más altas que aquélla para seguir a sus amos.

Mientras buscaban su camino a través de los surcos rojizos, en medio de la creciente oscuridad, desde la falda de la colina hasta llegar al vado, Brent gritó:

—¡Oye, Stu! ¿No te parece que Scarlett podía habernos convidado a cenar?

—Sigo pensando que sí —gritó Stuart—. ¿Por qué crees tú...?

## 2

Cuando los gemelos dejaron a Scarlett de pie en el porche de Tara y se hubo extinguido el último eco de los rápidos cascos, ella volvió a su asiento como una sonámbula. Sentía su rostro como rígido por el dolor, y su boca verdaderamente dolorida de tanto dilatarla a disgusto en sonrisas forzadas para evitar que los gemelos se enterasen de su secreto. Se sentó abrumada, en descuidada postura, con el corazón rebosante de amargura, como si no le cupiera en el pecho. Le latía con extrañas y leves sacudidas; sus manos estaban frías, y se sentía oprimida por la sensación de un desastre. Había dolor y asombro en su expresión, el asombro de una niña mimada que siempre ha tenido todo cuanto quiere y que ahora, por primera vez, se ve en contacto con la parte desagradable de la vida.

¡Casarse Ashley con Melanie Hamilton!

¡Oh, no podía ser verdad! ¡Los gemelos estaban equivocados! ¡Le habían gastado una de sus bromas! Ashley no podía estar enamorado de ella. Nadie podía estarlo de una personilla tan ratonil como Melanie. Scarlett recordó con disgusto la delgada figura infantil, la cara seria en forma de corazón e inexpresiva casi hasta la fealdad. Y Ashley llevaba varios meses sin verla. Él no había estado en Atlanta más de dos veces desde la recepción que había dado el año anterior en Doce Robles. No, Ashley no podía estar enamorado de Melanie porque —¡oh, era imposible que se equivocase!—, ¡porque estaba enamorado de ella! Era a ella, a Scarlett, a quien él amaba. ¡Lo sabía, sí!

Scarlett oyó los pesados pasos de Mamita que hacían retemblar el piso del vestíbulo, se apresuró a adoptar una postura natural y procuró dar a su rostro una expresión más apacible. No quería que nadie sospechase que algo no marchaba bien. Mamita creía poseer a los O'Hara en cuerpo y alma, y que sus secretos eran los suyos; y el menor asomo de secreto bastaba para ponerla sobre la pista, implacable como un sabueso.

Scarlett lo sabía por experiencia; si la curiosidad de Mamita no quedaba satisfecha, pondría en seguida al corriente del asunto a Ellen, y entonces Scarlett no tendría más remedio que contárselo todo a su madre o inventar alguna mentira aceptable.

Mamita llegó del vestíbulo. Era una mujer enorme, con ojillos penetrantes de elefante. Una negra reluciente, africana pura, devota de los O'Hara hasta dar por ellos la última gota de su sangre; la mano derecha de Ellen, la desesperación de sus tres hijas y el terror de los demás criados de la casa. Mamita era negra, pero su regla de conducta y su orgullo eran tan elevados como los de sus amos. Se había criado con Solange Robillard, la madre de Ellen, una francesa distinguida, fría, estirada, que no perdonaba ni a sus hijos ni a sus criados el justo castigo por la menor ofensa al decoro. Había sido nodriza de Ellen, viniéndose con ella de Savannah a las tierras altas cuando se casó. Mamita castigaba a quienes quería. Y como a Scarlett la quería muchísimo y estaba enormemente orgullosa de ella, la serie de castigos no tenía fin.

—¿Se han marchado esos señores? ¿Cómo no los ha convidado a cenar, señorita Scarlett? Le dije a Poke que pusiera plato para ellos. ¿Es ésa su educación?

—¡Oh! Estaba tan cansada de oírlos hablar de la guerra que no hubiera podido soportarlo la comida entera, y menos con papá vociferando sobre el señor Lincoln.

—No tiene usted mejores maneras que cualquiera de las criadas. ¡Después de lo que la señora Ellen y yo hemos luchado con usted! ¿Y está usted aquí sin un chai? ¡Con el relente que hace! ¿No

le he dicho y repetido que se cogen fiebres por estar sentada al relente de la noche sin nada sobre los hombros? ¡Métase en casa, señorita Scarlett!

—No; quiero estar sentada aquí contemplando la puesta de sol. ¡Es tan hermosa! Por favor, corre y tráeme un chai, Mamita. Estaré aquí sentada hasta que llegue papá.

—Me parece, por la voz, que está usted resfriándose —dijo Mamita, recelosa.

—Pues no es verdad —replicó Scarlett, impaciente—. Anda, tráeme mi chai.

Mamita volvió al vestíbulo, con sus andares de pato, y Scarlett la oyó llamar en voz baja desde el pie de la escalera a una de las criadas del piso de arriba.

—¡Tú, Rose, échame el chai de la señorita Scarlett! —Y luego más alto—: ¡Dichosas negras! Nunca están donde deben. Ahora voy a tener que subir yo a buscarlo.

Scarlett oyó crujir los peldaños y se levantó sin hacer ruido. Cuando Mamita volviese, reanudaría su sermón sobre la falta de hospitalidad de Scarlett, y ésta sentía que no podría aguantar la charla sobre un asunto tan trivial cuando le estallaba el corazón. Mientras permanecía en pie, vacilante, pensando dónde podría esconderse hasta que el dolor de su pecho se hubiera calmado algo, se le ocurrió una idea que fue como un rayo de esperanza. Su padre había ido aquella tarde a caballo a Doce Robles, la plantación de Wilkes, para proponerle la compra de Dilcey, la obesa esposa de su criado Pork. Dilcey era el ama de llaves y mujer de confianza de Doce Robles, y desde que, hacía seis meses, se había casado con Pork, éste había mareado a su amo día y noche para que comprase a Dilcey, y que pudieran así vivir los dos en la misma plantación. Y, esa tarde, Gerald, agotada ya su resistencia, salió a proponer una oferta por Dilcey.

«Seguramente —pensó Scarlett—, papá se enterará si es cierta esa horrible historia. Aunque realmente no oiga nada esta tarde, acaso note algo, tal vez perciba alguna agitación en la familia Wilkes. Si yo pudiera verle a solas antes de cenar, quizá conseguiría averiguar la verdad. Será una de las odiosas bromas de los gemelos.»

Era ya la hora de que volviese Gerald, y si quería verle a solas no tenía más remedio que esperar allí donde el sendero desembocaba en la carretera. Bajó despacio los escalones del porche, mirando con cuidado por encima de su hombro para estar segura de que Mamita no la estaba observando desde las ventanas del piso de arriba. Viendo que ningún rostro negro, tocado con cofia blanca como la nieve, atisbaba, inquisitivo, detrás de los recorridos visillos, se recogió valientemente las floreadas y verdes faldas y corrió camino abajo, hacia la carretera, tan velozmente como sus pequeñas y elegantes chinelas, atadas con cintas, se lo permitieron.

Los oscuros cedros que crecían a ambos lados del enarenado camino formaban un arco sobre su cabeza, convirtiendo la larga avenida en sombrío túnel. Tan pronto como estuvo debajo de los nudosos brazos de los cedros, comprendió que se hallaba a salvo de la curiosidad de los de la casa y aflojó su rápido paso. Estaba jadeante porque llevaba el corsé demasiado apretado para permitirle correr muy de prisa, pero caminaba rápidamente. Pronto llegó al final del camino y a la carretera, pero no se detuvo hasta dar vuelta a un recodo que dejaba un bosquecillo entre ella y la casa.

Sofocada, anhelante la respiración, se sentó en un tocón a esperar a su padre. Había pasado ya la hora de su regreso, pero Scarlett se alegraba de aquel retraso. La demora le daría tiempo a calmar su respiración y a tranquilizar su rostro para no despertar sospechas. A cada momento esperaba oír el ruido de los cascos de su caballo y verle aparecer galopando a la velocidad acostumbrada, como si quisiera romperse la cabeza. Pero se deslizaban los minutos sin que Gerald llegase. Miraba ella a lo lejos buscándole, sintiendo renacer la angustia de su corazón.

«¡Oh, no puede ser verdad! —pensó—. ¿Por qué no viene?»

Sus miradas seguían el sinuoso camino, de un rojo de sangre ahora, después de la lluvia matinal. Seguía imaginariamente en su carrera mientras cabalgaba colina abajo hasta el perezoso río Flint, a través de los intrincados vados pantanosos y, luego, subiendo la colina inmediata a Doce Robles donde Ashley vivía. Éste era todo el camino que los separaba ahora, un camino que

conducía a Ashley, a la hermosa casa de blancas columnas que como un templo griego coronaba la colina.

«¡Oh, Ashley, Ashley!», pensaba, y su corazón latía aceleradamente. Se había disipado en parte la fría sensación de catástrofe que la oprimiera desde que los gemelos Tarleton le habían contado sus murmuraciones, y en su lugar se insinuaba la fiebre que venía padeciendo desde hacía dos años.

Le parecía extraño ahora que, mientras se hacía mujer, Ashley no la atrajera nunca demasiado. En los días de su infancia le había visto ir y venir sin concederle nunca un pensamiento. Pero hacía tres años, Ashley, recién llegado a su casa de un gran viaje de tres años por Europa, había ido a visitarla, y desde aquel día le amaba. Era así de sencilla la cosa.

Estaba ella delante del porche, y él había llegado a caballo por la larga avenida, vestido de fino paño gris, con una corbata ancha que resaltaba a la perfección sobre su rizada camisa. Aun ahora, podía recordar Scarlett cada detalle de su indumentaria; lo relucientes que estaban sus botas, la cabeza de Medusa en camafeo de su alfiler de corbata, el ancho panamá que se quitó rápidamente al verla. Se apeó, entregó las riendas a un negrito y se quedó mirándola. Sus soñolientos ojos grises sonreían y el sol brillaba de tal modo sobre su rubio cabello que parecía un casco de reluciente plata. Y dijo: «¿De modo que ya estás hecha una mujer, Scarlett?» Y subiendo ligero los escalones, le había besado la mano. ¡Y su voz! Nunca podría olvidar el salto que dio su corazón cuando la oyó como si fuese por primera vez, lenta, sonora, musical.

Desde aquel mismo instante, él le había sido preciso, tan sencilla e irrazonablemente como le eran precisos la comida para alimentarse, los caballos para cabalgar y un suave lecho para su reposo.

Durante dos años habíala escoltado por toda la comarca, en bailes, fritadas, meriendas campestres y sesiones en la Audiencia; nunca con tanta frecuencia como los gemelos Tarleton o Cade Calvert, nunca tan pesado como los jóvenes Fontaine; pero, así y todo, no transcurría jamás una semana sin que Ashley fuera de visita a Tara.

Verdad es que nunca le había hecho la corte, ni sus claros ojos verdes habían brillado con el fulgor que tan bien conocía Scarlett en la mirada de otros hombres. Y, sin embargo..., sin embargo, ella sabía que él la amaba. No podía equivocarse en esto. Un instinto más fuerte que la razón y el conocimiento nacido de la experiencia le decían que él la quería. Con demasiada frecuencia le había sorprendido, cuando su mirada no era ni soñolienta ni lejana, contemplándola con un anhelo y una tristeza que la desconcertaban. Ella sabía que la amaba. ¿Por qué no se lo había dicho? No lo podía comprender; pero había en él tantas cosas que ella no comprendía...

Él era siempre cortés, pero lejano, distante. Nadie hubiera podido decir nunca en qué estaba pensando, y Scarlett menos que nadie. Y esto en un vecindario donde todos decían lo que pensaban no bien lo habían pensado. Resultaba exasperante lo reservado que era Ashley. Era tan diestro como cualquiera de los otros muchachos en las habituales diversiones del condado, caza, juego, baile y política, y el mejor jinete de todos ellos, pero difería de todos los demás en que esas gratas actividades no constituían el objetivo de su vida. Y sólo él sentía interés por los libros y la música y era aficionado a las musas.

¡Oh! ¿Por qué era tan atractivamente rubio, tan cortésmente distraído, tan enloquecedoramente aburrido con su charla sobre Europa, los libros, la música, la poesía y otras cosas que a ella no le interesaban en absoluto, y era, sin embargo, tan deseable? Noche tras noche, cuando Scarlett se iba a acostar después de haber estado sentada con él en la penumbra del porche, permanecía sin dormirse durante horas enteras y sólo la consolaba la idea de que seguramente Ashley se declararía la próxima vez que le viera. Pero la próxima vez llegaba y pasaba, y el resultado era nulo, nulo salvo en que la fiebre que la atacaba se hacía cada vez más alta y más ardiente. Le quería y le necesitaba, pero no le comprendía. Ella era tan natural y sencilla como los vientos que soplaban sobre Tara, como el amarillo río que la surcaba, y hasta el fin de sus días sería



incapaz de comprender nada complejo. Y ahora, por primera vez en su vida, se encontraba frente a una naturaleza compleja.

Porque Ashley provenía de un linaje de hombres que entretenían sus ocios en pensar, no en obrar, en tener brillantes y coloridos sueños sin un ápice de realidad. Se movía en un mundo interior que era más hermoso que Georgia, y le costaba trabajo volver a la realidad. Miraba a la gente, y ni le gustaba ni le disgustaba. Miraba a la vida, y ni le alegraba ni le entristecía. Aceptaba el universo y su puesto en él tales como eran, y, encogiéndose de hombros volvía a su música, a sus libros y a su mundo mejor.

¿Cómo podía haber cautivado a Scarlett con una mente tan distinta de la suya? Ella no lo sabía. Aquel mismo misterio excitaba su curiosidad como una puerta que no tiene llave ni cerradura. Lo que tenía él de incomprensible acrecía en ella su amor, y la extraña y comedida corte que le hacía servía únicamente para aumentar su decisión de hacerlo suyo. No dudó nunca de que se declararía algún día, pues era ella demasiado joven y demasiado mimada para conocer la derrota. Y ahora, como un trueno, había llegado aquella horrible noticia. ¡Casarse Ashley con Melanie! ¡No podía ser cierto!

¡Pero si todavía la semana anterior, cuando regresaban a caballo de Fairhill, al anochecer, él había dicho: «Scarlett, tengo algo tan importante que decirte que apenas sé cómo expresarlo»!

Ella había bajado los ojos recatadamente, mientras el corazón le palpitaba con salvaje alegría pensando que llegaba el feliz momento. Entonces, él había dicho: «Ahora, no. Estamos cerca de casa y no hay tiempo. ¡Oh, Scarlett, qué cobarde soy!» Y picando espuelas a su caballo, había subido al galope la colina hasta Tara.

Sentada en el tocón, Scarlett pensó en aquellas palabras que la habían hecho tan feliz, y de repente tomaron éstas otro sentido, un sentido horrible. ¿Y si era la noticia de sus esponsales lo que había intentado decirle?

—¡Oh, si al menos llegara papá!

Scarlett no podía soportar la duda un momento más. Miró otra vez con impaciencia hacia el camino, y de nuevo se sintió defraudada.

El sol estaba ahora bajo en el horizonte y en el límite de la tierra el rojo resplandor se difuminaba en tonos rosados. Y, encima, el firmamento iba cambiando lentamente su color celeste por un delicado azul verdoso de exquisitas tonalidades. La mágica quietud del crepúsculo en el campo la envolvía calladamente. La tenebrosa oscuridad de la noche se cernía sobre los campos. Los rojos surcos y la bermeja herida del camino perdían su mágico color de sangre y recobraban la parda uniformidad de la tierra. Al otro lado del camino, en los pastos, el ganado, asomando la cabeza por encima de la barrera, esperaba pacientemente que lo condujesen a los establos y al pienso. Atemorizados por la negra sombra de la espesura que bordeaba los pastos, los animales parecían mover sus orejas con satisfacción al ver a Scarlett, como si apreciaran la compañía de un ser humano.

En la extraña media luz, los altos pinos del pantanoso río, que tan verdes parecían iluminados por el sol, resaltaban cual negras siluetas sobre el azul pastel del cielo en hilera de oscuros gigantes y hundían sus raíces en la mansa y amarillenta corriente. En la colina, al otro lado del río, las altas chimeneas blancas de la casa de los Wilkes se borraban gradualmente en la oscuridad de los espesos robles que las rodeaban y sólo, más lejanos, los puntitos de luz de las lámparas encendidas para la cena revelaban que allí había una casa. El aire embalsamado de la primavera se confundía con los húmedos efluvios de los campos recién arados y con la agradable frescura de los verdes prados.

Para Scarlett no eran espectáculo milagroso ni la puesta del sol, ni la primavera, ni el verdor de los campos. Aceptaba su belleza como cosa natural, como el aire que respiraba y el agua que bebía; porque nunca había admirado conscientemente la belleza, más que en las mujeres hermosas, en caballos, trajes de seda, en cosas tangibles. Sin embargo, la serena media luz sobre los bien cuidados campos de Tara actuó como un sedante sobre sus excitados nervios. ¡Amaba tanto aquella

tierra sin saber que la amaba! Le gustaba lo mismo que amaba el rostro de su madre rezando a la luz de la lámpara.

No se divisaban aún señales de Gerald en la sinuosa y tranquila carretera. Si tenía que esperar mucho, Mamita vendría seguramente en su busca y la obligaría a entrar en casa. Pero, cuando esforzaba su mirada hacia el oscuro camino, oyó el golpear de los cascos de un caballo y vio al ganado dispersarse espantado. Gerald O'Hara volvía a casa, a campo traviesa y a toda marcha, Llegó colina arriba galopando en su caballo de caza, de patas tan largas que, a distancia, parecía un niño montado sobre una cabalgadura demasiado grande para él. Sus largos cabellos blancos flotaban al viento sobre su espalda y animaba al caballo con el látigo y con sus gritos.

Aunque embargada por sus preocupaciones, Scarlett le contempló con cariñoso orgullo, porque Gerald era un magnífico jinete.

«Me sorprende ese empeño suyo en saltar siempre obstáculos cuando está algo bebido — pensó—. Y más, después de aquella caída que tuvo precisamente aquí, el año pasado, cuando se rompió la rodilla. Creímos que le serviría de lección; sobre todo cuando prometió a mamá no volver a saltar.»

Scarlett no tenía miedo a su padre; le sentía como más contemporáneo suyo que sus hermanas; saltar vallas y setos, sin que se enterara su mujer, le producía un orgullo infantil y una culpable alegría que corrían parejas con la de ganar en listeza a Mamita. Scarlett se levantó de su asiento para verle.

El gigantesco bruto llegó al cercado, recogió sus patas y se alzó por encima del obstáculo tan ligero como un pájaro, mientras el jinete gritaba entusiasmado azotando el aire con su fusta, y sus blancos rizos golpeaban su nuca. Gerald no vio a su hija en la sombra de los árboles y tiró de las riendas al llegar al camino, acariciando el cuello del caballo en señal de aprobación.

—No hay otro en el condado que pueda comparársele, ni en el Estado —dijo orgulloso de su montura; y, a pesar de los treinta y nueve años pasados en Estados Unidos, su palabra tenía un marcado acento irlandés.

Se alisó apresuradamente el cabello, arreglando la arrugada camisa y la corbata, que se le había torcido al saltar. Scarlett conocía aquellos precipitados arreglos, hechos a fin de presentarse ante su mujer con el aspecto de un caballero que llega tranquilamente a su casa de visitar a un vecino. Comprendió también que aparecía ante él en el momento más oportuno para entablar conversación sin revelar su verdadero propósito.

Se echó a reír ruidosamente y, como era su intención, consiguió sobresaltar a su padre; luego, éste la reconoció y una expresión tímida y desconfiada a la vez apareció en su colorado rostro. Se apeó con dificultad, porque su rodilla estaba rígida, y, con las riendas en el brazo, caminó a su lado cojeando.

—Bien, señorita —dijo, pellizcándole la mejilla—. ¿De modo que estabas espíandome como tu hermana Suellen la semana pasada? Y, ahora, ¿se lo irás a contar a tu madre?

En su ronca voz había indignación, pero también una nota de cariñoso afecto. Scarlett chascó la lengua y, mimosa, se empinó para colocarle bien la corbata. El aliento de Gerald olía a whisky, mezclado con una ligera fragancia de menta. También se mezclaban a aquel olor otros a tabaco de mascar, a cuero engrasado y a caballos, una combinación de olores que Scarlett asociaba siempre a su padre y que, instintivamente, le gustaba en los demás hombres.

—No, papá, yo no soy una chismosa como Suellen —dijo, tranquilizadora, separándose un poco para contemplar con mirada crítica el rápido arreglo de su atavío.

Gerald era un hombre bajito, de poco más de metro sesenta, pero tan fuerte de cintura para arriba y de cuello tan desarrollado que su apariencia, cuando estaba sentado, le hacía parecer mucho más grandote. Unas piernas cortas y gruesas, que acostumbraba a llevar muy separadas, como un mozo fanfarrón, sostenían aquel macizo torso. La mayoría de las personas bajas que se toman a sí mismas en serio resultan un poco ridículas; pero Gerald, como el gallito del corral, era el amo del

cotarro. Y nadie hubiera cometido la temeridad de pensar siquiera que Gerald O'Hara tenía una figurilla ridícula.

Contaba sesenta años, su cabello crespo y rizado era de un blanco de plata, pero su astuto rostro no mostraba una arruga, y los duros ojillos azules eran jóvenes, con la tranquila juventud de quien no ha agobiado nunca su mente con más problemas abstractos que el saber cuántas cartas hay que pedir en una jugada de poker.. Era el tipo más irlandés que podía imaginarse, aun llevando ya tanto tiempo separado de su patria y a tanta distancia de ella, rollizo, colorado, chato, de boca grande y muy pendenciero.

Tras su furibunda apariencia, Gerald tenía el corazón más tierno que cabe imaginar. No podía ver a un esclavo enfurruñado por una reprimenda, por merecida que ésta fuera, ni oír maullar a un gato, ni llorar a un niño; pero le horrorizaba que le descubriesen esta debilidad. No sabía que bastaba estar cinco minutos con él para darse cuenta de la bondad de su corazón; de haberlo sabido, su vanidad hubiese sufrido mucho, pues le gustaba creer que cuando gritaba sus órdenes con voz atronadora todo el mundo temblaba y obedecía. No se le había ocurrido nunca que sólo una voz era obedecida en la plantación: la suave voz de Ellen, su mujer. Era éste un secreto que nunca descubriría, ya que todos, desde Ellen al último bracero, conspiraban tácita y bondadosamente para dejarle en la creencia de que su palabra era ley.

Scarlett se dejaba impresionar menos todavía que los demás por el mal genio y los gritos de su padre. Era la mayor de las hijas, y, ahora que Gerald sabía que ya no vendrían más hijos a sustituir los tres varones que yacían en el panteón de la familia, había tomado la costumbre de tratarla como a un camarada, cosa que a Scarlett le resultaba muy agradable. Se parecía a él más que sus hermanas, pues Carreen (por su nombre de pila Caroline Irene) era delicada y soñadora, y Suellen (bautizada con el de Susan Elinor) no pensaba más que en la elegancia de sus trajes y en la corrección de sus modales.

Además, Scarlett y su padre estaban ligados por una complicidad mutua. Si Gerald sorprendía a su hija saltando una cerca en lugar de andar unos metros para llegar al portillo, o sentada, demasiado tarde, en los escalones del porche con un admirador, la reñía con gran violencia, pero no iba con el cuento a Ellen ni a Mamita. Y cuando le sorprendía a él saltando obstáculos, después de la solemne promesa a su mujer, o cuando se enteraba, como ocurría siempre por las habladurías de la gente, de la suma exacta a que ascendían sus pérdidas en el póker, se abstenía a su vez de mencionar el hecho a la hora de la comida, como hacía con mucha naturalidad la astuta Suellen. Scarlett y su padre se habían convencido mutuamente de que hacer llegar cosas a oídos de Ellen servía tan sólo para disgustarla; y ellos deseaban ante todo evitarle disgustos.

Scarlett miró a su padre a la débil luz del anochecer, y sin saber por qué se sintió reconfortada con su presencia. Había en él algo vital y fuerte que la animaba. Como no era nada psicóloga con la gente no se daba cuenta de que esto era debido a que ella poseía también en cierto grado aquellas mismas cualidades, pese a los esfuerzos que, desde hacía dieciséis años, venían haciendo Ellen y Mamita para destruirlas.

—Ahora te encuentras muy presentable —dijo— y no creo que nadie pueda adivinar que has estado haciendo travesuras, a no ser que a ti mismo se te ocurra contarlo. Aunque me parece que después de haberte roto la rodilla saltando esta misma barrera el año pasado...

—Bueno, pero ¿tú crees que voy a consentir que una hija mía me sermonee por si salto o no salto? —protestó él, pellizcándole de nuevo la mejilla—. Supongo que se trata de mi propia cabeza, ¿no es así? Y además, señorita, ¿se puede saber qué estás haciendo aquí sin tu chai?

Viendo que él estaba empleando subterfugios para conseguir zafarse de una conversación desagradable, Scarlett deslizó su brazo bajo el de su padre, y le dijo:

—Estaba esperándote. No sabía que volverías tan tarde. Tenía curiosidad por saber si habías comprado a Dilcey.

—Sí, la he comprado, y el precio me ha arruinado. Los compré a ella y a su diablillo, Prissy. John Wilkes quería dármelas casi regaladas, pero no quiero que nadie pueda decir que Gerald O'Hara se aprovecha de la amistad para un negocio. Le he hecho admitir tres mil por los dos.

—¡Por Dios santo, papá! ¡Tres mil! ¡No tenías ninguna necesidad de comprar a Prissy!

—¡Vaya, es bonito que mis hijas se atrevan a criticarme! —protestó Gerald, enfáticamente—. Prissy es un diablillo muy simpático, y además...

—La conozco. Es una criatura tonta —repuso Scarlett tranquilamente, sin asustarse por los gritos de su padre—. Y la única razón para comprarla ha sido que te lo suplicó Dilcey.

Gerald se quedó apabullado y molesto, como siempre que lo cogían en una buena acción, y Scarlett rió, sin disimulo, de su ingenuidad.

—Bueno. ¿Y qué, si he hecho eso? ¿De qué nos iba a servir haber comprado a Dilcey si se pasaba el día llorando por su niña? No vuelvo a permitir que ningún negro de la plantación se case con alguien de fuera; me sale demasiado caro. Anda, gatita, vamos a cenar.

Las sombras eran cada vez más densas. El último tono verdoso había desaparecido del cielo y un airecillo frío había sucedido a la agradable serenidad del atardecer. Pero Scarlett remoloneaba, cavilando en cómo llevar la conversación a Ashley sin que Gerald pudiera presumir el motivo. Resultaba difícil, ya que Scarlett no sabía fingir; y Gerald se le parecía tanto que nunca dejaba de descubrir sus débiles subterfugios lo mismo que ella descubriría los de él. Y generalmente no tenía mucho tacto al hacerlo.

—¿Cómo andan los de Doce Robles?

—Como siempre. Allí estaba Cade Calvert, y, después de arreglar lo de Dilcey, nos instalamos todos en la galería y estuvimos tomando unos ponches. Cade acababa de llegar de Atlanta y dice que allí está todo trastornado y que nadie habla más que de la guerra y...

Scarlett suspiró. Si Gerald la emprendía con el tema de la guerra y de la Secesión, pasarían horas antes de que lo dejase. Le interrumpió hablando de otra cosa.

—¿Dijeron algo de la barbacoa de mañana?

—Ahora que me acuerdo, sí, dijeron algo. La señorita... ¿Cómo se llama aquella muchachita tan mona que estuvo aquí el año pasado? ¿Sabes? La prima de Ashley... ¡Ah, sí! Se llama Melanie Hamilton. Ella y su hermano Charles acaban de llegar de Atlanta y...

—¡Oh! ¿De modo que ha venido?

—Sí, y es un encanto de muchacha, tan modosa, sin hablar nunca de ella misma, como debe ser una mujer. No te quedes atrás, hija. Tu madre debe estar buscándonos.

Scarlett sintió oprimírsele el corazón al oír la noticia. Había esperado contra toda esperanza que algo retuviese a Melanie en Atlanta, donde vivía, y el saber que hasta su padre aprobaba su suave carácter, tan distinto del suyo, la dejó anonadada.

—¿Estaba allí también Ashley?

—Sí, estaba. —Gerald soltó el brazo de su hija y se volvió, mirándola inquisitivamente a la cara—. ¿De modo que por eso has salido a esperarme? ¿Por qué no lo dijiste de una vez, sin dar tantos rodeos?

A Scarlett no se le ocurrió nada que contestar y notó con disgusto que se ruborizaba.

—¡Vamos, habla!

Pero Scarlett permaneció callada; en aquel momento sintió no poder darle un buen meneo a su padre y obligarle a callar.

—Estaba allí y me preguntó por ti con más interés que sus hermanas, y dijo que esperaba que nada te impediría ir mañana a la barbacoa. Respondo de que nada te lo impedirá —afirmó Gerald con marcada intención—. Y ahora, hija mía, dime: ¿qué hay entre Ashley y tú?

—No hay nada —dijo ella, arrastrándole por el brazo—. Vamos, papá.

—Vaya, ahora eres tú la que tienes prisa —observó él—. Pero no me moveré de aquí hasta que consiga entenderte. Pensándolo bien..., ya te notaba yo algo raro últimamente. ¿Ha estado jugando contigo? ¿Se te ha declarado?

—No —replicó ella secamente.

—Ni se te declarará —dijo Gerald.

Scarlett se sintió furiosa en su interior, pero su padre la aplacó con un ademán.

—¡No se ponga usted así, señorita! John Wilkes me lo ha dicho esta noche en la más estricta intimidad: Ashley se va a casar con Melanie. Lo anunciarán mañana.

Scarlett dejó caer bruscamente la mano.

¡Así, pues, era cierto!

El dolor se le clavaba en el corazón tan brutalmente como los colmillos de un fiero animal. Como a través de una niebla, sintió que los ojos de su padre la observaban con una mirada entre compasiva y enojada, por tener que enfrentarse con un problema al que no encontraba solución. Quería mucho a Scarlett, pero le resultaba desagradable verse obligado a buscar solución a los pueriles problemas de la muchacha. Ellen sabía todas las soluciones. Que Scarlett le confiase a ella sus problemas.

—¡De modo que nos has estado poniendo a todos en evidencia! —gritó, elevando la voz como le ocurría siempre que se excitaba—. ¡Perseguir a un hombre que no te quiere, cuando podrías esclavizar a tu gusto a cualquier petimetre del condado!

La cólera y el amor propio herido se sobrepusieron al dolor.

—No le he perseguido. Es, sencillamente, que me has cogido de sorpresa.

—¡Mientes! —replicó Gerald. Pero, al observar su apenado rostro, añadió en un arranque de bondad—: Lo siento, hija mía. Después de todo no eres más que una niña, y hay otros muchos galanes en el mundo.

—Mamá tenía quince años cuando se casó contigo, y yo tengo ya dieciséis.

—Tu madre era distinta —repuso Gerald—. Nunca fue una atolondrada como tú. Ahora ven, hija mía, ámate, y te llevaré a Charleston la semana que viene, a ver a tu tía Eulalie, y con todo el jaleo que hay allí, con lo del Fort Sumter, antes de una semana te habrás olvidado de Ashley.

«Cree que soy una niña —pensó Scarlett, afligida y rabiosa sobre toda ponderación—, y sólo se le ocurre darme un nuevo juguete para que olvide mis descalabros.»

—Vamos, no me pongas esa cara —dijo, regañón, Gerald—. Si tuvieras algo de sentido común te hubieras casado con Stuart o Brent Tarleton hace tiempo. Piénsalo, hija mía. Cásate con uno de los gemelos, juntaremos las plantaciones y Jim Tarleton y yo os construiremos una hermosa casa, precisamente en el gran pinar donde se unen, y...

—¿Quieres dejar de tratarme como a una niña? ¡No quiero ir a Charleston, ni tener una casa, ni casarme con los gemelos! Sólo quiero... —Se contuvo, pero era demasiado tarde.

La voz de Gerald era tranquila, y habló despacio, como si extrajese sus palabras de un lugar de su memoria al que rara vez acudiese.

—Sólo quieres a Ashley y no lo vas a tener. Y si él quisiera casarse contigo, te daría mi consentimiento temblando, a pesar de la excelente amistad que me une con su padre. —Al notar la mirada de asombro de Scarlett, explicó—: Yo deseo que mi hija sea feliz; y tú no serías feliz con él.

—¡Oh, lo sería! ¡Lo sería!

—No, hija mía. Sólo las parejas afines pueden ser felices en el matrimonio.

Scarlett sintió un súbito deseo de gritar: «¡Pues vosotros habéis sido felices, y mamá y tú no os parecéis en nada!», pero se contuvo, comprendiendo que se ganaría un tirón de orejas por su impertinencia.

—Nuestra gente es distinta de los Wilkes —continuó pausado, articulando torpemente las palabras—. Los Wilkes son distintos de todos nuestros vecinos, distintos de las demás familias que he conocido. Son seres raros, y es mejor que se casen dentro de su propia familia y guarden sus rarezas para ellos.

—Pero, papá, Ashley no es...

—¡Punto en boca, gatita! No digo nada en contra de ese muchacho, pues le tengo afecto. Al llamarle raro, no quiero decir que esté loco. No es su rareza como la de los Calvert, que se juegan a un caballo todo lo que tienen, o la de los Tarleton, entre quienes hay siempre uno o dos borrachines en cada generación, o la de los Fontaine, fogosos como animalitos y que son capaces de matar a un hombre por el menor capricho. Esa clase de rarezas son fáciles de comprender, sin duda, y si no fuese por misericordia divina, ¡Gerald O'Hara tendría todos esos defectos! Y tampoco quiero decir que Ashley se escapase con otra mujer, si te casaras con él, ni que te pegase. Serías más feliz si tal hiciese, pues por lo menos podrías comprenderle. Pero es un raro de otro estilo y no hay quien lo entienda. Me resulta simpático, pero no encuentro pies ni cabeza a la mayor parte de lo que dice. Y ahora, gatita, dime la verdad, ¿entiendes tú sus desatinos sobre libros, música, poesía y pintura y otras tonterías por el estilo? —¡Oh, papá! ¡Si me caso con él, ya haré que cambie todo eso! —exclamó Scarlett con impaciencia.

—¡Lo harás! ¿Lo cambias ahora? —dijo Gerald, impertinente, mirándola sagazmente—. Conoces muy poco a los hombres, Scarlett. No pienses en Ashley. No hay mujer que cambie a su marido en lo más mínimo: no lo olvides. Y en cuanto a cambiar un Wilkes... ¡Por Dios, hija mía! ¡Si toda esa familia es del mismo estilo, y lo ha sido siempre! Y, probablemente, siempre lo será. Te digo que han nacido raros. Tú fíjate cómo se largan a Nueva York para oír una ópera o ver una exposición de pintura. Y cómo encargan libros franceses y alemanes a los yanquis. Y se pasan las horas leyendo o soñando, sabe Dios qué, en lugar de pasarlas cazando o jugando al poker, como hacen las personas decentes.

—No hay nadie en el condado que monte como Ashley —dijo Scarlett, indignada por el estigma de afeminado que se arrojaba sobre él—. Nadie, excepto tal vez su padre. Y, en cuanto al poker, ¿no te ganó Ashley doscientos dólares en Jonesboro la semana pasada?

—Los chicos de Calvert han estado otra vez chismorreando —dijo Gerald, resignado—, pues de otro modo no sabrías la cantidad. Ashley puede montar a caballo con el mejor y jugar al poker con el mejor, ¡o sea, conmigo!, gatita. Y no te niego que si se pone a beber es capaz de dejar atrás a los mismos Tarleton. Puede hacer esas cosas, pero no pone corazón en ellas. Por eso digo que es un ser raro.

Scarlett, con el pecho oprimido, permaneció silenciosa. Sabía que Gerald tenía razón y no encontraba disculpa para su amado. Ashley no ponía nunca el corazón en ninguna de aquellas cosas tan agradables y que tan bien sabía hacer. No les dedicaba más que un interés cortés, en contraste con los demás, a quienes les interesaba vitalmente.

Interpretando certeramente su silencio, Gerald le acarició el brazo, y dijo triunfante:

—¡Scarlett! ¿Reconoces, entonces, que es verdad? ¿Qué ibas a hacer con un marido como Ashley? Todos los Wilkes son unos auténticos lunáticos.

Y luego, con acento mimoso, continuó:

—Aunque hace un momento mencioné a los Tarleton, no quiere esto decir que los ensalce. Son simpáticos muchachos, pero si prefieres a Cade Calvert, a mí lo mismo me da. Los Calvert son buena gente, todos ellos; aunque el viejo se haya casado con una yanqui. Y cuando yo desaparezca, ¡cállate, rica, y escúchame!, os dejaré Tara a ti y a Cade.

—¡No querría a Cade ni en bandeja de plata! —gritó Scarlett, exasperada—. Haz el favor de no decirle nada de mí. No quiero ni Tara ni ninguna otra antigua plantación. Las plantaciones no me importan nada cuando...

Iba a decir «cuando no tengo al hombre que quiero», pero Gerald, irritado por la desdeñosa actitud con que acogía su dadivosa oferta, lo que más quería en el mundo después de Ellen, exhaló un rugido:

—¿Eres capaz, tú, Scarlett O'Hara, de decirme a mí que esta tierra de Tara no te importa nada?

Scarlett movió la cabeza obstinadamente. Sentía demasiado dolorido su corazón para que la preocupase irritar a su padre.

—La tierra es la única cosa del mundo que tiene algún valor —murmuró él; haciendo con sus cortos y gruesos brazos amplios ademanes de indignación—, porque es la única que perdura. ¡No lo olvides! Es la única cosa que merece que trabajemos por ella, que luchemos por ella, que muramos por ella.

—¡Oh, papá! —protestó Scarlett, disgustada—. ¡Hablas como un irlandés!

—Nunca me he avergonzado de serlo; por el contrario, estoy orgulloso de ello. ¡No olvides que tú también eres medio irlandesa, señorita! Y para cualquiera que tenga en sus venas una gota de sangre irlandesa la tierra en que vive es como su madre. De ti sí que estoy avergonzado ahora. Te ofrezco la tierra más hermosa del mundo, exceptuando el condado de Meath, en el Viejo Continente, ¿y tú, qué haces? ¡La desprecias!

Gerald había empezado a excitarse, gritando de rabia, cuando algo en el desconsolado rostro de su hija le hizo interrumpirse.

—Bueno, eres joven aún. Ya sentirás después ese amor a la tierra. No podrás escapar de él, si tienes sangre irlandesa. Eres sencillamente una niña, preocupada por tus adoradores. Cuando seas vieja, ya verás lo que es eso. Y ahora, ¿quieres decidirte por Cade o por los gemelos o por uno de los chicos de Evan Munroe? ¡Ya verás el pago que te doy!

—¡Oh, papá!

En aquel momento estaba ya Gerald completamente harto de la conversación y aburridísimo de encontrarse aquel problema sobre sus hombros. Se sentía ofendido, además, al ver que Scarlett seguía estando desconsolada aun después de haberle ofrecido los mejores partidos del condado y Tara por añadidura. A Gerald le gustaba que sus regalos fuesen recibidos con palmitas y besos.

—¡Vaya! ¡No haga usted puchereros, señorita! No me importa con quién te cases con tal que piense como tú y sea un caballero, un hombre del Sur, y arrogante. Porque el amor de la mujer llega después del matrimonio.

—¡Por Dios, papá! ¡Ésa sí que es una teoría del Viejo Continente!

—Y una magnífica teoría. Todos los americanos tratan afanosos de casarse por amor, como los criados, como los yanquis. Los mejores matrimonios son aquellos que escogen los padres. ¿Cómo va a saber una chiquilla tonta, como tú, distinguir a un hombre bueno de un canalla? Fíjate, si no, en los Wilkes. ¿Qué es lo que les hace conservarse dignos y fuertes a través de todas las generaciones? Pues sencillamente el casarse con sus afines; entre primos, como quiere su familia que lo hagan.

—¡Dios mío! —gimió Scarlett, sintiendo renovado su dolor con las palabras de Gerald, que trajeron de nuevo a su mente la inevitable verdad. Su padre la miró y bajando la *cabeza* anduvo unos pasos indeciso.

—¿No estarás llorando? —le preguntó, acariciándole torpemente la barbilla e intentando levantarle la cabeza, compasivo.

—¡No! —exclamó ella con vehemencia, dando un respingo.

—Mintiendo es lo que estás, y me enorgullezco de ello. Me alegro de que seas orgullosa, gatita. Y deseo verte orgullosa mañana, en la barbacoa. No quiero que todo el condado cotillee y se ría de ti mañana porque hayas entregado tu corazón a un hombre que no ha pensado en ti más que como amiga de la familia.

«Sí que ha pensado —se dijo Scarlett, dolida—. ¡Ya lo creo que ha pensado! Estoy segura de que si hubiera tenido un poco más de tiempo se lo hubiera hecho confesar... ¡Ay, si no fuese porque los Wilkes se creen siempre obligados a casarse con sus primas!»

Gerald enlazó su brazo al de su hija.

—Y, ahora, entremos a cenar; que todo esto quede entre nosotros, para que tu madre no se preocupe y yo tampoco. Suénate, hija mía.

Scarlett se sonó con su arrugado pañuelito, y ambos echaron a andar por el sendero, cogidos del brazo, mientras el caballo los seguía lentamente. Al llegar a la casa, Scarlett se disponía a hablar de nuevo, cuando vio a su madre salir de la densa sombra del porche. Tenía puestos la toca, el chai y los mitones, y detrás de ella iba Mamita con cara de pocos amigos, asiendo el maletín de cuero negro en que Ellen O'Hara llevaba siempre los vendajes y medicinas que utilizaba en las curas de los esclavos. Mamita tenía una boca grande, de labios gruesos y colgantes que, cuando la negra se enfadaba, pendían más que de costumbre. En aquellos momentos los labios de Mamita tenían una longitud desmesurada, y Scarlett comprendió que Mamita estaba furiosa por algo que no aprobaba.

—Señor O'Hara —llamó Ellen, al ver a la pareja que avanzaba por el camino (Ellen pertenecía a una generación formalista, aun después de diecisiete años de matrimonio y de haber tenido seis hijos)—. Señor O'Hara, ha ocurrido una desgracia en casa de los Slattery. El hijo de Emmie ha nacido, se está muriendo y hay que bautizarlo. Voy allá con Mamita a ver qué puedo hacer.

Su voz se alzaba interrogante como si estuviera pendiente de la aprobación de su marido, mera formalidad, pero muy grata al corazón de Gerald.

—¡Por Dios santo! —gritó O'Hara—. ¿Cómo se atreven esos indecentes blancos a hacerte salir de casa precisamente cuando vas a cenar y cuando estoy deseando contarte todo lo que en Atlanta se dice de la guerra? Vete, señora O'Hara; no podrías dormir tranquila esta noche si supieras que ha ocurrido una desgracia y no has acudido a aliviarla.

—No podría dormir nunca tranquila si no hubiese ido antes a cuidar a los negros y a esos pelmas de los blancos, que bien podrían cuidarse a sí mismos —gruñó Mamita como rezando, mientras bajaba las escaleras dirigiéndose al coche que esperaba al borde del camino.

—Ocupa mi lugar en la mesa, querida —dijo Ellen a Scarlett, acariciándole la mejilla con su enguantada mano.

A pesar de sus lágrimas, Scarlett se estremeció al contacto realmente mágico de la mano de su madre y con la débil fragancia de verbena que exhalaba la crujiente seda de su traje. Para Scarlett había algo portentoso en Ellen O'Hara; era una maravilla que vivía en la casa con ella, a la que temía, pero que la hechizaba y la calmaba al mismo tiempo.

Gerald ayudó a su mujer a subir al coche y ordenó al cochero que condujese con cuidado. Toby, que manejaba los caballos de Tara desde hacía veinte años, hizo un gesto de muda indignación al oír que le daban consejos sobre la manera de efectuar su propia tarea. Al marchar con Mamita sentada a su lado era cada uno la perfecta imagen del africano ceñudo y gruñón.

—A mí tendrían que pagarme por lo mucho que hago en favor de esos inútiles de los Slattery —dijo Gerald, malhumorado—. Ya podían acceder a venderme sus escasos acres de mísero pantano y el condado se vería libre de ellos.

Luego añadió, satisfecho por anticipado con una de sus bromas habituales:

—Ven, hija mía, vamos a decirle a Pork que en vez de comprar a Dilcey le he vendido a él a John Wilkes.

Echando las riendas a un negrito que estaba por allí, subió rápidamente las escaleras. Se había olvidado ya del sufrimiento de Scarlett y sólo pensaba en mortificar a su criado. Scarlett le siguió lentamente, pues se sentía cansada. Pensó que, después de todo, una boda entre ella y Ashley no sería más rara que la de su padre con Ellen Robillard. Se preguntó, una vez más, cómo se las habría



arreglado su áspero y estridente padre para casarse con una mujer como su madre, pues no hubo nunca dos personas tan opuestas en nacimiento, educación, costumbres y opiniones.

### 3

Ellen O'Hara tenía treinta y dos años y, para la mentalidad de la época era una mujer madura; tuvo seis hijos, tres de los cuales se le habían muerto. Era alta (su pequeño y fogoso marido no le llegaba más arriba de los hombros), pero se movía con una gracia tan reposada en su ondeante saya de volantes, que su estatura no llamaba la atención. Su cuello, surgiendo del ceñido corpino de tafetán negro, era redondo y fino, de piel blanquísima, y parecía doblarse ligeramente hacia atrás por el peso de su espléndida cabellera, recogida en una redecilla sobre la nuca.

Había heredado los ojos oscuros, algo oblicuos, sombreados por largas pestañas, y el negro cabello de su madre, una francesa cuyos padres se habían refugiado en Haití durante la Revolución de 1791; de su padre, soldado de Napoleón, procedían su larga nariz recta y las mandíbulas cuadradas que rectificaba la curva suave de las mejillas. Sólo el transcurrir de la vida había podido dar al rostro de Ellen aquella expresión de orgullo sin altanería, su gracia, su melancolía y su carencia absoluta de sentido del humor.

Hubiera sido una mujer de notable belleza de haber tenido más brillo en sus ojos, más color en su sonrisa, más espontaneidad en su voz que sonaba como dulce melodía en los oídos de sus familiares y de sus sirvientes. Hablaba con el suave acento de los georgianos de la costa, líquido en las vocales y dulce en las consonantes con un lejano vestigio del acento francés. Era una voz que no se alzaba jamás para dar órdenes a un criado o para reprochar la travesura de un niño; sin embargo, todos la obedecían en Tara, mientras que los gritos de su marido eran silenciosamente desacatados.

Hasta donde Scarlett podía recordar, su madre siempre había sido la misma; su voz suave y dulce, tanto para reprochar como para alabar; sus modales tranquilos y dignos a pesar de las cotidianas necesidades del turbulento dueño de la casa, su carácter siempre sereno y su temple firme, aun cuando había perdido tres de sus hijos.

Scarlett no había visto jamás a su madre apoyarse en el respaldo de la silla ni sentarse sin una labor de costura entre sus manos, a excepción de las horas de las comidas, cuando asistía a los enfermos o se ocupaba de la contabilidad de la plantación. Si había visitas se enfrascaba en un bordado delicado; otras veces, sus manos se ocupaban de las camisas plisadas de Gerald, de los vestidos de los niños o de la ropa de los esclavos. Scarlett no acertaba a imaginarse las manos de su madre sin el dedal de oro ni su figura altiva sin la compañía de la negrita, que no tenía otra ocupación en su vida que la de poner o quitar la mesa y llevar de aposento en aposento la caja encarnada de las labores, cuando Ellen se ajetreaba de acá para allá en la casa, vigilando la cocina, la limpieza y los trabajos de costura para los trajes de los plantadores.

Jamás había visto a su madre abandonar su austera placidez o faltar a ninguna de sus obligaciones, tanto si era de día como de noche. Cuando Ellen se vestía para asistir a un baile, para recibir a los invitados o bien para ir a cualquiera de las reuniones en Jonesboro, tenía frecuentemente necesidad de disponer de dos horas, de dos criadas y de Mamita para sentirse completamente satisfecha; aunque, en casos necesarios, sus rápidos tocados eran asombrosos.

Scarlett, cuya habitación se hallaba situada frente a la de su madre, al otro lado del vestíbulo, conocía desde su infancia el sordo rozar de los pies descalzos de los negros que correteaban por el pavimento de madera desde el alba; las urgentes llamadas en la puerta de su madre y las voces aterradas y roncas de los negros que gemían enfermos, de los que nacían y morían en la hilera de cabanas blanqueadas de sus alojamientos.

De niña, se deslizaba hasta la puerta y, atisbando a través de las rendijas, había visto a Ellen salir a oscuras de su habitación (donde los ronquidos de Gerald proseguían rítmicos e

ininterrumpidos) a la tenue luz de una vela sostenida en alto, con la caja de las medicinas bajo el brazo, los cabellos pulcramente alisados y ni un solo botón de su vestido desabrochado.

Era siempre muy grato para Scarlett oír a su madre murmurar compasivamente, pero con firmeza, mientras atravesaba el vestíbulo de puntillas: «Chist..., chist..., no tan fuerte. Despertaréis al señor O'Hara. No están tan mal como para morirse.»

Sí, era grato volver al lecho y saber que Ellen estaba fuera, en la noche, y que todo marchaba bien.

Por las mañanas, después de las sesiones siempre nocturnas de natalicios o de muertes, cuando el viejo doctor Fontaine y su joven hijo, también doctor, se disponían a hacer sus visitas y no podían ir a ayudarla, Ellen presidía la mesa en el desayuno, como siempre, con sus ojos negros ojerosos, pero sin que su voz ni sus gestos revelasen el menor cansancio.

Bajo su firme dulzura había una tenacidad de acero que inspiraba respeto a la casa entera, lo mismo a Gerald que a sus hijas, aunque él hubiera preferido morir antes que admitirlo.

A veces, cuando iba por la noche de puntillas a besar las mejillas de su madre, Scarlett miraba su boca, de labios tiernos y delicados, una boca demasiado vulnerable ante el mundo, y se preguntaba si ésta se habría arqueado alguna vez con las risas inocentes de la infancia o si habría murmurado secretos a las amigas íntimas durante las largas noches estivales. Pero no, no era posible. Su madre había sido siempre así, una columna de fortaleza, una fuente de sabiduría, la única persona que tenía respuestas para todo.

No obstante, Scarlett no tenía razón, porque algunos años antes Ellen Robillard, de Savannah, había reído en la linda ciudad costera, del mismo modo inexplicable que se ríe a los quince años, y cuchicheado con sus amigas durante largas noches, cambiando confidencias y contando todos sus secretos, menos uno. Era el año en el cual Gerald O'Hara, que le llevaba veintiocho años, había entrado en su vida..., el año en que aquel primo suyo de ojos negros, Philippe Robillard, había partido. Y cuando éste, con sus ojos ardientes y sus maneras fogosas, abandonó Savannah para siempre, se llevó consigo el ardor que había en el corazón de Ellen, dejando para el pequeño irlandés de piernas cortas que se había casado con ella sólo una graciosa concha vacía.

Pero esto bastaba a Gerald, oprimido por la increíble felicidad de hacerla realmente su esposa. Y, si algo faltaba en ella, no lo echaba nunca de menos. Perspicaz como era, se daba cuenta de que era un milagro que un irlandés, sin bienes de fortuna y sin parentela, conquistase a la hija de una de las más ricas y altivas familias de la costa. Gerald era un hombre que se lo debía todo a sí mismo.

Gerald había llegado a Estados Unidos desde Irlanda a los veinte años. Vino precipitadamente, como vinieron antes o después tantos otros irlandeses mejores o peores que él, y sólo traía la ropa puesta, dos chelines, además del importe del pasaje y su cabeza puesta a un precio que le parecía mayor de lo que su delito merecía. En efecto, no existía un orangista<sup>3</sup> que valiese cien libras esterlinas para el Gobierno inglés o para el demonio en persona; pero el Gobierno tomó tan en serio la muerte de un inglés, administrador de un hacendado, que Gerald vio que había llegado el momento de partir, y de partir a toda prisa. Verdad era que al mencionado agente le había llamado «bastardo orangista», pero esto, según la manera de pensar de Gerald, no daba derecho a aquel hombre a insultarle silbando los primeros compases de la canción *El agua del Boyne*<sup>4</sup>.

La batalla del Boyne se había librado más de cien años atrás, pero para los O'Hara y sus vecinos era como si hubiese sucedido ayer, ya que sus sueños y sus esperanzas, así como sus tierras y riquezas, habían desaparecido envueltas en la misma nube de polvo que arrastró al príncipe Estuardo, espantado y huido, dejando que Guillermo de Orange y sus odiosos soldados con sus escarapelas anaranjadas aplastaran a los irlandeses adictos a los Estuardo.

---

<sup>3</sup> Orangista. Miembro de una sociedad formada en Irlanda en 1795 para mantener el protestantismo, es decir, la causa de Guillermo de Orange. (*N. de los T.*)

<sup>4</sup> Canción compuesta en Inglaterra después de la batalla del Boyne (1690), en que los orangistas aplastaron a los partidarios de los Estuardos. (*N. de los T.*)

Por ésta y otras razones, la familia de Gerald no estaba dispuesta a considerar el fatal resultado de su reyerta como cosa muy seria, salvo en el caso de que acarrease graves consecuencias. Durante muchos años, los O'Hara habían permanecido en malas relaciones con los alguaciles ingleses, debido a su sospechosa actividad contra el Gobierno, no siendo Gerald el primero de su familia que ponía pies en polvorosa dejando Irlanda de la noche a la mañana.

Recordaba vagamente a sus dos hermanos mayores, James y Andrew, dos jóvenes taciturnos que iban y venían a ciertas horas de la noche por misteriosas razones o desaparecían durante semanas, con gran disgusto y ansiedad de su madre. Marcharon a Estados Unidos hacía ya varios años, a raíz del descubrimiento de un pequeño arsenal de fusiles enterrados en el corral de los O'Hara. Eran ahora ricos comerciantes de Savannah. «Sólo Dios sabe el lugar de su paradero», decía la madre siempre que hablaba de sus dos hijos mayores; y el joven Gerald fue enviado junto a ellos.

Abandonó la casa con un beso de su madre en las mejillas, su ferviente bendición católica y la amonestación de su padre: «Recuerda quién eres y no quites nada a nadie.» Sus cinco hermanos, más altos que él, le dijeron adiós con sonrisas de admiración, pero ligeramente protectoras, porque Gerald era el más joven y el más bajo de su familia fornida.

Sus cinco hermanos y el padre eran altos, sobrepasaban el metro ochenta y cinco y eran además robustos en proporción; pero Gerald, el pequeño, a los veintiún años, sabía que el Señor, en su sabiduría, no le había concedido más que un metro y sesenta centímetros. Pero Gerald nunca perdió el tiempo en lamentarse por su estatura, ni pensó jamás que esto fuese un obstáculo para obtener cualquier cosa que deseara. Más bien fue su sólida pequenez la que le hizo ser lo que era, ya que aprendió en buena hora que la gente pequeña ha de ser resistente para sobrevivir entre la de gran tamaño. Y Gerald era resistente.

Sus hermanos, altos de estatura, eran torvos y silenciosos; en ellos, la tradición familiar de las glorias pasadas, perdidas para siempre, enconábase en virtud de un odio contenido que estallaba en amargo sarcasmo. Si Gerald hubiese sido musculoso, habría sido como los otros O'Hara y actuado oscura y silenciosamente entre los rebeldes contra el Gobierno. Pero Gerald era «alborotador y testarudo», como decía su madre cariñosamente; impulsivo, pronto a hacer uso de los puños, con una susceptibilidad muy evidente. Se pavoneaba entre los altos O'Hara como un orgulloso gallito de pelea en un corral con gigantescos gallos domésticos; ellos le querían, le hacían rabiarse para oírle alborotar y le golpeaban con sus grandes puños, solamente lo necesario para mantener al benjamín en su justo lugar.

Si la educación que Gerald había llevado a Estados Unidos era insuficiente, él lo ignoró siempre. Y si se lo hubiesen dicho no le habría importado. Su madre le enseñó a leer y escribir con claridad. Le gustaban las cuentas. Y aquí terminaban sus conocimientos. El único latín que conocía era el de las respuestas de la misa, y la sola Historia, la de las múltiples injusticias cometidas con Irlanda. No conocía más poesía que la de Moore ni más música que las canciones irlandesas que le habían transmitido a través de los años. Aunque sentía un gran respeto por quienes tenían más conocimientos intelectuales que él, no los echaba nunca de menos. ¿Qué necesidad habría tenido de estas cosas en un país nuevo, donde los más ignorantes irlandeses habían hecho fortuna? En aquel país sólo se exigía a los hombres que fuesen fuertes y no tuviesen miedo al trabajo.

Tampoco James y Andrew, que le acogieron en su almacén de Savannah, lamentaron su falta de cultura. Su clara caligrafía, sus cálculos exactos y su habilidad para el regateo le conquistaron su respeto, mientras que si el joven Gerald hubiese poseído conocimientos de literatura o un refinado gusto musical no hubiera suscitado en ellos más que bufidos desdeñosos. Estados Unidos, en los primeros años del siglo, había sido bondadoso con los irlandeses. James y Andrew, que empezaron transportando mercancías en carros cubiertos desde Savannah a las ciudades interiores de Georgia, habían prosperado hasta tener un almacén propio, y Gerald prosperó con ellos.

Le agradaba el Sur y pronto llegó a ser, en opinión suya, un sudista. En los Estados del Sur y en sus habitantes había muchas cosas que no comprendería nunca; pero, con la cordialidad innata en

su carácter, adoptó sus ideas y costumbres tal como las entendía: poker y carreras de caballos, política ardiente y código caballeresco, derechos de los Estados y maldiciones a todos los yanquis, devoción al rey Algodón, desprecio a los blancos míseros y exagerada cortesía con las mujeres. Aprendió incluso a masticar tabaco. No le fue necesario adquirir la facilidad de beber whisky, porque la poseía de nacimiento.

Gerald seguía siendo el Gerald de siempre. Sus hábitos de vida y sus ideas cambiaron, pero él no quiso variar sus modales, aunque hubiese sido capaz de ello. Admiraba la elegancia afectada de los ricos plantadores de arroz y de algodón, artículos que transportaban a Savannah desde sus reinos pantanosos en caballos de pura sangre, seguidos de los carruajes de sus señoras, igualmente elegantes, y de las carretas de sus esclavos. Pero Gerald no consiguió nunca ser elegante. Aquel modo de hablar perezoso y confuso sonaba agradablemente en sus oídos; pero su propio acento vivo adheríase a su lengua. Le agradaba la gracia indolente con que realizaban negocios importantes, arriesgando una fortuna, una plantación o un esclavo a una carta y escribiendo sus pérdidas con indiferente buen humor y sin darle mayor importancia que a la calderilla que arrojaban a los negritos. Pero Gerald había conocido la pobreza y jamás pudo aprender a perder el dinero alegremente y de buen grado. Era una raza simpática la de aquellos georgianos de la costa, con su voz dulce, sus iras repentinas y sus deliciosas contradicciones que tanto agradaban a Gerald. Pero en el joven irlandés, recién llegado de un país donde el viento soplaba húmedo y fresco y en donde la fiebre no acechaba en los neblinosos pantanos, había una vitalidad ardiente e inquieta que lo hacía diferente de aquellos individuos indolentes, producto del clima semitropical y de los pantanos, focos de malaria.

De ellos aprendió lo que le pareció útil, prescindiendo del resto. Encontró que el poker era la más útil de las costumbres sudistas; el poker y el aguantar el whisky; fue su natural actitud ante las cartas y los licores lo que facilitó a Gerald dos de sus tres bienes más preciados: su criado y su plantación. El tercero era su mujer; y ésta la atribuía únicamente a la misteriosa bondad de Dios.

El criado, llamado Pork, un negro lustroso, digno y práctico en todas las artes de la elegancia indumentaria, era el resultado de una noche entera de poker con un plantador de la isla de Saint Simón, cuyo denuedo en la baladronada igualaba al de Gerald, pero que no tenía su misma resistencia para el ron de Nueva Orleans. Aunque el propietario de Pork ofreció después para recobrarlo el doble de su valor, Gerald rehusó obstinadamente, porque la posesión de aquel primer esclavo (y por añadidura «el mejor maldito criado de la costa») constituía el primer paso hacia el cumplimiento de lo que ansiaba su corazón. Gerald deseaba ser propietario de esclavos y terrateniente.

Acariciaba el pensamiento de no pasarse todos los días de su vida comprando y vendiendo como James y Andrew, o todas las noches comprobando columnas de cifras a la luz de una vela. Sentía ardientemente lo que sus hermanos no sentían, el estigma social adscrito a los pertenecientes al comercio. Gerald quería ser un plantador. Con la profunda codicia de un irlandés que ha sido arrendatario de las tierras que un tiempo fueron de la familia, deseaba ver sus propias hectáreas extenderse verdes ante sus ojos. Con una despiadada sinceridad de propósitos deseaba tener su propia casa, su propia plantación, sus caballos y sus esclavos. Y aquí, en este nuevo país, libre de los dos peligros de la tierra que había dejado (los impuestos que devoraban las cosechas y la continua amenaza de una confiscación imprevista), pensaba tenerlos. Pero, con el transcurso del tiempo, se dio cuenta de que tener aquella ambición y conseguir realizarla eran dos cosas distintas. La costa georgiana estaba sostenida tan firmemente por una aristocracia atrincherada en sus reductos que era muy difícil que él pudiera nunca esperar conseguir el puesto que se proponía. Entonces, la mano del destino y la del poker, conjuntamente, le dieron la plantación, que más tarde denominó Tara, y al mismo tiempo le sacaron de la costa y le establecieron en la meseta de Georgia.

Ocurrió en un salón de Savannah en una cálida noche de primavera, cuando la casual conversación de un desconocido sentado a su lado hizo que Gerald aguzase el oído. El forastero, un

nativo de Savannah, había regresado después de doce años de ausencia en el interior. Era uno de los agraciados de la lotería agrícola organizada por el Gobierno para dividir el amplio espacio de la Georgia central, cedida por los indios el año antes de la llegada de Gerald a Estados Unidos. El desconocido marchó allá y estableció una plantación; pero ahora que su casa se había incendiado no quería permanecer más tiempo en aquel «maldito lugar» y se sentiría encantado de poder abandonarlo.

Gerald, siempre con el pensamiento de poseer una plantación propia, buscó la manera de serle presentado; y su interés aumentó cuando el extranjero le dijo que la parte septentrional del Estado se estaba poblando de personas procedentes de Carolina y Virginia. Gerald había vivido lo suficiente en Savannah para adquirir la opinión de los habitantes de la costa: que el resto del país era bosque salvaje y que en cada matorral había escondido un indio. Haciendo negocios para sus hermanos, había tenido que pasar por Augusta, ciudad situada a ciento sesenta kilómetros al norte del río Savannah, y viajado por el interior visitando las viejas ciudades al oeste de aquélla. Sabía que esa parte estaba tan poblada como la costa; pero, por la descripción del forastero, su plantación debía encontrarse a más de cuatrocientos kilómetros hacia el interior, al noroeste de Savannah, a poca distancia del río Chattahoochee. Gerald sabía que, al norte y al otro lado del río, el territorio estaba aún en poder de los indios iroqueses: por este motivo oyó con estupor al forastero burlarse de los temores acerca de las desavenencias con los indios y contar cómo en el nuevo país se extendían las ciudades y prosperaban las plantaciones.

Una hora después, cuando la conversación empezó a languidecer, Gerald, con una astucia que hacía creer en la inocencia de sus brillantes ojos azules, propuso una partida. A medida que avanzaba la noche y las bebidas se sucedían, los demás jugadores fueron abandonando la partida, dejando que contendiesen Gerald y el forastero. Este apostó todas sus fichas y puso a continuación la escritura de propiedad de la plantación. Gerald empujó todas sus fichas y apostó por añadidura su cartera. Que el dinero que contenía fuera casualmente de la razón social O'Hara Hermanos, no inquietaba su conciencia hasta el punto de confesarlo antes de la misa de la mañana siguiente. Sabía lo que quería, y cuando Gerald quería algo lo conquistaba por el camino más corto. Además tenía tal fe en su destino y en los cuatro doses que ni por un momento se preguntó cómo restituiría el dinero si se echaran sobre la mesa cartas mejores.

—No es negocio su ganancia; y me alegro de no tener que pagar más contribuciones allá —suspiró el poseedor de un trío de ases pidiendo pluma y tintero—. La casa grande se incendió hace un año y en los campos crecen malezas y pinos. Pero ya son suyos...

—No mezcles nunca las cartas con el whisky, como no hayas sido destetado con aguardiente irlandés —dijo gravemente aquella noche Gerald a Pork, mientras éste le ayudaba a acostarse. Y el criado, que había empezado a chapurrear el dialecto irlandés por admiración a su amo, le respondió en una extraña combinación de jerga negra y de dialecto del condado de Meath que hubiera confundido a cualquiera excepto a ellos dos.

El fangoso río Flint, que corría silencioso entre murallas de pinos y encinas cubiertas de retorcidas vides silvestres, rodeaba la nueva tierra de Gerald como un brazo curvado. Erguido en la pequeña cima sobre la cual había estado en un tiempo la casa, veía aquella gran barrera verde que representaba la agradable evidencia de su posesión, como si fuese una cerca construida por él mismo para señalar su propiedad. Firme sobre los cimientos ennegrecidos de la casa quemada, contemplaba la gran avenida de árboles que conducía al camino y juraba ruidosamente con una alegría demasiado profunda para permitirle una plegaria de acción de gracias. Aquellas dos líneas paralelas de árboles frondosos eran suyas, suyo aquel prado abandonado, invadido por la cizaña que crecía sin trabas bajo los jóvenes magnolios. Los campos incultos tachonados de pinos y de malezas espinosas, que a los cuatro lados extendían, lejana, su quebrada superficie de arcilla rojiza, pertenecían a Gerald O'Hara..., eran todos suyos, porque él poseía un obstinado cerebro irlandés, y el valor de apostar todo en una jugada de cartas. Gerald cerró los ojos y, en el silencio de aquellos eriales, sintió que había llegado al hogar. Allí, bajo sus pies, surgiría una casa de ladrillos

enjalbegados. Al otro lado del camino se harían nuevas cercas que encerrarían rollizo ganado y caballos de raza; y la rojiza tierra que descendía desde la ladera de la colina a la fértil orilla del río resplandecería al sol como un edredón: ¡algodón, hectáreas y hectáreas de algodón! La fortuna de los O'Hara volvería a surgir.

Con una pequeña cantidad que sus hermanos le prestaron con escaso entusiasmo y con una bonita suma obtenida por la hipoteca del terreno, Gerald adquirió los primeros braceros y se fue a vivir a Tara en soledad de soltero en la casita de cuatro aposentos del mayoral, hasta el día en que se levantaron los blancos muros de Tara.

Desbrozó los campos, plantó algodón y volvió a pedir un préstamo a James y a Andrew para comprar más esclavos.

Los O'Hara eran como una tribu unida, ligada en la prosperidad y en el infortunio, no por excesiva afección familiar, sino porque habían aprendido durante los años dolorosos que una familia debe, para poder sobrevivir, presentar al mundo un frente compacto. Prestaron el dinero a Gerald y, en los años siguientes, aquel dinero volvió a ellos con intereses. Gradualmente, la plantación se ensanchó, porque Gerald compró más hectáreas situadas en las cercanías; y con el tiempo la casa blanca llegó a ser una realidad en vez de un sueño.

Los esclavos construyeron un edificio pesado y amplio, que coronaba la cima herbosa dominando la verde pendiente que descendía hasta el río; a Gerald le agradaba mucho porque aun siendo nuevo tenía un aspecto añejo. Las vetustas encinas que habían visto pasar bajo su follaje a los indios circundaban la casa con sus gruesos troncos y elevaban sus ramas sobre la techumbre con densa umbría. En el prado, limpio de cizaña, crecieron tréboles y una hierba para pasto que Gerald procuró fuese bien cuidada. Desde la avenida de los cedros que conducía a las blancas cabanas del barrio de los esclavos, todo el contorno de Tara tenía un aspecto de solidez y estabilidad, y cuando Gerald galopaba por la curva de la carretera y veía entre las ramas verdes el tejado de su casa, su corazón se henchía de orgullo como si lo viese por primera vez.

Todo era obra suya, del pequeño, terco y tumultuoso Gerald. Estaba en magníficas relaciones con todos sus vecinos del condado menos con los Macintosh, cuyas tierras confinaban con las suyas a la izquierda, y con los Slattery, cuya hectárea de terreno se extendía a la derecha junto a los pantanos, entre el río y la plantación de John Wilkes.

Los Macintosh eran escoceses, irlandeses y orangistas; y, aunque hubiesen poseído toda la santidad del calendario católico, su linaje estaba maldito para siempre a los ojos de Gerald. Verdad era que vivían en Georgia desde hacía setenta años o más y, anteriormente, habían vivido durante una generación en las dos Carolinas; pero el primero de la familia que había puesto el pie en las costas americanas procedía del Ulster, y esto era suficiente para Gerald.

Era una familia taciturna y altanera, cuyos miembros vivían estrictamente para ellos mismos, casándose con parientes suyos de Carolina; y Gerald no era el único que sentía antipatía por ellos, porque la gente del condado era cortés y sociable pero poco tolerante con quienes no poseían esas mismas cualidades. Los rumores que corrían sobre sus simpatías abolicionistas no aumentaban la popularidad de los Macintosh. El viejo Angus no había libertado jamás ni a un solo esclavo y había cometido la imperdonable infracción social de vender alguno de sus negros a los mercaderes de esclavos, de paso hacia los campos de caña de Luisiana; pero los rumores persistían.

—Es un abolicionista, no hay duda —hizo observar Gerald a John Wilkes—. Pero en un orangista, cuando un principio es contrario a la avaricia escocesa, se viene abajo.

Los Slattery eran cosa diferente. Pertenecientes a los blancos pobres, no se les concedía siquiera el envidioso respeto que la independencia de Angus Macintosh conseguía forzosamente de las familias vecinas. El viejo Slattery, que permanecía desesperadamente aferrado a sus escasas hectáreas de terreno, a pesar de las constantes ofertas de Gerald y de John Wilkes, era inútil y quejumbroso. Su esposa, una mujer desgñada de aspecto enfermizo y pálido, era la madre de una prole de chicos ceñudos y conejiles que aumentaba cada año. Tom Slattery no poseía esclavos; él y sus dos hijos mayores cultivaban a ratos sus pocas hectáreas de algodón, mientras la mujer y los

hijos menores atendían lo que se suponía una huerta. Pero de todos modos el algodón se malograba siempre y la huerta, a causa de los constantes embarazos de la señora Slattery, no producía lo suficiente para nutrir su rebaño.

El ver a Tom Slattery haraganeando ante los porches de sus vecinos, mendigando semillas de algodón o un trozo de tocino «para salir adelante», era cosa frecuente. Slattery odiaba a sus vecinos con toda la poca energía que poseía, percibiendo su desprecio bajo la cortesía aparente. Y odiaba especialmente a los «negros engreídos de los ricos». Los esclavos negros del condado se consideraban superiores a los pobretones blancos y su visible desprecio le hería, así como su más segura posición en la vida excitaba su envidia. En contraste con su propia existencia miserable, ellos estaban bien alimentados, bien vestidos y cuidados cuando eran viejos o estaban enfermos. Se sentían orgullosos del buen nombre de sus amos y, la mayor parte de ellos, de pertenecer a gente de calidad, mientras que él era despreciado por todos. Tom Slattery podía haber vendido su granja por el triple de su valor a cualquier plantador del condado. Éstos hubieran considerado bien gastado el dinero que librase a la comunidad de un indeseable; pero él prefería quedarse y vivir miserablemente del provecho de una bala de algodón, y de la caridad de sus vecinos.

Con el resto del condado Gerald mantenía relaciones de amistad, y con algunos de sus vecinos, de intimidad. Los Wilkes, los Calvert, los Tarleton, los Fontaine, todos sonreían cuando la figurilla del irlandés sobre el gran caballo blanco galopaba por sus carreteras y le hacían señas para que vaciase grandes copas en las que echaban una buena cantidad de aguardiente de maíz sobre una cucharadita de azúcar y una ramita de menta picada. Gerald era simpático y los vecinos se enteraban con el tiempo de lo que los niños, los negros y los perros descubrían a primera vista, esto es, que detrás de su voz retumbante y de sus modales truculentos se escondía un buen corazón, un oído acogedor y servicial y una cartera abierta a todos.

Su llegada tenía lugar siempre entre un tumulto de perros que ladraban y de negritos que gritaban, corriendo a su encuentro, disputándose el privilegio de sujetar su caballo y retorciéndose y gesticulando al oír sus afables insultos. Los niños blancos querían sentarse sobre sus rodillas para que les hiciese el caballito, mientras él denunciaba a los mayores la infamia de los políticos yanquis; las hijas de sus amigos le confiaban sus asuntos amorosos y los jovencitos de la vecindad, que temían confesar a sus padres sus deudas de honor, encontraban en él un amigo en la necesidad.

—¿Cómo tienes esa deuda desde hace un mes, bribón? —les gritaba—. ¡Por Dios! ¿Por qué no me has pedido el dinero antes?

Su ruda manera de hablar era demasiado conocida para que nadie se ofendiese; y el jovencito se limitaba a sonreír burlonamente, respondiendo avergonzado:

—Bueno, es que no quería molestarle, y mi padre...

—Tu padre es un buen hombre; generoso, pero un poco rígido; toma esto y que no te vuelva a ver por aquí.

Las mujeres de los plantadores fueron las últimas en capitular. Pero la señora Wilkes («una gran señora que posee el raro don del silencio», como la definía Gerald) dijo una tarde a su marido después de haber visto desaparecer entre los árboles el caballo de Gerald: «Tiene una manera ordinaria de hablar, pero es un caballero.» Gerald había triunfado definitivamente.

No se daba cuenta de que había tardado cerca de diez años en triunfar, pues jamás se le ocurrió que sus vecinos le hubieran mirado con recelo al principio. A su juicio era indudable que lo había logrado desde el primer momento en que puso los pies en Tara.

Cuando Gerald cumplió cuarenta y tres años (tan robusto de cuerpo y coloradote de cara que parecía uno de esos nobles cazadores que aparecen en los grabados deportivos) se le ocurrió que, por queridos que le fuesen Tara y la gente del condado, por abiertos que tuviesen el corazón y la casa para él, no era bastante. Necesitaba una mujer.

Tara reclamaba una dueña. El grueso cocinero, un negro del corral elevado a aquel puesto por necesidad, no tenía jamás a tiempo las comidas; y la criada, que antes trabajaba en el campo, dejaba

que el polvo se acumulase sobre los muebles y no tenía nunca un paño de limpieza a mano, así que la llegada de huéspedes era siempre motivo de mucho jaleo y barahúnda. Pork, el único negro educado de la casa, tenía a su cargo la vigilancia general de los otros sirvientes, pero se había vuelto también perezoso y descuidado después de varios años de presenciar la manera de vivir descuidada de Gerald. Como criado tenía en orden el dormitorio de Gerald y como mayordomo servía a la mesa con dignidad y estilo; pero, aparte de esto, dejaba que las cosas siguiesen su curso. Con un infalible instinto africano, todos los negros habían descubierto que Gerald ladraba pero no mordía y se aprovechaban de ello vergonzosamente. Estaba siempre amenazando con vender los esclavos y con azotarlos terriblemente, pero jamás fue vendido un esclavo de Tara y sólo uno de ellos fue azotado, castigo que le administraron por no haber cepillado el caballo favorito de Gerald después de una larga jornada de caza.

Los ojos azules de Gerald observaban lo bien cuidadas que estaban las casas de sus vecinos y con qué facilidad dirigían a sus sirvientes las señoras de cabellos repeinados y de crujientes faldas. Él no sabía el trajín que tenían aquellas mujeres desde el alba hasta medianoche, consagradas a la vigilancia de la cocina, a la crianza, a la costura y al lavado. Veía únicamente los resultados exteriores y éstos le impresionaban.

La urgente necesidad de una esposa se le apareció claramente una mañana mientras se vestía para ir a caballo a la ciudad a asistir a una vista en la Audiencia. Pork sacó su camisa plisada preferida, tan torpemente zurcida por la doncella que sólo su criado hubiera podido ponérsela.

—Señor Gerald —dijo Pork, agradecido, doblando la camisa mientras Gerald se enfurecía—, lo que usted necesita es una esposa, una esposa que le traiga muchos negros a la casa.

Gerald regañó a Pork por su impertinencia, pero comprendió que tenía razón. Necesitaba una mujer y necesitaba hijos; y si no se apresuraba a tenerlos sería demasiado tarde. Pero no quería casarse con la primera que se presentase, como había hecho el señor Calvert, que había dado su mano a la institutriz inglesa de sus hijos, huérfanos de madre. Su mujer debía ser una señora, una verdadera señora, digna y elegante, como la señora Wilkes, y capaz de dirigir Tara como la señora Wilkes regía su propiedad.

Pero en las familias del condado se presentaban dos dificultades en el sistema matrimonial. La primera era la escasez de jóvenes casaderas. La segunda, más seria, era que Gerald era un «hombre nuevo», a pesar de sus diez años de residencia, y además un extranjero. No se sabía nada de su familia. Aun siendo menos inexpugnable que la aristocracia de la costa, la sociedad de Georgia septentrional no habría admitido jamás que una de sus hijas se casase con un hombre cuyo abuelo era un desconocido.

Gerald sabía que a pesar de la simpatía sincera de los hombres del condado, con los que cazaba, bebía y hablaba de política, no habría podido casarse con la hija de ninguno de ellos. Y no quería que se pudiese murmurar durante la sobremesa de la cena acerca de que este o aquel padre había negado a Gerald O'Hara, lamentándolo mucho, permiso para hacer la corte a su hija. No por esto se sentía Gerald inferior a sus vecinos. Nada podría hacerle sentirse inferior a ninguno. Era sencillamente una costumbre inveterada en el condado que las hijas se casaran únicamente entre familias que llevaran viviendo en el Sur mucho más de veinte años y que durante todo aquel tiempo hubiesen sido propietarias de tierras y de esclavos, entregándose únicamente a los vicios elegantes de la sociedad.

—Prepara el equipaje. Nos vamos a Savannah —dijo a Pork—. Y si te oigo decir «¡Punto en boca!» o «¡Vaya!» una sola vez, te vendo, porque ésas son palabras que rara vez empleo.

James y Andrew habrían podido ciertamente darle algunos consejos sobre el asunto del matrimonio; y quizás entre sus viejos amigos podía haber alguna hija que reuniese las condiciones deseadas y que lo encontrase aceptable como marido. Sus hermanos escucharon pacientemente su historia, pero le dieron pocas esperanzas. No tenían en Savannah parientes a los que recurrir, porque ambos estaban ya casados cuando llegaron a Estados Unidos. Y las hijas de sus viejos amigos se habían casado hacía tiempo y tenían ya hijos.



—Tú no eres un hombre rico ni perteneces a una gran familia —dijo James.

—He llegado a ser rico y podré formar una gran familia. Y no quiero casarme con una cualquiera.

—Vuelas muy alto —replicó Andrew secamente.

Pero hicieron lo que pudieron por Gerald. Eran viejos y estaban bien situados. Tenían muchos amigos y durante un mes llevaron a Gerald de casa en casa, a cenas, bailes y meriendas.

—Sólo hay una que me agrada —dijo finalmente Gerald—. Y ésa no había nacido aún cuando desembarqué aquí.

—¿Y quién es?

—La señorita Ellen de Robillard —dijo Gerald, aparentando indiferencia, porque los ojos negros y ligeramente oblicuos de Ellen de Robillard habían despertado algo más que su atención. A pesar de sus modales de una desconcertante apatía, tan extraña en una muchacha de quince años, le había fascinado. Por otra parte, Ellen tenía generalmente un aspecto de desesperación que le llegaba al corazón y le hacía ser más amable con ella de lo que lo había sido en toda su vida con nadie.

—¡Pero si podrías ser su padre!

—¡Estoy en la flor de la vida! —exclamó Gerald, picado.

James habló con calma:

—Escúchame, Jerry<sup>5</sup>, no hay muchacha en todo Savannah con la que puedas tener menos probabilidades de casarte. Su padre es un Robillard; y estos franceses son orgullosos como Lucifer. Y su madre, ¡Dios la tenga en la gloria!, era lo que se dice una verdadera gran señora.

—No me importa —se obstinó Gerald—. Además, su madre ha muerto y el viejo Robillard me aprecia.

—Como hombre, sí; pero como yerno, no.

—Y la muchacha no te aceptará, de todas maneras —intervino Andrew—. Hace ahora un año estuvo enamorada de ese pollo alocado, primo suyo, Philippe de Robillard, a pesar de que su familia ha estado día y noche detrás de ella para hacerla desistir.

—Se marchó el mes pasado a Luisiana.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —contestó Gerald, quien no deseaba descubrir que Pork le había proporcionado aquella valiosa información ni que Philippe se había marchado al Oeste por expreso deseo de su familia—. Además, no creo que esté tan enamorada como para no poder olvidarle. Quince años son muy poco para saber mucho de amor.

—Preferirán para ella a ese impetuoso primo, antes que a ti.

Por eso James y Andrew se quedaron tan admirados como todos cuando les llegó la noticia de que la hija de Pierre de Robillard iba a casarse con el pequeño irlandés que no era del país. Savannah murmuró de puertas adentro, haciendo comentarios acerca de Philippe de Robillard, que había marchado al Oeste; pero los chismes no obtuvieron respuesta. Fue siempre para todos un misterio el que la hija más bonita de los Robillard se casara con aquel turbulento hombrecillo de rostro colorado que apenas le llegaba al hombro.

El propio Gerald no supo nunca del todo cómo ocurrió el hecho. Sólo supo que se había operado un milagro. Y por única vez en su vida se sintió humilde cuando Ellen, palidísima pero tranquila, le puso su blanca mano sobre el brazo y le dijo: «Me casaré con usted, señor O'Hara.»

Los Robillard, estupefactos, se enteraron en parte de la respuesta; pero sólo Ellen y su Mamita supieron toda la historia de aquella noche en que la joven sollozó hasta el amanecer como una niña con el corazón destrozado, levantándose por la mañana con el ánimo sereno.

---

<sup>5</sup> Diminutivo de Gerald. (*N. de los T.*)

Con un presentimiento, Mamita llevó a su joven señora un paquetito enviado desde Nueva Orleans, con la dirección escrita con letra desconocida; el paquetito contenía una miniatura de Ellen, que ella dejó caer al suelo con un grito; cuatro cartas escritas de su puño y letra a Philippe de Robillard y otra breve de un sacerdote de Nueva Orleans, anunciándole la muerte de su primo en una riña de taberna.

—Le hicieron marcharse mi padre, Pauline y Eulalie. Le hicieron marcharse, sí. Los odio, los odio a todos. No quiero verlos más. Quiero irme. Quiero irme adonde no pueda verlos más, ni a ellos ni esta ciudad, ni nada que me recuerde... a él.

Y, cuando acababa la noche, Mamita, que también había llorado inclinada sobre la *cabeza* morena de su ama, dijo a modo de protesta:

—¡Pero tú no puedes hacer eso, tesoro!

—Lo haré. Es un hombre bueno. Lo haré o entraré en el convento de Charleston.

Fue la amenaza del convento lo que hizo finalmente ceder a Pierre de Robillard, trastornado y afligido. Era un fiel presbiteriano, aunque su familia fuese católica, y la idea de que su hija se hiciese monja le resultaba más penosa que su casamiento con Gerald O'Hara. Después de todo, contra éste no tenía nada, como no fuese su falta de familia.

Así, Ellen, que ya no era Robillard, volvió la espalda a Savannah para no regresar nunca más y viajó hacia Tara con un marido de mediana edad, Mamita y veinte «negros de la casa».

Al siguiente año nació su primera hija, a la que bautizaron con el nombre de Katie Scarlett, como la madre de Gerald. Éste se desilusionó, porque esperaba un hijo; aunque, sin embargo, le agradó su morena hijita lo suficiente para servir ron a todos los esclavos de Tara y beber él también con ruidosa alegría.

Nadie supo jamás si Ellen lamentó alguna vez su decisión de casarse con él, y menos que nadie Gerald, que reventaba casi de orgullo cada vez que la miraba. Ella había borrado de su mente a Savannah y sus recuerdos cuando abandonó aquella graciosa y acogedora ciudad y, desde el momento en que llegó al condado, Georgia del Norte se convirtió en su patria.

Cuando salió para siempre de casa de su padre, dejó una mansión de líneas tan bellas y esbeltas como las de un cuerpo de mujer, como las de un navio a toda vela; una casa pintada con un rosado estuco, construida al estilo colonial francés, que se levantaba con delicada traza, y accesible por unas escaleras de caracol con barandillas de hierro forjado tan finas como encaje; una casa rica y graciosa, pero algo altiva.

Había abandonado no sólo la airosa morada, sino también toda la civilización que existía dentro de aquel edificio; se encontraba en un mundo tan extraño y distinto como si hubiera arribado a otro continente.

La Georgia septentrional era una región escarpada, habitada por gentes ásperas. Desde lo alto de la meseta, al pie de la cordillera de las Blue Ridge Mountains, veía hacia dondequiera que mirase colinas rojizas, con enormes picos de granito y esbeltos pinos que se alzaban umbrosos por doquier. Todo parecía selvático y bravío a sus ojos acostumbrados a la costa y a la tranquila belleza de las islas tapizadas de musgo gris y verde, con las blancas fajas de sus playas abrasadas bajo el sol semitropical y las vastas perspectivas de tierra arenosa tachonada de palmeras.

Era aquella de Georgia una región que conocía lo mismo el frío invernal que el calor del verano; y en la gente había un vigor y una energía que la sorprendían, Eran personas buenas, corteses, generosas, de carácter afable, pero resueltas, viriles y propensas a la ira.

Los habitantes de la costa que ella había abandonado se vanagloriaban de tomar todos sus asuntos, incluso los duelos y contiendas, con actitud indolente, pero estos de Georgia del Norte tenían una veta de violencia. En la costa, la vida se había suavizado; aquí era juvenil, vigorosa y nueva.

Todas las personas que Ellen había conocido en Savannah estaban cortadas por el mismo patrón; eran parecidísimos sus puntos de vista y sus tradiciones; aquí, la gente era de una gran

variedad. Los colonos de Georgia del Norte venían de lugares muy diversos: de otras partes de Georgia, de las Carolinas, de Virginia, de Europa y del Norte. Algunos, como Gerald, eran gente nueva en busca de fortuna. Otros, como Ellen, eran miembros de viejas familias que encontraron la vida insoportable en sus antiguos hogares y habían buscado refugio en tierras distantes. Muchos se habían trasladado sin otra razón que la sangre inquieta de sus padres exploradores, que corría aún, vivificante, por sus venas.

Esta gente, llegada de lugares muy diversos y de muy distintos ambientes, daba a la vida entera del condado una falta de formulismo que para Ellen era completamente nueva y a la que no consiguió nunca acostumbrarse por completo. Sabía instintivamente cómo hubiera obrado la gente de la costa en cualquier circunstancia. Allí no consiguió nunca descubrir lo que habría hecho un georgiano del Norte.

Todos los negocios de la región prosperaban rápidamente, en una ola que rodaba hacia el Sur. Todo el mundo pedía algodón y la tierra nueva de la comarca, fértil y lozana, lo producía en abundancia. El algodón era el latir del corazón de la comarca; la siembra y la recolección eran la sístole y la diástole de la rojiza tierra. De los surcos sinuosos brotaba la riqueza y también la arrogancia creada por las verdes matas y las hectáreas de blanco vellón. Si éste los había hecho ricos en una generación, ¡cuánto más lo haría en la próxima!

La seguridad del mañana daba placer y entusiasmo por la vida; y la gente del condado gozaba de la existencia con una sinceridad que Ellen no comprendió jamás. Tenían dinero bastante y los suficientes esclavos para que les quedase tiempo de divertirse; y les gustaba el juego. Parecían no estar nunca ocupados; no dejaban de asistir a una partida de pesca o de caza o a una carrera de caballos; y no pasaba apenas una semana sin barbacoa o baile.

Ellen no quiso nunca, o no pudo, llegar a ser por completo como ellos (había dejado en Savannah mucho de sí misma), pero los respetaba, y con el tiempo aprendió a admirar la franqueza y la rectitud de aquella gente, muy poco reticente y que valoraba a un hombre por lo que era.

Llegó a ser la vecina más querida del condado. Era un ama de casa ahorrativa y afable, una buena madre y una esposa fiel. El dolor egoísta que habría dedicado a la Iglesia lo consagró, en lugar de a ella, al servicio de sus hijos, de su casa y del hombre que la había arrancado de Savannah y de sus recuerdos sin hacerle jamás una pregunta.

Cuando Scarlett tuvo un año (más sana y fuerte de lo que una niña tiene derecho a ser, según Mamita) nació la segunda hija de Ellen, bautizada con los nombres de Susan Elinor, pero a la que llamaban siempre Suellen; y a su debido tiempo vino Carreen, inscrita en la Biblia familiar como Caroline Irene. Las siguieron tres muchachos, que murieron antes de haber aprendido a andar; tres niños que ahora yacían bajo los retorcidos cedros, en el cementerio, a cien metros de la casa, bajo tres lápidas, cada una de las cuales llevaba el nombre de «Gerald O'Hara Jr.».

Desde el día en que Ellen llegó a Tara, el lugar había ido transformándose. Aunque ella sólo tenía quince años, estaba no obstante preparada para las responsabilidades de una dueña de plantación. Antes del matrimonio, las muchachas tenían que ser, sobre todo, dulces, amables, bellas y decorativas; pero después de casadas debían regir una casa con cien personas o más, entre blancos y negros; y con vistas a esto eran educadas.

Ellen había recibido la preparación para el matrimonio que se da a toda señorita de buena familia; y además tenía a Mamita, que con su energía era capaz de galvanizar al negro más holgazán. Pronto impuso orden, dignidad y gracia en la casa de Gerald y dio a Tara una belleza que antes no había tenido nunca.

La casa fue construida sin seguir ningún género de plan arquitectónico, y le añadían cuartos donde y cuando iban siendo necesarios; pero, con el cuidado y la atención de Ellen, adquirió un encanto especial que provenía, justamente, de su falta de diseño. La avenida de cedros que conducía del camino principal a la casa, aquella avenida sin la que ninguna casa de plantadores georgianos hubiera estado completa, tenía una sombra densa y fresca que daba mayor viveza y esplendor, por contraste, al verde de los otros árboles. La enredadera que caía sobre las terrazas resaltaba brillante

sobre los ladrillos enjalbegados; y se unía con las rosadas y retorcidas ramas del mirto junto a la puerta y con las blancas flores de los magnolios, en la explanada, disimulando en parte las feas líneas de la casa.

En primavera y verano, el trébol y el pasto del prado se tornaban de un color esmeralda, de un esmeralda tan seductor que representaba una tentación irresistible para las bandadas de pavos y de gansos que debían vagar únicamente por la parte trasera de la casa. Los más viejos de la bandada se desviaban continuamente en clandestinos avances hacia la explanada delantera, atraídos por el verde de la hierba y la sabrosa promesa de los capullos y de los macizos sembrados. Contra sus latrocinios se había instalado bajo el pórtico delantero un pequeño centinela negro. Armado con una toalla andrajosa, el negrito, sentado en los escalones, formaba parte del cuadro de Tara; y era muy desgraciado, porque le estaba prohibido tirar a las aves y debía limitarse solamente a agitar la toalla y a gritar «¡Sos!» para espantarlas.

Ellen adiestró en aquella tarea a docenas de negritos; era el primer puesto de responsabilidad que desempeñaba un esclavo en Tara. Cuando cumplían diez años, eran enviados al viejo Daddy, el zapatero de la plantación, para aprender su oficio; o a Amos, el carpintero y carrero; o a Philippe, el vaquero; o a Cuffee, el mozo de muías. Si no mostraban aptitudes para ninguno de estos oficios, trabajaban en el campo, y, en opinión de los negros, habían perdido sus derechos a cualquier posición social.

La vida de Ellen no era fácil ni feliz; pero ella no había esperado que fuese fácil, y, en cuanto a la felicidad, era aquél su destino de mujer. El mundo pertenecía a los hombres, y ella lo aceptaba así. El hombre era el dueño de la prosperidad, y la mujer la dirigía. El hombre se llevaba el mérito de la gerencia y la mujer encomiaba su talento. El hombre mugía como un toro cuando se clavaba una astilla en un dedo y la mujer sofocaba sus gemidos en el parto por temor a molestarle. Los hombres eran ásperos al hablar y se emborrachaban con frecuencia. Las mujeres ignoraban las brusquedades de expresión y metían en la cama a los borrachos, sin decir palabras agrias. Los hombres eran rudos y francos, y las mujeres, siempre buenas, afables e inclinadas al perdón.

Ella había sido educada en las tradiciones de las grandes señoras, a quienes se les enseñaba a soportar su carga conservando su encanto; y pensaba que sus tres hijas llegarían a ser también grandes señoras. Con las dos más jóvenes lo había conseguido, porque Suellen ansiaba tanto ser atractiva que prestaba oídos atentos y obedientes a las enseñanzas de su madre, y Carreen era tímida y fácil de guiar. Pero Scarlett, verdadera hija de Gerald, encontró áspero el camino del señorío.

Ante la indignación de Mamita, prefería compañeros de juego que no fuesen sus formales hermanitas o las bien educadas niñas de los Wilkes, sino los negritos de la plantación y los chicos de la vecindad; y sabía trepar a un árbol o tirar una piedra tan bien como cualquiera de ellos. Mamita estaba muy disgustada con que una hija de Ellen manifestara tales inclinaciones, y con frecuencia la conjuraba a que «se portase como una señora». Pero Ellen tomaba el asunto con una actitud más tolerante y previsor. Sabía que los compañeros de infancia serían, años después, sus pretendientes, y el primer deber de una muchacha era casarse. Se decía a sí misma que la niña estaba simplemente llena de vida y que habría tiempo de enseñarle las artes y gracias precisas para resultar atractiva a los hombres.

A tal fin encaminaron Ellen y Mamita sus esfuerzos, y, cuando Scarlett creció, se hizo una buena alumna en esa materia; pero no aprendió casi ninguna otra cosa. A pesar de una serie de institutrices y de dos años en la cercana Academia Femenina de Fayetteville, su educación era muy incompleta; sin embargo ninguna muchacha del condado bailaba con más gracia que ella. Sabía ronreír haciendo resaltar los hoyuelos de su rostro; caminar anadeando para que las amplias faldas de su miriñaque oscilaran fascinantes; sabía mirar a un hombre a la cara y bajar después los ojos pestañeando rápidamente, de modo que pareciese el temblor de una dulce emoción. Pero sobre todo aprendió a ocultar a los hombres una inteligencia aguda bajo un rostro tan dulce y tierno como el de un niño.

Ellen, con amonestaciones en tono suave, y Mamita, con sus constantes censuras, trataban de inculcar en ella las cualidades que la habrían de hacer verdaderamente deseable como esposa.

—Debes ser más amable, querida, más sosegada —decía Ellen a su hija—. No debes interrumpir a los caballeros que te hablen, aunque creas saber más que ellos sobre el asunto de que traten. A los caballeros no les gustan las muchachas demasiado desenvueltas.

—Las señoritas tontas que presumen mucho y dicen «quiero esto, no quiero aquello» pueden dar por seguro que no encontrarán marido —profetizaba Mamita con enfado—. Las muchachas deben bajar los ojos y decir «Sí, señor», «Está muy bien lo que usted dice, señor».

Entre las dos le enseñaron todo lo que una señorita bien nacida debía saber, pero ella aprendió solamente los signos exteriores de la urbanidad. No aprendió nunca la gracia interior de la que esos signos deben brotar: no la aprendió nunca ni vio la necesidad de aprenderla. Con las apariencias bastaba, porque sus apariencias señoriles le atraían cortejadores, y ella no deseaba más. Gerald se jactaba de que su hija era la mayor beldad de los cinco condados, lo cual era, en parte, verdad, pues le habían hecho proposiciones matrimoniales casi todos los jóvenes de las cercanías y de muchos lugares tan lejanos como Atlanta y Savannah.

A los dieciséis años, gracias a Mamita y a Ellen, Scarlett parecía dulce, encantadora y vivaracha; pero era, en realidad, caprichosa, presumida y terca. Tenía las pasiones fácilmente excitables de su padre irlandés, y nada, excepto una tenue capa exterior, del carácter desinteresado e indulgente de su madre. Ellen no se dio jamás completamente cuenta de que era sólo una capa, pues Scarlett le ponía siempre su mejor cara a su madre, ocultando sus travesuras, refrenando su temperamento y mostrándose en presencia de Ellen lo más suave que podía, porque su madre sabía, con una sola mirada de reproche, hacerla llorar. Pero Mamita no se hacía ilusiones sobre ella, y estaba constantemente alerta a las grietas de aquella capa. Los ojos de Mamita eran más agudos que los de Ellen, y Scarlett no recordaba nunca haberla podido engañar por mucho tiempo.

No es que estas dos guías afectuosas deplorasen la alegría, la vivacidad y la fascinación y el hechizo de Scarlett. Éstos eran rasgos de los que las mujeres del Sur se enorgullecían. Era el carácter terco e impetuoso de Gerald lo que las preocupaba en ella, y a veces temían que no pudieran ocultarse sus cualidades nocivas antes de que hiciese un buen matrimonio.

Pero Scarlett se proponía casarse, y casarse con Ashley, y le interesaba aparecer recatada, dócil y frívola, si es que éstas eran las cualidades que atraían a los hombres. No sabía por qué les gustaban a los hombres. Sólo sabía que tales métodos eran los que tenían éxito. Nunca le interesó tanto aquello como para intentar buscar la razón que lo motivaba, porque ignoraba el interior de los seres humanos y, por tanto, el suyo propio. Sabía únicamente que si ella decía «esto es así», los hombres invariablemente respondían «así es». Era como una fórmula matemática y sin mayor dificultad, porque las matemáticas habían sido la única materia que le pareció fácil a Scarlett en su época de colegiala.

Si conocía poco la idiosincrasia masculina, conocía aún menos la femenina, pues las mujeres le interesaban poco. No había tenido jamás una amiga ni sentido su necesidad. Para ella, todas las mujeres, incluso sus dos hermanas, eran enemigas naturales que perseguían la misma presa: el hombre.

Todas las mujeres, excepto una: su madre.

Ellen O'Hara era diferente, y Scarlett la consideraba como algo sagrado, aparte del resto del género humano. De niña, confundía a su madre con la Virgen María, y ahora que era mayor no veía motivo para cambiar de opinión. Para ella, Ellen representaba esa completa seguridad que sólo el Cielo o una madre pueden dar. Sabía que su madre era la personificación de la justicia, de la verdad, de la ternura afectuosa y del profundo saber: una gran señora.

Scarlett deseaba vivamente ser como su madre. La única dificultad era que, siendo justa y sincera, tierna y desinteresada, una se perdía la mayor parte de los goces de la vida y, sin duda, muchos cortejadores. Y la vida era demasiado breve para renunciar a tantas cosas agradables. Algún

día, cuando se hubiese casado con Ashley y fuese vieja, algún día, cuando tuviese tiempo, trataría de ser como Ellen. Pero hasta entonces...

#### 4

Aquella noche, durante la cena, Scarlett cumplió su misión de presidir la mesa en ausencia de su madre; pero su pensamiento estaba trastornado por la tremenda noticia que había oído acerca de Ashley y Melanie. Sentía un desesperado deseo de que su madre volviera de casa de los Slattery, porque sin ella se sentía perdida y sola. ¿Qué derecho tenían los Slattery, con sus eternas enfermedades, a sacar a Ellen de su casa, cuando Scarlett la necesitaba más?

Durante la triste comida, la voz ruidosa de Gerald continuó ensordeciéndola hasta el punto de hacérsele insoportable. Él había olvidado por completo su conversación de aquella tarde y continuaba una especie de monólogo sobre las últimas noticias de Fort Sumter, acompañándolo de puñetazos en la mesa y agitando los brazos en el aire.

Gerald tenía la costumbre de dominar la conversación a las horas de comer, y Scarlett, generalmente preocupada con sus propios pensamientos, apenas le oía; pero aquella noche podía oírle menos aún, ya que sólo estaba atenta al ruido del coche que anunciase la vuelta de Ellen. Ciertamente que no pensaba decir a su madre lo que tanto le pesaba en el corazón, porque a Ellen le disgustaría y apenaría el saber que una hija suya quería a un hombre comprometido con otra muchacha. Pero, en lo más recóndito de la primera tragedia de su vida, ansiaba el gran consuelo de la presencia de su madre. Sentíase siempre segura cuando Ellen estaba a su lado, pues no había nada, por doloroso que fuese, que Ellen no pudiese mejorar sólo con su presencia.

Se levantó repentinamente de la silla al oír rechinar ruedas en la avenida; pero volvió a sentarse cuando el ruido se perdió en el corral de detrás de la casa. No podía ser Ellen, porque ella se habría apeado frente a la escalinata. En la oscuridad del corral, se oyó un excitado vocerío de negros y una estridente risotada. Mirando por la ventana, Scarlett vio a Pork, que había salido de la estancia un momento antes, sosteniendo en alto un candelabro encendido, mientras que de un carro descendían varias figuras que no conseguía distinguir. Las risas y las palabras sonaron más fuertes en el aire de la noche; eran voces agradables, rústicas y descuidadas, guturalmente suaves y musicalmente agudas.

Los pies se fueron arrastrando hasta la escalera posterior, y cruzaron el pasadizo que conducía a la casa principal, deteniéndose en el vestíbulo, justamente a la puerta del comedor. Hubo una breve pausa de cuchicheos, y luego Pork entró sin su habitual dignidad, girando los ojos alegres y resplandeciendo sus blancos dientes.

—Señor Gerald —anunció entrecortadamente, con el orgullo de un novio en su rostro radiante—. Su nueva mujer ha llegado.

—¿Mi nueva mujer? Yo no he comprado ninguna mujer —declaró Gerald, fingiendo gran seriedad.

—¡Ya lo creo, señor Gerald, ya lo creo! Y ahora está ahí fuera, esperando hablar con usted —contestó Pork, con una risita y frotándose las manos con excitación.

—Bueno, que pase la novia —dijo Gerald.

Y Pork, volviéndose, hizo señas de que entrase a su mujer, recién llegada de la plantación de los Wilkes para formar parte de la servidumbre de Tara. Entró, y, detrás de ella, casi oculta en su voluminosa falda de indiana, iba una niña de doce años, incrustada entre las piernas de su madre.

Dilcey era alta y se mantenía derecha. Podía tener cualquier edad entre los treinta y los sesenta años, tan terso era su inmóvil rostro. La sangre india revelábase en sus facciones, dominando las características negras. El color rojo de su piel, su frente alta y estrecha, los pómulos salientes y la nariz aguileña, cuya punta se aplastaba sobre unos gruesos labios de negra, mostraban

la mezcla de las dos razas. Manteníase serena y andaba con una dignidad que superaba incluso a la de Mamita, porque ésta la había adquirido y Dilcey la llevaba en su sangre. Cuando hablaba, su voz no era tan estridente como la de la mayor parte de los negros, y escogía las palabras con más cuidado.

—Buenas noches, señoritas, señor Gerald. Siento mucho molestarlos, pero quería venir a darles las gracias por haberme comprado a mí y a mi niña. Muchos señores han querido comprarme, pero no querían comprar también a mi Prissy, y por eso, sobre todo, quiero darle las gracias. Me portaré lo mejor que pueda, para demostrarles que no lo olvido.

—¡Ejem, ejem! —tosió Gerald, aclarándose la garganta y sintiéndose apurado al ser sorprendido en un acto de bondad.

Dilcey se volvió a Scarlett, y algo como una sonrisa arrugó las comisuras de sus ojos.

—Señorita Scarlett, Pork me ha dicho que usted le había pedido a su papá que me comprase. Y por eso le voy a dar a usted mi Prissy, para que sea su doncella.

Se volvió e hizo adelantarse a la chiquilla. Era una criaturita morena, de piernas delgaduchas como las de un pajarito, y con una profusión de trencitas cuidadosamente arrolladas en tiesos bigudíes sobre su cabeza. Tenía unos ojos agudos e inteligentes que se fijaban en todo y una expresión estudiadamente estúpida en la cara.

—Gracias, Dilcey —replicó Scarlett—; pero me temo que Mamita tenga algo que objetar. Ha sido doncella mía desde que nací.

—Mamita se va haciendo vieja —dijo Dilcey con una calma que habría desesperado a Mamita—. Es una buena niñera, pero usted es ahora una señorita y necesita una buena doncella, y mi Prissy lo ha sido de la señorita India, hace ahora un año. Sabe coser y peina bien.

Animada por su madre, Prissy saludó con una rápida reverencia y sonrió a Scarlett, que no pudo por menos de devolverle la sonrisa. «Es lista la chiquilla», pensó; y dijo en alta voz:

—Gracias, Dilcey; ya veremos qué se hace cuando Mamita vuelva a casa.

—Gracias, señorita; les deseo buenas noches —dijo Dilcey; y, volviéndose, salió de la habitación con su niña, mientras Pork permanecía plantado en la estancia.

Levantada la mesa, Gerald reanudó su discurso, aunque con escasa satisfacción para él y para cuantos componían su auditorio. Sus estruendosas predicciones de guerra inmediata y sus declamatorias preguntas sobre si el Sur toleraría nuevos insultos de los yanquis, obtuvieron sólo débiles y aburridos «sí, papá» y «no, papá». Carreen, sentada en una banqueta bajo la gran lámpara, estaba embebida en la novela de una muchacha que había tomado el velo después de la muerte de su galán, y, con lágrimas silenciosas resbalando de sus ojos, se imaginaba, complacida, a sí misma con blanca toca. Suellen, bordando junto a lo que ella alegremente llamaba la «arqueta de su ajuar», pensaba si le sería posible separar a Stuart Tarleton de su hermana en la barbacoa del día siguiente, y en fascinarle con las dulces cualidades femeninas que ella poseía y Scarlett no.

Y Scarlett sentíase agitada, pensando en Ashley.

¿Cómo podía papá seguir hablando de Fort Sumter y de los yanquis, sabiendo que ella tenía el corazón destrozado? Como sucede a los jóvenes, la admiraba que la gente pudiese ser tan egoísta y olvidadiza de su dolor y que el mundo siguiese girando a pesar de su angustia.

Parecíale que su cabeza había sido trastornada por un ciclón y encontraba extraño que el comedor, donde se hallaban, siguiera *in* plácido, tan igual a como estaba siempre. La pesada mesa de caoba y los demás muebles, la vajilla de plata maciza, las alfombras de vivos colores sobre el brillante pavimento, todo estaba en su sitio, como si nada hubiese ocurrido. Era una estancia apacible y cómoda; generalmente, agradábanle a Scarlett las horas tranquilas que la familia pasaba allí, después de la cena; pero esta noche la odiaba, y de no haber temido las preguntas ruidosas de su padre, se hubiera deslizado por el vestíbulo oscuro hacia el gabinetito de su madre para desahogar su pena sobre el viejo sofá.

Aquél era el cuarto que Scarlett prefería de toda la casa. Allí se sentaba Ellen, por las mañanas, ante la gran escribanía, para llevar las cuentas de la plantación y escuchar los informes de Jonnas Wilkerson, el capataz. Allí también holgazaneaba la familia mientras la pluma de ave de Ellen garrapateaba en los libros: Gerald en la vieja mecedora y las muchachas sobre los mullidos cojines del sofá, demasiado usados para adornar las habitaciones principales.

Scarlett no deseaba ahora más que estar allí, a solas con Ellen, para descansar su cabeza en el regazo de su madre y llorar en paz. ¿Es que no iba a volver a casa Ellen?

Entonces crujieron ruedas sobre el enarenado camino y llegó al comedor el suave murmullo de la voz de Ellen despidiendo al cochero. Todo el grupo levantó la cabeza ansiosamente, y ella entró ligera, balanceando su miriñaque, con el rostro cansado y triste. Con ella penetró la tenue fragancia a verbena y limón que parecía desprenderse siempre de los pliegues de su vestidos, una fragancia que iba unida en la mente de Scarlett a la imagen de su madre. Mamita la seguía a corta distancia, con la bolsa de cuero en la mano, el labio inferior saliente y la frente baja. Mamita iba refunfuñando para sí, a medida que avanzaba, cuidando de que sus observaciones fuesen tan quedas que no se entendieran, aunque lo bastante fuertes para revelar su absoluta desaprobación. —Siento llegar tan tarde —dijo Ellen, quitándose de los hombros el chai de lana, dándoselo a Scarlett y acariciando sus mejillas.

El rostro de Gerald se iluminó como hechizado al entrar ella.

—¿Ha sido bautizado el mocoso? —preguntó.

—Sí, y ha muerto, la pobre criatura —dijo Ellen—. Temí que Emmie le siguiese, pero creo que vivirá.

Las caras de las muchachas se volvieron a ella, asustadas e interrogantes, mientras Gerald movía la cabeza filosóficamente.

—Bueno, mejor es que haya muerto el niño; pues, sin duda, el pobre huérfano...

—Es tarde. Mejor será que recemos ahora —interrumpió Ellen tan suavemente, que, si Scarlett no hubiese conocido tan bien a su madre, la interrupción habría pasado inadvertida.

Hubiera sido interesante saber quién era el padre del niño de Emmie Slattery, pero Scarlett comprendió que no sabría nunca la verdad si esperaba oírla de labios de su madre. Scarlett sospechaba de Jonnas Wilkerson, porque le había visto pasear frecuentemente por la carretera con Emmie, al anochecer. Jonnas era yanqui y soltero, y el hecho de ser capataz le impedía todo contacto con la vida social del condado. No había familia de alguna posición en la que hubiese podido entrar como marido, ni personas con las que pudiera relacionarse, excepto los Slattery u otra gentuza así. Como tenía una educación superior a la de los Slattery, era natural que no quisiera casarse con Emmie, aunque pasease con ella frecuentemente al caer la tarde.

Scarlett suspiró, pues su curiosidad era vivísima. Ante los ojos de su madre ocurrían siempre cosas a las que prestaba tan poca atención que era como si no hubieran sucedido. Ellen ignoraba todo lo que era contrario a sus ideas de corrección y trataba de inculcar los mismos principios a Scarlett, aunque con poco éxito.

Ellen se acercó a la repisa de la chimenea para coger su rosario de la cajita con incrustaciones en que lo guardaba siempre, cuando Mamita habló con firmeza:

—Señora Ellen, debe usted cenar algo antes de rezar.

—Gracias, Mamita; pero no tengo ganas.

—Iré yo misma a pedir algo y comerá usted —dijo Mamita con la frente arrugada por la indignación.

Y cruzó el vestíbulo hacia la cocina.

—¡Pork! —llamó—. Di a la cocinera que avive la lumbre. Ha vuelto la señora.



Mientras las maderas del pavimento crujían bajo su peso, el soliloquio que Mamita empezó a refunfuñar en el vestíbulo se hizo más fuerte, llegando claramente a los oídos de la familia en el comedor.

—Siempre he dicho que era inútil hacer nada por esos blancos pobretones. Son la gente más ingrata e incapaz que he visto. Y la señora Ellen no debería ocuparse ni afanarse en asistir a gente que no tienen negros que la cuide. Y como yo digo...

Su voz se alejó por el pasadizo, techado pero abierto lateralmente, que conducía a la cocina. Mamita tenía su método propio para dar a conocer exactamente a sus amos el pensamiento sobre cualquier asunto.

Sabía que la dignidad de los blancos quedaba rebajada si prestaban la más leve atención a lo que decía un negro que se iba refunfuñando. Sabía también que para salvaguardar aquella dignidad debían ignorar lo que refunfuñaba, aunque estuviera en la habitación contigua y casi gritase. Esto le evitaba toda reprimenda, y al mismo tiempo no les dejaba dudas sobre lo que ella opinaba de cualquier asunto.

Pork entró llevando una bandeja, platos y un mantel. Iba seguido de Jack, un negrito de diez años que se abrochaba de prisa una chaqueta de tela blanca con una mano y con la otra llevaba un mosquitero hecho de tiras de papel de periódico, atadas a un bastón más alto que él. Ellen tenía uno muy bonito, hecho de plumas de pavo real; pero éste se usaba sólo en ocasiones especiales y únicamente después de una lucha doméstica, debido a la obstinada convicción de Pork, Mamita y la cocinera, de que las plumas de pavo traían mala suerte.

Ellen se sentó en la silla que Gerald arrimó para ella, y cuatro voces la atacaron.

—Mamá, el encaje de mi traje nuevo de baile se ha roto y quiero ponérmelo mañana por la noche en la fiesta de Doce Robles. ¿Quieres hacer el favor de coserlo?

—Mamá, el vestido nuevo de Scarlett es más bonito que el mío; yo con el rosa parezco un espantajo. ¿Por qué no se pone ella el mío rosa y me deja llevar el suyo verde? Ella estará muy bien de rosa.

—Mamá, ¿quieres dejarme ir mañana por la noche al baile? Ya tengo trece años...

—Señora O'Hara, ¿quiere usted creerlo...? Chist, muchachas, ¡o si no cojo el látigo! Calvert ha estado esta mañana en Atlanta y dice... ¿Queréis callaros de una vez? ¡No oigo ni mi voz...! Y dice que todo el mundo anda trastornado y que no se habla más que de guerra; las milicias hacen la instrucción y están formando los regimientos. Y dice que, según las últimas noticias de Charleston, no quieren ya soportar más insultos de los yanquis.

La callada boca de Ellen sonrió en medio del tumulto; y antes que a los demás volvió la mirada a su marido, como debe hacer una buena esposa.

—Si la simpática gente de Charleston piensa así, estoy segura de que pronto pensaremos todos igual —dijo, porque estaba completamente convencida de que, a excepción de Savannah, la mayor parte de la gente bien nacida de todo el continente se encontraba en aquella pequeña ciudad marítima; opinión firmemente compartida por los charlestonianos.

—No, Carreen: el año próximo, querida. Entonces podrás ir a los bailes y llevar vestidos largos, ¡y cómo se divertirá mi niña de mejillas sonrosadas! No te enfades, tesoro. Puedes ir a la barbacoa y estar levantada hasta la hora de la cena; pero, hasta los catorce años, nada de bailes.

—Dame tu vestido, Scarlett. Arreglaré el encaje después de rezar.

—Suellen, querida, no me agrada ese tono. Tu vestido rosa es muy bonito y te va muy bien, como a Scarlett el suyo. Pero mañana por la noche puedes ponerte mi collar granate.

Suellen hizo por detrás de su madre un gesto de triunfo á Scarlett, que tenía proyectado pedir el collar para ella. Scarlett le sacó la lengua. Suellen era una hermana molesta, con sus lamentaciones y su egoísmo, y, si no hubiese sido por la mano de Ellen que la contuvo, Scarlett le hubiera tirado de las orejas.

—Ahora, señor O'Hara, dime qué te ha contado Calvert de Charleston —dijo Ellen.

Scarlett sabía que a su madre no le importaban nada la guerra ni la política, considerándolos asuntos de hombres en los que no debía inmiscuirse una mujer inteligente. Pero a Gerald le gustaba exponer sus ideas y Ellen trataba invariablemente de agradar a su marido.

Mientras Gerald lanzaba sus noticias, Mamita colocó los platos ante su ama: galletas, pechuga de pollo y un amarillo ñame abierto, humeante y goteando manteca derretida. Mamita pellizcó a Jack y éste se apresuró en su tarea, agitando lentamente el mosquitero de papel por delante y por detrás de Ellen. Mamita permaneció junto a la mesa observando cada cucharada que su señora se llevaba del plato a la boca, como si quisiera meter a la fuerza los alimentos en la garganta de Ellen, viendo que ésta hacía gestos de desgana. Ellen comía de prisa, pero Scarlett notó que estaba tan cansada que no se daba cuenta de lo que comía. Sólo el implacable gesto de Mamita la obligaba a ello.

Vaciado el plato, y cuando Gerald apenas había llegado a la mitad de sus observaciones sobre los latrocinios de los yanquis que querían la libertad de los negros sin pagar, no obstante, ni un céntimo por su libertad, Ellen se levantó.

—¿Vamos a rezar? —preguntó él de mala gana.

—Sí. Es tan tarde... ¿Oyes? Las diez ya.

Mientras, el reloj daba la hora con sus tañidos ásperos y metálicos.

—Carreen debía estar durmiendo hace ya rato. La lámpara, Pork, haz el favor; y tú, Mamita, mi libro de oraciones.

Hostigado por el ronco siseo de Mamita, Jack dejó su mosquitero en un rincón y se llevó los platos, mientras Mamita buscaba en el cajón de la alacena el libro de oraciones de su ama. Pork se acercó de puntillas y tiró lentamente de la cadena de la lámpara hasta acercarla a la mesa, que quedó iluminada, mientras el techo y las paredes permanecían en la sombra. Ellen se recogió la falda y arrodillóse en el suelo, colocando el libro abierto delante de ella, sobre la mesa y sosteniéndolo con las manos. Gerald se arrodilló a su lado; Scarlett y Suellen se colocaron en sus sitios de costumbre, recogiendo sus faldas voluminosas como un cojín bajo sus rodillas, para sentir menos la dureza del suelo. Carreen, que era baja para su edad, no podía arrodillarse cómodamente junto a la mesa y por eso solía colocar ante ella una silla, acodándose sobre el asiento. Le gustaba aquella postura porque, generalmente, se amodorraba durante los rezos, y así quedaba oculta a las miradas de su madre.

Los criados de la casa se agruparon, adelantándose hacia el vestíbulo para arrodillarse junto a la puerta: Mamita, gruñendo; Pork, derecho como un palo; Rosa y Teena, las doncellas, muy graciosas con sus amplios vestidos de percal de vivos colores; Cora, la cocinera, delgada y pálida bajo el pañuelo blanco que le cubría la cabeza, y Jack, agotado por el sueño, lo más lejos posible de los pellizcos despiadados de Mamita. Sus ojos negros brillaban de atención, porque los rezos con los amos eran uno de los acontecimientos del día. Las viejas frases llenas de color de la letanía, con su oriental riqueza de imágenes, no tenían significado para ellos pero daban cierta satisfacción a sus corazones, y por eso bajaban siempre la cabeza cantando las respuestas *Kyrie eleison* y *Ora pro nobis*.

Ellen cerró los ojos y empezó a rezar; su voz se alzaba y descendía, acariciadora y suave. Las cabezas se inclinaban en el cerco de luz amarillento, mientras ella daba gracias a Dios por la salud y la felicidad de su casa, de su familia y de sus esclavos. Después de haber terminado de rogar por los que vivían bajo el techo de Tara, por su padre, por su madre, por sus hermanas, por sus tres hijos muertos y por las «ánimas del Purgatorio», apretó entre sus dedos el rosario y empezó la salmodia. Como el rumor de una dulce brisa, se oía el murmullo de las respuestas de los blancos y los negros: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.»

A pesar de su dolor de cabeza y del sufrimiento de las lágrimas contenidas, un sentido profundo de quietud y de paz descendió sobre Scarlett, como siempre a aquella hora. Parte de las

desilusiones de la jornada y de la preocupación por el siguiente día desaparecían dejando lugar a un sentimiento de esperanza. No era la elevación del alma a Dios lo que le traía aquel consuelo, porque en ella la religión no iba al compás de las plegarias murmuradas a flor de labios, sino más bien la vista del rostro sereno de su madre, vuelto hacia el Trono de Dios con sus ángeles y sus santos, pidiendo la bendición para todos los que amaba. Cuando Ellen hablaba al Cielo, Scarlett estaba segura de que éste la escuchaba.

Ellen terminó y Gerald, que no conseguía jamás encontrar su rosario en el momento de las oraciones, comenzó a contar con los dedos las diez avemarias. Mientras sonaba su voz, los pensamientos de Scarlett empezaron, contra su voluntad, a divagar. Sabía que hubiera debido hacer examen de conciencia; Ellen le había enseñado que al final de cada día era necesario examinar meticulosamente la conciencia, reconocer sus culpas y rogar el perdón del buen Dios, comprometiéndose a no repetir las más. Pero Scarlett examinaba su propio corazón.

Dejó caer la cabeza sobre sus manos unidas, de manera que su madre no pudiera verle la cara, y su pensamiento volvió tristemente a Ashley. ¿Cómo podía proyectar casarse con Melanie, cuando era a ella a quien amaba? ¿Cómo podía, voluntariamente, destrozarle el corazón?

De repente, una idea cruzó su entendimiento, como una ráfaga de luz.

«¡Pero si Ashley no sabe que le amo!»

Sintió un sobresalto: su mente quedó como paralizada por un momento, durante el cual no pudo respirar.

«¿Cómo va a saberlo? Me he comportado siempre con tanta reserva, que probablemente se imagina que me interesa sólo como amigo. Sí, ¡por esto no me ha hablado! Cree que su amor no es correspondido. Y por eso parece tan...»

Su memoria volvió velozmente a los días en que le había sorprendido mirándola de una manera extraña, cuando los ojos grises que disimulaban tan bien sus pensamientos le aparecían completamente vacíos, con una expresión de tormento y desesperación.

«Estará desesperado porque cree que estoy enamorada de Brent, de Stuart o de Cade. Probablemente ha pensado que, como no puede casarse conmigo, será preferible contentar a su familia casándose con Melanie. Pero si supiese que yo le amo...»

Su espíritu voluble pasó de la más profunda depresión a la felicidad más vibrante. Ésta era la razón del retraimiento de Ashley, de su extraña conducta. ¡Él no sabía! La vanidad de Scarlett acudió en ayuda de su deseo de creer y este deseo se hizo realidad. Si Ashley supiese que ella le amaba...

«¡Oh! —pensó, entusiasmada, apretándose con los dedos la inclinada frente—. ¡Qué tonta he sido en no pensar en esto antes! Tengo que encontrar el modo de hacérselo saber. ¡No se casaría con ella si supiese que le quiero! ¿Cómo iba a ser posible?» Con un estremecimiento, se dio cuenta de que Gerald había terminado su rezo y de que su madre tenía los ojos fijos en ella. Empezó de prisa su decena de rosario, pronunciando las avemarias de un modo automático y con una profunda emoción en la voz, que obligó a Mamita a abrir los ojos y a mirarla de manera inquisitiva. Cuando terminó su decena, y Suellen y después Carreen dijeron la suya, su mente volvió de nuevo al pensamiento de antes.

¡No era demasiado tarde! ¡Cuántas veces el condado se había conmovido porque algún novio o novia, cuando estaba a punto de llegar al altar, rompía su compromiso! ¡La petición de mano de Ashley no había sido anunciada aún! ¡Sí, todavía había tiempo!

De no existir amor entre Ashley y Melanie, sino una promesa hecha algún tiempo atrás, ¿por qué no podría él desligarse de su compromiso y casarse con Scarlett? Seguramente lo haría si supiese que ella le amaba... ¡Debía encontrar la manera de hacérselo saber! Y entonces...

Despertó bruscamente de su sueño feliz al notar que se había descuidado en responder a los rezos y su madre la estaba mirando con aire de reproche. Al incorporarse al ritual, abrió un poco los ojos y miró en torno suyo. Las figuras arrodilladas, la quieta luz de la lámpara, la sombra donde los

negros musitaban, hasta los objetos familiares que un rato antes le habían parecido odiosos, adquirieron en un momento el color de sus emociones y la estancia volvió a ser un lugar agradable y acogedor. ¡No olvidaría jamás aquel momento ni aquella escena!

—*Virgo fidelis* —entonó su madre. Empezaba la letanía de la Virgen y Scarlett respondió obediente:

—*Ora pro nobis* —mientras Ellen, con su suave voz de contralto, seguía enumerando los atributos de la Madre de Dios.

Como siempre, desde su infancia, éste era para Scarlett el momento de sentir adoración por Ellen, más aún que por Nuestra Señora. Podía ser un pensamiento sacrilego, pero Scarlett veía a través de sus ojos cerrados el rostro sereno de Ellen y no el de la Santa Virgen, mientras se repetían las antiguas frases. *Salus infirmorum... Refugium peccatorum... Sedes sapientiae... Rosa mystica...* Bellas palabras porque eran los atributos de Ellen. Pero aquella noche, a causa de la alteración de su espíritu, Scarlett halló en todo el ceremonial, en las palabras pronunciadas quedamente, en el murmullo de las respuestas, una belleza que superaba a todo cuanto había sentido anteriormente. Su corazón se elevó a Dios en una sincera acción de gracias, porque ante sus pies se había abierto un sendero... que la apartaba de su pena y la conducía derechamente a los brazos de Ashley.

Al sonar el último *Amén*, todos se levantaron; un poco fatigosamente, Mamita consiguió ponerse en pie, merced a los esfuerzos combinados de Teena y Rosa. Pork cogió de la repisa de la chimenea una larga vela que acercó a la llama de la lámpara y salió al vestíbulo. Frente a la escalera había un aparador de nogal demasiado grande para el comedor y, sobre el estante superior, diferentes lámparas y una larga hilera de velas en sus candelabros. Pork encendió una lámpara y tres velas y, con la pomposa dignidad de un primer chambelán de palacio que acompaña a los reyes a sus aposentos, inició el desfile por la escalera, llevando la luz en alto. Ellen le seguía del brazo de Gerald y detrás de ellos subieron las muchachas, cada una con un candelabro en la mano.

Scarlett entró en su habitación, colocó el candelabro sobre la cómoda y buscó en el oscuro armario el vestido de baile que necesitaba arreglar. Se lo echó al brazo y cruzó silenciosamente el rellano. La puerta del dormitorio de sus padres estaba entornada y, antes de que tuviese tiempo de llamar, oyó la voz de Ellen, que decía:

—Gerald, debes despedir a Jonnas Wilkerson.

Gerald exclamó:

—¿Dónde voy a encontrar otro mayordomo que no me engañe ni me robe en cuanto yo vuelva la espalda?

—Hay que despedirlo inmediatamente, mañana temprano. Big Sam es un buen hombre y puede ocupar ese puesto hasta que encuentres otro mayordomo.

—¡Ah, ah! —replicó Gerald—. Ya caigo. De modo que Jonnas es el padre...

—Es preciso despedirlo.

«¿Conque es el padre del chiquillo de Emmy Slattery? —pensó Scarlett—. ¡Bah! ¿Qué se podía esperar de un yanqui y de la hija de unos blancos pobretones?»

Después de una pausa discreta, esperó a que Gerald terminase de murmurar y entonces llamó a la puerta y entregó el vestido a su madre.

Mientras Scarlett se desnudaba, y hasta que apagó la vela, decidió su plan para el día siguiente hasta en sus últimos detalles. Era facilísimo, porque, con la simplicidad de espíritu que había heredado de Gerald, sus ojos estaban fijos en la meta y pensaba sólo en el medio más directo de alcanzarla.

Ante todo, sería «orgullosa», como había ordenado Gerald. Desde el momento de su llegada a la fiesta de Doce Robles, se mostraría más alegre y más ingeniosa que nunca. Nadie sospecharía que estaba apenada por la boda de Ashley con Melanie. Y coquetearía con todos. Esto atormentaría a Ashley y le atraería a ella. No desperdiciaría a ninguno de los solteros, desde Frank Kennedy el

del rubio bigote, que era el pretendiente de Suellen, hasta el tranquilo y tímido Charles Hamilton, hermano de Melanie. Rondarían a su alrededor como abejas en torno a una colmena. Y, seguramente, Ashley dejaría a Melanie para unirse al enjambre de sus admiradores. Entonces, ella maniobraría para quedarse sola con él, aunque fuese sólo un minuto, alejados de la gente. Esperaba que todo saliese bien, pues de otra manera resultaría muy difícil. Si Ashley no daba el primer paso, lo daría ella.

Cuando estuviesen finalmente solos, tendría él aún ante sus ojos el cuadro de los otros hombres revoloteando alrededor de Scarlett, se daría cuenta de que todos la deseaban y la mirada triste y desesperada reaparecía en sus ojos. Entonces ella le haría nuevamente feliz dejándole descubrir que, entre tantos enamorados, le prefería a todos los hombres del mundo. Después de haber admitido esto, modesta y dulcemente, le daría a entender otras cosas. Comportándose, claro es, en todo momento correctamente, como una señorita. Ciertamente que no tenía la intención de decirle de pronto que le amaba, eso no. Pero era éste un detalle que no la preocupaba. En otras ocasiones había pasado por situaciones parecidas y podría hacerlo una vez más.

Ya en la cama, envuelta en la luz de la luna que la bañaba por completo, se imaginó toda la escena. Veía la expresión de sorpresa y de felicidad que iluminaría el rostro de Ashley en el momento en que comprendiese que ella le amaba, y oía las palabras que le diría al pedirle que fuera su mujer.

Naturalmente, ella le respondería que no podía pensar en casarse con un hombre comprometido con otra, pero él insistiría y, finalmente, ella se dejaría persuadir. Entonces decidirían ir a Jonesboro aquella misma tarde y...

¡Oh! ¡La noche siguiente, a aquella misma hora, sería la señora de Ashley Wilkes!

Sentada en la cama y abrazándose las rodillas, feliz, por un momento fue la señora Wilkes... ¡La esposa de Ashley Wilkes! De repente sintió frío en el corazón. ¿Y si las cosas no sucediesen así? ¿Y si Ashley no le propusiera que se fugase con él? Resuelta, desechó aquel pensamiento.

«No quiero pensar en eso —se dijo con firmeza—. Si lo hago, yo misma desbarataré mi plan. No hay razón para que las cosas no sucedan como deseo... si Ashley me ama. ¡Y yo sé que me ama!»

Levantó la cabeza, y sus ojos, de largas y negras pestañas, brillaron bajo la pálida luz de la luna. Ellen no le había dicho nunca que desear y conseguir eran dos cosas distintas. La vida no le había enseñado que correr no siempre significa alcanzar. Permaneció bajo la luz plateada forjando los proyectos que una chica de dieciséis años puede hacer cuando la vida ha sido siempre para ella tan agradable que una derrota parece imposible, y un vestido bonito y un bello rostro son armas para vencer al destino.

## 5

Eran las diez de la mañana de un templado día de abril y el dorado sol entraba a torrentes en la habitación de Scarlett a través de las cortinas azules del balcón. Las paredes color crema relucían y los muebles de caoba brillaban con un rojo de vino, mientras el pavimento resplandecía como si fuese de cristal en los sitios donde las alfombras no lo cubrían con sus deslumbrantes y alegres colores.

El verano se sentía ya en el aire, el primer anuncio del verano en Georgia, cuando la primavera cede el paso a un calor intenso. Una perfumada tibieza penetraba en la habitación, cargada de suaves fragancias de flores y de tierra recién arada. Por la abierta ventana, Scarlett veía la doble hilera de narcisos a lo largo de la avenida enarenada y la masa de oro de los jazmines amarillos, que acariciaban el terreno con sus ramas floridas como amplias crinolinas.

Los mirlos y las urracas, en eterno litigio por la posesión del feudo, representado por el magnolio que había bajo su balcón, chillaban sin descanso; las urracas, ásperas y estridentes, los mirlos, dulces y quejumbrosos. Generalmente, aquellas mañanas tan espléndidas atraían a Scarlett al balcón para respirar a pleno pulmón los perfumes de Tara. Hoy no prestaba atención al sol ni al cielo azul, sino a este solo pensamiento: «Gracias a Dios, no llueve.»

Sobre la cama estaba el vestido de baile verde manzana, de seda, con sus festones de encaje crema, cuidadosamente doblado en una gran caja de cartón. Estaba listo para ser llevado a Doce Robles, donde se lo pondría cuando empezase el baile; pero Scarlett, al verlo, se encogió de hombros. Si su plan salía bien, no se lo pondría por la noche. Mucho antes de que empezara el baile, ella y Ashley estarían camino de Jonesboro para casarse.

Ahora, el problema más importante era otro: ¿qué vestido debía ponerse para la barbacoa? ¿Qué vestido le sentaría mejor y la haría más irresistible a los ojos de Ashley? Hasta las ocho, no había hecho más que probarse vestidos y desecharlos, y ahora, acongojada y molesta, estaba delante del espejo con sus largos calzones de encaje, su cubrecorsé de lino y sus tres enaguas de batista y encaje. A su alrededor, los vestidos rechazados yacían por el suelo, sobre la cama y las sillas, formando alegres mezclas de colores, de cintas y lazos.

Aquel vestido de organdí rosa, con el largo lazo color fresa, le estaba bien; pero lo había llevado ya el verano pasado, cuando Melanie fue a Doce Robles; y, seguramente, ésta lo recordaría. Y era capaz de decirlo. Aquél de fina lana negra, de mangas anchas y cuello principesco de encaje, sentaba admirablemente a su blanca piel, pero la hacía quizás aparecer un poco mayor. Scarlett examinó ansiosamente en el espejo su rostro juvenil, casi como si temiera descubrir en él arrugas o una papada. No quería parecer mayor ni menos lozana que la dulce y juvenil Melanie. Aquel otro de muselina listada era bonito con sus amplias incrustaciones de tul, pero no se adaptó nunca a su tipo. Sentaría bien al delicado perfil de Carreen y a su ingenua expresión; pero Scarlett sabía que, a ella, aquel vestido le daba un aire de colegiala. Y no quería aparecer demasiado infantil junto a la tranquila seguridad de Melanie. El de tafetán verde a cuadros, todo de volantes, adornado con un cinturón de terciopelo verde, le gustaba mucho y era, realmente, su vestido favorito porque daba a sus ojos un oscuro reflejo esmeralda; pero desgraciadamente tenía en la parte delantera una inconfundible mancha de grasa. Hubiera podido disimularla con un broche, pero Melanie tenía muy buena vista. Quedaban otros vestidos de algodón. Y, además, los vestidos de baile y el verde que había llevado el día anterior. Pero éste era un vestido de tarde, inadecuado para una barbacoa, pues tenía cortas manguitas abullonadas y un escote demasiado exagerado. Tendría, sin embargo, que ponerse aquél. Después de todo no se avergonzaba de su cuello, de sus brazos y de su pecho, aunque no era correcto exhibirlos por la mañana. Mirándose en el espejo y girando para verse de perfil, se dijo que en su figura no había nada de que pudiera avergonzarse. Su cuello era corto pero bien formado, sus brazos redondos y seductores; su seno, levantado por el corsé, era verdaderamente hermoso. Nunca había tenido necesidad de coser nada en el forro de sus corsés, como otras muchachas de dieciséis años, para dar a su figura las deseadas curvas. Le satisfacía haber heredado las blancas manos y los piecitos de Ellen, y hubiera querido tener también su estatura. Sin embargo, su altura no le desagradaba. «¡Qué lástima no poder enseñar las piernas!», pensó, levantándose la falda y observándolas, tan bien formadas bajo los pantalones de encajes. ¡Tenía las piernas tan bonitas! En cuanto a su talle, no había en Fayetteville, en Jonesboro, ni en los tres condados quien pudiera vanagloriarse de tenerlo más esbelto.

La idea de su talle la llevó a cosas más prácticas; el vestido de muselina verde tenía cuarenta centímetros de cintura y Mamita le había arreglado el corsé para el vestido de lana negro, que era tres centímetros más ancho. Era necesario, pues, que Mamita lo estrechase un poco. Abrió la puerta y oyó el pesado paso de Mamita en el vestíbulo. La llamó, impaciente, sabiendo que Mamita podía alzar la voz con impunidad ya que Ellen estaba en la despensa repartiendo la comida.

—¿Cree que yo puedo volar? —gruñó Mamita subiendo las escaleras. Entró resoplando como quien espera la batalla y está dispuesto a afrontarla. En sus grandes manos negras llevaba una

bandeja sobre la cual humeaban dos grandes batatas cubiertas de manteca, un plato de bizcochos empapados en miel y una gran tajada de jamón que nadaba en salsa. Viendo lo que llevaba Mamita, la expresión de Scarlett cambió, pasando de la irritación a la beligerancia. En la excitada busca de vestidos había olvidado la férrea dictadura de Mamita, que, antes de que fuesen a cualquier fiesta, atiborraba de tal modo a las señoritas O'Hara que se quedaban demasiado hartas para comer nada fuera de casa.

—Es inútil. No como. Puedes llevártelo a la cocina.

Mamita colocó la bandeja sobre la mesa y se plantó con los brazos en jarras.

—Sí, señorita, ¡comerá usted! Me acuerdo muy bien de lo que pasó en la última merienda, cuando no pude traerle la comida antes de marcharse. Tiene usted que comer por lo menos un poco de esto.

—No lo como. Te he llamado para que me ciñas más el corsé, porque es tarde. He oído el coche, que está ya delante de casa.

El tono de Mamita se hizo más suave:

—Ande, señorita Scarlett, sea buena, coma un poquito. La señorita Carreen y la señorita Suellen se lo han comido todo.

—¡Se comprende! —exclamó Scarlett con desprecio—. ¡Tienen el cerebro de un conejo! Pero yo no quiero comer. Me acuerdo aún de aquella vez que lo comí todo antes de ir a casa de los Calvert, y sacaron a la mesa helados hechos con hielo comprado en Savannah, y no pude tomar más que una cucharada. Hoy quiero divertirme y comer cuanto me plazca.

Ante aquel desprecio, la frente de Mamita se arrugó de indignación. Lo que podía hacer una señorita y lo que no podía hacer estaba muy claro en la mente de Mamita. Suellen y Carreen eran pasta blanda en sus manos vigorosas, pero sostenía siempre discusiones con Scarlett, cuyos naturales impulsos no correspondían a los de una señorita. La victoria de Mamita sobre Scarlett estaba a medio ganar.

—Si a usted no le importa lo que diga la gente, a mí sí me importa —repuso Mamita—. Y yo no voy a soportar que luego la gente empiece a murmurar que come demasiado y que en casa le hacen pasar hambre. Usted sabe que se conoce a la mujer que es una señora porque come como un pajarito.

—Pues mamá es una señora y también come —rebató Scarlett.

—Cuando usted esté casada, podrá comer también fuera —afirmó Mamita—. Cuando la señora Ellen tenía su edad, no comía nunca fuera de casa, ni su tía Pauline, ni su tía Eulalie. Y todas están casadas. Las señoritas que comen mucho delante de la gente no encuentran marido.

—No lo creo. En aquella merienda, cuando tú estabas mala y no comí antes de salir, Ashley Wilkes me dijo que le agradaba ver a una muchacha con buen apetito.

Mamita movió la cabeza, amenazadora.

—Lo que lo señores dicen y lo que piensan son cosas muy diferentes, y no sé que el señor Ashley le haya pedido a usted que se case con él.

Scarlett frunció las cejas e iba a responder ásperamente; pero se contuvo. Viendo la expresión de su cara, Mamita recogió la bandeja y, con la astucia de su raza, cambió de táctica. Se dirigió a la puerta suspirando:

—Está bien. La cocinera me dijo cuando estaba preparando la bandeja: «Llévatelo, pero la señorita no comerá», y yo le contesté: «No he visto nunca a una señora blanca comer menos que la señorita Melanie Hamilton la última vez que fue a ver al señor Ashley..., quiero decir a ver a la señorita India Wilkes.»

Scarlett le lanzó una mirada suspicaz, pero la ancha cara de Mamita tenía sólo una expresión de inocencia y de queja porque Scarlett no fuese como Melanie Hamilton.

—Pon ahí esa bandeja y ven a ajustarme más el corsé —ordenó la joven, irritada—. Trataré de comer un poquito, después; si como ahora, no me lo podrás apretar bastante.

Disimulando su triunfo, Mamita dejó la bandeja. —¿Cuál va a ponerse, mi ovejita?

—Este —respondió Scarlett, indicando el suave vestido de muselina verde con flores. Inmediatamente, Mamita reanudó su dictadura. —Éste no; no es de mañana. Usted no puede lucir el escote antes de las tres de la tarde y este vestido no tiene cuello ni mangas. Se llenará usted de pecas como cuando nació, y yo no quiero que vuelva usted a ponerse pecosa, después de toda la crema que le untamos durante el invierno para quitarle las que cogió en Savannah sobre la espalda. Ahora hablaré de esto con su mamá.

—Si le dices a mamá una palabra antes de que esté vestida, no probaré ni un bocado —respondió Scarlett fríamente—. Mamá no tendrá tiempo de hacerme cambiar de traje cuando ya esté vestida.

Mamita suspiró *con* resignación, sintiéndose derrotada. Puesta a elegir entre dos males, era preferible que Scarlett llevase en la barbacoa un vestido de tarde a que dejase de comer como un cebón. —Téngase usted firme, retenga el aliento —ordenó. Scarlett obedeció, cogiéndose a uno de los postes de la cama. Mamita tiró del cordón vigorosamente, y cuando las ballenas se cerraron aún más, rodeando la delgada circunferencia de la cintura, una expresión de orgullo afectuoso apareció en sus ojos.

—Nadie tiene el talle tan fino como mi angelito —dijo Mamita, satisfecha—. Cada vez que aprieto el de la señorita Suellen más de los cincuenta centímetros se desmaya.

—¡Uff.J —hizo Scarlett, respirando con dificultad—. Yo no me he desmayado en mi vida.

—¡Bah! No es nada malo desmayarse de vez en cuando —prosiguió Mamita—. La verdad es que no queda bonito que usted soporte la vista de serpientes y ratones. Todavía, ahora en casa, pase: pero cuando está con gente... Le he dicho mil veces...

—¡Oh, basta! No hables tanto. Ya verás cómo encuentro marido sin necesidad de gritar ni de desmayarme. ¡Dios mío, qué apretado tengo el corsé! Abróchame el vestido.

Mamita abrochó cuidadosamente los doce metros de muselina verde floreada sobre el corpino y abotonó la espalda de la escotada basquina.

—Póngase el chai mientras haga sol; y no se quite el sombrero aunque tenga calor —impuso Mamita—. Si no, volverá a casa más morena que la vieja Slattery. Y ahora coma, tesoro, pero no muy de prisa.

Scarlett se sentó, obediente, ante la bandeja, pensando si le sería posible meter algo en el estómago y que le quedase aún el suficiente espacio para respirar. Mamita sacó del armario una gran servilleta y la anudó alrededor del cuello de la joven, estirándola hasta las rodillas. Scarlett empezó por el jamón, que era de su agrado, y lo engulló.

—Ojalá estuviera casada —dijo tristemente, mientras *atacaba* las batatas—. Estoy cansada de tener que fingir; harta de aparentar que como menos que un pájaro y de andar cuando tengo ganas de correr, y de decir que me da vueltas la cabeza al terminar un vals, cuando bailarían dos días seguidos sin cansarme. Estoy harta de decir «eres extraordinario» a unos imbéciles que no tienen ni la mitad de inteligencia que yo y de fingir que no sé nada para que los hombres puedan decirme majaderías y se crean importantes... Ya no puedo tragar un bocado más.

—Pruebe una tostadita caliente. —Mamita era inexorable.

—¿Por qué tendrá una muchacha que parecer tonta para encontrar marido?

—Creo que los jóvenes no saben lo que quieren. Saben sólo lo que creen querer. Y si les dan lo que creen querer, las señoritas se evitan una porción de malos ratos y el peligro de quedarse solteras. Ellos creen querer a señoritas estúpidas que tienen gustos de pajarillo. Yo pienso que un caballero no escogería por esposa a una mujer que tuviese más inteligencia que él.



—¿No crees que muchos hombres se quedan sorprendidos después de casados al darse cuenta de que sus mujeres son más listas que ellos?

—Entonces es demasiado tarde. Ya están casados.

—Un día voy a hacer y decir lo que me parezca; y si a la gente no le gusta me tendrá sin cuidado.

—No lo hará usted —dijo gravemente Mamita—. Al menos mientras yo viva. Cómase la tostada; mójela en la miel.

—No creo que las muchachas yanquis hagan tales tonterías. Cuando estuvimos en Saratoga, el año pasado, vi que muchas de ellas se portaban como si fuesen inteligentes, aun delante de los hombres.

Mamita soltó una risa burlona.

—¡Muchachas yanquis! Puede ser que hablen como usted dice, pero no sé que les hagan muchas proposiciones matrimoniales en Saratoga.

—Pero las yanquis se casan —arguyó Scarlett—. Se casan y tienen hijos. Hay muchas así.

—Los hombres se casan con ellas por el dinero —replicó Mamita resueltamente.

Scarlett mojó la tostada en la miel y se la llevó a la boca. Quizá llevara razón Mamita en lo que decía. Debía ser así, porque Ellen decía lo mismo, aunque con palabras distintas y más delicadas. En realidad, las madres de todas sus amigas inculcaban a sus hijas la necesidad de ser unas criaturas frágiles, mimosas, con ojos de cierva, y muchas cultivaban con cierta inteligencia semejante actitud. Quizás ella fuera demasiado impetuosa. En varias ocasiones había discutido con Ashley, sosteniendo con franqueza sus opiniones. Quizá la sana alegría que experimentaba paseando y montando a caballo le habían alejado de ella, haciéndole volver a la frágil Melanie. Quizá si cambiase de táctica. Pensó que si Ashley sucumbiera ante aquellas premeditadas artimañas femeninas, no le respetaría ya como le había respetado hasta ahora. Un hombre que se dejaba impresionar por una sonrisa tonta y seducir por un «¡oh, eres extraordinario!», no podía ser respetado. Aunque parecía que a todos les gustaba esto.

Si ella hubiera usado una táctica equivocada con Ashley, en el pasado... Bueno, lo pasado, pasado estaba. Hoy emplearía otra táctica, la buena. Le quería y tenía muy pocas horas para conseguirlo. Si desmayarse o fingir debilidad era el truco, entonces lo usaría. Si sonreír tontamente y coquetear demostrando poca cabeza eran cosas que le atraían, coquetearía complacida y sería tan alocada como Cathleen Calvert. Y si era necesario adoptar otras medidas, las tomaría. ¡Hoy era el día!

Nadie le había dicho a Scarlett que su personalidad, su aterradora vitalidad, eran más atrayentes que cualquier ficción que pudiese intentar. Si se lo hubiesen dicho, se habría sentido complacida, pero no lo hubiera creído, como tampoco lo hubiera creído la sociedad de que formaba parte, porque nunca antes o después de entonces la naturalidad femenina había sido tan poco apreciada.

Mientras el coche la llevaba por la rojiza carretera hacia la plantación de los Wilkes, Scarlett experimentó una sensación de alegría culpable, porque ni su madre ni Mamita asistirían a la reunión. En la barbacoa no habría nadie que, levantando delicadamente las cejas o sacando el labio inferior, se entrometiera en su plan de acción. Naturalmente, Suellen contaría mañana una porción de historias; pero, si todo salía según esperaba Scarlett, la excitación de la familia por su compromiso con Ashley o por su fuga compensaría su disgusto. Sí; estaba muy contenta de que Ellen hubiese tenido que quedarse en casa.

Gerald, repleto de coñac, había despedido a Jonnas Wilkerson aquella mañana, y Ellen se quedó en Tara repasando las cuentas de la plantación antes de la partida del mayordomo. Scarlett besó a su madre para despedirse en el despachito donde estaba sentada ante la gran mesa de escritorio con sus casillas llenas de papeles. Junto a ella estaba Jonnas Wilkerson, con el sombrero en la mano; su rostro pálido y flaco disimulaba a duras penas la ira y el odio que le invadían,

viéndose despedido, sin ceremonia, del mejor empleo de mayordomo del condado. Y todo a causa de un amorío insignificante. Había dicho y repetido a Gerald que el niño de Emmy Slattery podía haber sido adjudicado a una docena de hombres con la misma facilidad que a él (en lo que Gerald estaba de acuerdo); pero esto, según Ellen, no modificaba su caso. Jonnas odiaba a todos los sudistas. Odiaba su glacial cortesía con él y su desprecio por su condición social, mal disimulada bajo esa urbanidad. Odiaba sobre todo a Ellen O'Hara, porque ella era el compendio de todo cuanto él odiaba en los sudistas.

Mamita, como mujer más importante de la plantación, se quedó para ayudar a Ellen; y fue Dilcey la que se sentó en el pescante junto a Toby, llevando la gran caja con los vestidos de baile de las señoritas. Gerald cabalgaba junto al coche en su caballo de caza, acalorado por el coñac y satisfecho de sí mismo por haber liquidado tan rápidamente el desagradable asunto de Wilkerson. Había echado la responsabilidad sobre Ellen, sin pensar para nada en la desilusión de ella por tener que renunciar a la barbacoa y a la conversación con sus amigas; era un hermoso día de primavera, y sus campos estaban hermosos; los pájaros cantaban y él se sentía demasiado joven y jocoso para pensar en otra cosa. De vez en cuando se ponía a entonar cualquier alegre canción irlandesa o la lúgubre endecha de Robert Emmet: «Ella está lejos de la tierra donde reposa su juvenil amante.»

Era feliz, sentíase gratamente excitado ante la idea de pasar el día hablando mal de los yanquis y acerca de la guerra, y orgulloso de sus tres lindas hijas en sus deslumbrantes crinolinas bajo los graciosos y minúsculos quitasoles de encaje. No pensaba ya en su conversación del día anterior con Scarlett, pues se le había borrado por completo de la memoria. Pensaba sólo en que su hija era preciosa y que se le parecía, en que hoy sus ojos eran verdes como las praderas de Irlanda. Este último pensamiento le dio una mejor idea de sí mismo, y entonces regaló a las muchachas con una interpretación a toda voz de la canción *La verde Erin*.

Scarlett lo miraba con el afectuoso desprecio que sienten las madres por sus niños jactanciosos, sabiendo que al anoecer estaría completamente borracho. Al regresar a casa, en la oscuridad, intentaría, como siempre, saltar todos los obstáculos entre Doce Robles y Tara, y Scarlett esperaba que, gracias a la providencia y al buen sentido de su caballo, se libraría sin romperse la crisma. Desdeñaría el puente, atravesaría el río haciendo nadar al caballo y llegaría a casa alborotando para que Pork lo acostase en el sofá del despacho; el criado, en tales casos, lo esperaba siempre con una lámpara en el vestíbulo principal.

Echaría a perder su nuevo traje gris, lo cual le haría vociferar de un modo terrible a la mañana siguiente, y contaría a Ellen que, en la oscuridad, su caballo se había caído desde el puente; mentira manifiesta que ni un tonto creería, pero que todos admitirían, haciéndole sentirse listísimo.

«Papá es un ser egoísta e irresponsable, pero encantador», pensó Scarlett, con una oleada de ternura hacia él. Se sentía tan feliz y excitada que incluía en su afecto a todo el mundo, igual que a Gerald. Era bonita y lo sabía; conquistaría a Ashley antes de que el día terminase; el sol era cálido y la gloriosa primavera georgiana se desplegaba ante sus ojos. A los lados del camino, las zarzamoras ocultaban con su verde suave las tremendas torrenceras producidas por las lluvias invernales, y los pulidos cantos de granito que salpicaban la tierra bermeja estaban tapizados por las ramas de los rosales silvestres y rodeados de violetas salvajes de un pálido matiz purpúreo. Sobre las colinas pobladas de árboles, al otro lado del río, las flores de los cornejos resplandecían candidas, como si entre el verde permaneciese aún la nieve. Los manzanos silvestres eran una explosión de corolas, que iban de un blanco delicado a un rosa vivo, y bajo los árboles, donde los rayos del sol moteaban de amarillo el tapiz de agujas de pino, las madre selvas formaban una abigarrada alfombra Scarlett, rosa y naranja. Había en el aire una leve y selvática fragancia de arbustos y el mundo olía ricamente como si fuera algo comestible.

«Recordaré mientras viva la belleza de este día —pensó Scarlett—. ¡Quizá sea éste el día de mi boda!»

Y, con el corazón agitado, pensó en ella misma y en Ashley, huyendo al caer la tarde a través de aquel esplendor de flores y de verde, o en la noche, bajo la luz de la luna, hacia Jonesboro en

busca de un sacerdote. Naturalmente, el casamiento debería efectuarse nuevamente por un cura de Atlanta; pero en esto pensarían más tarde Ellen y Gerald.

Se sobresaltó un momento pensando que su madre palidecería de mortificación al enterarse de que su hija se fugaba con el novio de otra muchacha; pero sabía que Ellen la perdonaría viendo su felicidad. Y Gerald refunfuñaría y gritaría; pero, a pesar de todo lo que había dicho ayer de que Ashley no le gustaba para marido de ella, se alegraría de una alianza entre su familia y los Wilkes.

«Pero de esto habrá que preocuparse después de que me haya casado», se dijo, tratando de alejar aquel pensamiento.

Era imposible experimentar otra cosa que no fuese una alegría palpitante con aquel sol primaveral, cuando las chimeneas de Doce Robles empezaron a asomar sobre la colina, al otro lado del río.

«Pasaré ahí toda mi vida y veré cincuenta primaveras como ésta o quizá más, y diré a mis hijos y a mis nietos lo hermosa que era esta primavera, más bella que las que ellos podrán ver.» La hizo tan feliz este último pensamiento, que se unió al coro que cantaba la estrofa final de *La verde Erin*, obteniendo la entusiasta aprobación de Gerald.

—No sé por qué estás alegre esta mañana —dijo Suellen con enojo, atormentada aún por el pensamiento de que el vestido verde de baile de Scarlett le habría estado mucho mejor que el suyo. ¿Y por qué era Scarlett siempre tan egoísta cuando se trataba de prestar sus vestidos y sus cofias? ¿Por qué su madre la apoyaba siempre diciendo que el verde no sentaba bien a Suellen?—. Sé, tan bien como tú, que esta noche se anunciará el compromiso matrimonial de Ashley. Lo ha dicho papá esta mañana. Y sé que hace muchos meses que coqueteas con él.

—¿Esto es todo lo que sabes? —respondió Scarlett, sacándole la lengua y no queriendo perder su buen humor. ¡Qué sorprendida se quedaría mañana a aquellas horas la señorita Suellen!

—Sabes muy bien que no es así, Suellen —protestó Carreen, irritada—. A Scarlett le interesa Brent.

Scarlett volvió los ojos, sonriendo a su hermana menor, admirada de aquella simpatía. Toda la familia sabía que el corazón de trece años de Carreen palpitaba por Brent Tarleton, quien sólo pensaba en ella como hermana menor de Scarlett. Cuando Ellen no estaba presente los O'Hara la hacían rabiarse con él, hasta hacerla llorar.

—Rica mía, no me importa nada Brent —declaró Scarlett, lo bastante feliz para ser generosa—. Y a él no le importo yo tampoco. ¡Está esperando a que tú seas mayor! ¡

La carita redonda de Carreen, se arreboló, mientras la alegría luchaba en ella con la incredulidad.

—¿De verdad, Scarlett?

—Scarlett, ya sabes que mamá ha dicho que Carreen es demasiado joven para pensar en pretendientes, y le estás metiendo esas ideas en la cabeza.

—Bueno, vete a decírselo a mamá y verás —replicó Scarlett—. Tú quieres que Carreen no crezca, porque sabes que dentro de un año será más guapa que tú.

—Quietecitas las lenguas, si no queréis probar mi fusta —amonestó Gerald—. ¡Silencio, ahora! ¿No se siente ruido en la carretera? Deben de ser los Tarleton o los Fontaine.

Mientras se acercaban al cruce del camino, que desembocaba en las pobladas colinas de Mimosa y de Fairhill, el ruido de cascos y ruedas se hizo más fuerte y un clamor de voces femeninas que discutían alegremente resonó detrás de los árboles. Gerald, adelantando el coche, hizo trotar a su caballo, haciendo señas a Toby de que parase el vehículo en el cruce.

—Son los Tarleton —anunció a sus hijas alegremente, porque, exceptuando a Ellen, ninguna señora del condado le agradaba tanto como la pelirroja señora Tarleton—. Y es ella misma la que guía. ¡Ah, tiene buenas manos para conducir un caballo! Tiene unas manos ligeras como plumas, fuertes para las riendas y lo bastante bonitas para besárselas. Lástima que ninguna de vosotras tenga

unas manos así —añadió, con una mirada cariñosa pero reprobatoria a las muchachas—. Carreen tiene miedo de los pobres animales, Suellen unas manos que parecen de acero cuando coge las riendas, y tú...

—Bueno, de todos modos, a mí nunca me ha tirado el caballo —exclamó Scarlett, indignada—, y la señora Tarleton sale despedida cada vez que va de caza.

—Y se porta como un hombre —replicó Gerald—. Sin desmayos e historias. Silencio ahora, que se acercan.

Poniéndose en pie sobre los estribos, se quitó el sombrero, agitándolo apenas vio apuntar el coche rebosante de muchachas con vestidos claros, quitasoles y velos flotantes, y con la señora Tarleton en el pescante, como Gerald había anunciado. Con sus cuatro hijas, su doncella y los vestidos de baile en largas cajas de cartón que llenaban el carruaje, no quedaba sitio para el cochero. Además, Beatrice Tarleton no permitía nunca que nadie, blanco o negro, llevase las riendas teniendo ellas las manos libres. Frágil, delgada y tan blanca de piel que sus cabellos resplandecientes parecían haber absorbido en su masa ardiente todo el color de su rostro, estaba, sin embargo, dotada de una salud exuberante y de una energía inagotable. Había traído al mundo ocho hijos, tan pelirrojos y llenos de vida como ella, y los había criado (se decía) muy bien, porque empleaba con ellos la misma disciplina severa y afectuosa que usaba con sus potros.

—Domarlos, pero sin quitarles el coraje —era el lema de la señora Tarleton.

Le gustaban los caballos y hablaba de ellos continuamente. Los entendía y sabía tratarlos mejor que cualquier hombre del condado. Los potros corrían por el césped frente a la casa, como sus ocho hijos corrían por la intrincada mansión de la colina; y potros, hijos e hijas y perros de caza la seguían de cerca cuando iba a la plantación. Atribuía a sus caballos, especialmente a su yegua Nellie, inteligencia humana; y, si los cuidados de la casa le impedían salir a la hora que acostumbraba dar su galope diario, entregaba el azucarero a un negrito y le decía: «Dale un puñado a Nellie y dile que saldré en seguida.»

Salvo en raras ocasiones, acostumbraba a llevar traje de amazona, pues esperaba siempre de un momento a otro poder montar a caballo, y con este pensamiento se ponía el traje apenas levantada. Cada mañana, con lluvia o con sol, Nellie era ensillada y paseaba de aquí para allí, ante la casa, esperando el momento en que la señora Tarleton pudiese robar una hora a sus deberes. Pero Fairhill era una plantación difícil de dirigir y rara vez había posibilidad de encontrar un rato libre; la mayoría de las veces, Nellie paseaba durante varias horas sin jinete, mientras Beatrice Tarleton hacía sus faenas con la falda recogida al brazo, enseñando por delante quince centímetros de lustrosas botas.

Hoy, con un vestido de seda negro sobre un estrecho miriñaque pasado de moda, parecía aún vestida de amazona, porque el traje tenía un corte muy severo, según su costumbre, y el sombrerito negro con la larga pluma, echado sobre sus ojos castaños, brillantes y ardientes, era una copia del viejo sombrero que se ponía para ir de caza.

Agitó la fusta al ver a Gerald y contuvo al impaciente tronco rojizo, mientras las cuatro muchachas saltaban en el coche saludando a gritos con voces tan altas que los caballos se estremecieron espantados. Un observador casual hubiera creído que los Tarleton no veían a los O'Hara desde hacía años, en vez de hacer cosa de uno o dos días. Pero era una familia sociable y quería a sus vecinos, especialmente a las muchachas O'Hara. Es decir, querían a Suellen y a Carreen. Ninguna muchacha del condado, exceptuando quizá la insulsa Cathleen Calvert, quería realmente a Scarlett.

En verano había festejos y bailes en el condado casi todas las semanas; pero para las pelirrojas Tarleton, con su enorme capacidad de diversión, cada barbacoa y cada baile eran un acontecimiento, como si fuesen los primeros de su vida. Era un gracioso y animado cuarteto, tan apretado en el coche que las amplias faldas de volantes se hinchaban espumosas y los pequeños quitasoles chocaban unos con otros por encima de las anchas pamelas coronadas de rosas y adornadas con tiras de terciopelo negro. Todos los matices del pelo rojo estaban allí representados:

los de Hetty eran de un rojo puro, los de Camilla color fresa, los de Randa de reflejos cobrizos y los de la pequeña Betsy color zanahoria.

—Encantadora prole, señora —dijo galantemente Gerald, poniendo su caballo al costado del coche—. Pero no podrán superar a su madre.

La señora Tarleton volvió sus negros ojos y se mordió el labio inferior en un burlesco agradecimiento, y las muchachas exclamaron:

—¡Mamá, deja de coquetear, o se lo diremos a papá! Le aseguramos, señor O'Hara, que no nos da ni una sola oportunidad en cuanto hay un buen mozo alrededor.

Scarlett rió con las demás esta broma; pero, como siempre, le extrañaba la libertad con que las Tarleton trataban a su madre. Lo hacían cual si fuera una joven como ellas y no tuviese más de dieciséis años. Para Scarlett, la sola idea de poder decir algo semejante a su madre le parecía un sacrilegio. Y, sin embargo..., sin embargo había algo muy agradable en las relaciones de las muchachas Tarleton con su madre, y la adoraban aunque la criticasen, la riñesen e incluso le gritasen.

No era que ella prefiriese una madre como la señora Tarleton, se apresuró a decirse lealmente a sí misma, pero debía ser más divertido bromear así con una madre. Sabía que este pensamiento era irrespetuoso para Ellen y se avergonzó. Estaba segura de que ningún pensamiento tan penoso había turbado nunca los cerebros de las cuatro pelirrojas del coche, y, como siempre, cuando se sentía diferente de sus vecinas la invadía una irritante confusión.

Por ágil que fuera su mente, no estaba hecha para el análisis; pero pudo darse cuenta de que si bien las muchachas Tarleton eran desordenadas como potros y turbulentas como jumentos en marzo; tenían un despreocupado atrevimiento que era hereditario. Tanto por parte de su padre como de su madre, eran georgianas del Norte, posteriores tan sólo en una generación a los colonizadores. Estaban seguras de sí mismas y de lo que las rodeaba. Sabían instintivamente lo que debían hacer, como los Wilkes, aunque de manera completamente distinta; en ellas no había aquellos conflictos que frecuentemente agitaban el sueño de Scarlett, en quien la sangre de una aristócrata de la costa se mezclaba con la de un campesino irlandés pequeño y rudo.

Scarlett quería respetar y adorar a su madre como a un ídolo, pero también le hubiera gustado revolverle el pelo y bromear con ella. Sabía que era necesario hacer una cosa u otra. Era el mismo conflicto emotivo que le hacía desear aparecer como una dama delicada y aristocrática ante los jóvenes y ser al mismo tiempo una descarada que no sintiese el menor escrúpulo ante un beso.

—¿Dónde está Ellen esta mañana? —preguntó la señora Tarleton.

—Hemos despedido a nuestro mayordomo y Ellen se ha quedado en casa para ajustar con él las cuentas. ¿Y su marido y los muchachos?

—¡Oh! Salieron a caballo para Doce Robles hace ya mucho tiempo, para probar el ponche y ver si está bastante fuerte, ¡como si no hubiera tiempo hasta mañana para eso! Rogaré a John Wilkes que les dé hospitalidad esta noche, aunque tenga que meterlos en la cuadra. Cinco hombres borrachos son demasiados para mí. Hasta tres lo llevo bien, pero...

Gerald la interrumpió rápidamente para cambiar de tema, Sentía murmurar a sus hijas a sus espaldas, recordando en qué condiciones había vuelto a su casa el otoño pasado de la barbacoa de los Wilkes.

—¿Cómo no viene usted hoy a caballo, señora Tarleton? No me parecía usted la misma sin Nellie. Usted es un esténtor...

—¡Un esténtor! ¡Qué ignorante es usted! —exclamó la señora Tarleton, remedando su acento—. Querrá usted decir un centauro. Esténtor era un hombre que tenía una voz como un batintín de bronce.

—Esténtor o centauro, es lo mismo —respondió Gerald, sin desconcertarse por su error—. Además, tiene usted también la voz como un batintín de bronce cuando llama a sus perros en las cacerías.

—Eso está bien, mamá —dijo Hetty—. Ya te he dicho que aullas como un comanche en cuanto ves un zorro.

—Pero no tan fuerte como aullas tú cuando te lavo las orejas —rebatíó la señora Tarleton—. ¡Y tienes dieciséis años! En cuanto a no montar hoy, es porque Nellie ha estado de parto esta mañana.

—¿De verdad? —exclamó Gerald, realmente interesado y brillantes los ojos, en su pasión irlandesa por los caballos.

Scarlett se sintió nuevamente extrañada, comparando a su madre con la señora Tarleton. Para Ellen, ni jumentos ni yeguas estaban nunca de parto. En realidad, apenas si las gallinas ponían huevos. Ellen silenciaba por completo aquellos asuntos. Pero la Tarleton no empleaba tales reticencias.

—¿Una potranca?

—No, un gracioso y futuro semental, con unas patas de dos metros de largo. Tiene que venir a verlo, señor O'Hara. Es un verdadero caballo Tarleton. Rojo como los rizos de Hetty.

—Y tiene también la mirada de Hetty —añadió Camilla; y desapareció gritando en medio de un remolino de faldas, corpinos y cabellos que se agitaban, mientras Hetty, enfadada, empezaba a pellizcarla.

—Mis potrancas están excitadas esta mañana —replicó la señora Tarleton—. Han empezado a ponerse impacientes desde que supimos la noticia del noviazgo de Ashley con esa primita suya de Atlanta. ¿Cómo se llama? ¿Melanie? Dios la bendiga, es una criatura preciosa, pero no consigo nunca acordarme de su nombre ni de su cara. Nuestra cocinera es la mujer del mayordomo de los Wilkes y ayer éste llevó a casa la noticia de que esta noche se anunciará el noviazgo; y la cocinera nos lo ha dicho esta mañana. Como le digo, las muchachas están muy excitadas; no comprendo por qué. Todos sabemos desde hace años que Ashley quería casarse con ella, si no se casaba con una de sus primas Burr, de Macón. Lo mismo que Honey Wilkes, que va a casarse con Charles, el hermano de Melanie. Dígame una cosa, señor O'Hara, ¿es ilegal para los Wilkes casarse fuera de su familia? Porque si...

Scarlett no oyó el resto de la frase y de las carcajadas. Por un breve momento tuvo la impresión de que el sol había desaparecido detrás de una densa nube, dejando al mundo en sombras y sin color a las cosas. El fresco follaje verde se volvió pálido y el manzano silvestre, de un rojo tan bello momentos antes, lúgubre y mortecino. Scarlett clavó las uñas en el cuero del asiento y su quitasol vaciló un instante. Una cosa era saber que Ashley estaba prometido y otra oír hablar de ello a la gente con tanta naturalidad. Sin embargo, pronto recobró su ánimo; el sol reapareció y el paisaje volvió a ser brillante y alegre. Sabía que Ashley la amaba. Esto era seguro. Sonrió al pensar en la sorpresa de la señora Tarleton, cuando por la noche no se anunciara ningún compromiso y, más aún, cuando anunciaran una fuga en su lugar. Cómo hablaría a sus vecinos del aire inocente con que Scarlett había escuchado los discursos sobre Melanie, cuando al mismo tiempo ella y Ashley... Hundióse nuevamente en sus pensamientos, y Hetty, que estaba observando con curiosidad el efecto de las palabras de su madre, se dejó caer sobre los almohadones con un mohín de leve perplejidad.

—No me importa lo que usted dice, señor O'Hara —prosiguió enfáticamente la señora Tarleton—. Estos matrimonios entre primos son una mala cosa. No es suficiente error que Ashley se case con la hija de Hamilton, sino que van a casar a Honey con ese Charles pálido y seco. —Honey no atraparé a ninguno si no se casa con Charles —dijo Randa, cruel y segura de su propia popularidad—. No ha tenido nunca ningún pretendiente. Y él no ha estado nunca enamorado de ella, aunque sean novios. ¿Te acuerdas, Scarlett, cómo te rondaba las últimas Navidades...?

—No seas charlatana, niña —dijo su madre—. Los primos no se deberían casar nunca entre ellos, ni aun los primos segundos. La sangre se debilita. No sucede como con los caballos. Podéis aparear una yegua con su hermano o un potro con su hermana y obtendréis bue nos resultados, si

conocéis la raza, pero entre la gente la cosa es dis tinta. Se podrán obtener buenas apariencias, quizá, pero vigor no. —¡En esto, señora, no estoy de acuerdo con usted! ¿Podría citarme gente mejor que los Wilkes? Y se han casado siempre entre ellos desde que Brian Born era un chiquillo.

—Pues ya es hora de que cesen, porque empiezan a notarse los resultados. ¡Oh, no lo digo por Ashley, que es un guapo muchacho, aunque también él...! Pero mire a esas dos muchachas paliduchas. ¡Pobrecitas! Chicas monas, naturalmente, ¡pero tan pálidas! Mire también a la pequeña Melanie. Delgada como una caña y tan delicada que un soplo de aire se la llevaría, y sin pizca de gracia. No sabe nada de nada. «Sí señora», «¡No señora!» es todo lo que sabe decir. ¿Me comprenden ustedes? Esa familia necesita sangre nueva, sangre fina y vigorosa, como la de mis niñas o la de Scarlett. ¿Me comprenden? Los Wilkes son buenas gentes a su manera y ya saben que yo los aprecio, ¡pero seamos francos! Están demasiado educados y son también poco naturales, ¿no le parece? Tendrán buena figura a caballo en una carretera seca y limpia, pero fíjese en lo que digo: no creo que los Wilkes puedan galopar por un camino enfangado. Me parece que carecen de energía y sostengo que no son capaces de superar los obstáculos que puedan presentárseles. Animales que tienen necesidad del buen clima. ¡A mí denme un buen caballo que corra con cualquier tiempo! Sus matrimonios consanguíneos los han hecho diferentes de los que los rodean. ¡Siempre enredando en el piano o atiborrándose la *cabeza* de libros! Apuesto a que Ashley prefiere leer a cazar. ¡Sí, lo creo sinceramente, señor O'Hara! Y mire los huesos de esa gente. Demasiado endebles. Necesitan yeguas y sementales vigorosos...

—¡Ah..., ejem.J —hizo improvisadamente Gerald, dándose cuenta de que esta conversación, que para él era adecuada e interesante, no le habría parecido así a Ellen. Realmente, ella no lo perdonaría nunca de haber sabido que exponía a sus hijas a unas conversaciones tan libres. Pero la señora Tarleton era, como de costumbre, sorda a cualquier otra idea cuando se engolfaba en su tema favorito: la crianza, ya fuese de hombres o de caballos.

—Sé lo que digo, porque tengo varios primos casados entre ellos, y le aseguro que sus hijos nacieron todos con los ojos saltones como sapos. ¡Pobres criaturas! Y, cuando mi familia quiso que yo me casara con un primo segundo, me encabrité como un potro. Dije: «No, mamá. Eso no es para mí. Mis hijos habrán de tener cascots y buena alzada.» Mamá se desmayó oyéndome hablar de caballos, pero yo permanecí firme y mi abuela me sostuvo. Ella era muy ducha en la cria de caballos y dijo que tenía razón. ¡Me ayudó a huir con el señor Tarleton! ¡Y mire a mis hijos! Grandes y sanos, sin padecer nunca un constipado, aunque Boyd no mide más que un metro setenta y cinco. En cambio, los Wilkes...

—No es que quiera cambiar de tema, señora... —interrumpió Gerald, que había observado la mirada de asombro de Carreen y la ávida curiosidad que se pintaba en el rostro de Suellen, y temía que al volver a casa pudiesen hacer a Ellen preguntas embarazosas, que revelarían lo mal que él cuidaba de sus hijas. Notó, complacido, que su gatita parecía pensar en otra cosa, como correspondía a una señorita. Hetty vino en su ayuda.

—¡Por Dios, mamá, vamos! —exclamó, impaciente—. Hace un sol que quema y siento que me están saliendo ya pecas en el cuello.

—Un momento, señora, antes de que se marche. ¿Qué ha decidido usted hacer sobre la venta de caballos que nos pidieron para la Milicia? La guerra puede estallar cualquier día y los muchachos quieren que el asunto se arregle. Es un escuadrón del condado de Clayton y queremos para ellos caballos también de Clayton. Pero usted, criatura obstinada, se niega a vender sus mejores bestias.

—Quizá no haya guerra —contemporizó la señora Tarleton, ya alejado por completo su pensamiento de las raras costumbres matrimoniales de los Wilkes.

—¡Pero señora, usted no puede...!

—Mamá —interrumpió nuevamente Hetty—, ¿no podéis, tú y el señor O'Hara, hablar de eso cuando estemos en Doce Robles?

—Es muy justo, señorita Hetty —dijo Gerald—; no los entretendré más que un minuto. Dentro de poco estaremos en Doce Robles, y todos, viejos y jóvenes, queremos saber lo que va a pasar con los caballos. ¡Se me parte el corazón viendo a una señora tan fina y preciosa como su mamá, tan avara de sus bestias! ¿Dónde está su patriotismo, señora Tarleton? ¿La Confederación no representa nada para usted?

—¡Mamá! —gritó la pequeña Betsy—. ¡Randa se ha sentado sobre mi vestido y me lo está arrugando todo!

—Bueno, empújala para que se levante y chitón. En cuanto a usted, Gerald O'Hara, escúcheme. —Y sus ojos se abrieron—. ¡No me eche en cara la Confederación! Significa mucho más para mí que para usted, máxime cuando tengo cuatro chicos en el escuadrón, mientras que usted no tiene ninguno. Pero mis hijos pueden cuidarse ellos mismos y mis caballos no. Daría de buena gana los caballos, y hasta gratis, si supiese que iban a montarlos muchachos que conozco, caballeros acostumbrados a los pura sangre. No, no dudaría ni un minuto. ¡Pero dejar mis tesoros a merced de gañanes y de blancos pobres acostumbrados a montar en mulo! ¡No señor! He tenido pesadillas pensando si los ensillarían y si los cuidarían como es debido. ¿Cree usted que voy a dejar que bárbaros ignorantes monten mis tesoros, ensangrentándoles la boca y pegándoles hasta rendirlos? ¡Se me pone la carne de gallina nada más que de pensarlo! No, señor O'Hara. Es usted muy galante pidiéndome mis caballos, pero es mejor que se vaya a Atlanta a comprar rocines viejos.

—¡Mamá, vamos, por favor! —exclamó Camilla, uniéndose al coro impaciente—. Sabes muy bien que acabarás cediendo tus tesoros. Cuando papá y los chicos te digan que la Confederación los necesita, te pondrás a llorar y se los darás.

La señora Tarleton sonrió, encogiéndose de hombros.

—No haré tal cosa —dijo, tocando los caballos con la punta del látigo. El coche arrancó velozmente.

—Es una excelente mujer —dijo Gerald, quitándose el sombrero y poniéndose al lado de su coche—. Arrea, Toby. Los encontraremos allí y seguiremos hablando de caballos. Naturalmente, tiene razón. Tiene razón. Si un hombre no es un caballero, no tiene nada que hacer sobre un caballo. Su puesto está en la infantería. Pero es lástima que no haya en el condado los suficientes hijos de plantadores para formar un escuadrón completo. ¿Qué dices, gatita?

—Papá, por favor, anda delante o detrás de nosotras. Levantas tal cantidad de polvo que nos ahogamos —dijo Scarlett, sintiendo que no podría soportar la conversación mucho tiempo. La distraía de sus pensamientos; y estaba deseando arreglar éstos lo mismo que su rostro, en forma agradable, antes de llegar a Doce Robles. Gerald, obediente, espoleó su caballo y se alejó entre una nube rojiza detrás del carruaje de los Tarleton, donde podría continuar su conversación caballar.

## 6

Cruzaron el río y el coche subió la colina. Antes de distinguir la casa, Scarlett vio una nube de humo que se cernía perezosamente por encima de los altos árboles y husmeó los sabrosos olores mezclados de los troncos encendidos de nogal y de los cochinitos y corderos asados.

Los hoyos para la barbacoa, que ardían lentamente desde la madrugada, serían ahora largas zanjitas de rescoldo aurirrojo sobre las cuales giraban las carnes en los asadores y la grasa goteante chisporroteaba al caer en las brasas. Scarlett sabía que aquel olor, transportado por la leve brisa, provenía de la explanada de grandes robles que había detrás de la amplia casa. John Wilkes organizaba allí siempre sus barbacoas, sobre la suave ladera que conducía al jardín lleno de rosas; un lugar sombreado y mucho más agradable, por ejemplo, que el que utilizaban los Calvert. A la señora Calvert no le gustaban los cochinitos asados, y decía que el olor se mantenía dentro de la



casa durante algunos días; y, por eso, sus invitados se reunían siempre en un sitio llano y sin sombra, a casi medio kilómetro de la casa. Pero John Wilkes sabía realmente organizar una barbacoa.

Las largas mesas colocadas sobre caballetes, cubiertas con los más finos manteles que poseían los Wilkes, estaban situadas donde la sombra era más densa, rodeadas de bancos sin respaldo; sillas, banquillos y cojines de la casa estaban esparcidos en los claros para los que no quisieran sentarse en los bancos. A una distancia suficiente para evitar que el humo llegase hasta los invitados, estaban las largas zanjas en que se asaban las carnes y las enormes ollas de hierro de las que salían los succulentos olores de las salsas y de los estofados. El señor Wilkes disponía siempre de una docena de negros, por lo menos, que corrían de un lado para otro con las fuentes, sirviendo a los invitados. Más allá, detrás de los graneros, había otros hoyos donde se asaban las carnes para los criados de la casa, los cocheros y los sirvientes de los invitados, que celebraban allí su propio festín a base de tortas, ñames y despojos (aquellos platos de tripas de cerdo tan entrañablemente apreciados por los negros) y, cuando era la época, de sandías suficientes para hartarlos.

Cuando el olor del cerdo fresco asado llegó hasta ella, Scarlett lo aspiró con gesto de estimación, esperando tener un poco de apetito cuando fuese hora de comerlo. En aquel momento se sentía tan llena y tan encorsetada que temía eructar de un momento a otro. Hubiera sido fatal, porque sólo los hombres y las mujeres muy viejas podían hacerlo sin temor a la reprobación social.

Se acercaban a la cumbre, y la blanca casa desplegó ante ella su perfecta simetría; las grandes columnas, las amplias galerías, la techumbre plana, bella como una mujer hermosa tan segura de su rostro que puede ser gentil y generosa con todos. A Scarlett le gustaba Doce Robles más aún que Tara, porque tenía una belleza majestuosa y una dulce dignidad que, con toda seguridad, la casa de Gerald no poseía.

El ancho y curvo camino de acceso estaba lleno de caballos ensillados, de coches y de invitados que se apeaban y saludaban en alta voz a los amigos. Negros gesticulantes, excitados como siempre en las fiestas, conducían a los animales bajo techado para quitarles las sillas y los arreos. Gritería de chiquillos, blancos y negros, que corrían y retozaban por el prado, de un verde fresco, jugando a la rayuela y al «tócame tú», y que se regocijaban pensando que iban a comer hasta no poder más. El amplio vestíbulo, que iba de la parte delantera de la casa hasta la posterior, bullía de invitados y, cuando el coche de los O'Hara se detuvo ante el pórtico, Scarlett vio a las muchachas con sus miriñaques abigarrados, como mariposas, subiendo y bajando las escaleras hasta el segundo piso, enlazadas por el talle, recostándose sobre la frágil barandilla, riendo y llamando a los muchachos que se hallaban al fondo del vestíbulo.

A través de los balcones abiertos, veía a las señoras mayores sentadas en el saloncillo, vestidas de seda oscura, que se abanicaban hablando unas con otras de los niños, de las enfermedades, de los que se habían casado, del cómo y del porqué de todo. Tom, el mayordomo de los Wilkes, se afanaba por los salones con una gran bandeja de plata en las manos, inclinándose y sonriendo al ofrecer grandes vasos a los jóvenes de pantalones grises y finas camisas con chorreras.

La soleada galería delantera estaba llena de invitados. Sí, pensó Scarlett; allí estaba todo el condado. Los cuatro chicos Tarleton con su padre, apoyados en las altas columnas; los gemelos Stuart y Brent, uno junto al otro, inseparables como de costumbre; Boyd y Tom al lado de su padre, James Tarleton. El señor Calvert estaba junto a su esposa, una yanqui, quien, aun después de quince años de estancia en Georgia, no parecía nunca estar a gusto en ninguna parte. Todos eran muy amables y corteses con ella porque la compadecían, pero nadie podía olvidar que había agravado su error inicial de nacimiento siendo aya de los hijos de Calvert.

Los dos muchachos Calvert, Raiford y Cade, estaban con su hermana Cathleen, una espectacular rubita, embromando al moreno Joe Fontaine y a Sally Munroe, su linda novia. Alex y Tony Fontaine susurraban algo al oído de Dimity Munroe, haciéndola morir de risa. Había familias que venían de Lovejoy, a dieciséis kilómetros de distancia, de Fayetteville y de Jonesboro, y unos cuantos hasta de Atlanta y de Macón. La casa estaba abarrotada de gente, y el incesante murmullo

de conversaciones, de risas sonoras y sofocadas, de gritos femeninos y de exclamaciones, subía y bajaba de tono sin cesar.

En los escalones del pórtico estaba rígidamente erguido John Wilkes, con sus cabellos plateados, irradiando una tranquila simpatía. Su hospitalidad era tan cálida y constante como el sol veraniego de Georgia. A su lado estaba Honey<sup>6</sup> Wilkes (así llamada porque se dirigía indistintamente, con esa expresión afectuosa, a todo el mundo, incluidos los braceros de su padre), que se movía inquieta y saludaba con una risita forzada a los invitados que llegaban.

El nervioso y evidente deseo de Honey de mostrarse atractiva con todos los hombres contrastaba vivamente con la actitud de su padre, y Scarlett pensó que, después de todo, había quizás algo de verdad en lo que decía la señora Tarleton. Ciertamente, los Wilkes varones tenían cierto aire de familia. Las largas pestañas color de oro oscuro que sombreaban los ojos grises de John Wilkes y de Ashley eran, por el contrario, escasas e incoloras en los rostros de Honey y de su hermana India.

Honey tenía la inexpresiva mirada de un conejo; India sólo podía ser descrita con la palabra «insignificante».

A India no se la veía por allí, pero Scarlett pensó que, probablemente, estaría en la cocina dando las últimas instrucciones a los criados. «¡Pobre India! —se dijo—; ha tenido siempre tanto que hacer en la casa desde que murió su madre, que no se le ha presentado nunca ocasión de atraer a ningún pretendiente, excepto a Stuart Tarleton; y realmente no es mía la culpa si le parezco más bonita que ella.»

John Wilkes bajó los escalones para ofrecer el brazo a Scarlett. Al apearse del coche, vio ella que Suellen sonreía afectuosamente y comprendió que debía andar por allí Frank Kennedy.

«¡Si no pudiera yo tener un enamorado mejor que esa vieja solterona con pantalones!», pensó con desprecio, al pisar el suelo para dar las gracias, sonriendo, a John Wilkes.

Frank Kennedy corría hacia el coche para ayudar a Suellen y ésta presumía en tal forma, que a Scarlett le dieron ganas de pegarle. Frank Kennedy era el mayor terrateniente del condado y, al mismo tiempo, un hombre de corazón excelente; pero esto no contaba ante el hecho de que tenía ya cuarenta años, padecía de los nervios y tenía una barba color jengibre y modales característicos de solterón.

Sin embargo, recordando su plan, Scarlett ocultó su desdén y le dirigió una sonrisa luminosa a guisa de saludo, que él le devolvió; gratamente sorprendido, recogió el brazo extendido hacia Suellen y, volviendo los ojos hacia Scarlett, se acercó a ella con viva complacencia.

La mirada de Scarlett escudriñó el gentío en busca de Ashley, mientras charlaba amablemente con John Wilkes, pero aquél no estaba en el pórtico. Se oyeron gritos de salutación, y los gemelos Tarleton vinieron hacia ella. Las chicas Munroe se desataron en exclamaciones admirativas sobre su vestido y al poco rato Scarlett fue el centro de un grupo de personas, cuyas voces aumentaban, pues cada cual intentaba hacerse oír por encima de los demás. ¿Pero dónde estaba Ashley? ¿Y Melanie y Charles? Procuró no dar a entender que miraba a su alrededor y examinó el animado grupo formado dentro del vestíbulo.

Mientras charlaba, reía y lanzaba rápidas miradas al interior de la casa y al jardín, sus ojos cayeron sobre un desconocido, solo en el vestíbulo, que la miraba fijamente con tan fría impertinencia que despertó en ella un sentimiento mixto de placer femenino por haber atraído a un hombre, y de turbación porque su vestido era demasiado escotado. No le pareció muy joven: unos treinta y cinco años. Era alto y bien formado. Scarlett pensó que no había visto nunca a un hombre de espaldas tan anchas ni de músculos tan recios, casi demasiado macizo para ser apuesto. Cuando sus miradas se encontraron, él sonrió mostrando una dentadura blanca como la de un animal bajo el bigote negro y cortado. Era moreno, y tan bronceado y de ojos tan ardientes y negros como los de un pirata apresando un galeón para saquearlo o raptar a una doncella. Su rostro era frío e

---

<sup>6</sup> *Honey* en inglés significa «miel» y también, referido a las personas: «encanto», «cielo»... (*N. de los T.*)

indiferente; su boca tenía un gesto cínico mientras sonreía, y Scarlett contuvo la respiración. Notaba que aquella mirada era insultante y se indignaba consigo misma al no sentirse insultada. No sabía quién era, pero sin duda alguna aquel rostro moreno revelaba una persona de buena raza. Aquello se veía en la fina nariz aguileña, en los labios rojos y carnosos, en la alta frente y en los grandes ojos.

Apartó ella la mirada sin responder a la sonrisa, y él se volvió hacia alguien que le llamaba:

—¡Rhett, Rhett Butler, ven aquí! Quiero presentarte a la muchacha más insensible de Georgia.

¿Rhett Butler? El nombre le sonaba a conocido, aunque unido a algo agradablemente escandaloso; pero su pensamiento estaba con Ashley y desechó aquel otro.

—Tengo que subir a arreglarme el pelo —dijo a Stuart y a Brent, que intentaban alejarla de la gente—. Esperadme aquí, muchachos, y no os vayáis con otra chica, o de lo contrario, me enfadaré.

Pudo ver que Stuart iba a ser difícil de manejar aquel día si coqueteaba con cualquier otro. Había bebido y tenía aquella expresión desafiadora que, como ella sabía por experiencia, quería decir que habría jaleo. Se detuvo en el vestíbulo para saludar a unos amigos y charlar con India, que salía de detrás de la casa con el pelo revuelto y unas gotas de sudor en la frente. ¡Pobre India! Como si no fuera bastante tener el pelo descolorido, las pestañas invisibles y una barbilla prominente que denotaba terquedad, debía a sus veinte años considerarse una solterona. Se preguntó si estaría irritada porque ella le había quitado a Stuart. Mucha gente decía que aún estaba enamorada de él, pero no podía uno nunca saber lo que pensaba un Wilkes. Si estaba irritada por aquello, no lo demostraba en lo más mínimo y trataba a Scarlett con la misma cortesía cordial y distante de siempre.

Scarlett habló afablemente con ella y empezó a subir los anchos escalones. En aquel momento, oyó pronunciar tímidamente su nombre; se volvió y vio a Charles Hamilton. Era un muchacho de agradable aspecto, cabellos negros y rizados, y ojos castaños tan puros y afectuosos como los de un perro de pastor. Iba bien vestido con unos pantalones color mostaza y una chaqueta negra, y su camisa de rizada gorguera estaba rematada por la más ancha y elegante de las corbatas negras. Un leve rubor apareció en su rostro cuando Scarlett se volvió, porque era tímido con las muchachas. Como la mayor parte de los hombres tímidos, admiraba muchísimo la locuaz vivacidad y la desenvoltura de las jóvenes como Scarlett. Hasta ahora, nunca le había concedido ella más que una amable cortesía, y por esto, al verse acogido con una sonrisa radiante y con las manos extendidas alegremente, se le cortó casi la respiración.

—¡Charles Hamilton, simpático y viejo amigo! ¡Apuesto a que viene usted de Atlanta con el propósito de despedazar mi pobre corazón!

Casi balbuceando por la emoción, Charles estrechó entre las suyas las tibias manecitas y miró fijamente los ojos verdes y animados de Scarlett. Así solían hablar las demás muchachas con los chicos; pero nunca con él. No sabía por qué las muchachas le trataban siempre como a un hermanito, cariñosamente pero sin tomarse la molestia de embromarle. Hubiera querido que se portasen con él como con otros bastante menos guapos y con menos bienes de fortuna. Pero las escasas veces en que esto sucedió, no supo nunca qué decir y se encontró en un atormentado apuro a causa de su timidez. Y después, se quedaba toda la noche desvelado pensando en las bonitas galanterías que podía haber dicho; pero raramente se le presentaba una segunda ocasión, porque las muchachas, después de un par de tentativas, le dejaban solo.

Hasta con Honey, con la que tenía un tácito acuerdo matrimonial para cuando entrase en posesión de sus bienes, era silencioso y desconfiado. A veces, tenía la ingrata sensación de que las coqueterías de Honey y sus aires de propietaria no resultaban halagadores para él, pues a Honey le agradaban tanto los jóvenes que habría hecho lo mismo con cualquiera en cuanto se le presentara la oportunidad. La perspectiva de casarse con ella no le entusiasmaba, porque la muchacha no despertaba en él ninguna de las violentas emociones novelescas que sus amados libros aseguraban eran propias de un enamorado. Siempre había tenido la ilusión de ser amado por una criatura bella y fogosa, ardiente y traviesa.

¡Y allí estaba Scarlett, con la broma de que él venía a destrozarle el corazón!

Intentó pensar algo que decirle, y no pudo, pero la bendijo en silencio porque Scarlett sostuvo constantemente la charla sin que él necesitase buscar ningún tema de conversación. Aquello era demasiado hermoso para ser verdad.

—Ahora, espéreme aquí hasta que vuelva, porque quiero comer con usted en la barbacoa. Y no vaya a galantear a otras muchachas, porque soy sumamente celosa. —Estas increíbles palabras fueron pronunciadas por unos labios rojos, con un hoyuelo en cada lado, mientras las espesas pestañas negras bajaban deliciosamente sobre los ojos verdes.

—Obedeceré —consiguió decir Charles finalmente, sin sospechar ni lejanamente que ella le consideraba como un ternerillo en espera del matarife.

Golpeándole suavemente el brazo con el abanico cerrado, la joven se volvió para subir las escaleras y sus ojos cayeron nuevamente sobre el hombre a quien había oído llamar Rhett Butler y que se mantenía apartado, no lejos de Charles. Efectivamente, había oído toda la conversación porque de nuevo le sonrió maliciosamente como un gato y sus ojos se fijaron en ella con una mirada que carecía de la consideración a que estaba acostumbrada.

«¡Por la camisa de San Peter! —dijo para sí Scarlett, indignada, usando la imprecación favorita de Gerald—, mira..., mira como si yo estuviera desnuda...» Y, moviendo la cabeza, subió las escaleras.

En el dormitorio donde las damas dejaban sus chales, encontró a Cathleen Calvert que se miraba en el espejo, mordiéndose los labios para ponérselos más rojos. Tenía en la cintura unas rosas frescas que armonizaban con sus mejillas, y sus ojos azul lirio bailaban de excitación.

—Cathleen —dijo Scarlett, tirándose el vestido hacia arriba para taparse el escote—, ¿quién es ese hombre odioso que está abajo y que se llama Butler?

—¿Cómo, no lo sabes, querida? —murmuró Cathleen, excitada, echando una ojeada a la habitación inmediata donde Dilcey y el aya de las señoritas Wilkes chismorreaban—. No sé qué pensará el señor Wilkes por tenerlo en su casa; pero Butler estaba visitando al señor Kennedy en Jonesboro, creo que para comprar algodón, y el señor Kennedy, naturalmente, ha debido traerlo consigo. No podía marcharse y dejarle allí, ¿verdad?

—¿Y qué tiene ese hombre?

—Que es un indeseable, querida.

—¿De verdad?

—De verdad.

Scarlett se tragó esto en silencio, pues nunca se había encontrado bajo el mismo techo que una persona indeseable. Era una cosa interesantísima.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—¡Oh, Scarlett! Tiene la reputación más terrible del mundo. Se llama Rhett Butler, es de Charleston y sus parientes son personas muy distinguidas, pero no se tratan con él. Caro Rhett me habló de él el verano pasado. No tiene relaciones con su familia, pero ella, como todos, sabe cuanto a él se refiere. Fue expulsado de West Point. ¡Figúrate! Y por cosas demasiado graves para que Caro las sepa. Y entonces sucedió el asunto de esa muchacha con la que él no quiso casarse.

—¡Cuéntamelo!

—¿Tampoco sabes nada de esto, tesoro? A mí me lo contó Caro el verano pasado, y su madre se moriría si supiese que Caro está enterada de ello. Pues este señor Butler llevó a una muchacha de Charleston a dar un paseo en coche. No he sabido nunca quién era ella, pero tengo mis sospechas. Fue demasiado complaciente, porque si no no hubiera salido sola con él sin aya, en las últimas horas de la tarde. Bueno, querida, permanecieron fuera casi toda la noche y finalmente volvieron a casa diciendo que el caballo se había desbocado, que el coche se rompió y que ellos se perdieron en el bosque. Adivina lo que...

—No puedo adivinarlo. ¡Dímelo! —exclamó Scarlett, entusiasmada, esperando lo peor.

—¡Al día siguiente se negó a casarse con ella!

—¡Oh! —dijo Scarlett, desilusionada.

—Dijo que no había..., que no le había hecho nada y no veía por qué tenía que casarse. Y, naturalmente, el hermano de ella fue a buscarle y él le dijo que prefería un balazo antes que casarse con una estúpida. Se batieron y el señor Butler mató al hermano de la muchacha y tuvo que marcharse de Charleston porque nadie quiere recibirlo —terminó Cathleen triunfante; y muy a tiempo, pues Dilcey entró en la habitación para vigilar cómo se acicalaban las jóvenes que le habían sido confiadas.

—¿Y ella tuvo un crío? —cuchicheó Scarlett al oído de Cathleen.

Ésta sacudió violentamente la cabeza.

—Pero quedó igualmente deshonrada —susurró a su vez.

«Ojalá yo hubiera hecho que Ashley me comprometiese —pensó Scarlett de repente—. Es demasiado caballero para no casarse conmigo.»

Pero en el fondo sentía cierto respeto por aquel hombre que se había negado a casarse con una estúpida.

Scarlett estaba sentada en una otomana de palo de rosa, bajo la sombra de un enorme roble, detrás de la casa, con sus volantes y sus frunces flotando a su alrededor y asomando bajo las faldas unos centímetros de chinelas de tafilete verde; lo más que una señora podía mostrar si quería seguir siendo una señora. Tenía en las manos un plato, que apenas había probado, y siete caballeros a su alrededor. La barbacoa había llegado a su apogeo y el aire templado estaba lleno de risas, de voces, de tintineo de cubiertos y choques de porcelanas, del denso olor de las carnes asadas y de los estofados. De vez en cuando y al levantarse, un soplo de brisa, bocanadas de humo procedentes de las hogueras envolvían al gentío y se escuchaban gritos burlones de espanto de las señoras y violentos aleteos de abanicos de palma.

La mayoría de las muchachas estaban sentadas con sus galanes en los largos bancos alrededor de las mesas, pero Scarlett, convencida de que una muchacha sólo tiene dos costados y de que sólo un hombre puede sentarse a cada uno de sus lados, había preferido acomodarse aparte, para reunir a su alrededor el mayor número posible de jóvenes.

Bajo los árboles estaban instaladas las señoras casadas; sus vestidos negros ponían una nota severa en el color y la alegría circundantes. Las matronas, cualquiera que fuese su edad, se agrupaban siempre, separadas de las muchachas de ojos ardientes, de sus cortejadores y de su alegría, pues no existían casadas coquetas en el Sur. Desde la abuela Fontaine, que eructaba francamente por el privilegio de su edad, hasta la jovencita de diecisiete años Alíce Munroe, que luchaba contra las náuseas de su primer embarazo, el grupo de cabezas se juntaba en interminables discusiones genealógicas y de obstetricia, que hacían aquellas charlas tan agradables e instructivas.

Dirigiendo miradas desdeñosas a aquel grupo, Scarlett pensaba que parecían una bandada de gordos cuervos. Las señoras casadas no tenían nunca la menor diversión. No se le ocurría que si se casaba con Ashley quedaría automáticamente relegada como ellas a los cenadores y a los salones principales, con graves matronas vestidas de seda negra, tan seria como ellas, sin tomar ya parte en los pasatiempos y diversiones. Como a muchas muchachas, su imaginación la llevaba hasta el altar y ni un paso más allá. Además, sentíase ahora demasiado desgraciada para seguir una abstracción.

Bajó los ojos al plato y mordisqueó delicadamente un bizcochito, con una elegancia y una falta de apetito que hubieran obtenido el aplauso de Mamita. Pues, aunque nunca había tenido mayor abundancia de cortejadores, en su vida se había sentido más desdichada. No lograba comprender cómo sus planes de la noche anterior habían fracasado tan miserablemente en lo que a Ashley se refería. Había atraído a docenas de muchachos, pero no a Ashley, y todos los temores de la tarde anterior volvían a invadirla, haciendo latir su corazón precipitada o lentamente, y sus mejillas pasaban del rubor a la palidez.

Ashley no había intentado unirse al círculo que la rodeaba, y desde que llegó no había cambiado ni una palabra a solas con él, después del primer saludo. Ashley se adelantó a saludarla cuando ella llegó al jardín posterior; pero daba el brazo a Melanie, que le llegaba apenas al hombro.

Era ésta una muchacha pequeña y frágil, que tenía el aspecto de una niña disfrazada con las enormes faldas de su madre, ilusión que aumentaba por la expresión tímida, casi asombrada, de sus ojos negros demasiado grandes. Tenía un pelo rizado y castaño tan prensado en la redecilla que no se le salía ni un cabello; aquella masa oscura que enmarcaba su rostro formando un pico en la frente acentuaba la forma triangular de los pómulos, demasiado señalados, y de la barbilla, muy puntiaguda. Era un rostro dulce y tímido, pero inexpresivo, sin trucos femeninos que hiciesen olvidar a los observadores su escasa belleza. Melanie parecía, y lo era, tan sencilla como la tierra, tan buena como el pan y tan transparente como el agua de primavera. Pero, no obstante sus facciones poco agraciadas y su estatura insuficiente, sus movimientos le daban una tranquila dignidad que era extrañamente conmovedora e impropia de sus diecisiete años. Su vestido de organdí gris, con el cinturón de raso color guinda, disimulaba entre sus pliegues y frunces el desarrollo infantil de su cuerpo; y el sombrero amarillo con largas cintas, color guinda también, aclaraba su piel lechosa. Pesados zarcillos de oro con largos flecos colgaban bajo los cabellos recogidos y se balanceaban muy cerca de los oscuros ojos, que tenían el tranquilo resplandor de un lago del bosque, en invierno, cuando las hojas negras se reflejan en el agua tranquila.

Sonrió tímidamente al saludar a Scarlett, elogiando su traje verde, y Scarlett tardó en responder amablemente, tan vehemente era su deseo de hablar a solas con Ashley. Desde entonces, Ashley estuvo sentado en un banco a los pies de Melanie, lejos de los otros invitados, hablando tranquilamente con ella y sonriendo con aquella sonrisa un poco indolente que tanto le gustaba a Scarlett. Lo que empeoraba la situación era que, bajo aquella sonrisa, los ojos de Melanie se habían animado un poco y hasta Scarlett tuvo que reconocer que estaba casi bonita. Cuando Melanie miraba a Ashley, su rostro se iluminaba como con una llama interna, pues si alguna vez se reflejó en un semblante un corazón enamorado era en el de Melanie Hamilton.

Scarlett intentó apartar sus ojos de aquella pareja, pero no pudo; y después de cada mirada su alegría aumentaba con sus pretendientes, y reía, decía cosas chocantes, charlaba, inclinando la cabeza a sus galanterías y haciendo bailar sus zarcillos. Exclamó repetidamente: «¡Tonterías!», afirmando que ninguno era sincero y jurando que no creía nada de cuanto le decían aquellos caballeros. Pero Ashley no parecía darse cuenta de nada. Alzaba la vista hacia Melanie y le hablaba, y Melanie bajaba los ojos y le contestaba con una expresión que irradiaba la certeza de que le pertenecía.

Y, por eso, Scarlett se sentía desgraciada.

Para unos ojos extraños, jamás una muchacha había tenido menos motivo de serlo. Indudablemente era la más bella de la barbacoa, el centro de la atención. En cualquier otra ocasión, el entusiasmo de los hombres y los celos de las otras muchachas le habrían proporcionado un enorme placer. Charles Hamilton, seducido por su advertencia, se había plantado a su derecha, negándose a moverse de allí a pesar de los esfuerzos combinados de los gemelos Tringleton. Tenía en una mano el abanico de Scarlett y en la otra su plato de cochinito y trataba tenazmente de evitar los ojos de Honey, que parecía estar a punto de estallar en llanto. Cade estaba graciosamente echado a la izquierda de Scarlett tirándole a cada momento de la falda para atraer su atención y mirando a Stuart con ojos furibundos. Entre él y los gemelos, el aire estaba cargado de electricidad, y ya habían cambiado palabras fuertes. Frank Kennedy bullía alrededor como una gallina con un pollito, corriendo delante y detrás del umbroso roble hasta las mesas para coger golosinas que ofrecía a Scarlett, como si no hubiese una docena de criados que lo hicieran. Como resultado de ello, el hondo resentimiento de Suellen había sobrepasado el límite del aguante femenino secreto y clavaba sus ojos en Scarlett. La pequeña Carreen habría llorado de buena gana, porque, a pesar de las palabras alentadoras de Scarlett aquella mañana, Brent se había limitado a decirle «Hola, pequeña» y a tirarle de la cinta del pelo, antes de volverse y prestar toda su atención a Scarlett. Acostumbraba

a ser tan bueno y la trataba con tan cariñosa deferencia que le daba la impresión de ser una persona mayor y soñaba secretamente con el día en que pudiera hacerse moño, ponerse de largo y recibirle como a un verdadero galán. Y ahora parecía que Scarlett se lo llevaba. Las chicas Munroe disimulaban su pena por el alejamiento de los morenos Fontaine, pero las molestaba ver cómo Tony y Alex permanecían alrededor del círculo, esperando poder ocupar un sitio cerca de Scarlett en cuanto se levantase cualquiera de los otros galanteadores.

Telegrafiaban su desaprobación a Hetty por la conducta de Scarlett, arqueando delicadamente las cejas. La única palabra adecuada para definirla era «descarada». Simultáneamente, las tres muchachas abrieron sus quitasoles de blonda, dijeron que ya habían comido bastante, dieron las gracias y, tocando ligeramente con los dedos el brazo del hombre que tenían más cerca, expusieron dulcemente el deseo de ver la rosaleta y el pabellón de primavera y el de verano. Esta retirada estratégica en buen orden no pasó inadvertida a las mujeres presentes y no fue notada por ningún hombre.

Scarlett rió para sí viendo a tres hombres escaparse de su radio de seducción para visitar parajes familiares a las muchachas desde su infancia y lanzó una mirada penetrante hacia Ashley para ver si se había dado cuenta. Pero él estaba entretenido jugueteando con la banda del cinturón de Melanie y sonriéndole. Un intenso dolor le contrajo el corazón. Sintió que sería capaz de arañar con alegría la piel de marfil de Melanie hasta hacerle sangre. Al apartar sus ojos de ésta, chocó con la mirada fija de Rhett Butler, que no se había mezclado con los grupos y conversaba aparte con John Wilkes.

La estaba observando y al mirarle ella se echó a reír abiertamente.

Scarlett tuvo la penosa sensación de que aquel hombre a quien nadie recibía era el único allí presente que sabía lo que se ocultaba bajo su fingida alegría y que esto le procuraba una sardónica diversión. Le hubiera arañado también con gran complacencia.

«Si logro soportar esta barbacoa hasta la tarde —pensó—, todas las muchachas subirán a descansar un poco para estar animadas a la noche y yo me quedaré aquí y conseguiré hablar con Ashley. Habrá notado, seguramente, lo festejada que soy.» Calmó su corazón con otra esperanza: «Naturalmente, tiene que estar atento con Melanie, porque, al fin, es su prima y nadie la corteja, y, si no fuera por él, se quedaría de plantón en el baile.»

Le hizo recobrar valor este pensamiento y redobló sus coqueteos con Charles, cuyos negros ojos la contemplaban ávidamente. Era un día magnífico para Charles, un día de ensueño; se había enamorado de Scarlett sin el menor esfuerzo. Ante esta nueva emoción, Honey desapareció tras una densa niebla. Honey era un gorrión estridente, y Scarlett, un centelleante colibrí. Le embromaba con sus zalamerías, haciéndole preguntas que ella misma contestaba, de modo que Charles parecía muy inteligente sin necesidad de decir una palabra. Los otros jóvenes estaban perplejos y muy enojados ante aquel evidente interés de Scarlett por él, pues sabían que Charles era demasiado tímido para decir dos palabras seguidas, y ponían a dura prueba su propia educación para disimular su creciente rabia. Todos ardían de amor por ella, y, de no haber sido por Ashley, Scarlett hubiera logrado un auténtico triunfo.

Cuando acabaron el último bocado de cochinito, de pollo y de cordero, Scarlett creyó que había llegado el momento de que India se levantase para decir a las señoras que podían entrar en la casa. Eran las dos y el sol abrasaba; pero India, cansada por los tres días de preparativos para la fiesta, estaba muy satisfecha de poder estar sentada un poco, bajo los árboles, hablándole a gritos a un viejo caballero sordo de Fayetteville.

Una perezosa soñolencia descendía sobre los grupos. Los negros holgazaneaban alrededor, quitando las largas mesas sobre las que habían servido las viandas. Las risas y las conversaciones decayeron y, aquí o allá, algunos grupos estaban silenciosos. Todos esperaban de los anfitriones la señal de que habían terminado los festejos matinales. Los abanicos de palma se agitaban más lentamente y algunos ancianos cabeceaban a causa del sueño y de los estómagos repletos. La barbacoa había terminado y todos sentían deseos de descansar mientras el sol se hallara tan alto.

En aquel intervalo entre la reunión matinal y el baile de la noche parecían un grupo plácido y tranquilo. Sólo los jóvenes conservaban la incansable energía que hasta poco antes había animado a todos. Yendo de grupo en grupo arrastrando sus voces quedas, eran hermosos como sementales de raza, y tan peligrosos como éstos. La languidez del mediodía pesaba sobre la reunión; pero bajo aquella calma escondíanse temperamentos que podían en un momento ascender a alturas enormes y desplomarse después con la misma rapidez. Hombres y mujeres eran hermosos y salvajes, todos algo violentos bajo sus agradables modales, y sólo ligeramente domados.

Pasó otro rato, el sol era más abrasador y Scarlett y otros invitados miraban a India.

Iba decayendo la conversación y, en la calma, todos oyeron entre la arboleda la voz de Gerald alzarse furibunda. A poca distancia de las mesas, estaba en el punto culminante de una discusión con John Wilkes.

—¡Por la camisa de San Peter, hombre! ¿Rezar por un acuerdo pacífico con los yanquis? ¿Después de que hemos disparado contra esos bribones de Fort Sumter? ¿Pacífico? ¡El Sur demostrará con las armas que no puede ser insultado y que no se separa de la Unión por bondad de ésta, sino por su propia fuerza!

«¡Oh, Dios mío, ya está con su tema! —pensó Scarlett—. Ahora todos estaremos aquí sentados hasta medianoche.»

En un momento, la soñolencia desapareció de los grupos, y algo eléctrico agitó el aire. Los hombres se levantaron de los bancos y de las sillas, agitando los brazos y elevando la voz para acallar las de los demás. No se había hablado en toda la mañana de política ni de guerra, a ruegos del señor Wilkes, que no quería que se molestase a las señoras. Pero Gerald había pronunciado las palabras «Fort Sumter» y todos los presentes olvidaron la advertencia de su anfitrión.

«Claro que combatiremos...» «¡Yanquis ladrones...!» «Los haremos polvo en un mes...» «¿Es que uno del Sur no puede deshacer a veinte yanquis?» «Darles una lección que no olvidarán.» «¿Pacífico? Pero si son ellos los que no nos dejan en paz...» «¿Habéis visto cómo ha insultado el señor Lincoln a nuestros comisarios?...» «¡Sí! ¡Los ha engañado durante muchas semanas, jurando que evacuarían Fort Sumter...!» «Quieren guerra; pues se hartarán de guerra...» Y sobre todas las voces tronaba la de Gerald. Todo lo que Scarlett lograba oír era: «¡Derechos de los Estados!», gritado una vez y otra. Gerald pasaba un rato feliz, pero no así su hija.

Secesión... Guerra... Estas palabras tan repetidas hastiaban a Scarlett, pero ahora las odiaba hasta en su sonido, porque significaban que los hombres seguirían allí horas enteras discursando y ella no tendría posibilidad de monopolizar a Ashley. Claro era que no habría guerra y los hombres lo sabían. Les gustaba hablar de ello sólo por oírse hablar a sí mismos.

Hamilton no se unió a los otros. Encontrándose relativamente solo con la muchacha, se le acercó y, con la audacia nacida del nuevo amor, le musitó su confesión:

—Señorita O'Hara..., yo..., yo he decidido que, si vamos a la guerra, me marcharé a Carolina del Sur, a unirme allí con la tropa. Se dice que el señor Wade Hampton<sup>7</sup> está organizando un escuadrón de caballería y, naturalmente, yo quiero ir con él. Es un gran hombre y el mejor amigo de mi padre.

Scarlett pensó: «¿Qué quiere que yo haga...? ¿Que dé tres vivas?», porque la expresión de Charles demostraba estarle revelando los secretos de su corazón. Ella no supo qué decirle y se limitó a mirarle, maravillándose de que los hombres fuesen tan tontos que creyesen que a las mujeres les interesan tales asuntos. Él tomó su gesto por una pasmada aprobación y continuó rápida y audazmente:

—Si me marchase... ¿lo sentiría usted, señorita O'Hara?

—Lloraré todas las noches sobre mi almohada —respondió Scarlett, intentado ser graciosa; pero él tomó aquella frase al pie de la letra y enrojeció de alegría. La mano de ella estaba escondida

---

<sup>7</sup> Heroico oficial de caballería que desempeñó también un importante papel una vez terminada la guerra.



entre los pliegues de su vestido; él la buscó con cautela y se la apretó, asombrado de su propia osadía y de la aquiescencia de ella.

—¿Rezaré por mí?

«¡Qué tonto!», pensó amargamente Scarlett mirando disimuladamente a su alrededor, con la esperanza de que alguien la librase de aquella conversación.

—¿Lo hará?

—¡Oh! ¡Claro que sí, señor Hamilton! ¡Lo menos tres rosarios cada noche!

Charles miró rápidamente a su alrededor y contrayendo los músculos del estómago contuvo la respiración. Estaban realmente solos y no podría tener nunca una oportunidad parecida. Y, si se le presentaba otra bendita ocasión, le faltaría valor.

—Señorita O'Hara..., tengo que decirle algo... ¡Yo... la amo!

—¿Eh...? —dijo Scarlett, distraída, tratando de ver, a través de los grupos de hombres que peroraban, si Ashley estaba aún sentado a los pies de Melanie.

—¡Sí! —susurró Charles, arrobado, al ver que ella no reía, ni gritaba, ni se había desmayado, como siempre imaginó él que hacían las muchachas en semejantes circunstancias—. ¡La amo! Es usted la más... la más... —y por primera vez en su vida no le faltaron palabras—, la más bella muchacha que he conocido nunca, la más adorable y gentil, y yo la amo con todo mi corazón. No puedo creer que otro la quiera como yo, pero si usted, mi querida señorita O'Hara, quisiera darme alguna esperanza, lo haré todo en el mundo para que usted me ame. Haré...

Se interrumpió porque no conseguía imaginar nada que fuese lo bastante difícil para convencer a Scarlett de la profundidad de sus sentimientos, y entonces dijo simplemente:

—Quiero casarme con usted.

Scarlett volvió a la realidad con un sobresalto, al sonido de la palabra «casarme». Estaba pensando en el matrimonio y en Ashley, y miró a Charles con mal disimulada irritación. ¿Por qué aquel cretino con cara de carnero venía a inmiscuirse en sus sentimientos, precisamente aquel día en que, de tan angustiada, estaba a punto de perder la cabeza? Miró sus ojos negros suplicantes y no vio en ellos nada de la belleza del primer amor de un muchacho tímido, ni de la adoración de un ideal hecho realidad, ni de la frenética felicidad y la ternura que ardían como una llama en aquella mirada.

Scarlett estaba acostumbrada a que los hombres se le declarasen, hombres más atrayentes que Charles Hamilton, hombres que tenían la delicadeza de no hacerlo en una barbacoa cuando su pensamiento estaba ocupado en otros asuntos más importantes. Vio sólo a un joven de veinte años, colorado como una remolacha y con cara de tonto. Sintió deseos de decirle lo tonto que parecía. Pero, automáticamente, le vinieron a los labios las palabras que Ellen le había enseñado a decir para casos semejantes y, bajando púdicamente los ojos, con la fuerza de una larga costumbre, murmuró:

—Señor Hamilton, no soy digna del honor que me hace pidiéndome por esposa, pero todo esto es para mí tan inesperado que no sé qué decirle.

Era un modo cortés de lisonjear la vanidad de un hombre y de quitárselo de encima, y Charles picó en el anzuelo como si éste fuese nuevo y él se lo tragase por primera vez.

—¡Esperaré siempre! No quiero que me conteste hasta que esté segura. ¡Por favor, dígame que puedo esperar, señorita O'Hara!

—¿Eh? —dijo distraídamente Scarlett cuyos ojos sagaces se fijaban en Ashley, que no se había levantado para tomar parte en la discusión bélica y seguía sonriendo a Melanie. Si aquel estúpido que trataba de obtener su mano se callase un momento, quizá conseguiría ella oír lo que se estaba diciendo. Tenía que oírlo. ¿Qué le diría Melanie para que los ojos de él brillasen con tanto interés?

Las palabras de Charles apagaban las voces que ella intentaba oír. —¡Oh, chist! —susurró, pellizcándole una mano y sin mirarle siquiera.

Atónito y avergonzado, Charles contuvo la respiración, y luego, viendo los ojos de ella fijos en su hermana, sonrió. Scarlett temía que alguien pudiese oír sus palabras. Era vergonzosa y tímida por naturaleza y la angustiaba la idea de que otros pudiesen oírle. Charles sintió un impulso de virilidad como jamás lo había experimentado, pues era la primera vez en su vida que había azorado a una muchacha. La emoción fue embriagadora. Dio a su rostro una expresión de natural indiferencia y prudentemente devolvió el pellizco a Scarlett, para mostrarle que era hombre de mundo y que comprendía y aceptaba su censura.

Ella apenas sintió el pellizco, porque en aquel momento oía claramente la dulce voz que constituía el mayor encanto de Melanie:

—No estoy de acuerdo contigo sobre Thackeray. Es un cínico. Y temo que no sea un caballero como Dickens.

«¡Qué cosas más tontas para ser dichas a un hombre! —pensó Scarlett, pronta a reír con satisfacción—. ¡No es más que una marisabidilla y todos saben lo que piensan los hombres de ellas...!» La manera de interesar a un hombre y de mantener su interés era hablarle de él, y, después, gradualmente, llevar la conversación hacia una misma... y sostenerla allí. Scarlett se hubiera podido alarmar si Melanie hubiese dicho: «¡Eres extraordinario!», o «¿Cómo puedes pensar esas cosas? ¡Mi reducido cerebro estallaría si yo intentase pensarlas también!» Pero allí estaba Melanie, con un hombre a sus pies y hablándole tan seriamente como si estuviese en la iglesia. La perspectiva se le apareció más brillante, tan brillante que volvió los ojos hacia Charles y sonrió de pura alegría. Entusiasmado por tal prueba de afecto, éste le cogió el abanico y la abanicó con tanto entusiasmo que su peinado empezó a alborotarse.

—Ashley no nos ha favorecido con su opinión —dijo James Tarleton, volviéndose desde el grupo de hombres vociferantes.

Ashley se disculpó y se puso en pie. No había ninguno tan guapo como él, pensó Scarlett, observando la gracia de su actitud negligente y cómo brillaba el sol en sus cabellos dorados y en su bigote. Hasta los señores viejos enmudecieron para escuchar sus palabras.

—Pues sí, señores míos, si Georgia va a la guerra, iré a ella. ¿Para qué otra cosa me hubiera incorporado a la Milicia? —dijo él. Sus ojos grises se abrieron y su soñolencia desapareció con una viveza que Scarlett no había visto nunca antes—. Pero, como mi padre, espero que los yanquis nos dejen en paz y que no haya lucha... —Levantó la mano, sonriendo, porque de los chicos Fontaine y de los Tarleton se elevaba una Babel de voces—. Sí, sí; sé que nos han insultado y que nos han mentido; pero, si hubiéramos estado en el pellejo de los yanquis y ellos hubiesen intentado separarse de la Unión, ¿cómo hubiéramos obrado? Probablemente de la misma manera. No nos habría gustado.

«Ya está con esto otra vez —pensó Scarlett—. Siempre colocándose en el lugar de los demás.» Para ella, toda discusión sólo presentaba un lado. A veces no comprendía a Ashley.

—No nos calentemos demasiado la cabeza y no habrá ninguna guerra. La mayor parte de la miseria del mundo ha sido causada por las guerras. Y cuando las guerras acaban nadie sabe lo que las motivó. Scarlett frunció la nariz. Por fortuna, Ashley tenía una inatacable fama de valiente, pues si no la cosa se hubiera puesto fea. Mientras pensaba esto, un clamor de voces disconformes, indignadas y fieras se alzó en torno a Ashley.

Bajo el árbol, el viejo señor sordo de Fayetteville tocó levemente a India.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿Qué dicen?

—¡Guerra! —le gritó India al oído haciendo bocina con las manos—. ¡Quieren combatir contra los yanquis!

—¿La guerra, eh? —gritó él a su vez, buscando su bastón y levantándose con más energía que la demostrada en muchos años—. Yo les hablaré de la guerra. He estado en ella. —No era frecuente que el señor MacRae tuviese ocasión de hablar de la guerra, porque su esposa se lo tenía prohibido.

Llegó rápidamente hasta el grupo, agitando el bastón y gritando, y, como no oía las voces de los demás, pronto fue dueño de la situación. —Escuchadme, jóvenes comedores de fuego. Vosotros no podéis querer la lucha. Yo he combatido y sé lo que es. Estuve en la guerra de los Seminólas y fui lo bastante loco para ir a la de México. Ninguno de vosotros sabe lo que es la guerra. Creéis que es únicamente montar en un hermoso caballo y que las muchachas os tiren flores al pasar, llamándoos héroes. ¡No es así, señores! Es padecer hambre y coger erupciones y pulmonías por dormir en la humedad. Y, si no son éstas, serán los intestinos. Sí señores; lo que la guerra da a los hombres es eso..., disentería y cosas por el estilo...

Las señoras estaban sofocadas. El señor MacRae era un recuerdo de una época más vulgar, como la abuela Fontaine con sus ruidosas flatulencias; época que todos hacían lo indecible para olvidar.

—Corre y trae a tu abuelo —susurró una de las hijas de aquel viejo señor a una niña que estaba a su lado—. Les aseguro —murmuró después a las señoras de su alrededor— que está cada día peor. ¿Querrán ustedes creer lo que esta mañana ha dicho a María, que sólo tiene dieciséis años? «Ahora, hijita...» —Y el resto de la frase se perdió en un susurro, mientras la nietecita corría a intentar convencer al abuelo de que volviera a su silla, a la sombra.

Entre todos los grupos reunidos alrededor de los árboles, muchachas que sonreían excitadas y hombres que hablaban apasionadamente, una sola persona parecía tranquila. Los ojos de Scarlett se volvieron hacia Rhett Butler, que estaba apoyado en un árbol con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Desde que John Wilkes se fue de su lado se había quedado solo, sin pronunciar una palabra mientras la conversación se acaloraba. Los rojos labios se arqueaban bajo el tupido bigote negro y en sus oscuros ojos brilló un divertido desprecio, como si escuchase fanfarronadas infantiles. «Una sonrisa muy desagradable», pensó Scarlett. Él continuó escuchando tranquilamente, hasta que Stuart Tarleton, con su rojo pelo enmarañado y los ojos centelleantes, gritó:

—¡Los desharemos en un mes! Los caballeros luchan siempre mejor que la chusma. Un mes..., sí, una batalla...

—Caballeros —dijo Rhett Butler, sin moverse de su sitio, arrastrando las palabras con un acento que revelaba su origen charlestoniano, sin separarse del árbol ni sacarse las manos de los bolsillos—, ¿puedo decir una palabra?

El grupo se volvió hacia él y le concedió la correcta acogida que se debe a un forastero.

—¿Ha pensado alguno de ustedes, señores, que no hay ni una fábrica de cañones al sur de la línea Mason-Dixon? ¿Y en las pocas fundiciones que hay en el Sur? ¿Y en las escasas fábricas de lana y algodón? ¿Han pensado ustedes que no tenemos ni un barco de guerra y que los yanquis pueden bloquear nuestros puertos en una semana, haciendo que no podamos vender nuestro algodón al extranjero? Pero... claro es que habrán pensado ustedes en estas cosas.

«¡Eso quiere decir que los muchachos son una partida de tontos!» pensó Scarlett, indignada, y sus mejillas se arrebolaron.

Evidentemente, no fue la única que tuvo aquel pensamiento, porque ya algunos muchachos empezaron a adelantar la barbilla. John Wilkes volvió, despreocupada pero rápidamente, a su sitio junto al que había hablado, como para recordar a todos los presentes que aquel hombre era su huésped y que, además, había señoras delante.

—Lo malo de la mayoría de nosotros, los del Sur —prosiguió Rhett Butler—, es que no viajamos bastante o que no sacamos el suficiente provecho de nuestros viajes. Todos ustedes naturalmente, han viajado. ¿Pero qué han visto? Europa, Nueva York, Filadelfia, y las señoras, claro es, han estado en Saratoga<sup>8</sup> —Se inclinó ligeramente hacia el grupo que estaba en el cenador—. Han visto los hoteles y los museos, y los bailes, y las casas de juego. Y han vuelto a casa creyendo que no hay nada como el Sur. En cuanto a mí, he nacido en Charleston, pero he

---

<sup>8</sup> Balneario muy de moda en EE.UU. (*N. de los T.*)

pasado estos últimos años en el Norte. —Con una sonrisa mostró sus blancos dientes, como si se diera cuenta de que todos los presentes sabían por qué no vivía ya en Charleston y no le importase nada que lo supieran—. He visto muchas cosas que ustedes no han visto. Los millares de emigrantes que lucharán gustosos con los yanquis, por la comida y unos dólares; las fábricas, las fundiciones, los astilleros, las minas de hierro y de carbón... y todo lo que nosotros no tenemos. Lo único que poseemos es algodón, esclavos y arrogancia... Nos aniquilarían en un mes.

Hubo un momento de silenciosa tensión. Rhett Butler sacó del bolsillo de su chaqueta un fino pañuelo de hilo y se sacudió distraídamente el polvo de una manga. Del grupo surgió un murmullo amenazador y del cenador llegó un rumor parecido al de una colmena alborotada. Aunque Scarlett sintiese aún en sus mejillas el ardor de la cólera, algo en su espíritu práctico le hizo comprender que aquel hombre tenía razón y que hablaba con sentido común. Sí, ella no había visto nunca una fábrica ni conocido a nadie que la hubiera visto. Pero aunque aquello fuese verdad, no era caballeroso hacer aquellas declaraciones..., y menos en una reunión donde todos estaban divirtiéndose.

Stuart Tarleton se adelantó con las cejas fruncidas, llevando a Brent pegado a sus talones. Los gemelos eran, naturalmente, unos muchachos bien educados y no iban a armar una escena en la barbacoa, aunque los provocasen gravemente. Al mismo tiempo, las señoras sentíanse agradablemente excitadas porque rara vez podían ver ahora un jaleo o una riña. Generalmente, las oían contar a terceras personas.

—¿Qué quiere usted decir, caballero? —dijo Stuart lentamente.

Rhett le miró con ojos corteses pero burlones.

—Quiero decir —respondió— lo que Napoleón... (¿quizás ha oído usted hablar de él?) hizo observar una vez: «¡Dios está al lado del ejército más fuerte!» —Y, volviéndose a John Wilkes, le dijo con una cortesía que no era fingida—: Me prometió usted mostrarme su biblioteca. ¿Quiere usted hacerme el gran favor de enseñármela ahora? Tengo que regresar a Jonesboro a primeras horas de la tarde, pues me reclaman allí unos pequeños negocios.

Se volvió de frente al grupo, hizo chocar sus tacones y se inclinó como un maestro de baile, con una reverencia graciosa en un hombre tan fuerte, y tan insolente como una bofetada. Cruzó el prado con John Wilkes, con la negra cabeza erguida, y el sonido de su risa mortificante llegó hasta el grupo que estaba junto a las mesas.

Hubo un silencio sorprendido, y luego volvió a elevarse el murmullo. India, cansada, se levantó de su silla en el cenador y se acercó al furibundo Stuart Tarleton, pero la expresión de sus ojos mientras contemplaba fijamente el alterado rostro del muchacho hizo sentir a Scarlett como un remordimiento de conciencia. Era la misma expresión que tenía Melanie cuando miraba a Ashley, pero Stuart no la notaba. Luego, India le amaba. Scarlett pensó que si ella no hubiese coqueteado tan descaradamente con Stuart el año anterior, en aquella reunión política, haría tiempo que él estaría casado con India. Pero luego desapareció aquel remordimiento, ante el consolador pensamiento de que no era culpa suya si las otras muchachas no sabían retener a sus galanes.

Finalmente, Stuart sonrió a India con una sonrisa forzada, asintiendo con la cabeza. Probablemente India le había rogado que no siguiera al señor Butler para no armar jaleo. Un comedido tumulto se oyó bajo los árboles, cuando los invitados se levantaron, sacudiéndose las migas de los trajes. Las señoras casadas llamaron a las ayas y a los niños, reuniéndolos para la partida, y grupos de muchachas se pusieron en marcha hacia la casa riendo y charlando, para subir a los dormitorios y chismorrear y hacer una siesta reparadora.

Todas las mujeres, excepto la señora Tarleton, salieron de la explanada dejando la sombra de los robles y el cenador a los hombres. La señora Tarleton se detuvo con Gerald, Calvert y otros que deseaban una respuesta acerca de los caballos para la tropa.

Ashley se encaminó hacia donde estaban sentados Scarlett y Charles, con una sonrisa pensativa y divertida en el rostro.

—Un maldito arrogante, ¿verdad? —observó, siguiendo con la mirada a Butler—. Parece un Borgia.

Scarlett pensó rápidamente, pero no pudo recordar ninguna familia del condado de Atlanta o de Savannah que se llamara así. —No los conozco. ¿Es pariente de ellos? ¿Quiénes son? Una extraña expresión se pintó en la cara de Charles. La incredulidad y la vergüenza luchaban con el amor. Triunfó éste al comprender que a una muchacha le bastaba con ser amable, cariñosa y bella aunque no fuera instruida, lo cual estorbaría a sus encantos, y contestó: —Los Borgia eran italianos.

—¡Oh! —dijo Scarlett, perdiendo interés—, ¡extranjeros! Devolvió a Ashley su preciosa sonrisa, pero por alguna razón éste no la miraba. Miraba a Charles y en su comprensivo rostro había una leve expresión de lástima.

Scarlett, asomada al rellano de la escalera, escudriñó cautelosamente desde la barandilla el vestíbulo inferior. Estaba vacío. Desde los dormitorios del piso de arriba, llegaba un incesante runrún de voces que aumentaba y disminuía, acompañadas de carcajadas y de «¡No es posible! ¿Qué te dijo entonces?». En las camas y en los divanes de las seis grandes alcobas, las muchachas descansaban, después de haberse quitado los vestidos y aflojado los corsés y con los cabellos sueltos a la espalda. La siesta de la tarde era una costumbre local y no resultaba nunca tan necesaria como en las reuniones que duraban todo el día, que empezaban por la mañana temprano y acababan con el baile. Durante media hora las muchachas charlaban y reían, y luego las criadas cerraban las persianas y en la semioscuridad las voces se convertían en susurros y al final cesaban y el silencio era interrumpido tan sólo por las respiraciones, suaves y regulares.

Antes de trasladarse al vestíbulo y de bajar las escaleras, Scarlett se aseguró de que Melanie estaba acostada en la cama junto a Honey y Hetty Tarleton. Desde la ventana del rellano pudo ver el grupo de los hombres sentados en el cenador bebiendo en grandes vasos y comprendió que permanecerían allá hasta el final de la tarde. Sus ojos rebuscaron en el grupo, pero Ashley no estaba entre ellos. Escuchó con atención y oyó su voz. Como esperaba, estaba aún en el camino principal, despidiendo a las señoras y a los niños.

Bajó rápidamente la escalera, con el corazón en la garganta. ¿Y si se hubiera encontrado con el señor Wilkes? ¿Qué disculpa le daría para rondar la casa, cuando todas las demás muchachas estaban durmiendo la siesta para mantener su belleza? Bueno, había que arriesgarse.

Al llegar al último escalón oyó a los criados que trajinaban en el comedor a las órdenes del mayordomo, quitando la mesa y las sillas, preparándolo todo para el baile. Al otro lado del amplio vestíbulo, la puerta de la biblioteca estaba abierta; se asomó y entró sin hacer ruido. Esperaría a que Ashley terminase sus despedidas y le llamaría entonces, cuando entrara en la casa.

La biblioteca estaba en la penumbra, pues tenía echadas las persianas. La estancia oscura, de altas paredes completamente cubiertas de negros libros, la deprimió. No era aquél el lugar que hubiera escogido para una cita como la que esperaba. Los libros en gran cantidad siempre la deprimían, así como las personas aficionadas a leer mucho. Mejor dicho..., todas excepto Ashley. Los pesados muebles surgían en aquella media luz; las butacas de altos respaldos y hondos asientos, hechas para los gigantescos Wilkes: bajas y mullidas butaquitas de terciopelo con unas banquetas delante, tapizadas también de terciopelo, para las muchachas. En un extremo de la amplia habitación frente a la chimenea, había un sofá de dos metros (el sitio preferido de Ashley) que alzaba su macizo respaldo como un enorme animal dormido.

Entornó la puerta, dejando una rendija, y trató de calmar los latidos de su corazón. Se esforzó en recordar con precisión lo que la noche anterior había planeado decir a Ashley, pero no lo consiguió. ¿Había pensado decirle algo realmente o había planeado hacer hablar a Ashley? No lo recordaba; la invadió, de repente, un escalofrío de terror. Si su corazón dejase de latir de aquel modo tan rápido, quizá podría pensar serenamente, pero el rápido palpar aumentó su velocidad, al oír a Ashley decir adiós a los últimos que se marchaban y entrar en el vestíbulo.

Sólo conseguía pensar que le amaba..., que amaba todo en él, desde la punta de sus cabellos dorados hasta sus elegantes botas oscuras; amaba su risa aunque la desconcertara a veces, y sus

extraños silencios. ¡Oh, si entrase y la cogiese entre sus brazos, entonces no tendría necesidad de decirle nada! Seguramente la amaba. «Quizá, si rezase...» Cerró los ojos y empezó a murmurar «Dios te salve, María, llena eres de gracia...»

—¡Cómo! ¡Scarlett!

Era la voz de Ashley que interrumpía su oración, sumiéndola en la mayor de las confusiones. Se había detenido en el vestíbulo, mirándola desde la puerta entornada con una sonrisa enigmática.

—¿De quién te escondes? ¿De Charles o de los Tarleton? Ella se reprimió. ¡De modo que Ashley se había dado cuenta de los hombres que habían estado a su alrededor! ¡Qué admirable estaba con sus ojos tranquilos, sin notar lo más mínimo su turbación! No pudo pronunciar una sola palabra, pero le cogió de una mano y le hizo pasar a la habitación. Él entró, algo sorprendido pero interesado.

Había en ella una tensión y en sus ojos un fulgor que él nunca había visto antes, y en la semioscuridad percibió también el rubor que le había subido a las mejillas. Automáticamente, Ashley cerró la puerta y le cogió una mano.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

Al contacto de su mano, ella empezó a temblar. Empezaba a suceder lo que había soñado. Mil pensamientos incoherentes bulleron en su mente, pero le fue imposible captar ni uno solo y expresarlo en palabras. Sólo pudo mover la cabeza y mirarle a la cara. ¿Por qué no hablaba él?

—¿Qué pasa? —repitió Ashley—. ¿Quieres decirme un secreto? De repente, Scarlett recobró el habla y, en el mismo instante, todas las enseñanzas de Ellen quedaron olvidadas y la fogosa sangre irlandesa de Gerald habló por boca de su hija. —Sí..., un secreto. Te amo. Por un momento hubo un silencio tan profundo que pareció que ninguno de los dos respiraba. Dejó ella de temblar y la invadió, en cambio, una oleada de felicidad y de orgullo. ¿Por qué no lo había hecho antes? ¡Cuánto más sencillo que todas las tonterías propias de una dama que le habían enseñado! Y sus ojos buscaron ávidamente los de Ashley.

Había en ellos consternación, incredulidad y... algo más... ¿Qué era? Sí; Gerald tenía la misma expresión el día en que su caballo favorito se rompió una pata y fue necesario rematarlo. ¿Por qué le venía ahora esto a la mente? ¡Qué pensamiento más estúpido! ¿Por qué Ashley la miraba tan extrañamente, sin decir nada? Algo como una máscara cortés apareció ahora en la cara del muchacho, que sonrió galantemente.

—¿No te basta con la colección de corazones de todos los demás hombres? —dijo con su voz acariciadora y burlona—. ¿Quieres conquistarlos a todos? Bien; sabes que has tenido siempre mi corazón, lo sabes y has probado tus dientes en él.

No..., no era aquello. No era así como ella se lo había imaginado. En el furioso remolino de ideas que se agitaban en su cabeza, una empezaba a tomar forma. Por alguna razón que ella ignoraba, Ashley fingía, como si ella estuviese coqueteando con él. Pero él sabía que no era eso. Estaba segura de que lo sabía.

—Ashley... Ashley..., dime..., tú debes... ¡Oh, por favor, no te burles ahora! ¿Tengo de verdad tu corazón? ¡Oh, querido, yo te a...!

—¡No debes decir eso, Scarlett! No debes. No lo piensas de verdad. Te odiarás a ti misma por haberlo dicho y me odiarás a mí por haberlo escuchado.

Ella volvió la cabeza, denegando. Una ola cálida corría velozmente por sus venas.

—No podré nunca odiarte. Te digo que te amo. Y sé que tú también me quieres, porque... — se interrumpió. No había visto jamás una expresión tan dolorosa en un rostro—. Ashley, me quieres..., ¿verdad?

—Sí —respondió él con voz opaca—. Te quiero.

Si le hubiese dicho que la odiaba, no la hubiera aterrado tanto. Le apretó la mano en silencio.

—Scarlett —replicó él—, ¿no podríamos marcharnos de aquí y olvidar lo que hemos hablado, como si no hubiera sucedido?

—No —susurró la joven—. No puedo. ¿Qué quieres decir con eso? ¿No quieres... casarte conmigo?

Él contestó:

—Me casaré con Melanie muy pronto.

Sin saber cómo, de repente, Scarlett se encontró sentada en la silla roja de terciopelo, y Ashley en la banqueta, a sus pies... Le tenía ambas manos fuertemente cogidas. Él le decía cosas..., cosas que no tenían sentido. La cabeza de la muchacha estaba vacía, completamente vacía de cuantos pensamientos se agolpaban allí un momento antes y las palabras de Ashley le causaban tan poca impresión como la lluvia en los cristales. Caían en oídos que no escuchaban, eran palabras tiernas y dulces, llenas de compasión como las de una madre que habla a una niña dolida.

El nombre de Melanie traspasó su aturdimiento y Scarlett miró los ojos grises, de cristal, del muchacho. Vio en ellos aquel aire distante que tanto la había atraído en otras ocasiones..., y también una expresión como de odio hacia sí mismo.

—Mi padre anunciará nuestro compromiso matrimonial esta noche. Nos casaremos pronto. Te lo debí haber dicho antes, pero creía que lo sabías ya. Creí que lo sabías todo... desde hace años. Nunca me imaginé que tú..., tú, que tienes tantos adoradores y galanes... Pensé que Stuart...

Ella recobraba ahora la vida, el sentimiento y la comprensión. —Pero acabas de decirme que me querías. Sus manos ardorosas la oprimían.

—Querida, ¿por qué tratas de obligarme a decir cosas que pueden herirte?

El silencio de ella le impulsó a proseguir:

—¿Cómo podré hacerte comprender estas cosas? ¡Eres tan joven e irreflexiva, que no sabes lo que significa el matrimonio! —Sé que te amo.

—El amor no basta para hacer un matrimonio feliz, y más cuando se trata de dos personas tan diferentes como nosotros. Tú, Scarlett, lo querrías todo de un hombre, el cuerpo, el corazón, el alma, los pensamientos. Y, si no los posees, serás desgraciada. Yo no desearía todo tu corazón y tu alma. Esto te ofendería y empezarías a odiarme..., ¡oh, amargamente! Odiarías los libros que leyera y la música que me gustase porque me apartarían de ti aunque sólo fuera por un momento, y yo..., quizá yo...

—¿Amas a Melanie?

—Ella es como yo, de mi sangre, y nos comprendemos mutuamente. ¡Scarlett! ¡Scarlett! ¿Cómo podré hacerte comprender que un matrimonio sólo puede ser feliz entre dos personas parecidas?

Alguien más lo había dicho: «Cada oveja con su pareja, pues de otro modo no serán felices.» ¿Quién lo había dicho? Parecía a ella que había pasado un millón de años desde que oyera estas palabras. Pero tampoco la convencieron. —Tú has dicho que me querías. —No debía haberlo dicho. En el fondo del cerebro de Scarlett se encendió una pequeña llama y, convirtiéndose en ira, empezó a abrazarla.

—Sí, has sido lo bastante insensato para decirlo...

Él palideció.

—He sido un insensato, puesto que estoy a punto de casarme con Melanie. Te he hecho daño a ti, y aún más, a Melanie. No debí haberlo dicho porque sé que no me comprenderás. ¿Cómo podría yo vivir contigo, contigo, que tienes toda la pasión por la vida que yo no tengo? Tú puedes amar y odiar con una violencia para mí imposible. Porque eres elemental como el fuego, el viento y las cosas salvajes, mientras que yo...

Ella pensó en Melanie y vio de repente sus tranquilos ojos castaños con su expresión distante, sus plácidas manitas en los ajustados mitones de encaje negro y sus apacibles silencios. Entonces su

ira estalló, la misma ira que había hecho a Gerald matar a un hombre y a otros irlandeses a realizar actos que pagaron con su cabeza.

No había ahora, en ella, nada de los correctos y ponderados Robillard, que sabían dominar en silencio la situación más violenta.

—¿Por qué no lo dijiste, cobarde? ¡Tuviste miedo de casarte! Prefieres vivir con esa estúpida cretina que sólo sabe abrir la boca para decir «sí» y «no» y que criará una piara de niños tan memos e insulsos como ella. Porque...

—¡No debes hablar así de Melanie!

—¡Pues me da la gana! ¿Quién eres tú para decirme que no debo? ¡Cobarde, patán...! Me hiciste creer que te casarías conmigo y...

—¡Sé justa, por favor! —rogó Ashley—. ¿Cuándo te he dicho que...?

No quería ser justa aunque supiese que no decía la verdad, pero no quería callarse. Ashley no había traspasado nunca los límites de la amistad con ella, y, al recordar esto, una nueva cólera la invadió, la cólera del orgullo herido y de la vanidad femenina. Había perdido el tiempo creyendo que la quería. Prefería a una estúpida con la cara de mosquita muerta como Melanie. ¡Oh, cuánto mejor hubiera sido seguir los consejos de Ellen y de Mamita! Así no le hubiese revelado nunca que le amaba... ¡Cualquier cosa valía más que sufrir aquella vergüenza!

Se levantó con los puños apretados y él la imitó con la expresión de muda angustia de quien se ve forzado a afrontar unas realidades dolorosas.

—Te odiaré mientras viva, canalla..., estúpido...; sí, estúpido...

¿Qué otras palabras podía decir? No se le ocurrían otras peores.

—Scarlett..., por favor...

Extendió su mano hacia ella y, cuando lo hacía, Scarlett alzó la suya y lo abofeteó con toda su fuerza. En el silencio de la habitación, aquel ruido sonó como un latigazo. La rabia de Scarlett desapareció súbitamente dejándole el corazón desolado.

La marca roja de su mano resaltaba claramente sobre el rostro pálido y cansado de Ashley. Él no dijo nada; pero, cogiendo la mano de ella, la llevó a sus labios y la besó. Y luego, antes de que ella hubiese podido decir una palabra, salió cerrando suavemente la puerta.

Scarlett volvió a sentarse repentinamente, porque la reacción de su rabia le hizo doblar las rodillas. Se había ido de allí y el recuerdo de su rostro abofeteado la perseguiría hasta la muerte.

Oyó el suave rumor de sus pasos que se alejaban por el largo vestíbulo y se le apareció la evidente enormidad de sus actos. Lo había perdido para siempre. Ahora la odiaría cada vez que la viese, se acordaría de cómo le buscó, cuando él no la había alentado en absoluto.

«Soy tan mala como Honey Wilkes», pensó de improviso, y recordó que todos, y ella más que cualquiera, se habían reído desdeñosamente de la conducta descocada de Honey. Vio la torpe coquetería de Honey y oyó su necia risita cuando iba del brazo de cualquier muchacho y este pensamiento despertó en ella una nueva rabia, rabia contra ella misma, contra Ashley, contra todo el mundo. Porque, odiándose a sí misma, odiaba a todos con la furia de la humillación y el frustrado amor de sus dieciséis años. Sólo un átomo de verdadera ternura se mezclaba con aquel amor. La mayor parte se componía de vanidad y de complicada confianza en sus propios encantos. Ahora había perdido y más que su sentimiento de perder sentía el temor de haber dado un público espectáculo de sí misma. ¿Había sido tan descarada como Honey? ¿Se reirían de ella? Ante este pensamiento, empezó a temblar. Apoyó su mano sobre una mesita que había a su lado, tocando un florero de porcelana, en el que sonreían dos querubines. La habitación estaba tan silenciosa que casi sintió deseos de gritar para romper el silencio. Tenía que hacer algo o volverse loca. Cogió el florero y lo lanzó rabiosamente, atravesando el cuarto, contra la chimenea. Pasó rozando el alto respaldo del sofá y se hizo pedazos con leve estrépito contra la repisa de mármol.

—Esto —dijo una voz desde las profundidades del sofá— es ya demasiado.



Nada en su vida la había asustado tanto, y su boca quedó tan seca que no pudo emitir ni un sonido. Se asió al respaldo de la silla sintiendo que se le doblaban las rodillas, mientras Rhett Butler se incorporaba del sofá donde estaba tumbado y le hacía una reverencia de exagerada cortesía.

—Malo es que le perturben a uno la siesta con un episodio como el que me han obligado a escuchar, pero ¿por qué ha de peligrar mi vida? Era una realidad y no un fantasma. Pero ¡Dios mío, lo había oído todo! Scarlett reunió sus fuerzas para lograr una digna apariencia.

—Caballero, debía usted haber hecho notar su presencia.

—¿De verdad? —Los dientes blancos de él brillaron y sus audaces ojos oscuros rieron—. ¡Pero si los intrusos fueron ustedes! Yo tenía que esperar al señor Kennedy, y notando que era, quizá, persona «non grata» abajo, he sido lo suficientemente considerado para evitar mi presencia importuna y vine aquí pensando que no sería molestado. Pero, ¡ay.J —Y se encogió de hombros, riendo suavemente.

Empezaba ella a irritarse al pensar que aquel hombre grosero e impertinente lo había oído todo..., había oído cosas que prefería haber muerto antes que revelarlas.

—Los que escuchan escondidos... —comenzó furiosa.

—... oyen a veces cosas muy divertidas e instructivas —dijo él con burlona sonrisa—. Con una gran experiencia de escuchar escondido, yo...

—¡No es usted un caballero! —le interrumpió Scalett.

—Observación justísima —contestó él, sonriente—. Y usted, joven, no es una señora. — Parecía encontrar aquello muy divertido, porque volvió a reír suavemente—. Nadie puede seguir siendo una señora después de haber dicho y hecho lo que acabo de oír. Aunque las señoras presentan escaso atractivo para mí, en verdad. Sé lo que piensan; pero nunca tienen el valor o la falta de educación de decir lo que piensan. Y esto, con el tiempo, es un aburrimiento. Pero usted, mi querida señorita O'Hara, es una muchacha de valor, de singular energía, de un carácter realmente admirable, y yo me descubro ante usted. Comprendo muy bien los encantos que el elegante señor Wilkes puede hallar en una muchacha de su apasionada naturaleza. Debe dar gracias a Dios, postrarse ante una muchacha con su..., ¿cómo dijo...?, con su «pasión por la vida», pero siendo un pobre de espíritu...

—¡No es usted digno de limpiarle las botas! —gritó Scarlett rabiosamente.

—¿Y dice usted que va a odiarlo toda la vida? —Y Butler volvió a sentarse en el sofá mientras ella oía su risita.

Si hubiese podido matarlo, lo habría hecho. En lugar de eso, salió de la habitación con toda la dignidad que pudo conseguir, y cerró estrepitosamente la pesada puerta.

Subió las escaleras tan rápidamente que cuando llegó al rellano creyó que se iba a desmayar. Se detuvo y cogióse a la baranda, latiéndole el corazón con tal fuerza, por la cólera, la afrenta y el esfuerzo, que parecía salirse del corpino. Intentó respirar profundamente, pero el corpino abrochado por Mamita era demasiado estrecho. Si se desvanecía y la encontraban en el rellano de la escalera, ¿qué pensarían? ¡Oh, pensarían Dios sabe qué cosa, Ashley, aquel abominable Butler y aquellas odiosas muchachas, tan celosas! ¡Por primera vez en su vida lamentó no llevar sales como las otras muchachas! Tampoco había llevado nunca una cajita de vinagre aromático. Se había vanagloriado siempre de no saber lo que era un vahído. ¡Imposible desmayarse ahora!

Poco a poco el sufrimiento empezó a disminuir. Pronto se sentiría mejor, se deslizaría silenciosamente hacia el lavabo junto al dormitorio de India para aflojarse el corsé y después echarse en uno de los lechos junto a una muchacha dormida. Trató de calmar los latidos del corazón y de tranquilizar su rostro, porque suponía que debía tener el aspecto de una loca. Si alguna de las chicas se hubiera despertado, habría comprendido en seguida que se trataba de algo que no le había salido bien. Nadie debía saber lo que había ocurrido.

A través de la amplia ventana del rellano de la escalera vio a los hombres que aún permanecían bajo los frondosos árboles. ¡Cómo los envidiaba! ¡Qué cosa tan bella era ser hombre y

no tener que sufrir las penas por las que había atravesado momentos antes! Mientras los miraba, con los ojos que le ardían y la *cabeza* que le giraba, oyó un veloz galopar en el camino principal, el crujir de la arena y el eco de una voz excitada que hacía una pregunta a los negros. La arena volvió a crujir y ella pudo ver la figura de un hombre a caballo que galopaba a través del prado verde hacia el grupo indolente que formaban los hombres. ¿Un invitado retrasado? Pero ¿por qué atravesaba a caballo el prado que era el orgullo de India? No le reconoció; pero, cuando el jinete bajó del caballo y cogió el brazo de John Wilkes, Scarlett distinguió sus excitadas facciones. Todos le rodearon rápidamente, abandonando en las mesas y en tierra los vasos y los abanicos de palma. A pesar de la distancia, oyó el clamor de las voces que interrogaban y llamaban y percibió en seguida la febril tensión de los hombres. Finalmente, por encima del vocerío confuso se oyó la voz de Stuart Tarleton en un grito exaltado: «¡Yee-ey-y!»), como si estuviese de caza. Así, Scarlett oyó por primera vez el grito de los rebeldes.

Mientras miraba, los cuatro Tarleton, seguidos de los muchachos Fontaine, salieron del grupo gritando:

—Jeems! ¡Eh, Jeems! Ensilla los caballos.

«Se debe de haber incendiado la casa de alguien», pensó Scarlett. Fuese fuego o no, debía entrar en el dormitorio antes de ser descubierta.

Su corazón latía ahora menos violentamente. Subió de puntillas los escalones hasta el vestíbulo silencioso. Una templada somnolencia invadía toda la casa, como si ésta durmiese también, como las muchachas. Así permanecería hasta que llegase la noche, con toda su belleza de músicas y candelabros. Muy despacito, Scarlett abrió la puerta del lavabo y se deslizó dentro. Aún tenía la mano sobre el pestillo, cuando de la puerta de enfrente, entreabierta, y que daba a un dormitorio, le llegó la voz de Honey Wilkes, sumisa como un susurro.

—Me parece que Scarlett se ha portado hoy como una descarada. La muchacha sintió que su corazón empezaba de nuevo la loca danza anterior, e inconscientemente puso encima su mano, como para obligarle a que se detuviera. «Los que escuchan ocultos escuchan también cosas muy instructivas», le resonó en la memoria. ¿Debía salir nuevamente? ¿O debía hacerse ver y poner en evidencia a Honey como merecía? Pero la voz que oyó inmediatamente después la hizo detenerse. Ni un tronco de caballos hubiera podido moverla al oír la voz de Melanie.

—¡Oh, Honey, no seas mala! Es sólo vivaz, ingeniosa. A mí me parece simpatiquísima.

«¡Oh! —pensó Scarlett, clavándose las uñas en el corpiño—. ¡Sentirse defendida por esa hipócrita!»

Era peor que la leve maledicencia de Honey. Scarlett no había tenido jamás confianza en ninguna mujer y no había atribuido a ninguna, con excepción de su madre, motivos que no fuesen netamente egoístas.

Melanie estaba segura de Ashley y por eso podía concederse el lujo de manifestar un espíritu cristiano. Scarlett pensó que de este modo Melanie presumía de su conquista y al mismo tiempo se procuraba la reputación de ser buena y dulce. Era un truco que ella había empleado muchas veces hablando de otras muchachas con los hombres, y había conseguido siempre convencerlos de aquel modo de su bondad y su altruismo.

—¿Qué dices, querida? —replicó Honey ásperamente y levantando la voz—. Cualquiera diría que estás ciega.

—Chist, Honey —susurró Sally Munroe—. ¡Se te va a oír en toda la casa!

Honey bajó la voz y continuó:

—¿No has visto cómo coqueteaba con todos? Hasta con el señor Kennedy, que es el pretendiente de su hermana. ¡No he visto nunca cosa igual! Y también ha tratado de atraer a Charles. —Honey sonrió con cierta petulancia—. Sabe muy bien que Charles y yo... —¿De verdad? —murmuraron algunas voces excitadas. —Sí, pero no lo digáis a nadie... ¡Todavía no! Hubo

algunas risas y los muelles de la cama crujieron como si alguien hubiese pinchado a Honey. Melanie murmuró algunas palabras sobre lo feliz que la hacía tener a Honey por hermana.

—¡Ah, pues a mí no me gustaría que Scarlett fuese mi cuñada, porque es descarada como nadie! —añadió la voz afligida de Hetty Tarleton—. Casi se ha arreglado con Stuart. Brent dice que no le importa un comino, aunque en realidad está loco por ella.

—Si me preguntáis a mí —murmuró Honey con misteriosa importancia—, yo os diré quién es el que le interesa a ella: Ashley.

Los susurros se fueron elevando violentamente preguntando, interrumpiendo, y Scarlett se sintió helada por el temor y la humillación. Honey era una estúpida, una cretina, una simplona por lo que respecta a los hombres, pero tenía en lo concerniente a las mujeres un instinto femenino que Scarlett no había apreciado nunca. La mortificación y el orgullo ofendido, de los cuales había sufrido en la biblioteca con Ashley y después con Rhett Butler, no tenían importancia comparados con esto. Se podía tener confianza en que los hombres (incluso un individuo como el señor Butler) callarían, pero aquella charlatana de Honey Wilkes criticaba a diestra y siniestra; antes de las seis lo sabría toda la comarca. Y Gerald, la noche anterior había dicho que no quería que en el país se riese nadie de su hija. ¡Cómo se reirían todos ahora! Un sudor viscoso le bañó los costados, partiendo de las axilas.

La voz de Melanie, mesurada y tranquila, se levantó sobre las otras en son de queja.

—Sabes muy bien que no es eso, Honey, y no está bien que hables así...

—Es así, Melly, y, si tú no estuvieses siempre dispuesta a buscar la bondad en los que no la tienen, repararías en ello. Yo estoy contenta. Le está bien empleado. Scarlett O'Hara no ha hecho nunca otra cosa que enredar y tratar de llevarse los enamorados de otras chicas. Sabes muy bien que ha separado a Stuart de India, y hoy ha intentado atraerse al señor Kennedy, a Ashley, a Charles...

«¡Debo irme a casa! —pensó Scarlett—. ¡Debo irme a casa!» ¡Si hubiera podido por obra de magia ser transportada a Tara...! ¡Poder estar con Ellen, verla, esconder la cara en su regazo, llorar y contárselo todo! Si hubiese oído una palabra más se habría precipitado en la habitación y hubiera agarrado a Honey por los pálidos cabellos y habría escupido en la cara de Melanie Hamilton para enseñarle lo que pensaba de su caridad. Pero se había portado ya hoy de un modo bastante vulgar, tanto como una miserable cualquiera, y éste era su tormento. Apretó en sus manos las faldas para que no hiciesen ruido y retrocedió como un animal asustado. «A casa —pensaba al atravesar velozmente el vestíbulo, delante de las puertas cerradas y de las habitaciones silenciosas—, debo marcharme a casa.» Estaba ya en la puerta de la calle cuando le asaltó un nuevo pensamiento: ¡no podía irse a casa, no podía huir! Debía quedarse, soportar toda la malicia de las muchachas y la propia humillación de su corazón. Huir significaba darles mayor motivo.

Golpeó con el puño cerrado la gran columna que estaba a su lado, como si hubiese sido Sansón, y deseando hacer saltar Doce Robles destruyendo todo lo que había dentro. Los haría arrepentirse, les haría ver... No sabía aún cómo, pero lo haría. Los ofendería más que ellos la habían ofendido a ella.

Por el momento, Ashley, como tal Ashley, estaba olvidado. No era el joven soñador del que ella estaba enamorada; era una parte de los Wilkes, de Doce Robles, de la comarca; y Scarlett los odiaba a todos porque se reían de ella. La vanidad es más fuerte que el amor a los dieciséis años, y por eso en su corazón ardiente no había sitio para otra cosa sino para el odio.

«No iré a casa —pensó—, permaneceré aquí y los haré arrepentirse. No diré nada a mamá ni a nadie.» Hizo un esfuerzo para entrar de nuevo en la casa, subir las escaleras y entrar en un dormitorio. Al volverse, vio a Charles que entraba por la otra extremidad del amplio vestíbulo. Al verla, se dirigió a ella de prisa. Tenía los cabellos en desorden y la cara arrebolada por la excitación.

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido? —gritó antes de haberse unido a ella—. ¿Ha oído? ¡Ha llegado ahora mismo Paul Wilson de Jonesboro con la noticia!

Hizo una pausa, sin aliento, llegando a su lado. Ella no se movió y le miró fijamente.

—Lincoln pide hombres, soldados (voluntarios, quiero decir), ¡setenta y cinco mil!

¡De nuevo el señor Lincoln! ¿Pero sería posible que los hombres no pensasen nunca en las cosas de importancia? He aquí que ese idiota esperaba que ella se excitase por los caprichos del señor Lincoln, mientras tenía el corazón deshecho y la reputación arruinada.

Charles la miró fijamente; el rostro de la joven estaba blanco como la cera y sus ojos verdes brillaban como si fuesen esmeraldas. No había visto un fuego parecido en la cara de ninguna muchacha, ni tal esplendor en los ojos de nadie.

—Soy un bruto —dijo—. Habría debido decirlo más suavemente. ¡He olvidado que las mujeres son muy delicadas! Siento haberla molestado. ¿No se siente mejor? ¿Puedo traerle un vaso de agua?

—No —respondió Scarlett, y esbozó una sonrisa forzada.

—¿Quiere ir a sentarse en un banco? —dijo el joven, cogiéndola por un brazo.

Ella asintió y Charles la ayudó cortésmente a descender los peldaños y la condujo a través de la hierba hasta el banco de hierro bajo la encina más majestuosa, en la glorieta situada delante de la casa. «¡Qué frágiles y tiernas son las mujeres! —pensó—. Basta nombrar la guerra para verlas desmayarse.»

Esta idea le hizo sentirse más hombre, y entonces redobló su amabilidad. La muchacha parecía tan extraña y en su rostro blanco había una belleza tan salvaje que le hacía latir el corazón con violencia. ¿Era posible que se hubiera asustado al pensar que él pudiese ir a la guerra? No; se trataba de una presunción excesiva. ¿Pero por qué le miraba de un modo tan raro? ¿Por qué sus manos temblaban mientras sacaba su pañuelito de seda? Sus espesas pestañas batían como las de aquella niña de la novela que había leído, con verdadera timidez y amor.

Charles se aclaró la voz tres veces para hablar, sin conseguirlo. Bajó los ojos, porque los verdes de ella eran tan penetrantes que casi parecía que le atravesaban.

«Tiene mucho dinero —pensó rápidamente Scarlett, mientras su cerebro formaba un nuevo plan—. Y no tiene padres que puedan molestarme, y, además, vive en Atlanta. Si me casara pronto, haría ver a Ashley que me importa un comino..., que sólo quería coquetear. Y para Honey sería la muerte. No encontrará nunca otro cortejador y todos se reirán de ella. Melanie sufrirá por ello, porque quiere mucho a Charles. También sufrirán Stuart y Brent...» No sabía precisamente por qué quería perjudicar a ellos, a no ser porque tenían hermanas antipáticas.

«Todos se sentirían despechados cuando yo volviese aquí de visita en un buen coche, con gran cantidad de vestidos y con casa propia. No podrán nunca, nunca, reírse de mí.»

—De seguro, habrá que luchar —dijo Charles después de algunas tentativas embarazosas—. Pero no se conmueva, señorita Scarlett: en un mes habrá terminado todo y oiremos cómo piden piedad. ¡Seguro que sí! No quisiera por nada del mundo dejar de oír eso. Temo que esta noche no haya baile, porque el Escuadrón debe reunirse en Jonesboro. Los Tarleton se han marchado a difundir la noticia. Sé que a las señoras las desgarrará.

Ella murmuró «¡Oh!», no sabiendo decir otra cosa; pero esto fue suficiente. Volviale la sangre fría y su mente empezaba a ver claro. Sobre todas sus emociones se formaba una capa de hielo y pensó que ya jamás volvería a sentirse ardiente. ¿Por qué no casarse con aquel buen muchacho tímido? Valía tanto como los otros y a ella no le importaba nada ninguno. No, ya no querría a ninguno, aunque viviese hasta los noventa años.

—No puedo decidir ahora si iré con el señor Wade Hampton a la Legión de Carolina del Sur o con la Guardia de la ciudad de Atlanta. Ella volvió a decir «¡Oh!». Sus ojos se encontraron, y las pestañas de Scarlett, agitándose, fueron la perdición del joven.

—¿Me esperará, señorita Scarlett? Será..., será magnífico saber que me espera hasta que los hayamos vencido. —Y aguardó sin respirar las palabras de ella, observando los labios rojos que se plegaban en las comisuras de su boca, notando por primera vez la sombra de aquellas comisuras, pensando lo hermoso que sería besarla.

La mano de ella, con la palma húmeda de sudor, resbaló entre las suyas.

—No sé... —murmuró, y sus ojos se velaron. Sentado, apretándole la mano, él la miró fijamente con la boca abierta. Con los ojos bajos, Scarlett le observaba a través de sus pestañas, con la impresión de contemplar un sapo enorme.

Él hizo por hablar otra vez; no pudo, y volvió a enrojecer.

—¿Es posible que me ame?

Ella no respondió, pero bajó los ojos, y Charles fue nuevamente transportado a un éxtasis de turbación. Acaso un hombre no debía hacer tal pregunta a una mujer. Quizás ella encontrara inconveniente responderla. No habiendo tenido el valor, antes de ahora, de colocarse en una situación parecida, Charles no sabía cómo comportarse. Tenía deseos de gritar, de cantar y de besarla, de hacer cabriolas en el prado y, después, de correr a decir a todos, blancos y negros, que ella le amaba.

Pero se limitó a estrecharle la mano hasta clavarle los anillos en la carne.

—¿Quiere casarse pronto conmigo?

—¡Hum! ¡Yo...! —respondió ella, jugueteando con un pliegue del vestido.

—Podríamos celebrar un matrimonio doble con Mel...

—No —respondió ella rápidamente, y sus ojos fulgieron con un relámpago amenazador.

Charles comprendió que había cometido un nuevo error. Era natural que una muchacha deseara una fiesta de bodas propia, no una gloria compartida. ¡Qué buena era al no hacer caso de sus desaciertos! ¡Si al menos estuviese oscuro, quizás él se envalentonaría con las tinieblas y se atrevería a besarle la mano diciéndole todo lo que anhelaba decirle!

—¿Cuándo puedo hablar con su padre?

—Cuanto antes mejor —respondió ella, esperando que él aflojase la dolorosa presión sobre los anillos sin verse obligada a decirselo.

Charles se puso en pie y, por un momento, Scarlett temió que hiciese una cabriola antes de que la dignidad le contuviese. La miró radiante a los ojos, con todo su sentido y noble corazón. Nadie la había mirado así hasta ahora y nadie más la miraría de aquel modo; y, sin embargo, ella pensaba que parecía un ternero.

—Voy a buscarle —dijo Charles con el rostro iluminado por una sonrisa—. No puedo esperar. ¿Quiere excusarme..., querida?

Pronunció esta palabra con esfuerzo; pero, habiéndole salido bien, la repitió con placer.

—Sí, le esperaré aquí. Hace fresco y se está bien. El atravesó el prado y desapareció detrás de la casa, dejando a Scarlett sola bajo la encina, cuyas hojas susurraban movidas por el viento. De las cuadras salían hombres a caballo; los siervos negros cabalgaban velozmente detrás de sus amos. Los Munroe pasaron a galope agitando sus sombreros; los Fontaine y los Calvert recorrieron el camino gritando. Los cuatro Tarleton atravesaron el prado y los adelantaron. Brent gritó:

—¡Mamá nos dará los caballos! ¡Yeeeyyy! Y desaparecieron, dejándola nuevamente sola. La casa blanca se levantaba delante de ella, con sus grandes columnas, y parecía que se retraía de ella, con dignidad. De ahora en adelante, ya no sería su casa. Ashley no le haría nunca traspasar aquel umbral como su esposa. ¡Oh, Ashley! ¿Qué he hecho? En lo profundo de su intimidad, bajo el orgullo feliz y el frío sentido práctico, algo se agitó haciéndola padecer. Había nacido en ella una emoción de adulta, más fuerte que su vanidad y que su obstinado orgullo. Ella amaba a Ashley. Sabía que le amaba, y no le había querido nunca tanto como en el momento en que vio a Charles desaparecer en el recodo del camino enarenado.

Dos semanas después, Scarlett estaba casada, y dos meses más tarde viuda. Fue liberada pronto de las ligaduras que había atado con tanta prisa y con tan poca reflexión; la descuidada libertad de cuando era soltera había desaparecido para siempre. La viudez había seguido muy de cerca al matrimonio, y la maternidad, para desánimo suyo, siguió después de breve tiempo.

En los años posteriores, cuando volvía a pensar en los últimos días de abril de 1861, Scarlett no recordaba nunca perfectamente los detalles. El tiempo y los sucesos se veían como a través de un telescopio, confusos como una pesadilla que no tenía lógica ni realidad. Hasta la hora de su muerte habría lagunas en el recuerdo de aquellos días. Especialmente vago era el recuerdo del tiempo transcurrido desde que aceptó a Charles hasta el matrimonio. ¡Dos semanas! Un noviazgo tan breve habría sido imposible en tiempo de paz. Habría sido necesario el decoroso espacio de un año o, por lo menos, de seis meses. Pero el Sur estaba en llamas por la guerra y los acontecimientos se sucedían rápidamente, como llevados por un viento impetuoso, y el ritmo tranquilo de los antiguos días había desaparecido.

Ellen levantó las manos al cielo y aconsejó un aplazamiento para que Scarlett pudiese reflexionar. Pero a sus insistencias la joven respondió con rostro inflexible y no le prestó atención. Quería casarse y pronto. A más tardar dentro de dos semanas.

Sabiendo que el matrimonio de Ashley había sido anticipado del otoño al día uno de mayo, a fin de que pudiese marchar con la Milicia apenas fuese llamado al servicio, Scarlett había fijado la fecha de su propia boda para el día anterior al de la suya. Ellen protestó, pero Charles peroró con nueva elocuencia, porque estaba impaciente por marchar a Carolina del Sur para unirse a la legión de Wade Hampton; Gerald se puso de parte de los jóvenes. Estaba excitado por la fiebre de la guerra y complacido de que Scarlett hubiese hecho una buena elección. ¿Por qué retrasarlo?

Ellen, aturdida, terminó por consentir como tantas otras madres en aquellos días. Su mundo tranquilo había sido trastornado; sus plegarias, sus consejos y sus exhortaciones se rompían contra la fuerza nueva que los arrastraba.

El Sur estaba ebrio de entusiasmo y de excitación. Todos se hallaban convencidos de que una batalla bastaría para terminar la guerra y los jóvenes se apresuraban a enrolarse antes de que la guerra terminase y se daban prisa a casarse antes de ir a batir a los yanquis. Se hicieron docenas de casamientos de guerra en el condado; quedaba muy poco tiempo para sentir el dolor de la separación; todos estaban demasiado ocupados y emocionados para tener pensamientos graves o para perder el tiempo en lamentaciones. Las mujeres preparaban uniformes, hacían punto y cortaban vendas; los hombres se ejercitaban y organizaban. Trenes repletos de tropas atravesaban diariamente Jonesboro, dirigiéndose al Norte, a Atlanta y a Virginia. Algunos destacamentos fueron alegremente uniformados con los colores Scarlett, azul y verde de las compañías de la Milicia; otros pequeños grupos vestían ropas tejidas a mano y gorros de piel de tejón; otros, sin uniforme, vestían de paño negro. Todos estaban armados a medias y ejercitados a medias también, pero llenos de excitación y con ganas de gritar como cuando iban a una fiesta. La vista de aquellos hombres daba a los muchachos de la comarca el temor de que la guerra pudiese terminar antes de que ellos mismos llegasen a Virginia; los preparativos para la partida del Escuadrón fueron activados.

En medio de este tumulto, se hicieron también los preparativos para el casamiento de Scarlett, la cual, casi antes de darse cuenta, fue envuelta en el vestido de novia y en el velo de Ellen y descendió la larga escalinata de Tara del brazo de su padre, mientras gran cantidad de invitados los esperaban. Después recordó, como en un sueño, los cientos de candelabros que iluminaban las paredes, el rostro de su madre, afectuoso, un poco angustiado, con sus labios que se movían en una silenciosa plegaria por la felicidad de su hija; Gerald, rojo por los abundantes tragos de coñac y por el orgullo de casar a su gatita con un joven dotado de dinero y buen nombre... y Ashley, al fondo de la escalera, con Melanie del brazo.

Viendo la expresión de aquel rostro, ella pensó: «No puede ser verdad. No puede ser. Es una pesadilla. Me despertaré y encontraré que era una pesadilla. No debo pensar en esto ahora. Pensaré más tarde, cuando pueda soportarlo..., cuando no vea más sus ojos.»

Era en verdad como un sueño, aquel paso, a través de dos filas de personas sonrientes, el rostro encarnado de Charles y sus palabras balbuceantes y las respuestas propias, tan extrañamente claras y frías. Después, las felicitaciones y los abrazos, los brindis y el baile..., todo, todo como un sueño. También la sensación del beso de Ashley en su mejilla y el dulce susurro de Melanie, «Ahora somos verdaderamente hermanas», eran irreales. Hasta la excitación provocada por la serie de incidentes ocasionados por la gruesa y emotiva tía de Charles, la señorita Pittypat Hamilton, parecía una pesadilla.

Cuando el baile y los brindis terminaron y sobrevino la aurora, cuando todos los invitados de Atlanta que fue posible hospedar en Tara y en las dependencias se fueron a acostar en los lechos, en los divanes y en las balas de algodón extendidas en el suelo, y todos los vecinos se volvieron a descansar en vista del casamiento del siguiente día en Doce Robles, entonces, aquel estado de catalepsia semejante a un sueño se rompió como un cristal ante la realidad. La realidad era Charles, que salía lleno de emoción de su gabinete, en camisión de noche, evitando la mirada de espanto que ella le dirigía desde la cama.

Ciertamente, ella sabía que las personas casadas ocupaban el mismo lecho; pero no había pensado nunca en esto. La cosa parecía naturalísima en el caso de sus padres, pero no había pensado nunca en aplicarla a sí misma.

Ahora, por primera vez después de la barbacoa, se dio cuenta de lo que había hecho. El pensamiento de que aquel joven extraño, con quien ella en realidad no se había querido casar, debiera venir a su cama, mientras su corazón estaba lleno de angustia y de llanto por su acción demasiado ligera y de desolación por haber perdido a Ashley para siempre, le era insoportable. Mientras él dudaba en acercarse, ella murmuró con voz ronca:

—Si te acercas gritaré fuerte, gritaré, gritaré con todas mis fuerzas. ¡Márchate! ¡No me toques!

Así, Charles Hamilton pasó su noche de bodas sobre una butaca colocada en un ángulo del dormitorio, sin sentirse demasiado infeliz, porque comprendía, o creía comprender, el pudor y la delicadeza de su esposa.

Estaba dispuesto a esperar que sus temores se desvanecieran; sólo..., sólo... Suspiró, rebulléndose para buscar una posición cómoda, y pensó que dentro de poco tendría que marchar a la guerra.

Si sus propias bodas tuvieron para Scarlett un carácter de pesadilla, las de Ashley aún fueron peores. Con su vestido verde manzana del «segundo día», en el saloncito de Doce Robles, entre el esplendor de centenares de velas y apretada entre la misma multitud del día anterior, vio la carita insignificante de Melanie Hamilton resplandecer hasta llegar a ser bella en el momento en que se convirtió en Melanie Wilkes. Ahora, Ashley estaba perdido para siempre. Su Ashley. No, no «su» Ashley. ¿Había sido alguna vez suyo? Todo estaba confuso en su mente, su cerebro estaba cansado y lleno de angustia. Le había dicho que lo quería, pero ¿qué los había separado? Si al menos consiguiese recordar... Había impuesto silencio a las comadrerías de la comarca casándose con Charles, pero ¿cuál era el resultado? Entonces le había parecido importante, pero ahora no lo era realmente. Lo único que importaba era Ashley. Ahora se había escapado para siempre y ella estaba casada con un hombre al que no sólo no amaba, sino por el que sentía un verdadero desprecio.

¡Oh, cómo lo lamentaba todo! Había oído hablar de gentes que se habían cortado la nariz para burlarse de su propio rostro, pero hasta hoy esto no había sido para ella más que una figura retórica. Ahora comprendía lo que quería decir: junto al deseo frenético de liberarse de Charles y volver sana y salva a Tara, doncella aún, tenía conciencia de que la culpa era de sí misma. Ellen había tratado de retenerla y ella no había querido escucharla.

Bailó toda la noche como alucinada y habló mecánicamente y sonrió maravillándose de las estupideces de los demás, que la creían una esposa feliz y no veían que tenía el corazón destrozado. ¡No, gracias a Dios, no lo veían!

Aquella noche, después de que Mamita la hubo ayudado a desnudarse y se marchó, cuando Charles salió del gabinetito preguntándose si debía pasar una segunda noche en la butaca, ella rompió a llorar. Lloró hasta que Charles subió al lecho, a su lado, y trató de confortarla; lloró sin pronunciar palabra y al fin cesaron las lágrimas y permaneció sollozando tranquilamente con la cabeza sobre el pecho del joven.

Si no hubiese sido por la guerra, habrían estado una semana de visitas a través de la comarca, con bailes y convites en honor de las dos parejas de esposos, antes de que partiesen para Saratoga o White Sulphur en viaje de bodas. Si no hubiese sido por la guerra, Scarlett se hubiera puesto trajes para el tercero, cuarto y quinto día, para recibir a los Fontaine, a los Calvert y a los Tarleton. Pero no hubo ni recibimientos ni viajes de novios. Una semana después de la boda, Charles se marchó para unirse al coronel Wade Hampton; quince días después, también Ashley y la Milicia se pusieron en marcha, dejando toda la comarca desierta de jóvenes.

En aquellas dos semanas, Scarlett no tuvo nunca ocasión de ver a Ashley solo ni de cambiar una palabra con él. Únicamente, en el terrible momento de la partida, cuando se detuvo delante de Tara, camino del tren, ella pudo decirle unas palabras. Melanie, con cofia y chai, serena en su nueva posición de señora casada, estaba cogida de su brazo. Todos los habitantes de Tara, blancos o negros, salieron para saludar a Ashley, que se iba a la guerra; Melanie dijo:

—Debes besar a Scarlett, Ashley. Ahora es mi hermana.

Ashley se inclinó y le rozó con los labios fríos el rostro rígido e impassible. Scarlett no sintió la menor alegría por este beso: no estaba satisfecha, porque lo había sugerido Melanie. Ésta le apretó un brazo, diciéndole:

—¿Irás a Atlanta a hacernos una visita, a la tía Pittypat y a mí? ¡Tenemos tantos deseos de tenerte con nosotros, querida! Deseamos conocer mejor a la esposa de Charles.

Transcurrieron cinco semanas durante las cuales vinieron de Carolina del Sur cartas de Charles, tímidas, extáticas, enamoradas, llenas de amor y de proyectos para después de la guerra, llenas de su deseo de ser un héroe por su amada y de su adoración por su comandante Wade Hampton. La séptima semana llegó un telegrama del mismo coronel y después una carta, una bella y digna carta de condolencia. Charles había muerto. El coronel quería haber teleografiado antes pero Charles, creyendo que su enfermedad no fuese cosa importante, no había querido preocupar a su familia. El desgraciado muchacho no sólo había sido engañado en el amor que creía haber conquistado, sino también en sus altas esperanzas de honor y de gloria en el campo de batalla. Había muerto ignominiosamente después de una breve pulmonía a continuación de un sarampión, sin haberse podido acercar a los yanquis.

A su debido tiempo nació el niño de Charles, y, como se acostumbraba dar a los hijos el nombre del comandante de sus padres, fue bautizado con el nombre de Wade Hampton Hamilton. Scarlett lloró de desesperación cuando supo que estaba encinta y deseó morir. Llevó su embarazo con un mínimo de molestias, trajo al mundo al niño con pocos sufrimientos y se restableció tan rápidamente, que obligó a decir a Mamita que ésta era una cosa vulgar, porque una señora debía sufrir más.

Scarlett demostró poco afecto por el niño. No lo había deseado y no estaba contenta con su llegada. Ahora que lo tenía, le parecía imposible que fuese suyo y una parte de sí misma.

Si bien físicamente se había restablecido pronto, mentalmente estaba aturdida y dolorida. Su espíritu estaba decaído a pesar de todos los esfuerzos de los habitantes de la plantación para levantarlo. Ellen atendía a sus labores con aire preocupado, y Gerald, blasfemando más que de costumbre, llevaba de Jonesboro inútiles obsequios a su hija. Hasta el viejo doctor admitió estar desorientado después de que su tónico compuesto de azufre e hierbas no diera resultado. Dijo a



Ellen, en privado, que era el dolor lo que hacía a Scarlett tan irritable y cada día más indiferente. Pero Scarlett, si hubiese tenido ganas de hablar, habría dicho que se trataba de un dolor muy diferente del que creían y más complejo. No dijo que era el fastidio, el terror de ser madre y sobre todo la ausencia de Ashley lo que le daba aquella expresión tan dolorida.

Su fastidio era agudo y continuo. El condado carecía de toda diversión y de toda manifestación de vida social desde que la Milicia partiera a la guerra. Todos los jóvenes interesantes se habían marchado: los cuatro Tarleton, los dos Calvert, los Fontaine, los Munroe y todos los muchachos atrayentes de Jonesboro, Fayetteville y Lovejoy. Habían quedado los viejos, los inválidos y las mujeres; éstas pasaban el tiempo haciendo punto y cosiendo, cultivando con más abundancia el algodón y el grano y criando mayor número de cerdos, ovejas y vacas para el Ejército. No se veía nunca un verdadero hombre, excepto cuando una vez al mes venía el comisario del Escuadrón, el maduro cortejador de Suellen, Frank Kennedy, a abastecerse de víveres. Los hombres del almacén de intendencia no eran muy interesantes, y el tímido cortejo de Frank Kennedy la fastidiaba hasta resultarle difícil ser cortés en sus miradas. ¡Si al menos él y Suellen se decidieran!

Aunque los soldados de intendencia hubiesen sido más interesantes esto no hubiera cambiado la situación. Ella era viuda y su corazón estaba en la tumba de su marido. Por lo menos todos estaban convencidos de ello y pensaban que ella obraba de conformidad con lo que creían. Esto la irritaba, porque, por mucho que buscase, no conseguiría recordar nada de Charles como no fuese aquella expresión de ternero moribundo cuando ella le dijo que se casaría con él. También esta imagen iba desapareciendo. Era viuda y tenía que comportarse como tal. Las diversiones de las muchachas ya no eran para ella. Ahora debía ser todavía más seria que una señora casada.

Ellen se lo recordó el día que encontró al lugarteniente de Frank que paseaba en el jardín con Scarlett y la hacía reír de todo corazón. Profundamente preocupada, Ellen le había dicho lo fácil que era ser criticada como viuda. La conducta de ésta debía ser mucho más reservada ante la gente que la de una señora con marido.

«Dios sabe —pensó Scarlett mientras escuchaba obediente la dulce voz de su madre— que las mujeres casadas no se divierten nada en absoluto; así que a las viudas más les valdría morir.»

Una viuda tenía que llevar horribles vestidos negros sin un adorno que los avivase, ni flores, ni cintas, ni encajes o joyas; sólo alfileres de ónice o collares hechos con el pelo del difunto. El velo de crespón negro que llevaba en la cofia debía llegarle hasta las rodillas y sólo podía ser acortado tres años después de la viudez, de modo que le llegase sólo hasta los hombros. Las viudas no podían charlar animadamente ni reír fuerte. Cuando sonreían, debían hacerlo de una manera triste y trágica y (ésta era la cosa más terrible) no podían, de ningún modo, demostrar que experimentaban placer en compañía varonil. Si algún hombre era tan grosero que le demostrase interés, ella debía persuadirle con una digna referencia de su marido. «¡Oh, sí! —pensaba Scarlett tristemente...—. Hay viudas que se vuelven a casar, pero cuando están viejas y arrugadas. Dios sabe cómo lo consiguen, con todos los vecinos ocupándose siempre de ellas. Generalmente, es con algún viejo desolado que debe atender a una gran plantación y a una docena de chiquillos.»

El matrimonio era ya de por sí una cosa desagradable, pero la viudez... ¡Oh, entonces la vida había terminado para siempre! ¡Qué engañados estaban aquellos que le decían que el pequeño Wade Hampton debía servirle de gran consuelo ahora que Charles no existía, y cómo la fastidiaba que le dijese que ya tenía por quién preocuparse en la vida!

Todos afirmaban que sería muy dulce para ella conservar este recuerdo postumo de su amor; naturalmente, ella no los desengañaba; pero este pensamiento estaba lejos de su mente. Se interesaba poco por Wade y algunas veces le resultaba difícil recordar que era suyo.

Por la mañana, cuando se despertaba, en los primeros momentos, era todavía Scarlett O'Hara; el sol brillaba a través de las ramas del magnolio, delante de su ventana, los mirlos cantaban y el agradable olor a tocino frito llegaba a su olfato. Era de nuevo joven y despreocupada. De pronto oía

llorar a un rorro hambriento y experimentaba un momento de sorpresa durante el cual pensaba: «¡Pero si hay un niño en casa!» Y entonces recordaba que era suyo.

¡Y Ashley! ¡Oh, más que nada Ashley! Por primera vez en su vida detestó Tara, el largo camino rojizo que conducía a la colina y al río, detestó los campos purpúreos con los verdes brotes del algodón. Cada palmo de terreno, cada árbol y cada arroyuelo, cada camino y sendero le recordaba a él. Ashley pertenecía a otra mujer y se había marchado a la guerra, pero su espíritu vagaba aún por los caminos en el crepúsculo y le sonreía con sus ojos grises y soñadores en la sombra del porche. Cada vez que el estrépito de herraduras llegaba del camino de Doce Robles, por un agradable momento pensaba: «¡Ashley!»

Ahora odiaba Doce Robles, que una vez había amado. Lo odiaba, pero se sentía atraída allí para poder oír a John Wilkes y a las muchachas hablar de Ashley y oírlos leer sus cartas de Virginia. Le hacían daño, pero quería oírlos. Le eran antipáticas India, tan rígida, y Honey, tan boba y crítica, y sabía que ella les era igualmente antipática. Pero no podía permanecer lejos. Cada vez que volvía a casa desde Doce Robles se acostaba malhumorada y rehusaba levantarse para bajar a cenar.

Este desprecio a la comida era lo que mayormente preocupaba a Ellen y a Mamita. Mamita le llevaba platos de alimentos tentadores, insinuando que ahora que estaba viuda podía comer cuanto quisiera; pero Scarlett no tenía apetito.

Cuando el doctor Fontaine dijo gravemente a Ellen que el dolor puede minar un temperamento exuberante y conducirlo a la tumba, la señora O'Hara palideció, porque éste era el temor que ella escondía en lo profundo del corazón.

—¿Y no se puede hacer nada, doctor?

—Un cambio de aires sería lo mejor para ella —respondió el doctor, ansioso de librarse de una enferma tan fastidiosa.

Así Scarlett partió, sin entusiasmo y con un niño, primero a visitar a sus parientes O'Hara y Robillard en Savannah y después a casa de la hermana de Ellen en Charleston. En Savannah fueron amables con ella, pero James y Andrew y sus mujeres, que eran viejos, preferían sentarse tranquilamente a hablar de un pasado que no tenía ningún interés para Scarlett. Igual sucedió con los Robillard.

Tía Pauline y su marido, un viejecito lleno de una cortesía formal y voluble y con el aire ausente de una persona que viviese en otro siglo, habitaban en una plantación junto al río, mucho más aislada que Tara. Sus vecinos más próximos vivían a una distancia de treinta kilómetros, que era necesario recorrer a través de sombríos caminos entre pantanos llenos de cipreses y encinas. Las encinas, con sus vestiduras de musgo gris, daban siempre escalofríos a Scarlett y le recordaban las historias de Gerald de espíritus irlandeses errantes entre la niebla color de ceniza. No había nada que hacer en todo el día más que punto; por la noche se escuchaba al tío Carey, que leía en alta voz las instructivas novelas de Bulwer-Lytton.

Eulalie, oculta en un jardín de altas paredes, en su caserón de la calle Battery de Charleston, no era más divertida. Scarlett, acostumbrada al amplio paisaje de colinas rojas, tuvo la impresión de estar en la cárcel. Había más vida social que cerca de tía Pauline, pero Scarlett no experimentaba ninguna simpatía por los visitantes, con sus tradiciones, su presunción y la importancia que daban al linaje. Sabía que todos la consideraban el producto de una *mésalliance* y que aún estaban estupefactos de que una Robillard se hubiese casado con un vulgar irlandés. Scarlett oía que tía Eulalie la defendía a espaldas suyas, cosa que la irritaba, porque, como a su padre, a ella le tenía sin cuidado la estirpe de la familia. Estaba orgullosa de lo que Gerald había conseguido sin otra ayuda que su sagaz cerebro irlandés.

¡Además, aquellos charlestonianos se vanagloriaban tanto de lo de Fort Sumter! Señor, ¿no comprendían que si no hubiesen sido ellos los primeros en cometer la tontería de disparar el primer tiro que había conducido a la guerra habrían sido otros tan locos como ellos los que lo hubieran

hecho? Acostumbrada a las voces agudas de la Georgia de la altiplanicie, las voces graves y melosas de la llanura le parecían una afectación. En algunos momentos le daban ganas de gritar. Durante una visita de ceremonia llegó a tal punto su desesperación que recurrió al léxico de Gerald, con gran escándalo de su tía. Entonces decidió volver a Tara. Era mejor vivir atormentada por el recuerdo de Ashley que por el acento de Charleston.

Ellen, ocupada día y noche en duplicar el producto de la plantación para ayudar a la Confederación, se aterrorizó cuando vio volver a su hija mayor, delgada, pálida e irritable. También ella sabía lo que era tener el corazón partido; ahora, acostada junto a Gerald, que roncaba, pasaba la noche pensando en lo que debía hacer para aliviar el dolor de Scarlett. La tía de Charles, Pittypat Hamilton, había escrito varias veces pidiéndole que dejase a Scarlett acercarse a Atlanta para pasar allá una larga temporada; ahora por primera vez Ellen consideró con seriedad la propuesta.

«Estoy sola con Melanie en esta enorme casa —escribía Pittypat—, sin protección varonil, ahora que mi querido Charles ha muerto. Es verdad que tengo a mi hermano Henry, pero la delicadeza me impide escribir mucho acerca de él. Melanie y yo nos sentiremos más tranquilas y seguras con Scarlett en casa. Tres mujeres solas están mejor que dos. Quizás Scarlett encuentre un poco de alivio a su dolor curando (como dice Melanie) a nuestros pobres soldados en los hospitales de nuestra ciudad... Y, además, Melanie y yo tenemos tantas ganas de ver al pequeño...»

Así, el baúl de Scarlett fue cerrado de nuevo conteniendo sus trajes de luto, y ella partió para Atlanta con Wade Hampton, su niñera Prissy, gran cantidad de advertencias sobre el comportamiento a observar de parte de Ellen y Mamita y cien dólares en billetes de la Confederación, que le dio Gerald. No deseaba particularmente ir a Atlanta. Tenía a tía Pittypat por la vieja más fastidiosa que conocía, y la idea de vivir bajo el mismo techo que la mujer de Ashley le repugnaba. Pero el condado, con todos sus recuerdos, le hacía la vida imposible y cualquier cambio era bien recibido.

## *SEGUNDA PARTE*

### 8

En el tren que la conducía hacia el Norte, aquella mañana de mayo de 1862, Scarlett pensaba que era imposible que Atlanta fuese tan aburrida como habían sido Charleston y Savannah y, a pesar de su antipatía por Pittypat y por Melanie, tenía cierta curiosidad por ver cómo había cambiado la ciudad después de su última visita, en el invierno anterior a la guerra.

Atlanta le había interesado siempre más que cualquier otro lugar, porque cuando era niña Gerald le había dicho que ella y Atlanta tenían precisamente la misma edad. Cuando fue mayor, Scarlett descubrió que Gerald había alterado un poco la verdad, como era su costumbre cuando una ligera modificación podía mejorar una historia. Atlanta tenía sólo nueve años más que ella y esto la hacía una ciudad •extraordinariamente joven en comparación con todas las demás ciudades que Scarlett conocía. Savannah y Charleston tenían la dignidad de sus años; por una corría ya el segundo siglo y la otra entraba en el tercero; a sus jóvenes ojos le causaban la impresión de viejas abuelas que tomaban plácidamente el sol. Pero Atlanta era de su misma generación, tosca como suele ser la juventud, y tan obstinada e impetuosa como ella.

La historia que le había contado Gerald estaba fundada en el hecho de que ella y Atlanta fueron bautizadas en el mismo año. Nueve años antes del nacimiento de Scarlett, la ciudad se llamó Terminus y después Marthasville; únicamente el año en que nació Scarlett la denominaron Atlanta.

Cuando Gerald fue a establecerse a la Georgia septentrional, Atlanta no existía, ni aun en forma de aldea; el lugar estaba salvaje y desierto. El año siguiente, esto es, en 1836, el Estado autorizó la construcción de un ferrocarril que conducía al Norte a través del territorio recientemente cedido por los indios iroqueses. El destino del ferrocarril (Tennessee y el Oeste) era claro y definido, pero su punto de partida en Georgia estaba aún incierto, hasta que, después de un año, un ingeniero colocó un poste en la tierra roja para indicar el término meridional de la línea: Atlanta, nacida Terminus, empezó a existir.

Entonces no había ferrocarriles en Georgia septentrional y muy pocos en otros lugares. Durante los años que precedieron al casamiento de Gerald con Ellen, la pequeña colonia, a treinta y cinco kilómetros al norte de Tara, se convirtió lentamente en una aldea y poco a poco la línea férrea se extendió aún más hacia el norte. La construcción del ferrocarril verdaderamente había empezado. De la vieja ciudad de Augusta, un segundo camino de hierro atravesó el Estado hacia occidente, para unirse con la nueva línea de Tennessee. Desde la antigua Savannah, una tercera vía fue construida hasta Macón, en el corazón de Georgia, y después hacia el norte, a través de la comarca donde vivía Gerald, hasta Atlanta, para unirse con las otras dos, dando así al puerto de Savannah una salida al oeste. En el mismo punto de unión, en la joven Atlanta, fue construida una cuarta línea que volvía hacia el sudoeste, hacia Montgomery y Mobile.

Nacida de un camino de hierro, Atlanta se desarrolló al mismo tiempo que los ferrocarriles. El conjunto de las cuatro líneas unía el oeste, el mediodía, la costa y, a través de Augusta, la parte septentrional con el este. Atlanta, pues, había llegado a ser el punto de cruce para los viajes de norte a sur y de este a oeste; así la pequeña aldea surgió a la vida.

En un lapso poco mayor que los diecisiete años de Scarlett, Atlanta llegó a ser una pequeña ciudad de diez mil habitantes y era el centro de la atención de todo el Estado. Las viejas ciudades,

más tranquilas, miraban hacia la joven ciudad más tumultuosa con la sensación de una gallina que ha empollado un pato. ¿Por qué era tan diferente de las otras ciudades de Georgia? ¿Por qué se desarrollaba tan pronto? Después de todo, pensaban, no tenía nada especial: solamente sus ferrocarriles y un puñado de gentes que se abrían camino hacia delante a fuerza de codazos.

Los fundadores de la ciudad, que la llamaron sucesivamente Terminus, Marthasville y Atlanta, eran verdaderamente gentes llenas de voluntad. Hombres inquietos y enérgicos, de las viejas regiones de Georgia y de otros Estados más lejanos, eran atraídos a esta ciudad, que se extendía alrededor del nudo ferroviario. Llegaban allá con entusiasmo. Levantaron sus negocios alrededor de las cinco calzadas de rojo fango que se cruzaban cerca de la estación, construyeron sus hermosas casas en las calles Washington y Whitehall, a lo largo de la margen del terreno que innumerables generaciones de indios calzados con abarcas habían hollado formando un camino que se llamaba Peachtree Trail. Estaban orgullosos del lugar, orgullosos de su desarrollo, orgullosos de sí mismos. Las viejas ciudades decían lo que les parecía de Atlanta, pero ésta no se preocupaba.

Scarlett había querido siempre a Atlanta por las mismas razones por las que condenaba a Savannah, Augusta y Macón. Como ella, la ciudad era una mezcla de nuevo y de viejo, en lo que lo viejo estaba siempre en conflicto con lo nuevo vigoroso y terco, y siempre sacaba la peor parte. Por otro lado, había algo de personal, de excitante, en una ciudad que había nacido, o por lo menos había sido bautizada, en el mismo año que ella había venido al mundo.

La noche precedente había sido lluviosa; pero, cuando Scarlett llegó a Atlanta, un sol cálido intentaba con valentía secar las calles, que estaban transformadas en torrentes de fango rojo. En el espacio abierto alrededor de la estación, el suelo estaba surcado y hollado por el continuo afluir del tráfico, hasta parecerse a una enorme porqueriza; de vez en cuando, los vehículos se hundían en el barro hasta media rueda. Una caravana incesante de carruajes militares y de ambulancias cargaban y descargaban trenes de abastecimiento y heridos, aumentando el fango y la confusión cuando llegaban y partían; mientras sus conductores blasfemaban, los mulos se clavaban en el fango y lo salpicaban a varios metros de distancia.

Scarlett estaba en la plataforma del tren. Era una graciosa figura palidísima, con su traje de luto y su velo de crespón que llegaba casi al suelo. Dudaba porque no quería ensuciarse los zapatos y las faldas, y entretanto miraba a la hilera de carros, coches y calesas, tratando de descubrir a Pittypat. No se veían trazas de la obesa y colorada señora. Mientras Scarlett miraba ansiosamente, un viejo negro delgado, con espesos cabellos ensortijados y aspecto de digna autoridad, avanzó hacia ella sobre el fango, con el sombrero en la mano.

—Señora Scarlett, ¿verdad? Yo soy Peter, el cochero de la señorita Pitty. No se baje en este barro —ordenó severamente mientras Scarlett se recogía las faldas, preparándose para saltar—. Tiene tan poco cuidado como la señorita Pitty y se resfriaría si se mojara los pies. Yo la llevaré.

A pesar de su delgadez y su edad, cogió en brazos a Scarlett con la máxima facilidad y, observando a Prissy que estaba en la plataforma con el niño en brazos, se detuvo.

—¿Es el niño de nuestro amo? Señora Scarlett, esta chica es demasiado joven para criar al niño del señor Charles. Pero en esto ya pensaremos después. Tú, muchacha, ven detrás de mí y ten cuidado de no dejar caer al niño.

Scarlett se resignó sin protestar a dejarse llevar en brazos al coche y también a la manera perentoria con que el tío Peter las trataba a ella y a Prissy. Al atravesar el fango con Prissy, que se hundía en él refunfuñando detrás de ellos, se acordó de lo que Charles le había narrado a propósito del tío Peter.

—Ha hecho toda la campaña mexicana con papá, curándole las heridas. En fin de cuentas, fue él quien le salvó la vida. Prácticamente se puede decir que ha educado a Melanie y a mí, porque éramos muy pequeños cuando murieron nuestros padres. La tía Pitty había tenido en aquella época una cuestión con su hermano Henry. Por eso ella vino a vivir con nosotros y también para cuidar de nuestra educación. Pero es la mujer más inexperta del mundo; ha permanecido a través de los años como una niña. El tío Peter la trata exactamente como si fuese una chiquilla. No sería capaz de salir

adelante si Peter no se ocupase de todo. Fue él quien decidió que yo debía tener una asignación para mis gastos, a la edad de catorce años, e insistió para que fuese a la Universidad de Harvard cuando el tío Henry manifestó el deseo de que yo estudiase allá. Decidió a su tiempo que Melanie se hiciera un peinado alto y empezase a frecuentar diversiones. Es él quien dice a tía Pitty, cuando el tiempo está frío o húmedo, que no vaya a hacer visitas, o cuándo debe ponerse el chai... Es el viejo negro más sagaz que jamás he visto y el más leal. Su único mal es que sabe que es el patrón de nosotros tres: en cuerpo y alma.

Las palabras de Charles se confirmaron cuando Peter subió al pescante y cogió la fusta.

—La señorita Pitty está toda angustiada porque no ha venido a recibirla. Tenía miedo de que usted no comprendiera, pero yo he dicho que ella y la señora Melanie se enfangarían y estropearían los vestidos nuevos y que yo le explicaría a usted, señorita Scarlett... Es mejor que coja usted el niño. Esa negrita va a dejarlo caer.

Scarlett miró a Prissy y suspiró. La negrita no era la mejor de las niñeras. Su reciente promoción, desde los vestidos cortos y las trenzas alrededor de su cabeza a la dignidad de un largo traje de percal y de una cofia blanca almidonada, era algo emocionante para la muchacha.

No habría ascendido a este puesto tan pronto si no hubiese llegado la guerra y las demandas de la intendencia de Tara, que hacían imposible a Ellen prescindir del trabajo de Mamita, de Dilcey y también de Rosa o de Teena. Prissy no se había alejado nunca más de un kilómetro de Doce Robles o de Tara, y el viaje en tren, junto a su ascenso a niñera, era más de lo que podía soportar el cerebro que estaba encerrado en su pequeño cráneo negro. El viaje de treinta kilómetros de Jonesboro a Atlanta la había excitado tanto que Scarlett se vio obligada a tener el niño todo el tiempo. Ahora, la vista de tanta gente y de tantos edificios completó el trastorno de Prissy. Se agitaba en su asiento, saltaba, brincaba, indicaba lo que veía, y sacudió tanto al niño, que éste se puso a llorar. Scarlett pensó con nostalgia en los viejos y robustos brazos de Mamita. Bastaba que Mamita pusiera las manos en un niño para que éste dejase de llorar. Pero Mamita estaba en Tara y Scarlett no podía hacer nada para remediarlo. Era inútil coger a Wade de los brazos de Prissy: lloraba igualmente cuando lo tenía ella. De buena gana le hubiera tirado a la chica de las cintas de la cofia y le hubiera despedazado el vestido. Fingió no haber oído las palabras de Peter.

«Quizás con el tiempo aprenda a tratar a los niños —pensó mientras el coche se tambaleaba y atrancaba en el fango, delante de la estación—. Pero no conseguiré nunca divertirme con ellos.» El rostro de Wade se puso rojo de tanto chillar y ella ordenó, de mal humor:

—Dale ese pedazo de azúcar que tienes en el bolsillo, Prissy. Algo para hacerle callar. Sé que tiene hambre, pero en este momento no puedo hacer nada.

Prissy sacó el pedazo de azúcar que Mamita le había dado por la mañana y los gritos del niño cesaron. Con la calma que sobrevino y con la nueva vista que se ofrecía a sus ojos, Scarlett empezó a animarse. Finalmente, cuando tío Peter consiguió sacar el coche de las roderas fangosas y se dirigió por la calle Peachtree, Scarlett experimentó cierto interés por primera vez en varios meses. ¡Cómo había crecido la ciudad! Había pasado poco más de un año desde que estuvo la última vez y no parecía posible que aquella pequeña Atlanta estuviese tan cambiada.

El año anterior Scarlett estaba tan preocupada con sus propios pensamientos, tan fastidiada por cualquier mención de guerra, que no se dio cuenta de cómo Atlanta se transformaba. Los mismos ferrocarriles que habían hecho de la ciudad el punto de cruce comercial en tiempo de paz eran de vital importancia estratégica en tiempo de guerra. Alejada de las líneas de batalla, la ciudad y sus ferrocarriles unían entre sí los dos ejércitos de la Confederación, el de Virginia y el de Tennessee, con el Oeste. Al mismo tiempo, Atlanta abastecía a los ejércitos de lo que necesitaban y que provenía del Sur. A causa de la necesidad de la guerra, llegó a ser también un centro industrial, una base de hospitales y uno de los principales depósitos sudistas de alimentos y suministros para los ejércitos en campaña.

Scarlett miró en torno, buscando la pequeña ciudad que recordaba tan bien. Había desaparecido. Lo que veía ahora era como un niño que en el transcurso de una noche hubiese crecido como un gigante enorme.

Atlanta zumbaba como una colmena, consciente de su importancia en la Confederación, y en ella el trabajo para transformar una región agrícola en industrial era continuo. Antes de la guerra había pocas fábricas de algodón, hilado de lana, arsenales y negocios de máquinas al sur de Maryland, hecho del cual los meridionales estaban muy orgullosos. El Sur producía hombres de Estado y soldados, plantadores y doctores, abogados y poetas, pero no ingenieros ni mecánicos. Estas profesiones vulgares eran buenas para los yanquis. Pero ahora que los puertos de la Confederación estaban bloqueados por los navios de guerra yanquis y que muy pocas mercancías llegaban de Europa eludiendo el bloqueo, el Sur intentaba desesperadamente construir su propio material de guerra. El Norte podía recabar de todo el mundo aprovisionamientos y soldados, ya que millares de irlandeses y de alemanes se enrolaban en el Ejército de la Unión atraídos por el espejismo de las buenas pagas. El Sur no podía contar más que consigo mismo. En Atlanta había fábricas de maquinaria que fatigosamente transformaban sus instalaciones para producir material de guerra; fatigosamente porque había pocas máquinas en el Sur que se pudiesen utilizar, y cada rueda y diente debían ser fabricados sobre diseños que venían de Inglaterra. Había muchos extranjeros ahora en las calles de Atlanta. Los ciudadanos que un año antes habían prestado atención al menor acento que no fuese del país, ahora no se preocupaban de todas las lenguas habladas por europeos que habían traspasado el bloqueo para venir a fabricar máquinas y municiones. Hombres hábiles, sin los que la Confederación no habría tenido la posibilidad de fabricar pistolas y fusiles, cañones y pólvora.

Se sentía casi el latido del corazón de la ciudad, mientras el trabajo continuaba día y noche para enviar por medio del ferrocarril el material de guerra a los dos frentes de batalla. Los trenes cargaban y salían a todas horas. De noche los hornos ardían y los martillos batían aún muchísimo tiempo después de que la población durmiera. Donde el año anterior había terrenos para construcción ahora había diferentes fábricas de talabartería y zapatería, de fusiles y de cañones, fundiciones que producían material ferroviario y vagones para sustituir los destruidos por los yanquis; gran variedad de industrias pequeñas para la fabricación de espuelas, riendas, hebillas, botones, tiendas de campaña, sables y pistolas. Las fundiciones empezaban ya a sentir la falta de hierro porque a causa del bloqueo no llegaba nada y las minas de Alabama estaban casi paradas, debido a que los mineros se hallaban en el frente. No se encontraban ya en los jardines de Atlanta glorietas de hierro ni estatuas metálicas, cancelas ni barandas; todo fue llevado a las fundiciones. A lo largo de la calle Peachtree y en las calles adyacentes, estaban los cuarteles generales de los diferentes departamentos del Ejército, todos llenos de hombres con uniforme: la intendencia, el cuerpo de transmisiones, los servicios postales, transportes ferroviarios y la policía militar. Al otro lado de los suburbios estaban los depósitos de la remonta, donde los caballos y mulos se reunían en vastos recintos, y en las calles laterales se elevaban los hospitales. Por todo cuanto le dijo el tío Peter, Scarlett llegó a la conclusión de que Atlanta debía ser la ciudad de los heridos, porque los hospitales generales, así como los de contagiosos y convalecientes, eran innumerables. Cada día, los trenes que llegaban descargaban nuevos enfermos y heridos.

La pequeña ciudad había desaparecido y la nueva estaba animada de un movimiento y de un ruido incesante. La vista de tanta gente bulliciosa mareó casi a Scarlett, que venía de la tranquilidad rural, pero esto le agradaba. Aquella atmósfera excitante la animaba. Era como si sintiera el ritmo acelerado del corazón de la ciudad latir junto al suyo.

Mientras avanzaba lentamente por la calle principal de la ciudad, observó con interés las nuevas construcciones y los nuevos rostros. Las aceras estaban repletas de hombres con uniformes que llevaban las insignias de todos los grados y de todos los cuerpos; en la estrecha calzada se embotellaban los vehículos: carruajes, calesas, ambulancias, furgones militares guiados por conductores civiles que blasfemaban, mientras los mulos luchaban por salir del lodo en que se habían atascado; enlaces que corrían de un cuartel a otro llevando órdenes y despachos;

convalecientes que cojeaban apoyados en las muletas y a los que acompañaba generalmente una enfermera. Trompetas y tambores y órdenes militares resonaban en los campos de instrucción, donde los reclutas se transformaban en soldados. Con el corazón en la garganta, Scarlett vio por primera vez los uniformes yanquis. Ello fue cuando el tío Peter le indicó con la punta de la fusta un destacamento de hombres de aspecto abatido que eran conducidos a la estación, como una manada de borregos, escoltados por una compañía de confederados con la bayoneta calada, para ser internados en campos de concentración, de donde nadie sabía cuándo ni cómo serían liberados.

«¡Oh! —pensó Scarlett con un sentimiento de verdadera alegría, el primero que experimentó después del famoso convite de Doce Robles—. ¡Cómo me agrada estar aquí! ¡Todo es tan vivo y excitante!»

La ciudad estaba también más animada de lo que ella creía, porque había docenas de nuevos bares; las prostitutas que siguen siempre a los ejércitos bullían en las calles y los lupanares se multiplicaban con gran consternación de las personas temerosas de Dios. Hoteles, pensiones y casas particulares estaban llenas de huéspedes que venían a vivir al lado de los parientes heridos que se encontraban en los grandes hospitales de Atlanta. Todas las semanas había bailes, recepciones y rifas benéficas e innumerables casamientos de guerra (los esposos con permiso, vestidos de gris y galones de oro, y las esposas elegantes, entre filas de sables desenvainados y brindis hechos con champaña entrado burlando el bloqueo) y despedidas tristes. De noche, en las oscuras calles bordeadas de árboles resonaban músicas que venían de los salones donde voces de soprano se unían a las de los soldados en la agradable melancolía de *Las trompetas tocan descanso* y *Tu carta llegó, pero demasiado tarde*, canciones tristes que traían lágrimas a los ojos de quienes no derramaron nunca lágrimas de verdadero dolor.

Mientras avanzaban a lo largo de la calle, en el barro blando, Scarlett hizo a Peter gran cantidad de preguntas a las que el negro respondía indicando acá y allá con la fusta, orgulloso de mostrar sus propios conocimientos.

—Aquello es el arsenal. Sí, señora, allí hacen cañones y otras armas. No, aquéllas no son tiendas; son las oficinas del bloqueo. ¿No sabe lo que son las oficinas del bloqueo? Son oficinas donde los extranjeros compran nuestro algodón confederado y lo mandan a Charleston y Wilmington, para enviarnos luego pólvora para fusiles. No, señora, yo no sé qué clase de extranjeros son. La señorita Pitty dice que son ingleses, pero nadie comprende una palabra de lo que hablan. Sí señora, hay un humo terrible y estropea todas las cortinas de seda de la señorita Pitty. Viene de las fundiciones y de los trenes de laminaciones. ¡Y qué ruido hacen de noche! Nadie puede dormir. No, señora, no podemos pasar para verlo, porque he prometido a la señorita Pitty llevarla pronto a casa... Señora Scarlett, haga una reverencia. Ésas son las señoras Merriwether y Elsing, que la saludan.

Scarlett recordaba vagamente a dos señoras que se llamaban así, llegadas de Atlanta a Tara para su boda y que eran las mejores amigas de tía Pittypat. Se volvió rápidamente hacia la parte indicada por Peter y se inclinó. Las dos señoras estaban sentadas en un coche delante de una tienda de ropas. El propietario y dos dependientes estaban en la puerta con los brazos llenos de piezas de tejidos de algodón, que ellas examinaban. La señora Merriwether era una mujer alta y corpulenta con el corsé tan ajustado que su seno surgía hacia delante como la proa de una nave. Sus cabellos grises parecían más abundantes por una franja de rizos postizos que eran descaradamente morenos, desdeñando adaptarse al resto de la cabellera. Tenía una cara redonda y colorada que reflejaba su bondadosa inteligencia y su costumbre de mandar. La señora Elsing era más joven; una mujercita delgada y frágil, que había sido una maravilla y que aún conservaba el recuerdo de la frescura desvanecida y un aire elegante e imperioso.

Aquellas dos señoras, con una tercera, la señora Whiting, eran las columnas de Atlanta. Dirigían en todo las tres parroquias a las que pertenecían, el clero, los coros y los fieles; organizaban tómbolas y presidían comités de trabajo, bailes y meriendas; sabían quién hacía un buen matrimonio y quién no; quién bebía a hurtadillas y quién esperaba un niño y para cuándo.



Eran la verdadera autoridad en materia de genealogía de cualquier familia de Georgia, de Carolina del Sur y de Virginia, y no se preocupaban de los otros Estados porque estaban convencidas de que las personas de importancia sólo provenían de estos tres Estados. Sabían cómo se debía comportar la gente y cómo no, sobre todo cuando se trataba de personas de rango, y no se privaban de decir abiertamente lo que pensaban: la señora Merriwether con acento chillón, la señora Elsing con distinguida voz melosa y la señora Whiting en un murmullo desolado que mostraba cuánto le desagradaba hablar de ciertas cosas. Estas tres señoras se detestaban recíprocamente la una a la otra, como los primeros triunviros de Roma; su estrecha alianza se debía probablemente a aquellas mismas razones.

—He dicho a Pitty que deseo que usted me ayude en mi hospital —gritó la señora Merriwether, sonriendo—. ¡Así que no se comprometa con la señora Meade o Whiting!

—Me guardaré bien —respondió Scarlett, que ignoraba completamente lo que quería aquella señora, pero experimentaba una sensación agradable al verse bien acogida y saberse deseada—. Espero verla bien pronto.

El coche continuó su camino y se detuvo un momento para dejar que dos señoras que llevaban una cesta llena de vendas atravesaran la calle cenagosa poniendo los pies en algunas piedras que sobresalían. Al mismo tiempo, los ojos de Scarlett se fijaron en una figura que estaba en la acera, vestida con un traje vistoso, demasiado elegante para la calle, y con un chai de largos flecos que le llegaban a los pies. Al volverse la figura, Scarlett vio a una mujer alta y bella, con una masa de cabellos rojos, demasiado rojos para ser naturales. Era la primera vez que veía una mujer de la que podía estar segura que «había hecho algo a sus cabellos» y la observó descaradamente.

—Tío Peter, ¿quién es aquélla?

—No sé.

—Sí lo sabe, estoy segura. ¿Quién es?

—Se llama Bella Watling. —Y el labio inferior de Peter empezó a sobresalir.

Scarlett observó en seguida que Peter no había antepuesto al nombre el apelativo de «señora» o «señorita».

—¿Y quién es?

—Señora Scarlett —respondió el viejo gravemente, acariciando el lomo del caballo con la fusta—, la señorita Pitty no permitirá que usted pregunte cosas que no estén bien. En esta época hay en la ciudad muchas personas de las que es feo hablar.

«¡Dios mío! —pensó Scarlett, encerrándose en su silencio—. ¡Debe de ser una mujer mala!»

No había visto nunca una mujer de mal vivir y se volvió a mirarla hasta que se perdió entre la multitud. Ahora eran más amplios los espacios de terreno entre las tiendas y las nuevas construcciones. Finalmente, el barrio de los negocios terminó; todas las casas eran residencias particulares. Scarlett las reconocía como viejas amigas: la de Leyden, digna y soberbia; la de los Bonnell, con las columnas blancas y las persianas verdes; la casa georgiana de ladrillos rojos de la familia MacLure, detrás de sus setos de boj. Ahora caminaban más lentamente, porque desde las puertas y los jardines las señoras la llamaban. Conocía a algunas superficialmente; a otras las recordaba de modo vago; pero la mayor parte le eran desconocidas. Pittypat, ciertamente, había propagado la noticia de su llegada. A veces era necesario levantar al pequeño Wade, para que las señoras que se aventuraban a acercarse al coche atravesando el lodo hasta el montadero pudiesen admirarlo. Todas le decían a Scarlett que debía formar parte de su círculo de costura o punto, del comité de su hospital y de ningún otro, y ella prometía incansablemente a diestra y siniestra.

Cuando pasaban por delante de una casa de madera verde construida sin orden ni concierto, una negrita que estaba apostada en los escalones de acceso gritó: «¡Aquí está! ¡Ya llega!», y en seguida salieron el doctor Meade con su mujer y su hijo de trece años saludándola a voces. Scarlett recordó que también ellos habían ido a su casamiento. La señora se subió en el poyo para montar y alargó el cuello para ver al pequeño, pero el doctor, sin preocuparse del barro, avanzó hasta el

coche. Era alto, con una perilla de color gris hierro; las ropas bailaban sobre su cuerpo delgado como si estuviesen suspendidas en una percha. Atlanta le consideraba la fuente de toda fuerza y sabiduría, y no era de extrañar que él mismo hubiese asimilado algo de esta creencia. Pero, aparte de su costumbre de pronunciar sentencias como si fuesen oráculos, y de su modo de obrar algo pomposo, era el hombre más afable del mundo.

Después de haber estrechado la mano de Scarlett y de haber pellizcado las mejillas de Wade, el doctor anunció que la tía Pittypat había prometido y jurado que su sobrina no iría a otro comité hospitalario y de preparación de vendas que al de la señora Meade.

—¡Dios mío, pero ya se lo he prometido a un millar de señoras! —exclamó la joven.

—¡Apuesto que a la señora Merriwether! —exclamó la señora Meade, indignada—. ¡Al diablo esa mujer! ¡Estoy segura de que va a la llegada de todos los trenes!

—Lo he prometido porque no sabía de qué se trataba —confesó Scarlett—. Ante todo, ¿qué son esos comités hospitalarios?

El doctor y la señora movieron la cabeza, un poco escandalizados de su ignorancia. — Naturalmente, ha estado siempre en el campo y allí no podía saber —la excusó la señora Meade—. Tenemos comités para los diferentes hospitales y en diversos días. Cuidamos a los hombres y ayudamos a los doctores, hacemos vendas y vestidos; cuando los hombres están en condiciones de dejar los hospitales, los acogemos en nuestras casas durante la convalecencia, hasta que estén dispuestos a volver a su regimiento. Nos ocupamos de las familias de los heridos pobres. El doctor Meade está en el hospital del Instituto donde trabaja mi comité; todos dicen que es extraordinario y...

—¡Basta, basta! —la interrumpió afectuosamente el doctor—. No te vanaglories de mí ante la gente. Hago lo poco que puedo, ya que no me has dejado alistarme en el Ejército.

—¡No he querido! —exclamó la mujer, indignada—. ¿Yo? Ha sido la ciudad que no ha querido, y lo sabes muy bien. Figúrese que, cuando se supo que quería ir a Virginia como médico militar, las señoras firmaron una petición rogándole que se quedase. La ciudad no puede hacer nada sin él.

—Vamos, vamos —se defendió el doctor, disfrutando evidentemente con aquellos elogios—. Por lo demás, tener un hijo en el frente es bastante en estos tiempos.

—¡Yo iré el año próximo! —exclamó el pequeño Phil, saltando excitado—. Como tambor. Estoy aprendiendo a tocarlo. ¿Quiere oírlo?

Voy por él.

—No, ahora no —ordenó la señora Meade, atrayéndolo hacia sí con una súbita expresión de pesar—. El año que viene no, tesoro. Dentro de dos años.

—¡Entonces la guerra habrá terminado! —exclamó el muchacho con petulancia, apartándose—. ¡Me lo has prometido!

Los ojos de los padres se encontraron por encima de su cabeza y Scarlett observó la mirada. Darcy Meade estaba en Virginia y ellos dedicaban todo su cariño al hijo que había quedado.

Tío Peter exclamó:

—La señorita Pitty está muy nerviosa y si no vuelvo en seguida de la estación, se desmayará.

—Hasta la vista. Esta tarde iré a verlas —añadió la señora—. Y dígame a Pitty de mi parte que si usted no viene a mi comité, todavía se encontrará peor.

El coche avanzó nuevamente por el camino enfangado y Scarlett se volvió a recostar en los cojines, sonriendo. Se sentía bien, como no se había encontrado desde hacía varios meses. Atlanta con su gentío, su animación y su corriente de excitación era más agradable, más divertida y mucho más simpática que la solitaria plantación cerca de Charleston, donde sólo los bramidos de los caimanes rompían el silencio nocturno; mejor que el mismo Charleston, soñador con sus jardines defendidos por altos muros; mejor que Savannah, con sus amplias calles bordeadas de palmeras

enanas y el río que corría a su lado. Sí; y en principio mejor que Tara, aunque Tara fuese un lugar tan querido.

Había algo excitante en aquella ciudad de calles estrechas y enfangadas; algo tosco y sin madurar que recordaba la tosquedad y la falta de madurez que había bajo el fino barniz que Ellen y Mamita habían dado a Scarlett. Al momento, sintió que aquél era un lugar hecho para ella, no las viejas ciudades serenas y tranquilas a las que el río perezoso y amarillo no daba vitalidad alguna.

Las viviendas quedaban ahora cada vez más espaciadas. Asomándose hacia fuera, Scarlett vio finalmente los ladrillos rojos y el techo de pizarra de la villa de Pittypat. Era una de las últimas casas al norte de la ciudad. Después de ésta, la calle Peachtree iba estrechándose y girando tortuosamente bajo altos árboles, hasta perderse de vista en los espesos bosques silenciosos. La valla de madera había sido pintada recientemente de blanco y el jardincito que rodeaba estaba salpicado de amarillo por los últimos junquillos de la estación. En la escalinata había dos mujeres vestidas de negro; detrás de ellas otra, gruesa y amarillenta, con las manos debajo del mandil y la boca abierta en una larga sonrisa. La obesa Pittypat se balanceaba impaciente sobre sus pies pequeñitos, y con una mano en el pecho se oprimía el corazón, que le latía fuertemente. Scarlett vio a Melanie, que estaba a su lado, y con una sensación de antipatía se dio cuenta de que el único defecto de Atlanta consistía en esa personilla vestida de negro, con sus rebeldes rizos negros estirados hacia atrás con dignidad de mujer casada, que ahora le dirigía una gentil sonrisa de bienvenida en su carita triangular.

Cuando un habitante del Sur se tomaba la molestia de llenar un baúl y afrontar un viaje de treinta kilómetros para ir a hacer una visita, ésta no duraba nunca menos de un mes. Los meridionales eran visitantes entusiastas, así como anfitriones generosos, y no era único el caso de parientes que iban a pasar las fiestas de Navidad y se quedaban hasta julio. También, cuando los recién casados hacían sus giras de visita durante la luna de miel, terminaban por detenerse en esta o aquella casa de su agrado y allí permanecían hasta el nacimiento del segundo hijo. Con frecuencia, viejas tías o tíos que acudían a la comida dominical se quedaban allí para ser sepultados en el cementerio del lugar algunos años después. Los visitantes no representaban un problema, porque las casas eran grandes, la servidumbre numerosa y dar de comer a una boca más no tenía importancia allí donde había que alimentar a tantas personas. Gentes de todas las edades y sexos se juntaban en visita, esposos en viaje de bodas, madres jóvenes con su hijito, convalecientes, personas que habían perdido un pariente próximo, muchachas que los padres querían alejar de un matrimonio poco aconsejable, jóvenes casaderas que no habían encontrado novio y que se esperaba pudiesen combinar un buen matrimonio aconsejadas por los parientes de otra ciudad. Los visitantes añadían movimiento y variedad a la monótona vida meridional y eran siempre bien acogidos. Scarlett había llegado a Atlanta sin tener idea del tiempo que había de permanecer allí. Si su estancia resultaba aburrida, como en Charleston y en Savannah, pasado un mes volvería a su casa. Si por el contrario era agradable, nada le impedía permanecer durante un período indefinido. Pero, apenas llegada, tía Pitty y Melanie iniciaron una campaña para inducirla a establecerse permanentemente con ellas. Recurrieron a todos los argumentos posibles. Deseaban tenerla cerca porque la querían bien. Estaban solas y sentían miedo durante la noche en una casa tan grande, y ella era valiente y les daría también ánimo a ellas. Era tan simpática, que las alegraba en sus dolores. Ahora que Charles había muerto, su sitio y el del niño estaba en el mismo hogar donde él había pasado su infancia. Por lo demás, la mitad de la casa le pertenecía, según el testamento de Charles. Y, por último, la Confederación tenía necesidad de manos para coser, hacer calceta, preparar vendas y curar heridos.

El tío de Charles, Henry Hamilton, que hacía vida de soltero y que habitaba en el hotel Atlanta, cerca de la estación, le habló también seriamente en este sentido. El tío Henry era un anciano irascible, pequeño y panzudo, con la cara colorada y los cabellos plateados, absolutamente falto de paciencia para con las tímideces y desmayos de las mujeres. Por esta última razón, casi no se hablaba con su hermana. Desde la infancia fueron absolutamente opuestos en caracteres y más tarde estuvieron también en desacuerdo por la forma en que ella había educado a Charles: «¡Hacer una mujercilla del hijo de un soldado!» Un día la injurió de tal modo que desde entonces Pittypat no

hablaba de él sino con timoratos susurros y con tales reticencias que un extraño hubiera podido suponer que el honrado abogado era nada menos que un asesino. La ofensa se verificó un día en que la señorita Pittypat quiso coger quinientos dólares de su patrimonio para invertirlos en una mina de oro inexistente. Tanto se indignó Henry que dijo que su hermana tenía menos sentido común que una pulga, y lo que es peor aún: que el estar más de cinco minutos a su lado le ponía nervioso. Desde aquel día, ella no le veía más que oficialmente una vez al mes, cuando tío Peter la conducía a su oficina para recibir su asignación mensual. Después de estas breves visitas, Pittypat se metía en la cama para el resto del día, que transcurría entre lágrimas y con sales olorosas. Melanie y Charles, que estaban en inmejorables relaciones con su tío, le habían ofrecido muchas veces librarla de esta incumbencia, pero Pittypat había rehusado siempre, apretando con terquedad su boca infantil. Henry era su cruz y tenía que llevarla. Charles y Melanie concluyeron de esto que aquella excitación ocasional le producía un profundo placer, ya que era la única diversión de su vida solitaria.

Scarlett agradó en seguida al tío Henry porque, como él mismo declaró, a pesar de sus estúpidas afectaciones tenía algún rasgo de buen sentido. Él era el administrador, no sólo de la propiedad de Pittypat y de Melanie sino también de la que Charles dejó a Scarlett. Para ésta fue una agradable sorpresa saber que era una mujercita en buena posición, porque Charles le dejó no sólo la mitad de la casa ocupada por la tía Pittypat, sino también terrenos de cultivo y propiedades en la ciudad. Las tiendas y los almacenes que estaban a lo largo de la línea férrea, en las proximidades de la estación, habían triplicado su valor desde el comienzo de la guerra. Al ponerla al corriente de sus propiedades, el tío Henry le planteó la necesidad que tenía de permanecer en Atlanta.

—Wade Hampton será un jovencito rico. Dado el desarrollo de la ciudad, sus propiedades aumentarán diez veces su valor en veinte años y es justo que el pequeño sea educado donde están sus propiedades, a fin de que aprenda a ocuparse de ellas y seguramente de las de Pittypat y Melanie. Será el único hombre que lleve el apellido Hamilton, ya que yo no soy eterno.

En cuanto al tío Peter, éste no puso en duda que Scarlett se quedaría. Le era inconcebible que el hijo de Charles creciese en un lugar donde él, tío Peter, no pudiese vigilar su educación. A todas esas argumentaciones, Scarlett sonreía pero no decía nada, no queriendo comprometerse antes de saber si le agradaría la vida de Atlanta y la convivencia con los parientes adquiridos. Sabía también que era necesario convencer a Gerald y a Ellen. Por otra parte, ahora que estaba lejos de Tara, sentía una gran nostalgia; nostalgia de los campos rojos, de las verdes plantas de algodón y de los crepúsculos silenciosos. Por primera vez comprendió vagamente lo que había querido decir Gerald cuando afirmó que también ella llevaba en la sangre el amor a la tierra. Respondía siempre evasivamente a las preguntas relativas al tiempo que pensaba permanecer y se acomodó fácilmente, casi sin darse cuenta, a la vida en la casa de ladrillos rojos, en la tranquila extremidad de la calle Peachtree.

Viviendo con consanguíneos de Charles y viendo la casa de donde él provenía, Scarlett pudo ahora comprender mejor al hombre que la hizo esposa, viuda y madre en tan rápida sucesión. Resultaba fácil ver por qué era tan tímido, tan natural, tan idealista. Si Charles había heredado algunas de las cualidades del severo, impávido y ardiente soldado que había sido su padre, éstas fueron destruidas en su infancia por la atmósfera femenil en que había sido educado. Había estado ligadísimo a la infantil Pittypat y encariñado con Melanie más de lo que lo están generalmente los hermanos; no era posible encontrar dos mujeres más dulces ni menos mundanas.

Tía Pittypat<sup>9</sup> fue bautizada como Sarah Jane Hamilton, sesenta años antes; pero, desde la época lejana en que su afectuosísimo padre le había puesto aquel apodo a causa de sus pies inquietos que trotaban continuamente, ninguno la había vuelto a llamar de otro modo. En los años que siguieron a este segundo bautizo, se verificaron en ella algunos cambios que hicieron este sobrenombre algo incongruente. De la niña vivaz y juguetona no habían quedado más que los piecitos, desproporcionados a su peso, y una tendencia a charlar sin límites. Era gruesa, colorada,

---

<sup>9</sup> Pittypat, del inglés *Patter*: «pasos ligeros». (*N. de los T*)

de cabellos grises, y siempre estaba un poco jadeante a causa de su corsé demasiado apretado. Era incapaz de recorrer más de cincuenta pasos porque le dolían los pies, que calzaba con zapatos demasiado estrechos. Su corazón aceleraba los latidos a la más pequeña emoción y ella lo fomentaba sin avergonzarse, pronta a desmayarse en cualquier ocasión. Todos sabían que sus desmayos eran casi siempre fingidos; pero aun los que tenían confianza con ella se guardaban bien de decirlo. Todos la querían, la trataban como a una niña y rehusaban tomarla en serio, menos su hermano Henry.

Le gustaba chismorrear más que nada en el mundo, más incluso que los placeres de la mesa, y discurría durante horas enteras sobre los asuntos de los demás, de manera infantil e inofensiva. No tenía memoria para retener los nombres de las personas, de lugares y fechas, y a menudo confundía los personajes de un drama ocurrido en Atlanta con los de un drama sucedido en otra parte, cosa que no desorientaba a nadie porque no tomaban en serio lo que decía. Nadie le contaba nunca nada que pudiera ser escandaloso, por consideración a su estado de señorita, aunque tenía sesenta años; sus amigos conspiraban para que siguiera siendo una vieja niña protegida y mimada.

Melanie era parecida a su tía en muchas cosas. Tenía su timidez, sus súbitos sonrojos, su pudor, pero tenía sentido común. «Hasta cierto punto, lo admito», decía entre sí Scarlett en contra de su voluntad. Como tía Pittypat, Melanie tenía la cara de una niña resguardada que no conocía más que bondad y simplicidad, verdad y amor; una niña que desconocía lo que era el mal y que viéndolo no lo habría reconocido. Habiendo sido siempre feliz, deseaba que todos los que la rodeasen lo fuesen también, o al menos que estuviesen satisfechos. Por esto, veía siempre de cada uno su lado bueno y lo comentaba con bondad. No había sirviente estúpida en la que ella no descubriese alguna cualidad de lealtad o afectuosidad, ninguna tan fea o desagradable en quien no encontrase gracia de formas o nobleza de carácter; no había hombre insignificante o fastidioso en el que ella no viese la luz de sus posibilidades en lugar de la realidad.

A causa de estas dotes, que provenían espontáneamente de un corazón generoso, todos se hacían en torno a ella. ¿Quién puede resistir la fascinación de una persona que descubre en las otras admirables cualidades jamás soñadas por ellas mismas? Contaba con más amigas que cualquier otra en la ciudad y también con muchos amigos, aunque tuviese pocos cortejadores, estando privada de aquella voluntad y egoísmo necesarios para cautivar los corazones masculinos.

Melanie hacía simplemente lo que habían enseñado a todas las chicas del Sur: tratar de que quien estuviera a su lado se sintiese cómodo y contento de sí. Era esta simpática conjuración femenina la que hacía tan agradable la sociedad del Sur. Las mujeres sabían que un país donde los hombres están contentos, donde no se los contradice y no se los hieren en su vanidad, es probablemente el mejor país para una mujer. Así, de la cuna a la sepultura, las mujeres se las ingeniaban para que los hombres estuviesen satisfechos de sí mismos, y éstos las recompensaban pródigamente con galantería y adoración. En realidad, los hombres daban con gusto cualquier cosa a las mujeres, excepto el reconocimiento de su inteligencia. Scarlett ejercía la misma fascinación de Melanie, pero con arte estudiado y con habilidad consumada. La diferencia entre las dos jóvenes consistía en el hecho de que Melanie decía palabras dulces y lisonjeras por el deseo de ver contentas a las personas, aunque fuese temporalmente, mientras que Scarlett lo hacía persiguiendo su propio fin.

Las dos personas que Charles más había querido no habían ejercido sobre él ninguna influencia fortalecedora, ni le habían enseñado cuáles eran las asperezas de la realidad; el lugar en que pasó la adolescencia había sido para él tan dulce y cómodo como el nido de un pajarillo. Era una casa tranquila, serena y muy anticuada comparada con Tara. Para Scarlett faltaba en ella el masculino olor a tabaco, a aguardiente y a aceite capilar; faltaban las voces roncadas, los fusiles, los bigotes, las monturas, la bridas y los perros de caza. Experimentaba la nostalgia de las voces disputadoras que se oían en Tara apenas Ellen volvía las espaldas: Mamita que disputaba con Pork; Rosa y Teena que regañaban; sus propias contiendas con Suellen y los gritos amenazadores de Gerald. No era de extrañar que Charles hubiese sido tan afeminado viniendo de una casa como

aquella. Aquí no había nunca nada emocionante; cada uno se rendía cortésmente a las opiniones de los otros, y, en fin, el rizado autócrata negro de la cocina se salía con la suya. Scarlett, que pensó liberarse de las riendas una vez separada de la vigilancia de Mamita, descubrió con disgusto que las ideas de tío Peter sobre el modo de comportarse de una señora, especialmente de la viuda del señor Charles, eran aún más severas que las de Mamita.

En este ambiente, Scarlett volvió poco a poco a ser ella misma; y casi antes de darse cuenta su espíritu recobró la normalidad. Tenía sólo diecisiete años, estaba llena de salud y de energía y los parientes de Charles se esforzaban en hacerla feliz. Si no lo conseguían, la culpa no era de ellos, porque ninguno podía apartar del corazón de Scarlett el dolor que lo laceraba cada vez que se mencionaba el nombre de Ashley. ¡Y Melanie lo nombraba tan frecuentemente! Pero Melanie y Pittypat eran incansables buscando el modo de endulzar la pena que creían que la atormentaba. Ocultaban su propio dolor en el fondo de su alma para tratar de distraerla. Se preocupaban de sus comidas y cuidaban de que echase su siesta y de su paseo en coche. No sólo admiraban infinitamente su vivacidad, su personilla, sus manitas y piececitos y su piel de magnolia, sino que se lo decían a cada momento, acariciándola, abrazándola y besándola para confirmar sus palabras afectuosas. A Scarlett le traían sin cuidado las caricias, pero las alabanzas le hacían su efecto. Ninguno en Tara le había dicho cosas tan agradables. Mamita siempre había tratado de rebajar su presunción. El pequeño Wade ya no constituía una molestia, porque toda la familia, blancos y negros, lo idolatraban y había una incesante rivalidad entre los que aspiraban a tenerlo en brazos. Melanie, especialmente, era muy tierna con él. Aun en los momentos en que lloraba más desesperadamente, ella lo encontraba adorable y decía:

—¡Qué tesoro! ¡Quisiera que fuese mío!

A veces, a Scarlett le costaba trabajo disimular sus propios sentimientos. Encontraba que tía Pittypat era la más estúpida de las viejas y sus despistes y desmayos la irritaban en grado sumo. Sentía por Melanie una antipatía que crecía con el pasar de los días; a veces tenía que salir bruscamente de la habitación cuando Melanie, radiante de orgullo amoroso, hablaba de Ashley o leía en voz alta sus cartas. En general, la vida transcurría felizmente en lo posible, dadas las circunstancias. Atlanta era más interesante que Savannah, Charleston o Tara y ofrecía tal cantidad de insólitas ocupaciones en tiempo de guerra, que Scarlett tenía poco tiempo para pensar o aburrirse. Sólo alguna vez, cuando apagaba la luz y hundía la cabeza en la almohada, suspiraba y pensaba: «¡Si Ashley no se hubiese casado! ¡Si yo no tuviese que ir al hospital a curar los heridos! ¡Oh, si al menos tuviera algunos cortejadores!»

Inmediatamente sintió horror a ser enfermera, pero no podía esquivar aquel deber, porque formaba parte de dos comités, el de la señora Meade y el de la señora Merriwether. Esto significaba cuatro mañanas a la semana en un hospital opresor y maloliente, con los cabellos envueltos en un paño y una pesada bata que la cubría del cuello a los pies. Todas las señoras de Atlanta, viejas y jóvenes, hacían de enfermeras con un entusiasmo que a Scarlett le parecía casi fanático. Creían que ella estaba embebida del mismo fervor patriótico y se habrían escandalizado si hubiesen sabido cuan poco le interesaba la guerra. Exceptuada la continua preocupación de que Ashley pudiese morir, la guerra no le interesaba en absoluto, y si asistía a los enfermos era únicamente porque no sabía cómo deshacerse de aquella obligación.

Ciertamente, el hacer de enfermera no tenía nada de romántico. Para ella significaba gemidos, delirios, muerte y malos olores. Los hospitales estaban llenos de hombres sucios, piojosos, con la barba descuidada, que olían terriblemente y tenían en el cuerpo heridas tan horribles que daban náuseas. Los hospitales olían a gangrena; era un olor que llegaba a las narices mucho antes de que se abriese la puerta y que permanecía mucho tiempo en las manos y en los cabellos y la obsesionaba en sus sueños. Moscas y mosquitos revoloteaban zumbando en enjambres por las salas, atormentando a los heridos, que maldecían y sollozaban débilmente; Scarlett, rascándose las propias picaduras de los mosquitos, agitaba abanicos de hojas de palma hasta que le dolía la espalda; entonces deseaba que todos los hombres muriesen.

A Melanie, por el contrario, parecían no molestarla los olores, las heridas y las desnudeces, cosa que Scarlett encontraba extraña en ella, que parecía la más tímida y púdica de las mujeres. A veces, mientras aguantaba cubetas e instrumentos para el doctor Meade, que cortaba carnes gangrenadas, Melanie estaba palidísima. Una vez, después de una de estas operaciones, Scarlett la encontró vomitando en el guardarropa. Siempre se hallaba donde el herido pudiese verla, era gentil, alegre y llena de simpatía; los hombres la llamaban «ángel misericordioso». También a Scarlett le habría agradado ser llamada así, pero eso llevaba consigo el tocar a los hombres llenos de piojos, introducir los dedos en la garganta de los enfermos inconscientes para ver si se estaban ahogando con un trozo de tabaco de mascar, vendar extremidades y cortar pedacitos de carne que se iba corrompiendo. No, no le gustaba ser enfermera.

Quizá le hubiera sido más soportable si hubiese podido emplear su fascinación con los convalecientes, porque muchos de ellos eran simpáticos y de buenas familias; pero como viuda no podía hacerlo. Las señoritas de la ciudad, a las que no se les permitía entrar en el hospital por temor a que viesan cosas no adecuadas a sus ojos virginales, se ocupaban de ellos. Las no impedidas por el matrimonio o la viudez hacían verdaderos estragos entre los convalecientes; y aun las menos atrayentes, observó Scarlett, no tardaban en quedar prometidas. Con excepción de los enfermos y heridos graves, el mundo de Scarlett era exclusivamente femenino, y esto la atormentaba porque nunca había tenido fe ni simpatía en el propio sexo y, lo que era peor, la fastidiaba profundamente. Tres días a la semana debía asistir a los comités de trabajo de las amigas de Melanie para la preparación de vendas. Las muchachas, todas las que habían conocido a Charles, eran buenas para con ella en estas reuniones, especialmente Fanny Elsing y Maybelle Merriwether, hijas de las matronas notables de la ciudad. Pero la trataban con deferencia, como si fuera vieja y su vida hubiera terminado. Sus charlas sobre bailes y pasatiempos le hacían envidiar esas diversiones y se sentía irritada de que su viudez la excluyera de ellas. ¡Y era tres veces más atractiva que Fanny y que Maybelle! ¡Oh, qué injusta era la vida! ¡Qué extraño era que todos creyeran que su corazón estaba en la tumba de Charles! ¡Por el contrario, estaba en Virginia, con Ashley!

A pesar de estas aflicciones, Atlanta le agradaba. Su permanencia se prolongaba y las semanas iban pasando.

## 9

Scarlett, sentada junto a la ventana de su dormitorio en aquella mañana de verano, miraba desoladamente los coches y carrozas llenos de muchachas, de soldados y acompañantes que bullían alegremente a lo largo de la calle Peachtree a fin de coger ramas para decorar el local de la rifa que debía efectuarse aquella noche a beneficio de los hospitales.

La carretera roja tenía zonas de sol y de sombra bajo las ramas de los árboles, y el trotar de los caballos levantaba nubecitas de polvo bermejo. El coche que iba en cabeza llevaba cuatro robustos negros provistos de hachas para cortar los árboles de verdor perenne y romper las lianas que se retorcían sobre ellos. En la parte posterior de este coche había acumuladas cestas cubiertas de servilletas, canastas con víveres y una docena de melones. Dos de los negros llevaban una armónica y un banjo y tocaban una burlesca versión de *Si os queréis divertir, venid a la caballería*. Detrás de ellos venía la alegre cabalgata: muchachas con traje de algodón floreado, ligero chai, cofia y mitones para proteger la blancura de la piel; otras con pequeños quitasoles que se alzaban por encima de sus cabezas; señoras ancianas, plácidas y sonrientes entre las risas, las interpelaciones y las bromas de un coche a otro; convalecientes entre robustas acompañantes y gráciles muchachas que los cuidaban con grandes aspavientos; oficiales a caballo que iban a paso tranquilo a los lados de los coches; crujidos de ruedas, tintineo de espuelas, centelleo de alamares, agitar de quitasoles y de abanicos, cantos de negros. Todos recorrían la calle Peachtree para

hundirse en el bosque y hacer una merienda y una comilona de melones. «Todos —pensó Scarlett— menos yo.»

Al pasar, la llamaban y le hacían señales de saludo, a las que ella trataba de responder de buen talante, cosa que le era difícil. En el corazón le había empezado un pequeño dolor sordo que subía poco a poco a la garganta, donde se le hacía un nudo, y el nudo se descomponía en lágrimas. Todos iban a la merienda menos ella. Todos irían aquella noche a la rifa y al baile menos ella. Es decir, menos ella, Pittypat, Melanie y las desgraciadas que estaban de luto. Pero parecía que a Melanie y a Pittypat la cosa no les importaba nada. No habían pensado siquiera en ir. Scarlett, por el contrario, lo había pensado, y deseaba ir; lo deseaba vehementemente.

No era justo. Había trabajado más que ninguna en preparar las cosas para la rifa. Había hecho medias y gorritos a la turca y cofias para los niños, zapatitos y encajes y bonitos cubiletes de porcelana pintada y vasitos de tocador. Había bordado media docena de cojines para divanes con la bandera de la Confederación (las estrellas eran un poco irregulares, ciertamente, algunas casi redondas, otras tenían seis o siete puntas, pero el efecto era bueno). El día anterior había trabajado hasta quedar cansadísima, en el viejo granero polvoriento de la armería, para tapizar de muselina amarilla, rosa y verde los mostradores alineados a lo largo de las paredes. Bajo la dirección de las señoras del comité hospitalario, el trabajo era difícil y de ningún modo divertido. No había diversión posible teniendo alrededor a las señoras Merriwether, Elsing y Whiting que daban órdenes como si trataran con sus esclavos, y tenerlas que escuchar mientras se jactaban de que sus hijas estaban muy solicitadas. Para colmo, se quemó los dedos y le salieron dos ampollas al ayudar a Pittypat y a la cocinera a hacer pasteles para la rifa.

Ahora, después de haber trabajado como una jornalera, le tocaba retirarse cuando empezaba la diversión. No, no era justo que hubiese muerto su marido, que su niño chillara en la habitación de al lado y tener que permanecer alejada de cuanto era recreo. ¡Pensar que poco más de un año antes bailaba y llevaba vestidos claros en lugar de este negro fúnebre, y que coqueteaba con tres jóvenes! Ahora sólo tenía diecisiete años y sus pies tenían aún muchas ganas de brincar. ¡No, no era justo! La vida pasaba delante de ella, en el camino templado y soleado; la vida con los uniformes grises, las espuelas tintineantes, los vestidos de sedalina de flores y los banjos que sonaban. Trató de no sonreír ni de saludar con mucho entusiasmo a los hombres que conocía mejor, a los que había curado en el hospital, pero era difícil dominar los propios impulsos, difícil comportarse como si su corazón estuviese en la tumba... donde no estaba.

Sus saludos y sus señales fueron bruscamente interrumpidos por Pittypat, que entró en la habitación jadeando como siempre que subía la escalera y la apartó de la ventana sin ceremonias.

—Pero ¿te has vuelto loca, querida? ¡Saludar a los hombres desde la ventana de tu dormitorio! ¡Te aseguro, Scarlett, que estoy escandalizada! ¿Qué diría tu madre?

—Pero ellos no saben que es mi dormitorio.

—Se lo pueden imaginar y es lo mismo. No debes hacer estas cosas, cariño. Todos hablarían de ti y dirían que eres una descarada... De todos modos, la señora Merriwether sabe que es tu dormitorio.

—Y ciertamente esa gallina vieja lo dirá a los muchachos.

—¡Chit...! Dolly Merriwether es mi mejor amiga.

—¡Bah, una gallina vieja de todos modos! ¡Oh, Dios mío, perdóname, no llores! No había pensado que era la ventana de mi dormitorio... No lo haré más... Sólo me agradaba verlos marchar... Quisiera poder ir yo también.

—¡Scarlett!

—Sí, estoy cansada de estar en casa.

—Scarlett, prométeme que no dirás más estas cosas. ¡Figúrate las murmuraciones! ¡Dirían que no tienes respeto para la memoria del pobre Charles...!

—¡Pero no llores, tía!



—¡Oh, ahora también te he hecho llorar a ti...! —sollozó Pittypat, rebuscando el pañuelo en su bata.

Aquella minúscula pena subió finalmente a la garganta de Scarlett y ahora lloraba...; no, como creía Pittypat, por el pobre Charles, sino porque los últimos ecos de la risa y el estrépito de las ruedas iban desapareciendo. Melanie entró en la habitación con la frente arrugada y un cepillo en la mano, los cabellos negros, generalmente alisados con cuidado, libres de la redecilla y encrespados alrededor de su cara en una masa de rizos.

—¡Querida! ¿Qué ha sucedido?

—¡Charles! —sollozó Pittypat, abandonándose con alegría al placer del sufrimiento y escondiendo la cabeza en el hombro de Melanie.

—¡Oh...! —dijo Melanie, en tanto que al oír el nombre de su hermano su labio inferior empezaba a temblar—. Sé valiente, querida. No llores. ¡Oh, Scarlett!

Scarlett se tendió en la cama y sollozó con toda su fuerza. Sollozaba por su juventud perdida y por las alegrías que le estaban vedadas; sollozaba con la indignación y la desesperación de una niña que con las lágrimas obtuviera todo lo que quisiera. Pero ahora sabía que los sollozos no le servían para nada. Con la cabeza escondida entre las almohadas, lloraba y pateaba los gruesos edredones.

—¡Quisiera morirme! —gimió apasionadamente. Pero al oír esta exclamación dolorosa, las lágrimas de Pittypat cesaron y Melanie se precipitó hacia el lecho para consolar a su cuñada.

—¡Querida, no llores! ¡Piensa en lo que te quería Charles; esto debe ser un consuelo para ti! Piensa en tu precioso hijito.

La indignación ante esa incomprensión de sus parientes se mezcló en Scarlett con la desesperación de estar al margen de todo y le sofocó las palabras en la garganta. Fue una suerte, porque si hubiese podido hablar habría gritado la verdad con palabras enérgicas, a la manera de Gerald. Melanie le acarició el hombro y Pittypat trotó por la estancia bajando las persianas.

—¡No cerréis! —exclamó Scarlett, levantando de las almohadas su rostro rojo e hinchado—. No estoy aún lo bastante muerta para que se tengan que cerrar las persianas..., ¡y Dios sabe que quisiera estarlo! ¡Oh, marchaos y dejadme sola!

Hundió nuevamente la cara en las almohadas. Después de una conferencia entre murmullos, las dos mujeres salieron de puntillas. Oyó a Melanie decir en voz baja a la tía, mientras bajaban las escaleras: —Tía Pitty, quisiera que no le hablastes de Charles. Sabes que le hace daño. ¡Pobre criatura, tiene una expresión tan extraña! Comprendo que se esfuerza por no llorar. No debemos afligirla más.

Scarlett golpeó la colcha con los pies, con una rabia impotente, buscando algo grosero que decir.

—¡Por los calzones de Job! —gritó finalmente, y se sintió algo aliviada. ¿Cómo podía Melanie contentarse con permanecer en casa, sin una sombra de diversión, y llevar luto por su hermano, cuando apenas tenía dieciocho años? Parecía que Melanie no supiese (o que no le interesase) que la vida corría con espuelas tintineantes.

«¡Pero es tan aburrida! —pensó Scarlett mientras golpeaba las almohadas—. No ha sido nunca tan cortejada como yo y por eso no siente como yo la falta de tantas cosas. Y después..., después, ella tiene a Ashley, mientras que yo... ¡Yo no tengo a nadie!» Ante esta nueva desgracia surgieron otras lágrimas.

Permaneció tristemente en su habitación hasta bien entrada la tarde; la vista de los excursionistas que volvían con los coches llenos de ramas de pino, lianas y heléchos no la alegró. Todos parecían felizmente cansados, mientras le hacían nuevas señas de salutación a las que ella respondió melancólicamente. La vida era monótona y sin esperanza y no valía la pena de ser vivida. La liberación llegó en la forma más inesperada, cuando, durante la hora de la siesta, la señora Merriwether y la señora Elsing, acudieron a la villa de ladrillos.

Asombradas por una visita a aquellas horas, Melanie, Scarlett y Pittypat se levantaron, se pusieron de prisa y corriendo los corpinos, se arreglaron los cabellos y bajaron al saloncito.

—Los niños de la señora Bonnel tienen el sarampión —anunció la señora Merriwether bruscamente, demostrando que hacía a la señora Bonnel personalmente responsable por haber permitido que semejante cosa ocurriese.

—Las muchachas MacLure han sido llamadas a Virginia —prosiguió la señora Elsing con su voz apagada, abanicándose lánguidamente como si ni esto ni lo otro tuviese mucha importancia—. Dallas MacLure está herido.

—¡Terrible! —exclamaron las tres visitadas a coro—. ¿Y está grave?

—No, sólo en un hombro —respondió alegremente la señora Merriwether—. Pero no podía suceder en un momento peor. Las muchachas se han marchado para traerlo a casa. No tenemos tiempo de quedarnos aquí a charlar. Debemos volver de prisa para decorar el local. Pitty, las necesitamos a usted y a Melanie esta noche para ocupar el lugar de la señora Bonnel y de las chicas Mac Lure.

—¡Pero no podemos ir, Dolly!

—No diga «no podemos», Pitty Hamilton —rebatíó vigorosamente la señora Merriwether—. Tenemos necesidad de usted para vigilar a los negros que llevan los refrescos. Es lo que debía hacer la señora Bonnel. Y Melanie estará en el mostrador de la rifa de las MacLure.

—Pero no es posible... El pobre Charles murió sólo hace...

—Lo sé, pero no hay sacrificio demasiado grande por la Causa —intervino la señora Elsing con una voz dulce y decidida.

—Tendríamos mucho gusto en ayudarles, pero... ¿Por qué no ponen una chica guapa en el mostrador de la rifa?

La señora Merriwether tuvo una risita burlona que parecía salir de una trompeta.

—No sé cómo son las chicas de hoy. No tienen el sentido de la responsabilidad. Las que no ocupan ya su puesto encuentran tantas excusas, que no sé qué decirles. ¡Oh, no! Quieren no tener que hacer nada para poder coquetear con los oficiales: eso es todo. Tienen miedo de que detrás del mostrador, sus trajes nuevos no se vean bastante. Quisiera que ese capitán que burla el bloqueo..., ¿cómo se llama?

—El capitán Butler —sugirió la señora Elsing.

—Quisiera que hiciese entrar más aprovisionamiento para los hospitales y menos franjas y vestidos de volantes. ¡Hoy entrarán veinte vestidos, os lo aseguro! Vamos, Pitty, no hay tiempo para discutir. Debe venir. Todos comprenderán. Por lo demás, en la habitación trasera nadie la verá; y Melanie tampoco se verá mucho. El mostrador de las chicas MacLure está en el fondo y no es bonito. Allí nadie las notará.

—Creo que debemos ir —dijo Scarlett, tratando de dominar su agitación y de conservar una expresión seria y natural—. Es lo menos que podemos hacer por el hospital.

Ninguna de las visitantes había pronunciado su nombre. Ambas se volvieron para mirarla severamente. A pesar de su extrema necesidad, no habían pensado pedir a una viuda reciente que apareciese en una reunión mundana. Scarlett soportó sus miradas con expresión infantil e inocente.

—Creo que deberíamos ir a hacer lo que podamos, todas. Yo me quedaré en el mostrador con Melanie porque..., sí, me parece que es mejor dos. ¿No te parece, Melanie?

—Pero... —comenzó Melanie, turbada. La idea de aparecer en una reunión estando de luto era tan inaudita que permaneció aturdida.

—Scarlett tiene razón —afirmó la señora Merriwether, observando signos de debilidad en la resistencia de sus amigas. Se levantó y se arregló los volantes de la falda—. Todas..., sí, deben venir todas ustedes. No empiece a buscar excusas, Pitty. Piense que los hospitales tienen gran necesidad

de dinero para comprar nuevas camas y medicinas. Sé que Charles estaría satisfecho de saber que ustedes ayudan a la causa por la que él ha muerto.

—Está bien —dijo Pittypat, débil, como siempre, ante esta personalidad más fuerte que la suya—. Si creen que la gente comprenderá las razones...

«¡Demasiado bello para ser verdad! ¡Demasiado bello para ser verdad!», cantaba el corazón de Scarlett, mientras se colocaba modestamente detrás del mostrador de las chicas MacLure. ¡Finalmente se encontraba en una reunión! Después de un año de apartamiento, de ve. los de crespón y de voces quedas, después de haber creído casi enloquecer de fastidio, ahora se encontraba en una reunión, la más grande que conoció Atlanta. Veía gente y luces, oía música y contemplaba los bonitos encajes, los vestidos, los adornos que el famoso capitán Butler había traído a través del bloqueo, en su último viaje.

Sentada en uno de los banquillos de detrás del mostrador, miró el largo salón que hasta aquella tarde había estado desnudo y sin adorno. ¡Cómo debían de haber trabajado hoy las señoras para haberlo puesto tan vistoso! Todas las velas y candelabros de Atlanta debían de estar allí, pensó; de plata con doce brazos, de porcelana con graciosas figuritas que adornaban su base, de latón antiguo, rígidos y dignos, velas de todas las medidas y de todos los colores, olorosas de resina, colocadas en los soportes de fusiles que ocupaban la sala en toda su longitud, en las mesas floridas, en los mostradores y hasta en los alféizares de las ventanas abiertas, donde la leve brisa templada del estío bastaba para agitar las llamas.

En el centro de la sala, la enorme lámpara de pésimo gusto, que algunas cadenas enmohecidas suspendían del artesonado, estaba completamente transformada por ramos de hiedra y de vides silvestres, que el calor empezaba ya a marchitar. Las paredes estaban decoradas con ramas de pino, que esparcían un olor penetrante y convertían los ángulos de la sala en graciosos cenadores donde se sentaban los acompañantes y las señoras de edad. Elegantes festones de hiedra y plantas trepadoras pendían también encima de las ventanas y se retorcían sobre los mostradores adornados de muselina colorada. Entre el verdor, en banderas y oriflamas, brillaban las estrellas de la Confederación sobre su fondo rojo y azul.

La plataforma construida para la orquesta era particularmente artística. Estaba completamente escondida a la vista por los ramos de follaje y las banderas estrelladas. Scarlett sabía que habían sido transportadas allí todas las macetas de la ciudad: begonias, geranios, laureles, jazmines... y hasta las cuatro hermosas plantas de caucho de la señora Elsing, a las cuales se les dio el puesto de honor en las cuatro esquinas.

En la otra extremidad de la sala, frente a la plataforma, las señoras se habían superado a sí mismas. En esta pared colgaban grandes retratos del presidente Davis y del «pequeño Alex» Stephens, el georgiano vicepresidente de la Confederación. Encima había una enorme bandera y debajo estaba el producto de todos los jardines de la ciudad: helechos, haces de rosas amarillas, blancas y bermejas, orgullosos gladiolos, mazos de capuchinas de varios colores, altas y rígidas ramas de malvaloca que alzaban sus corolas pardas y blancas sobre las otras flores. Entre ellos, las velas ardían, como en un altar. Las dos caras miraban hacia abajo la escena, dos caras muy diferentes, de dos jefes de gloriosas empresas: Davis, con el rostro delgado y los ojos fríos como un asceta, la boca sutil cerrada con una expresión firme; Stephens, con los ojos negros y ardientes profundamente hundidos en un rostro que había conocido enfermedades y dolores y había triunfado sobre éstos, con ardor e ironía; dos rostros que eran muy queridos.

Las señoras más ancianas del comité, en quienes recaía la responsabilidad de toda la rifa, iban de acá para allá con la importancia de naves bien aparejadas, empujando de prisa a las rezagadas, casadas y solteras, para que ocuparan sus puestos, y después entrando en las habitaciones adyacentes donde estaban preparados los refrescos. La tía Pittypat las seguía jadeando.

Los músicos subieron a la plataforma, negros y sonrientes, con los gruesos rostros brillantes de sudor, y empezaron a templar los violines. El viejo Levi, cochero de la señora Merriwether, que había dirigido las orquestas de todas las rifas, bailes o bodas desde cuando Atlanta se llamaba

Marthasville, golpeó con el arco en la madera para llamar la atención. Había hasta ahora muy pocas personas además de las señoras que dirigían la rifa, pero todos los ojos se volvieron hacia él. Entonces los violines, las violas, los banjos, las flautas y el acordeón empezaron la ejecución de *Lorena*, lentísima, demasiado lenta para ser bailada; el baile empezaría más tarde, cuando los mostradores estuviesen vacíos de mercancías. Scarlett sintió que le latía el corazón más rápidamente al oír la dulce melodía de aquel vals.

*¡Los años pasan lentamente, Lorena! La nieve cubre nuevamente la hierba. El sol está lejano en el cielo, Lorena...*

Un, dos, tres, uno, dos, tres, un resbalón... tres, vuelta... dos, tres. ¡Qué bello vals! Ella entrelazó sus manos, cerró los ojos y acompañó el ritmo suave con una leve oscilación del cuerpo. Había algo de embriagador en aquella trágica melodía y en el amor perdido de Lorena, que se mezclaba con su excitación y le hacía como un nudo en la garganta.

Entonces, como resucitados por la música del vals, de la calle oscura llegaron rumores: pisadas de caballos y estrépitos de ruedas, risas en el aire templado y la dulce aspereza de las voces de los negros, que discutían por el lugar donde debían poner los caballos. Hubo cierta confusión en las escaleras; alegría de corazones despreocupados, voces frescas de muchachas unidas a las profundas de los que las acompañaban, gritos de saludos y regocijo de jovencitas que reconocían a las amigas de las que se habían separado horas antes.

De pronto el ambiente se llenó de animación; en un momento entraron como mariposas gran cantidad de muchachas con vestidos multicolores de enormes frunces y calzones de encaje que asomaban por debajo; pequeños y candidos hombros redondos y desnudos; leves insinuaciones de mórbidos senos que se transparentaban bajo volantitos de encaje; chales de blonda echados descuidadamente sobre el brazo; abanicos recamados o pintados, de plumas de avestruz y de pavo real, suspendidos de la muñeca por finas tiras de terciopelo; muchachas con los cabellos negros peinados con raya y recogidos en trenzas en la nuca, en nudos tan pesados que la cabeza colgaba algo hacia atrás; muchachas con masas de rizos dorados en la nuca y largos pendientes del mismo metal, que se agitaban junto a los rizos rebeldes. Encajes, sedas, alamares, cintas y vestidos traídos a través del bloqueo, todo precioso y ostentado con orgullo, para hacer así mayor afrenta a los yanquis.

No todas las flores de la ciudad habían sido colocadas como tributo delante de los retratos de los jefes de la Confederación. Los capullos más pequeños y más fragantes adornaban a las jovencitas. Rosas amarillas prendidas detrás de la oreja, jazmines del Cabo y rosas de pitiminí en pequeñas guirnaldas dispuestas en cascadas sobre los rizos; ramilletes tímidamente escondidos entre los pliegues de la cintura; flores que antes del final de la noche encontrarían reposo en los bolsillos internos de los uniformes grises, como preciosos recuerdos.

Había numerosísimos uniformes entre la multitud, uniformes de hombres que Scarlett conocía, hombres que ella había visto en las galerías de los hospitales, en las calles o en los campos de maniobras. Uniformes resplandecientes, de brillantes botones y de galones de oro en los cuellos y en las mangas, con franjas rojas, amarillas o azules en los pantalones, según las diferentes armas, que hacían con el gris una magnífica combinación. Aquí y allí se veían fajas de oro y Scarlett, sables que centelleaban y batían contra las polainas brillantes, espuelas que resonaban y tintineaban.

«¡Qué hombres tan arrogantes!», pensó Scarlett con una sensación de orgullo mientras aquéllos saludaban, hacían señas a los amigos y se inclinaban para besar las manos de las señoras ancianas. Todos eran de aspecto juvenil, a pesar de sus largos bigotes rubios y de sus barbas negras o castañas; hermosos, intrépidos algunos con los brazos en cabestrillo, otros vendada la cabeza con una venda blanquísima que contrastaba extrañamente con su rostro bronceado. Algunos caminaban con muletas, ¡y qué orgullosas estaban las muchachas que los acompañaban aflojando cuidadosamente el paso para adaptarlo al de ellos! Entre los uniformes se vio resplandecer, de repente, una brillante mancha de color que oscureció hasta los vestidos de las muchachas y parecía, en medio de la multitud, un pájaro tropical: un oficial de Luisiana con los pantalones bombachos a

listas blancas y azules, las polainas crema y la guerrera roja: un hombrecito moreno y sonriente parecido a un mono, con el brazo en un cabestrillo de seda negra. Era el enamorado de Maybelle Merriwether, Rene Picard. Ciertamente todo el hospital estaba presente, por lo menos, todos los que se hallaban en condiciones de andar, los que estaban con permiso ordinario o por enfermedad y los que prestaban servicio en el ferrocarril, en correos y en los hospitales, en los comisariados de Atlanta y de Macón. ¡Qué contentas estarían las señoras! El hospital debería hacer un montón de dinero aquella noche. De la calle llegó un ruido de tambores, un compás de pasos y gritos de admiración de los cocheros. Un toque de trompeta y después una voz de barítono dio la orden de «¡Rompan filas!». En un instante, los miembros de la Guardia Nacional y de la Milicia, vestidos con sus uniformes brillantes, hicieron crujir la angosta escalera y entraron en la sala, saludando, inclinándose, estrechando las manos.

Los de la Guardia Nacional eran muchachos orgullosos de jugar a la guerra que se prometían estar en Virginia el año próximo por aquella época, si la guerra duraba aún, y viejos con la barba blanca, que se lamentaban de no ser jóvenes, pero se sentían felices de llevar el uniforme, reflejando la gloria de los hijos que habían marchado al frente. En la Milicia había muchos hombres de mediana edad y algunos también más viejos, pero había bastantes jóvenes en edad militar, que se comportaban menos marcialmente que sus mayores y menores. Ya la gente empezaba a preguntar en voz baja que por qué no estaban con Lee.

¿Cómo podían caber todos en aquel salón? Parecía muy grande pocos minutos antes, pero ahora estaba abarrotado, con el aire impregnado de los olores de la calurosa noche de estío; olor a agua de colonia, a saquitos perfumados, a cosmético para los cabellos y a antorchas resinosas, a fragancia de flores, y todo ello un poco denso, porque el arrastrar de tantos pies levantaba un polvillo ligero. El estrépito y la confusión de tantas voces hacía casi imposible distinguir alguna palabra y, como si hubiese comprendido la alegría y la excitación del momento, el viejo Levi interrumpió *Lorena* a la mitad de un compás golpeando con su arco el atril. Después, empezando con nueva furia, la orquesta entonó *Bella bandera azul*.

Cien voces se unieron al estribillo, cantándolo, gritándolo como una aclamación. El corneta de la Guardia Nacional subió a la plataforma y se unió a la música en el momento en que empezaba el coro, y las notas de plata resonaron sobre la masa de voces hasta dar escalofríos; una emoción intensa recorrió a la multitud.

*¡Hurra, hurra por los derechos del Sur, hurra!  
¡Hurra por la hermosa bandera azul  
que lleva una sola estrella!*

Scarlett, cantando junto a los demás, oyó el dulce tono de soprano de Melanie subir tras ella, claro y limpio como las notas argentadas de la corneta. Volvióse y vio a Melanie en pie, con las manos apretadas sobre el pecho, los ojos cerrados y una lágrima que apuntaba en sus ojos. Sonrió a Scarlett cuando la música terminó, haciendo un gesto de excusa mientras se secaba los ojos con un pañolito. —Me siento tan feliz —murmuró— y tan orgullosa de nuestros soldados, que me dan ganas de llorar.

En sus ojos había una luz profunda, casi de fanatismo, que por un momento iluminó su carita haciéndola bella.

La misma expresión había en el rostro de todas las mujeres cuando la canción terminó: lágrimas de orgullo sobre las mejillas, ya rosas, ya arrugadas, sonrisas en los labios, una luz ardiente en las miradas que dirigían a los hombres, la enamorada al amante, la madre al hijo, la mujer al marido. Estaban todas hermosas, con esa belleza que transforma también a la mujer más fea cuando se sabe protegida y amada.

Amaban a sus hombres, creían en ellos; tenían fe hasta su último suspiro. ¿Cómo podía la desgracia abatir a semejantes mujeres, defendidas como estaban por un ejército de valientes? Nunca hubo hombres como éstos, desde la creación del mundo hasta nuestros días, nunca jóvenes tan

heroicos, tan tiernos y galantes. ¿Cómo era posible que algo impidiese la victoria de una causa justa como la suya? Una causa que ellas amaban tanto como los hombres, una causa a la que servían con sus manos y sus corazones, una causa de la que hablaban, en la que pensaban, con la que soñaban..., una causa por la que habrían sacrificado a aquellos hombres, de ser necesario, soportando su pérdida con el mismo orgullo con el que los hombres llevaban sus banderas en el campo de batalla.

Sus corazones estaban llenos de devoción y de orgullo, de seguridad en la victoria final. Los triunfos de Stonewall Jackson<sup>10</sup> en Valley y la derrota de los yanquis en la batalla de los Siete Días cerca de Richmond lo mostraban claramente. ¿Cómo podía ser de otra manera, con jefes como Lee y Jackson? Otra victoria y los yanquis se arrodillarían pidiendo la paz, y los hombres volverían a casa, acogidos con risas y besos. Una victoria más y la guerra habría terminado.

Sin duda, habría sillas vacías y niños que no verían más la cara de su padre, tumbas sin nombre cerca de las pequeñas bahías solitarias de Virginia y en las montañas de Tennessee; pero ¿era quizás un precio demasiado grande para la Causa? Era difícil encontrar seda para los vestidos, azúcar y té, pero éstas eran cosas sin las que se podía pasar. Por lo demás, los que atravesaban el bloqueo pasando delante de las narices de los yanquis traían de todo, haciendo la posesión de estas mercancías mucho más emocionante. En breve, Raphael Semmes y la armada de la Confederación darían que hacer a los barcos de guerra yanquis, y entonces los puertos se volverían a abrir. Inglaterra ayudaría a la Confederación a ganar la guerra porque las fábricas inglesas estaban paradas por falta de algodón sureño. Naturalmente, la aristocracia inglesa simpatizaba con la aristocrática gente del Sur y estaba en contra de aquella raza ávida de dólares que eran los yanquis.

Así, las mujeres hacían susurros y reían, mirando a sus hombres con el corazón henchido de orgullo. Sabían que el amor se hacía más ardiente frente al peligro y que la muerte era doblemente dulce por la extraña excitación que la acompañaba.

Al contemplar aquella concurrencia, Scarlett sintió latir su corazón más aceleradamente por la desacostumbrada emoción que le daba el encontrarse en una reunión mundana; pero cuando vio la expresión reflejada en las caras de su alrededor, y la comprendió sólo a medias, su alegría empezó a desvanecerse. Todas las mujeres presentes ardían con una pasión que ella no sentía. Esto la asombró y la deprimió. El salón no se le antojó tan hermoso ni las muchachas tan brillantes; la intensidad del entusiasmo por la Causa que aún iluminaba todos los rostros le pareció... ¡sí, le pareció estúpida!

En una repentina ráfaga de conocimiento de sí misma que le hizo abrir la boca de estupor, se dio cuenta de que no compartía en modo alguno el fiero orgullo de aquellas mujeres, su deseo de sacrificarse a sí mismas y todo lo que poseían por la Causa. Antes de que el horror la hiciera decirse: «¡No, no..., no debo pensar esto! Es un error..., un pecado...», comprendió que la Causa no tenía ninguna importancia para ella y que estaba harta de oír hablar de la Causa a aquella gente que tenía en los ojos una expresión fanática. La Causa no le parecía sagrada, y la guerra le parecía una calamidad que mataba inútilmente a los hombres, costaba mucho dinero y hacía difícil obtener las cosas de lujo. También la enojaba la infinita labor de punto, la interminable preparación de vendas e hilas que le estropeaban las uñas. ¡Estaba harta de los hospitales! Harta, aburrida y asqueada del repugnante olor de gangrena y de los gemidos continuos, y asustada de la expresión que, al acercarse, daba la muerte a los rostros macilentos.

Miró alrededor furtivamente mientras estos impíos y perversos pensamientos le atravesaban la mente, con el temor de que alguien pudiera verlos escritos claramente en su faz. Pero ¿por qué, por qué no podía sentir como las otras mujeres? ¡Tan sensibles de corazón, tan sinceras en su devoción a la Causa! Ellas pensaban realmente lo que decían y lo que hacían. Y si alguien pudiese sospechar alguna vez que ella... ¡No, no, nadie debía saberlo! Era necesario que siguiese fingiendo un entusiasmo y un orgullo que no sentía, haciendo su papel de viuda de un oficial confederado que soporta valerosamente su dolor, que tiene el corazón en la tumba de él y que siente que la muerte de su marido no tiene ninguna importancia si ha sido por el triunfo de la Causa. Pero ¿por qué era tan diferente, tan distinta de aquellas mujeres amorosas? Ella no podía amar a nadie ni nada con aquella

---

<sup>10</sup> Stonewall: literalmente «muro de piedras»; era el arrogante apodo aplicado al general Jackson. (*N. de los T.*)

falta de egoísmo. Era una sensación de soledad...: no se había sentido nunca sola en cuerpo y alma hasta entonces. Intentó sofocar aquellos pensamientos, pero la rigurosa honradez hacia sí misma que había en el fondo de su naturaleza no se lo permitió. Así, mientras la rifa continuaba y mientras junto a Melanie atendía a los clientes, su mente trabajaba activamente buscando una justificación frente a sí misma..., tarea que de ordinario no le resultaba difícil.

Las otras mujeres eran simplemente tontas e histéricas con sus discursos patrióticos, y los hombres eran igualmente fastidiosos cuando hablaban de los Derechos de los Estados. Sólo ella, Scarlett O'Hara Hamilton, tenía un claro buen sentido irlandés. No se alzaría por la Causa, pero tampoco revelaría ante todos sus verdaderos sentimientos. Tenía bastante equilibrio para considerar la situación y para afrontarla. ¡Cómo se quedarían todos si conociesen sus pensamientos! ¡Qué escándalo si de improviso se subiese a la plataforma de la orquesta y declarase que en su opinión la guerra debía terminar inmediatamente a fin de que todos pudiesen marchar a sus casas y ocuparse de su algodón y de que hubiese nuevas fiestas, diversiones y gran cantidad de vestidos de color verde claro!

Por un momento, su autojustificación le dio valor; pero siguió mirando al salón con disgusto. El mostrador de las chicas MacLuré se veía poco, como había dicho la señora Merriwether; había largos intervalos durante los cuales nadie se acercaba y Scarlett no tenía nada que hacer sino mirar con envidia a la gente feliz. Melanie notaba su mal humor, pero, atribuyéndolo al recuerdo de Charles, no hacía ninguna tentativa de conversar. Se ocupaba de colocar los artículos en el mostrador de la forma más atrayente, mientras Scarlett miraba malhumorada el salón. Hasta los haces de flores, bajo los retratos de Davis y Stephens, le desagradaban.

«Parece un altar —pensó, encogiendo la nariz—. ¡Y el modo en que los ensalzan, como si fuesen el Padre y el Hijo!» Llena de imprevisto terror por la propia irreverencia, empezó precipitadamente a hacer el signo de la cruz, como para excusarse.

«Pero es verdad —discutió con su propia conciencia—. Todos los rodean como si fuesen santos, y no son más que hombres, y ni siquiera agradables a la vista.»

En realidad, Stephens no tenía la culpa de su aspecto, habiendo sido siempre de salud enfermiza, pero Davis... Miró el rostro altivo, de rasgos precisos como el de un camafeo. Era principalmente su perilla lo que más la fastidiaba. «Los hombres —pensó— deberían ir completamente rasurados, o de lo contrario usar bigotes y barba entera. Aquellos cuatro pelos dan la impresión de que es medio barbilampiño.» No reconocía en aquella cara la fría y tenaz inteligencia que gobernaba a una nación entera.

No, no era feliz ahora, aunque experimentó al principio una gran alegría. El estar en la fiesta no le bastaba. Nadie se ocupaba de ella; era la única mujer sin marido y no tenía cortejadores, mientras que durante toda la vida fue siempre el centro de la atención, dondequiera que estuviera. ¡No era justo! Tenía diecisiete años y sus pies golpeaban nerviosamente el pavimento, deseosos de saltar y bailar. Tenía diecisiete años, un marido en el cementerio de Oakland y un niño en la cuna, en casa de tía Pittypat; todos estaban convencidos de que ella debía estar contenta con su suerte. Tenía el seno más hermoso que cualquiera de las muchachas presentes; la cintura más delgada y los pies más pequeñitos, pero ninguno se ocupaba de ella, como si yaciese junto a Charles, en la tumba, y estuviese esculpida allí la inscripción «Charles y su amada esposa».

No era una muchacha que podía bailar y coquetear, no era una esposa que pudiera sentarse con las otras a criticar la forma de bailar y coquetear de las muchachas. No era lo bastante anciana para ser viuda. Las viudas debían ser viejas, para no sentir deseos de bailar, coquetear o ser admiradas. No, todo esto era injusto; era injusto tener que hablar en voz queda y bajar los ojos cuando los hombres, aunque fuesen simpáticos, se acercaban a su mostrador.

Todas las muchachas de Atlanta estaban rodeadas de hombres, aun las más feas. ¡Tenían todas vestidos tan bonitos! Ella, por el contrario, parecía una corneja, vestida de sofocante tafetán negro, con las mangas largas hasta las muñecas, el escote cerrado hasta la barbilla y ni siquiera sombra de encajes o adornos, ni alhajas, excepto el triste alfiler de ónice de Ellen. Miraba a las

muchachas, colgadas del brazo de los hombres, agradables y elegantes. Todo ello simplemente porque Charles Hamilton había muerto de sarampión. Ni siquiera tuvo en la batalla un fin glorioso del que ella pudiese enorgullecerse.

Con un gesto de rebeldía, apoyó los codos en el mostrador y miró descaradamente a la multitud, desatendiendo las advertencias de Mamita, tantas veces repetidas, de no apoyar los codos porque los hacía ponerse feos y arrugados. ¿Qué le importaba que se le pusieran feos? Probablemente ya no encontraría posibilidad de enseñarlos. Miraba ávidamente los vestidos que pasaban delante: seda color crema con guirnaldas de capullos de rosa, raso rojo con dieciocho volantes bordeados de terciopelo negro, tafetán azul claro con diez metros de tela en la amplia falda adornada de caídas de encaje; senos ostentosos, flores preciosas y perfumadas. Maybelle Merriwether se acercó al mostrador inmediato del brazo de su admirador. Su vestido de muselina verde manzana era tan vueludo que hacía aparecer su cintura tan fina como la de una avispa. Aquel vestido favorecedor guarnecido con un encaje de Chantilly color marfil, llegado de Charleston en la última expedición que había atravesado el bloqueo, Maybelle lo ostentaba orgullosamente, como si hubiese sido ella y no el capitán Butler quien efectuó aquella hazaña.

«¡Qué bien estaría yo vestida así! —pensó Scarlett con el corazón lleno de una envidia salvaje—. ¡Ésa tiene la cadera ancha como una vaca! Ese verde es mi color y daría mayor realce a mis ojos. ¿Por qué delante las rubias se atreven a ponerse ese color? A su piel le da un reflejo de manteca rancia. ¡Y pensar que yo no podré llevarlo nunca, ni aun cuando me quite el luto! No, ni aunque vuelva a casarme. Tendré que llevar el gris, el morado, el violeta, todo lo más el lila.»

Por un momento consideró la injusticia de todo esto. ¡Qué breve era el tiempo de las diversiones, los bellos vestidos, el baile y la coquetería! ¡Pocos años, demasiados pocos! Después se casaba una y llevaba vestidos oscuros y tristes, los niños desfiguraban la línea del cuerpo y las caderas se ensanchaban; una permanecía sentada en los rincones con otras mujeres casadas y serias y se levantaba a bailar sólo con el marido o con algún señor viejo que le molía los pies. Si no se hacía así, las otras señoras murmuraban, la reputación de una mujer quedaba manchada y su familia en el índice. ¡Qué pérdida de tiempo, pasar toda la infancia aprendiendo el modo de atraer a los hombres y conservarlos, y después gozar de estos conocimientos sólo un año o dos! Examinando su educación, completada por Ellen y Mamita, se daba cuenta de que había sido buena, porque siempre le había dado inmejorables resultados. Había reglas que era necesario seguir: si las seguía, vería coronados sus esfuerzos.

Con las señoras de edad era necesario ser dulce e ingenua, porque las viejas son astutas y vigilan a las muchachas como gatos prontas a arañar a la más pequeña indiscreción de la lengua o de los ojos. Con los señores de edad, una joven debía ser vivaz e impertinente y casi (pero no completamente) coqueta: así la vanidad de los viejos imbéciles se estimulaba. Esto los rejuvenecía y entonces os pellizcaban las mejillas diciendo que erais una pillina. En tales ocasiones, era necesario enrojecer, de otro modo los pellizquitos se hacían más audaces y después los señores dirían a sus hijos que erais unas descaradas.

Con las muchachas y las casadas jóvenes debíais ser toda dulzura, besándolas cada vez que las vieseis, aunque fuese diez veces al día, y poniéndoles el brazo alrededor de la cintura, soportando que ellas hiciesen otro tanto con vosotras, aun cuando esto os molestase. Admirabais ciegamente sus trajes y sus niños; las embromabais hablando de sus cortejadores o las cumplimentabais por sus maridos; reíais afirmando con modestia que vuestros encantos no tenían comparación con los de ellas. Y, sobre todo, no había que decir nunca lo que verdaderamente opinabais sobre cualquier tema, como ellas no os decían nunca sus verdaderos pensamientos.

Debíais dejar en paz, completamente, a los maridos de otras mujeres, aunque en otro tiempo hubiesen sido vuestros admiradores y aunque os agradasen. Si erais demasiado simpáticas con los maridos jóvenes, las mujeres dirían que erais unas impúdicas, y éste era el modo de adquirir una mala reputación y de no encontrar un cortejador.



Pero con los jóvenes... ¡ah, la cosa era diferente! Podíais reiros tranquilamente de ellos, y, cuando venían rápidamente a preguntar por qué reíais, podíais negaros a decírselo y reír aún más fuerte, desafiándolos a adivinar las razones. Con los ojos podíais prometer las cosas más excitantes; así ellos trataban de maniobrar para llevaros aparte. Cuando alguno lo conseguía, entonces debíais mostraros muy ofendidas y mucho más irritadas si intentaba besaros. Le obligabais a pedir os perdón por haberse portado como un villano y después le perdonabais, tan suavemente que permanecía a vuestro lado, tratando de besaros por segunda vez. A veces, aunque no con frecuencia, se lo permitíais. (Ellen y Mamita no le enseñaron esto, pero ella sabía que era una cosa de gran efecto.) Entonces os poníais a llorar y manifestabais que no sabíais qué os había pasado y que estabais seguras de que ya nadie os respetaría. Él os secaría las lágrimas y las más de las veces os pediría en matrimonio, justamente para mostraros lo que os respetaba. Y entonces... ¡oh, entonces había tantas maneras de comportarse con los jóvenes! Y ella las conocía todas: el matiz de la larga mirada oblicua, la media sonrisa detrás del abanico, el mover de las caderas de forma que las faldas se balanceasen como campanas, la risa, la adulación, la dulce simpatía. Todo este galimatías no había fallado nunca en conseguir su objeto... excepto con Ashley.

No, no valía la pena aprender todas estas maniobras para servirse de ellas tan breve tiempo y después abandonarlas para siempre. ¡Qué hermoso sería no casarse nunca, y continuar poniéndose bellos vestidos verde pálido y ser siempre cortejada! Pero si se continuaba así mucho tiempo, una se convertía en solterona como India Wilkes, y todos decían «¡pobrecita!» en un tono de odiosa compasión. No, a fin de cuentas era mejor casarse y conservar el respeto de sí misma, aunque una no pudiese divertirse más.

¡Qué antipática era la vida! ¿Por qué había sido ella tan idiota como para casarse con Charles y terminar su vida a los dieciséis años? Su ensoñación indignada y desesperada fue interrumpida cuando la gente empezó a colocarse a lo largo de las paredes y las señoras recogieron sus miriñaques para impedir que un choque los levantase, mostrando más de lo que era correcto de sus pantalones. Scarlett se empinó para ver por encima de la multitud y advirtió que un capitán subía a la plataforma de la orquesta. Éste gritó una orden y la mitad de la compañía formó. Durante unos minutos hicieron unos brillantes ejercicios que provocaron el sudor de sus frentes y los gritos y los aplausos de los espectadores. Scarlett aplaudió débilmente junto con los demás, y, cuando los soldados, después de escuchar la orden de «rompan filas», rodearon los mostradores donde se distribuían ponches y limonadas, ella se volvió hacia Melanie, pensando que era preferible empezar a fingir sobre la Causa lo mejor posible. —Bonito, ¿verdad? —dijo.

Melanie estaba ordenando en el mostrador algunos artículos. —Muchos de ellos estarían bastante mejor con uniforme gris y en Virginia —respondió sin cuidarse de bajar la voz.

Algunas madres, orgullosas de sus hijos que estaban en la Milicia, oyeron la observación. La señora Guiñan se puso roja y después palideció, porque su hijo Willie, de veinticinco años, estaba en la compañía.

Scarlett se asombró al oír semejantes palabras en boca de Melanie y delante de todos.

—¡Melanie! —exclamó.

—Sabes bien que es verdad, Scarlett. No hablo de los niños ni de los viejos. Hay muchos en la Milicia que podrían tener en la mano un fusil, y eso es precisamente lo que debían hacer en estos momentos.

—Pero..., pero... —empezó Scarlett, que no había pensado nunca en esto—, alguno debe permanecer en casa para... —¡Qué diantre, si lo había dicho Willie Guiñan para justificar su presencia en Atlanta!—. Alguno debe también permanecer en casa para proteger al Estado de una invasión.

—Nadie nos ha invadido ni nos invadirá —replicó rápidamente Melanie, mirando hacia el grupo de la Milicia—. El mejor medio para tener lejos a los invasores es ir a Virginia a luchar contra los yanquis. En cuanto a la historia de que la Milicia debe impedir una sublevación de los negros..., es la cosa más absurda que he oído en mi vida. ¿Por qué había de levantarse nuestra

gente? Ésta es una buena excusa para los cobardes. Apuesto que derrotaríamos a los yanquis en un mes si las milicias de todos los Estados fuesen a combatir. ¡Eso es!

—¡Pero, Melanie! —exclamó de nuevo Scarlett, mirándola asombrada.

Los ojos negros de Melanie ardían de cólera. —Mi marido no ha tenido miedo de ir, tampoco el tuyo. Preferiría que hubiesen muerto los dos antes de verlos aquí, en casa... ¡Oh, querida, perdóname! ¡Qué cruel e imprudente soy!

Apretó el brazo de Scarlett como para excusarse y ésta la miró sorprendida. En aquel momento no pensaba en Charles. Pensaba en Ashley. ¿Si muriese también él? Se volvió de prisa y sonrió automáticamente al doctor Meade, que se acercaba al mostrador.

—Valientes muchachas —dijo saludándolas—. Han sido muy gentiles en venir. Sé que para ustedes ha sido un sacrificio; todo sea por la Causa. Ahora les diré un secreto. He encontrado un modo de hacer dinero para el hospital, pero temo que alguna señora se escandalizará. Se detuvo y sonrió mientras se rascaba la barbilla caprina. —¿Qué es? ¡Díganoslo, sea bueno!

—Verdaderamente, es mejor dejarlo adivinar. Pero vosotras, muchachas, deberíais defenderme si los miembros de la Iglesia proponen expulsarme de la ciudad por esto. Por lo demás, es para el hospital. Ya veréis. No se ha hecho nunca nada de este género.

Prosiguió pomposamente hacia un grupo de «carabinas» instaladas en un ángulo y, mientras las dos jóvenes discutían la posibilidad de aquel secreto, se acercaron dos señores de edad, los cuales dijeron en voz muy alta que deseaban diez metros de encajes. «¡Bah, mejor son viejos que nada!», pensó Scarlett midiendo el encaje y resignándose púdicamente a ser acariciada en las mejillas. Los viejos se volvieron hacia el mostrador de los refrescos y otros ocuparon sus puestos. Su mostrador no tenía tantos clientes como los otros, donde resonaban las risas agudas de Maybelle Merriwether y la risita opaca de Fanny Elsing y las alegres respuestas de las muchachas Whiting. Melanie vendía objetos inútiles a los hombres que no sabían qué hacer con ellos, tranquila y serena como un comerciante, y Scarlett ajustaba su talante al de su cuñada.

Delante de todos los mostradores, exceptuando el suyo, había corros de muchachas que charlaban y de hombres que compraban. Los pocos que se acercaban al suyo hablaban de la propia camaradería universitaria con Ashley; decían que era un soldado valiente, o bien mencionaban respetuosamente a Charles, afirmando que su muerte fue una gran pérdida para Atlanta.

La música empezó el ritmo animado de *Johnny Booker, ayuda a este negro* y a Scarlett le dieron ganas de gritar. Deseaba bailar. Sentía necesidad de ello. Miró al otro lado del salón y golpeó el suelo con los pies; sus ojos ardían con una llama verde. A través de la sala vio a un hombre recién llegado y aún detenido en el umbral de la puerta; se sobresaltó al reconocerle y observó atentamente aquellos ojos de corte oblicuo en su rostro terco y rebelde. Sonrió éste comprendiendo la invitación de Scarlett, que cualquier hombre habría podido ver.

Iba vestido de paño negro; era tan alto que superaba a todos los oficiales que estaban a su lado, y tenía las espaldas anchas pero la cintura delgada y los pies absurdamente pequeños en zapatos muy limpios. Su traje severo, con la camisa finamente plegada y los pantalones airosamente sujetos bajo las polainas muy altas, contrastaba extrañamente con su rostro y su figura, porque iba muy acicalado, pero tenía un cuerpo de atleta secretamente peligroso bajo su graciosa indolencia. Tenía los cabellos negríssimos así como el bigotito, cortado como el de un extranjero, en contraste con los mostachos largos y caídos de los oficiales de caballería que estaban a su lado. Parecía (y era) un hombre de apetitos vigorosos y desvergonzados. Tenía un aspecto de serena y desagradable impertinencia. Había también malicia en sus ojos, que miraban fijamente a Scarlett, hasta que ésta, sintiendo finalmente su mirada, se volvió hacia él.

Tuvo la impresión de conocerlo, aunque al principio no consiguió recordar quién era. Era el primer hombre que, desde hacía muchos meses, le mostraba algún interés; por esto le sonrió alegremente. Él respondió con una pequeña seña a su inclinación; pero cuando se encaminó hacia ella con un andar suave y ágil como el de los indios, Scarlett lo reconoció y se llevó una mano a la

boca con un gesto de horror. • Quedó paralizada, como herida por el rayo, mientras él se abría paso entre la multitud. Entonces se volvió con intención de huir a la sala de los refrescos, pero su falda se enganchó en un ángulo del mostrador. Tiró de ella furiosamente, rasgándola; en tanto, ya estaba él junto a ella.

—Permítame —dijo él, inclinándose para desenganchar delicadamente el volante—. No esperaba que se acordase de mí, señorita O'Hara.

Su voz sonó extrañamente agradable a sus oídos; era la voz bien modulada de un caballero, sonora y con el ligero acento meloso de Charleston.

Ella le miró implorante, con el rostro cubierto de rubor al recordar su último encuentro, y se halló frente a los ojos más negros que jamás había visto y que brillaban con una alegría despiadada. Entre todos los hombres del mundo que habrían podido llegar a aquel lugar, tenía que ser precisamente el mismo individuo que asistió a aquella escena con Ashley, aquella escena que aún daba pesadillas a Scarlett; aquel odioso holgazán que perdía a las jóvenes y no era recibido por las personas de bien; aquel hombre despreciable que había dicho (¡y con razón!) que ella no era una señora.

Al sonido de aquella voz, Melanie se volvió y, por primera vez en su vida, Scarlett dio gracias al cielo por la asistencia de su cuñada.

—Pero... es el señor Butler, ¿verdad? —Melanie sonrió levemente tendiéndole la mano—. Le conocí...

—Con el feliz motivo de su petición de mano —la interrumpió él, inclinándose para besarle la mano—. Es usted muy gentil al acordarse de mí.

—¿Y qué hace usted tan lejos de Charleston, señor Butler?

—Negocios, señora Wilkes, y negocios poco divertidos. De ahora en adelante tendré que venir con frecuencia a esta ciudad. No solamente tengo que traer mercancías, sino vigilar cómo son distribuidas.

—Traer... —empezó Melanie arrugando la frente; e inmediatamente después sonrió complacida—. ¡Pero, entonces..., es usted el famosísimo capitán Butler, del que tanto he oído hablar..., el que atraviesa el bloqueo! Figúrate, todos los vestidos que llevan puestos las muchachas han sido introducidos por él. Scarlett..., ¿qué tienes, tesoro? ¿Te sientes mal? Siéntate.

Scarlett se desplomó en la silla, respirando tan precipitadamente que hasta temió que las cintas del corsé se rompiesen. ¡Oh, qué cosa tan terrible! Nunca había pensado volver a encontrar a aquel hombre. Él cogió del mostrador su abanico negro y empezó a darle aire con solicitud, con demasiada solicitud. Su rostro tenía una expresión seria, pero sus ojos brillaban aún maliciosamente.

—Hace mucho calor aquí —dijo después—. Siento que la señorita O'Hara se sienta mal. ¿Quiere que la acompañe a la ventana?

—No.

El monosílabo fue pronunciado con tanta dureza, que Melanie la miró asombrada.

—Hace ya un tiempo que no es la señorita O'Hara —replicó Melanie—. Es la señora Hamilton..., mi cuñada. —Y lanzó a Scarlett una breve mirada afectuosa. Scarlett se sintió sofocada al ver la expresión de la morena cara de pirata del capitán Butler.

—Estoy seguro de que ello es una suerte para ambas, señoras —replicó Butler con una leve inclinación. Era la observación que hacían todos los hombres; pero, dicha por él, a Scarlett le pareció que significaba todo lo contrario.

—Imagino que sus maridos estarán aquí esta noche, en esta alegre ocasión. Sería para mí un placer volver a encontrarles.

—Mi marido está en Virginia —respondió Melanie levantando orgullosamente la cabeza—. Pero Charles... —Su voz se quebró.

—Murió en el frente —dijo Scarlett con voz sin inflexiones, casi masticando las palabras. ¡Oh! ¿No se iría nunca de allí aquel hombre?

Melanie la miró asombrada y el capitán hizo un gesto de desaprobación hacia sí mismo.

—¡Queridas señoras..., no imaginaba! Deben perdonarme. Pero permítanme que les diga que morir por la patria es vivir siempre.

Melanie le sonrió a través de las lágrimas, mientras que Scarlett sintió dentro de sí un ímpetu de cólera y de odio impotente. Él hacía nuevamente una observación gentil, el cumplido que cualquier caballero hubiera hecho en semejante ocasión; pero, ciertamente, sin sinceridad alguna. Se burlaba de ella. Sabía que ella no había amado a Charles. Y Melanie era tan necia que no comprendía lo que había bajo aquellas palabras. «¡Dios mío, esperemos que nadie lo comprenda!», pensó Scarlett con un estremecimiento de terror. ¿Habría dicho Butler lo que sabía? Ciertamente no era un caballero, así que habría sido capaz de contarle todo. Le miró y vio que su boca tenía un gesto de burlona compasión mientras continuaba agitando el abanico. Algo en aquella expresión fue para ella como un desafío que le devolvió la fuerza en un ímpetu de animosidad. Bruscamente le arrebató de la mano el abanico.

—Estoy muy bien —dijo descortésmente—. Es inútil darme aire para estropearme el peinado.

—¡Scarlett, querida...! Debe excusarla, capitán. No está... Se pone fuera de sí cuando oye hablar de Charles... y no debíamos haber venido aquí esta noche. Estamos aún de luto, como ve; para ella es un esfuerzo... toda esta alegría y la música... ¡Pobre!

—Comprendo —respondió él con estudiada gravedad. Y, al devolver a Melanie una mirada que penetró hasta el fondo de sus dulces ojos turbados, su expresión cambió. En su cara atezada se dibujó el respeto y cierta gentileza—. Creo que es usted una mujercita valiente, señora Wilkes.

«¡Y ni una palabra para mí!», dijo para sí Scarlett, indignada, mientras Melanie sonreía un poco confusa y respondía:

—¡Oh, por Dios, no, capitán Butler! El comité del hospital nos rogó que asistiésemos este mostrador porque en el último momento... ¿Una funda de almohada? He aquí una preciosísima, con la bandera.

Se volvió hacia tres soldados de caballería que se habían acercado al mostrador.

Scarlett permaneció sentada, abanicándose, sin atreverse a levantar los ojos y deseando que el capitán estuviese muy lejos, en la toldilla de su nave.

—¿Hace mucho que murió su marido?

—¡Oh, sí, mucho, casi un año!

—Un lapso inconmensurable, naturalmente.

Scarlett no estaba muy segura del significado de aquellas palabras, pero no podía haber dudas de que el tono de Butler era irónico.

—¿Ha estado casada mucho tiempo? Perdone mis preguntas, pero llevo tanto tiempo ausente de estos lugares...

—Dos meses —respondió Scarlett involuntariamente.

—Una verdadera tragedia —prosiguió la voz tranquila. ¡Que Dios le maldiga! —pensó Scarlett con violencia—. Si fuese otro hombre, yo adoptaría un aire glacial y lo olvidaría. Pero él sabe lo de Ashley y sabe que yo no quería a Charles. Tengo las manos atadas.» No respondió y miró su abanico.

—¿Es ésta su primera aparición en sociedad?

—Sé que la cosa puede parecer extraña —se apresuró a responder Scarlett—. Las muchachas MacLure que debían vender en este mostrador han tenido que marcharse afuera y no había nadie más, y entonces Melanie y yo...

—Ningún sacrificio es demasiado grande por la Causa.

Extraño: las mismas palabras de la señora Elsíng. Cuando ella las pronunció parecían diferentes. Le asomó a los labios una respuesta hiriente, pero se calló. Después de todo, ella se encontraba allí, no por la Causa, sino porque estaba cansada de estar en casa.

—He pensado siempre —añadió el capitán reflexivamente— que el sistema del luto y de aprisionar a las mujeres en el velo para el resto de su vida impidiendo sus alegrías naturales es tan bárbaro como el rito hindú.

—¿El rito...?

El hombre rió y ella enrojeció de su propia ignorancia. Detestaba a las personas que usaban palabras que desconocía.

—En la India, cuando muere un hombre, lo queman en vez de enterrarlo; su mujer se traslada a la hoguera funeraria y se arroja a ella, junto a él.

—¿Qué horrible! ¿Y por qué lo hace? ¿No lo impide la policía?

—Ciertamente que no. Una mujer que no se hiciese quemar junto a su marido sería socialmente despreciada. Todas las mujeres hindúes de cierta importancia hablarían mal de ella porque no se habría comportado como una mujer bien nacida..., precisamente como aquellas dignas señoras que están en aquel rincón hablarían de usted si esta noche hubiese aparecido aquí vestida de rojo y se pusiese a dirigir la orquesta. Personalmente, creo que el rito hindú es una tradición más misericordiosa que nuestra simpática costumbre meridional, que entierra vivas a las viudas.

—¿Cómo se atreve a decir que estoy enterrada viva?

—¿Cómo se agarran las mujeres a las cadenas que las aprisionan! Usted, que cree bárbara la costumbre hindú..., ¿habría tenido valor de aparecer aquí esta noche si la Confederación no hubiese requerido su presencia?

Los argumentos de este género confundían siempre a Scarlett. Éste la confundía doblemente porque contenía un fondo de verdad. Pero ahora había llegado el momento de tomar el desquite.

—Es obvio que no habría venido. Hubiera sido..., además de irrespetuoso..., habrían podido creer que yo no am...

Los ojos de él esperaron sus palabras con una expresión cínicamente divertida; y ella no consiguió proseguir. Él sabía que Scarlett no había amado a Charles y no le consentía fingir los bellos sentimientos que no experimentaba. ¡Qué cosa tan terrible, tener que tratar con un individuo que no era un caballero! Un caballero aparentaba creer siempre a una señora, aun cuando supiese que mentía. Así eran los caballeros del Sur. El sexo fuerte obedecía las reglas y decía sólo cosas correctas tratando de hacer la vida agradable a las señoras. Pero éste parecía no seguir en modo alguno las reglas, y, evidentemente, se divertía diciendo cosas que nadie decía. —Espero con ansia sus palabras.

—Es usted detestable —dijo ella, turbada, bajando los ojos. Él se apoyó en el mostrador, inclinándose a fin de que su boca estuviese junto al oído de Scarlett, y susurró, en una magnífica imitación del villano que a veces aparecía en la escena del Atheneum Hall:

—¡No tema, bella señora! Su culpable secreto está encerrado en mi corazón.

—¡Oh! —murmuró Scarlett febrilmente—. ¿Cómo puede decir una cosa semejante?

—Lo he dicho para tranquilizarla. ¿Qué quiere que le diga? ¿«Sea mía, hermosa, o de otra manera lo revelaré todo»?

Ella encontró involuntariamente sus ojos y vio que eran burlones, como los de un niño. Entonces se echó a reír. Después de todo, la situación era cómica. También él rió, y tan fuerte que algunas de las «carabinas» que estaban en el rincón se volvieron para mirar.

Viendo que la viuda de Charles Hamilton se divertía, o parecía divertirse con un extraño, movieron las cabezas con ostensible desaprobación.

Redoblaron los tambores y muchas bocas hicieron «¡Chist!» mientras el doctor Meade subía a la plataforma y alargaba los brazos reclamando silencio.

—Todos debemos manifestar nuestra gratitud a las simpáticas señoras cuyos esfuerzos patrióticos e incansables no sólo han hecho de esta fiesta un éxito financiero, sino que han transformado este hosco salón en una reunión de belleza, en un jardín adaptado a los maravillosos capullos de rosa que veo alrededor. Todos aplaudieron.

—Las señoras han dado todo lo que han podido; no sólo su tiempo, sino también el trabajo de sus manos y los graciosos objetos que están expuestos en los mostradores, que son aún más bellos por ser confeccionados por las manos delicadas de nuestras mujeres.

Los aplausos se duplicaron, y Rhett Butler, que estaba apoyado negligentemente en el mostrador junto a Scarlett, murmuró: —¡Qué vanidoso es el barbita de chivo! ¿Verdad?

Turbada y asombrada por esta falta de respeto hacia el ciudadano más amado de Atlanta, Scarlett le miró con desaprobación. Mas realmente el doctor tenía el aspecto de una cabra, con la barbita gris que se movía a cada palabra; así que ella esbozó una sonrisa.

—Pero todo eso no es bastante. Las bondadosas señoras del comité hospitalario, cuyas manos frescas han acariciado tantas frentes febriles y arrebatado de las garras de la muerte a tantos hijos valientes heridos por la más santa de las Causas, conocen nuestras necesidades. No las enumeraré. Precisamos dinero para pagar las medicinas que vienen de Inglaterra; esta noche, tenemos entre nosotros al intrépido capitán que con tanto éxito burla el bloqueo desde hace un año y que seguirá burlándolo para traernos las medicinas que necesitamos. ¡El capitán Rhett Butler!

Aunque cogido de improviso, éste hizo una elegante reverencia. Demasiado elegante, pensó Scarlett tratando de analizarla. Era como si él exagerase su cortesía en virtud del gran desprecio que sentía por todos los presentes.

Hubo una explosión de aplausos y un gran revuelo entre las señoras que estaban en el rincón. ¡Era entonces el capitán Butler aquel hombre con el que la viuda del pobre Charles charlaba! ¡Y Charles había muerto apenas hacía un año!

—Tenemos necesidad de más dinero y yo os lo pido —continuó el doctor—. Pido un sacrificio, que es muy pequeño si lo comparamos con el de nuestros soldados de uniforme gris. Señoras, deseo vuestras alhajas. ¿Las deseo yo? No; es la Confederación quien os las pide y tengo la certeza de que ninguna se negará. ¡Qué bello es el efecto de una piedra preciosa sobre un brazo bonito! ¡Cómo brillan los alfileres de oro en los pechos de nuestras patrióticas damas! Pero ¡cuánto más bello es el sacrificio de todo el oro y de las piedras preciosas de Oriente! El oro será fundido y las piedras vendidas; el dinero se empleará para comprar medicinas y otros géneros de máxima necesidad. Señoras, dos de nuestros heroicos heridos pasarán ante ustedes con las cestitas y...

Pero el resto del discurso se perdió en una explosión de aplausos y voces.

El primer pensamiento de Scarlett fue de profunda gratitud, porque el luto le impedía llevar los preciosos pendientes y la pesada cadena de oro de la abuela Robillard, así como los brazaletes de oro y esmalte negro y el alfiler granate.

Vio al pequeño zuavo, que, con una cestita bajo el brazo sano, recorría la multitud en la parte de la sala donde ella se encontraba; vio a las mujeres, jóvenes y viejas, sonrientes y agitadas, que se desprendían de los brazaletes y se quitaban los pendientes fingiendo hacerse daño en las orejas, ayudándose una a la otra a desabrocharse los collares y los alfileres. Hubo un ligero tintinear de metales y exclamaciones de: «Espere, espere, ¡he conseguido abrir el muelle! ¡Helo aquí!» Maybelle Merriwether se estaba quitando de los brazos sus hermosos brazaletes gemelos. Fanny Elsing, gritando: «Mamá, ¿puedo?», se quitaba de los rizos el adorno de perlas montado en oro macizo que no salía de la familia desde hacía varias generaciones. A cada objeto que caía en la cestita, los gritos y los aplausos se multiplicaban.

El hombrecito sonriente llegaba ahora junto a su mostrador, con la cestita, que ya pesaba, al brazo; mientras pasaba delante de Rhett Butler, una hermosa pitillera de oro fue lanzada descuidadamente entre los demás objetos. Cuando llegó delante de Scarlett y colocó la cestita sobre el mostrador, ella movió la cabeza enseñándole las manos abiertas para darle a comprender que no

tenía nada que dar. Era embarazoso ser la única persona que no daba nada, y en aquel instante reparó en la gruesa alianza de oro que brillaba en su dedo.

Por un momento trató de recordar la expresión que tenía Charles cuando se la colocó, pero su memoria estaba ofuscada; ofuscada por la súbita irritación que el recuerdo de él le ocasionaba siempre. Charles...; era él la razón por la que la vida había terminado para ella, por la que era una mujer vieja.

Con un rápido gesto cogió el anillo, pero no consiguió sacárselo. El zuavo se fue hacia Melanie.

—¡Espere! —exclamó Scarlett—. ¡Tengo una cosa para usted! —El anillo salió del dedo, y mientras lo echaba en la cestita llena de cadenas, relojes, anillos, alfileres y brazaletes, tropezó con la mirada de Rhett Butler, cuyos labios estaban plegados en una leve sonrisa. Con aire de desafío Scarlett dejó caer su alianza sobre el montón de joyas.

—¡Oh, querida! —susurró Melanie, cogiéndola del brazo, con los ojos brillantes de amor y de orgullo—. ¡Qué valiente eres, qué animosa! ¡Espere..., le ruego, teniente Picard, espere! También yo tengo algo para usted.

Se estaba quitando, también ella, el anillo nupcial, aquel anillo que Scarlett sabía que no había abandonado nunca su dedo desde que Ashley se lo puso. Ella sabía, mejor que nadie, lo que significaba aquel anillo para Melanie. Esta se despojó de él con dificultad y por un breve instante lo tuvo encerrado fuertemente en el puño. Después fue colocado suavemente en el montón de alhajas. Las dos jóvenes permanecieron mirando a Picard, que se marchaba hacia el grupo de señoras ancianas, Scarlett con aire de desafío, Melanie con una expresión más dolorosa que si llorase. Ninguna de estas dos expresiones pasó inadvertida al hombre que estaba junto a ellas. —Si tú no hubieses tenido el valor de hacerlo, yo no hubiera sido capaz —dijo Melanie, rodeando con el brazo la cintura de Scarlett y estrechándola dulcemente. Por un momento, tuvo Scarlett deseos de rechazarla y de gritar «¡En nombre de Dios!» con toda la fuerza de sus pulmones, como hacía Gerald cuando estaba irritado. Pero vio la mirada de Rhett Butler y puso en sus labios una sonrisa agrisada. Era desagradable que Melanie interpretara siempre mal los motivos que la obligaban a obrar..., pero quizá fuera peor que sospechase la verdad.

—Hermoso gesto —murmuró suavemente Butler—. Sacrificios como los suyos son los que fortalecen el ánimo de nuestros valerosos soldados.

Furiosas palabras acudieron a los labios de la joven, que las retuvo con dificultad. En todo lo que él decía se notaba burla. Scarlett lo encontraba muy antipático, viéndole apoyarse negligentemente en su mostrador. Pero en él había, además, algo estimulante; algo vital, electrizador. Todo lo que había en ella de irlandés se despertó ante el desafío de aquellos ojos negros. Decidió bajarle un poco los humos a aquel hombre. El que conociera su secreto le daba una ventaja desesperante; era necesario encontrar algo para ponerle en situación de inferioridad. Dominó el impulso de decirle escuetamente todo lo que pensaba de él. Se cogen más moscas con azúcar que con vinagre, como decía Mamita, y ella se disponía ahora a atrapar y a someter aquel moscón, de forma que no pudiese tenerla más bajo su dominio.

—Gracias —dijo con dulzura, pasando por alto deliberadamente su ironía—. Un cumplido como éste, viniendo de una celebridad como el capitán Butler, es verdaderamente precioso.

Él echó hacia atrás la *cabeza* y rió francamente, o más bien ladró, según pensó Scarlett con aspereza mientras el rubor le subía a la cara.

—¿Por qué no dice lo que verdaderamente piensa? —preguntó él, bajando la voz de forma que con el vocerío general llegase sólo a sus oídos—. ¿Por qué no dice que soy un maldito sinvergüenza y no un caballero y que debo irme o de lo contrario me arrojará a la calle mediante uno de esos valientes de uniforme?

La respuesta áspera estaba ya en la punta de su lengua; pero, dominándose heroicamente, Scarlett replicó:

—¿Por qué, capitán Butler? ¡Qué cosas dice! ¡Como si alguien ignorase que es famoso, que es intrépido y que..., que...!

—Me ha decepcionado usted.

—¿Decepcionado?

—Sí. Con motivo de nuestro primero y feliz encuentro, supuse que había encontrado finalmente una muchacha que fuese, no sólo bella, sino también valerosa. Ahora veo que es sólo bella.

—¿Quiere indicar que soy cobarde? —dijo nerviosamente Scarlett. —Precisamente. Le falta el valor de decir lo que siente. Cuando la conocí, pensé: «Ésa es una joven como no hay una en un millón. No es como las otras estúpidas, que creen en todo lo que las mamás y las institutrices dicen, y obran en consecuencia, cualesquiera que sean sus sentimientos. Y esconden sentimientos, deseos y pequeños desengaños amorosos bajo unas cuantas palabras amables.» Pensé: «La señorita O'Hara es una muchacha de espíritu independiente. Sabe lo que quiere y no siente reparo en decir lo que pasa por su mente... o en lanzar floreros contra la chimenea.»

—¡Oh! —exclamó ella, dejándose vencer por la ira—. Entonces le diré justamente lo que pienso. Si tuviese usted una pizca de buena educación, no se habría acercado a hablar conmigo. ¡Habrá comprendido que no deseaba verle jamás! ¡Pero usted no es un caballero! Es un individuo vil y repugnante. Porque sus sucias e insignificantes naves se arriesgan a pasar bajo las narices de los yanquis, se cree usted con derecho a venir a burlarse de hombres valientes y de mujeres que lo sacrifican todo por la Causa.

—Basta, basta —rogó él con una sonrisa—. Por fin ha dicho usted lo que pensaba, pero no me hable de la Causa. Estoy harto de oír hablar de ella y apuesto a que usted también lo está...

—¿Pero cómo puede...? —volvió a decir Scarlett, perdiendo el dominio de sí misma. Y se detuvo, irritadísima, por haber caído en aquella trampa.

—Me detuve un rato en el umbral de la puerta antes de que usted me viese y observé a las otras jóvenes. Parecía que el semblante de todas estaba fundido en el mismo molde. El suyo no; usted tiene un semblante en el que se lee fácilmente. Estaba usted distraída y podría asegurar que no pensaba ni en la Causa ni en el hospital. En su rostro estaba escrito que deseaba bailar, divertirse, y que no podía. Estaba usted furiosa por esto. Dígame la verdad. ¿Tengo razón?

—No tengo nada que decirle, capitán Butler —respondió ella lo más ceremoniosamente que pudo, tratando de reunir toda su dignidad—. Pavonéese cuanto le parezca por ser el «gran burlador del bloqueo», pero absténgase de insultar a las mujeres.

—¡El «gran burlador del bloqueo»! Eso es una broma. Le ruego me conceda aún un segundo de su precioso tiempo, antes de hundirme en las tinieblas. No quisiera que una patriota tan encantadora tuviese una idea errónea sobre mi contribución a la Causa de la Confederación. —No quiero escuchar sus estupideces.

—El bloqueo, para mí, es un negocio que me permite ganar dinero. Cuando no me rinda más, lo abandonaré. ¿Qué le parece?

—Me parece que es usted un mercenario... igual que los yanquis. —En efecto —sonrió burlonamente el capitán—. Los yanquis me ayudan a ganar dinero. Figúrese que el mes pasado anclé mi nave en el mismo puerto de Nueva York para cargar mercancías.

—¿Cómo? —exclamó Scarlett, excitada e interesada a pesar suyo—. ¿Y no lo detuvieron?

—¡Pobre inocente! Ni soñarlo. Hay en la Unión muchos bravos patriotas que ganan dinero vendiendo mercancías a la Confederación. Yo anclo mi nave delante de Nueva York, compro a empresas yanquis (naturalmente al contado) y después me voy. Cuando la cosa es un poco peligrosa, voy a Nassau, donde los barcos patriotas han llevado para mí municiones y artículos de moda. Es más cómodo que ir a Inglaterra. A veces no es tan fácil penetrar en Charleston o en Wilmington... ¡Pero no se puede imaginar lo lejos que se va con un poco de dinero...!



—¡Oh, sabía que los yanquis eran abyectos, pero ignoraba...!

—¿Por qué meterse con los yanquis que ganan honradamente algún dinero vendiendo a su país? Dentro de cien años nadie se acordará de ello. Y el resultado será el mismo. Ellos saben que la Confederación será inevitablemente vencida: ¿por qué no ganar dinero con ella además?

—¿Vencidos... nosotros?

—Sin duda.

—¿Quiere hacer el favor de dejarme... o tendré que llamar mi coche para que me lleve a casa y así librarme de usted?

—¡Una rebelde de lo más vehemente! —dijo él con otra sonrisa burlona.

Se inclinó y se alejó, dejándola llena de indignación y de cólera impotente. En ella había un amargo despecho que no conseguía analizar, semejante al de un niño que ve derrumbarse su ilusión. ¿Cómo se había atrevido aquel hombre a empañar la gloria de los que atravesaban el bloqueo y a decir que la Confederación sería vencida? Era necesario fusilarlo por esto, fusilarlo como a un traidor. Miró alrededor y vio las caras conocidas, tan seguras del éxito, tan valientes, tan devotas; un pequeño escalofrío le traspasó el corazón. ¿Vencidos? ¡Ah, no; eso no! ¡Ciertamente no! Sólo pensarlo era imposible y desleal.

—¿Qué estabais murmurando? —preguntó Melanie, volviéndose apenas se alejaron sus clientes—. He visto que la señorita Merriwether no te quitaba la vista de encima, y sabes que tiene la lengua larga...

—¡Ah, ese hombre es insoportable! ¡Un verdadero villano! —respondió Scarlett—. En cuanto a la vieja Merriwether, déjala que hable. Estoy harta de hacer la chiquilla por su culpa.

—¡Pero, Scarlett! —exclamó Melanie, escandalizada.

—¡Chist! —hizo Scarlett—. El doctor Meade va a pronunciar otro discurso.

Las charlas se interrumpieron nuevamente y la voz del doctor se elevó una vez más, para dar las gracias a las señoras que habían ofrecido generosamente sus joyas.

—Y ahora, señoras y señores, les propondré una sorpresa: una innovación que, quizá, pueda desagradar a algunos de ustedes. Pero les ruego consideren que todo esto se hace para los hospitales y a beneficio de nuestros jóvenes heridos o enfermos.

Todos se callaron, tratando de adivinar lo que podría proponer el doctor, un hombre tan serio.

—Vamos a empezar el baile. El primer número será sin duda, una danza escocesa, un *reef*<sup>11</sup> seguido de un vals. Los bailes siguientes, polcas, mazurcas y valeses, irán precedidos de breves reels. Conozco la simpática rivalidad que existe en bailar bien los reels, y por eso... —el doctor arqueó las cejas y echó una mirada burlona hacia el rincón donde su mujer estaba sentada junto a las señoras ancianas—, si ustedes, señores, desean bailar un reel con la dama de su elección, deben concurrir a una puja de la que yo seré el pregonero. Las damas serán adjudicadas a los mejores oferentes y el producto irá a los hospitales.

Los abanicos se detuvieron de repente y la sala fue atravesada por una ola de murmullos excitados. El ángulo de las señoras estaba en pleno tumulto y la señora Meade, deseosa de sostener a su marido en una acción que de corazón desaprobaba, se encontraba en absoluta desventaja.

Las señoras Elsing, Merriwether y Whiting estaban rojas de indignación. Pero, de improvviso, la Guardia Nacional lanzó un «viva» que fue respondido por todos los presentes. Las muchachas palmorearon y saltaron excitadas.

—¿No te parece que es..., que es... como una puja de esclavas en pequeño? —susurró Melanie, mirando indecisa al belicoso doctor, que hasta entonces le había parecido siempre perfecto.

---

<sup>11</sup> Baile escocés o irlandés muy rápido. (*N. de los T.*)

Scarlett no dijo nada, pero sus ojos brillaron y su corazón se contrajo con una ligera pena. ¡Si al menos no fuese viuda! ¡Si fuese aún Scarlett O'Hara, con un vestido verde manzana adornado de terciopelo verde oscuro y nardos en los cabellos negros....! Entonces sería ella la que conduciría la danza. Sí, sin duda. Habría una docena de hombres dispuestos a batirse por ella y a pagar al doctor buenas cantidades. ¡Oh, tener que estar aquí sentada sirviendo de adorno, contra su voluntad, y ver a Fanny o Maybelle llevar la danza como la muchacha más bella de Atlanta!

Por encima del tumulto resonó la voz del pequeño zuavo con su acento criollo:

—Veinte dólares por la señorita Maybelle Meriwether.

Maybelle se escondió, enrojeciendo, detrás del hombro de Fanny y las dos muchachas ocultaron el rostro la una en el cuello de la otra, sonriendo mientras otras voces empezaban a gritar otros nombres y otras cifras. El doctor Meade comenzó a sonreír, desoyendo completamente los susurros indignados que venían de las señoras del comité hospitalario.

Desde el principio, la señora Merriwether declaró firmemente y en alta voz que su Maybelle no participaría nunca en semejante subasta; pero al constatar que el nombre de su hija se oía cada vez con más frecuencia y la cifra superaba los setenta y cinco dólares, sus protestas empezaron a disminuir.

Scarlett tenía los codos apoyados en el mostrador y miraba casi ferozmente a la multitud excitada que reía agrupándose alrededor de la plataforma, con las manos llenas de billetes de banco de la Confederación.

Ahora, todos bailarían, menos ella y las señoras de edad. Todos se divertirían, menos ella. Vio a Rhett Butler detrás del doctor y, antes de que pudiese cambiar la expresión de su rostro, él la miró, bajó una de las comisuras de la boca y levantó una ceja. Scarlett alzó la barbilla y se volvió a otro lado. En aquel momento oyó su nombre, pronunciado por una inconfundible voz charlestoniana que sobrepasó el griterío:

—Por la señora de Charles Hamilton..., ciento cincuenta dólares... en oro.

Un repentino murmullo atravesó la multitud al oír la suma y el nombre. Scarlett quedó tan aturdida que no pudo ni moverse. Permaneció sentada con la barbilla entre las manos y los ojos abiertos, asombrados. Todos se volvieron a mirarla. Vio al doctor inclinarse en la plataforma y decirle algo a Butler. Probablemente decía que ella estaba de luto y no podía bailar. Pero Rhett alzó los hombros con indiferencia.

—¿Quizás otra de nuestras bellezas? —sugirió el doctor.

—No —respondió Rhett, obstinado, mirando a la gente—. La señora Hamilton.

—Le digo que es imposible —insistió el doctor—. La señora Hamilton no querrá...

La voz de Scarlett salió de su boca casi involuntariamente, desconocida.

—¡Sí; estoy dispuesta!

Se puso en pie. El corazón le martilleaba tan violentamente que temió no poder sostenerse, trastornada por la excitación de ser nuevamente el centro de la atención, de ser la más deseada y, ¡sobre todo!, por la perspectiva de bailar...

—¡No, no me importa! ¡No me importa lo que digan! —murmuró, arrastrada por una especie de locura. Levantó la cabeza y salió del mostrador taconeando con un ruido de castañuelas y llevando su abanico completamente desplegado. Por un momento miró el rostro incrédulo de Melanie, la expresión de las señoras, a las muchachas petulantes y a los soldados que aprobaban con entusiasmo. Se encontró en medio de la sala y vio a Rhett Butler que avanzaba hacia ella, entre un pasillo de gente, con su burlona y detestable sonrisa. Pero esto no le importaba... Iba a bailar... A llevar el reel. Le hizo una señal y le dirigió una sonrisa fascinadora. Él se inclinó con una mano en el pecho.

Levi, aunque horrorizado por lo que veía, se repuso rápidamente y gritó:

—¡Escojan sus damas!

La orquesta entonó el reel más hermoso: *Dixie*.

—¿Cómo se ha atrevido a destacarme así, capitán Butler?

—¡Mi querida señora Hamilton, era tan evidente que lo deseaba usted!

—¿Cómo ha podido gritar mi nombre tan públicamente?

—Hubiera usted podido rehusar...

—Pero... me debo a la Causa... No podía pensar en mí misma cuando usted ofreció tanto dinero y en oro. No se ría: todos nos miran.

—Nos mirarán igual. No trate de engatusarme con esta fábula de la Causa. Usted deseaba bailar y yo le he dado la oportunidad. Esta marcha es la última parte del reel, ¿verdad?

—Sí, ahora debo ir a sentarme.

—¿Por qué? ¿Le he pisado un pie?

—No... Hablarán mal de mí.

—¡Ah! ¿Pero eso la aflige?

—Es que..

—No está usted cometiendo ningún delito. ¿Por qué no baila el vals conmigo?

—Si mamá viese lo...

—¿Aún está cosida a la falda de su mamá?

—Tiene usted un modo detestable de representar como estúpida toda virtud.

—Las virtudes son todas estúpidas. ¿Qué le importa lo que diga la gente?

—Nada..., pero... No hablemos más de ello. Por fortuna, ahora empieza el vals. El reel me deja siempre sin respiración.

—No eluda mi pregunta. ¿Le ha importado alguna vez lo que digan las otras mujeres?

—¡Oh, si debo ser sincera..., no! Pero una muchacha debe ser cauta. Esta noche, sin embargo, no me importa nada, de verdad, absolutamente nada. —¡Bravo! Ahora empieza usted a pensar con su cabeza, en vez de dejar a los otros que piensen por usted. Éste es el principio de la sabiduría.

—Pero...

—Mientras que a su costa no se hable tanto como a la mía, no le dé ninguna importancia. Piense que no hay una sola casa en Charleston donde se me reciba. Ni mi tributo a nuestra justa y santa Causa ha sido bastante para rehabilitarme.

—¡Terrible!

—Nada de eso. Hasta que uno no ha perdido la reputación, no comprende que era un peso enorme y que la libertad es algo formidable.

—¡Dice usted cosas escandalosas!

—Escandalosas y verdaderas. Si se tiene valor... y dinero, para nada sirve la reputación.

—No todo se puede comprar con el dinero.

—Esto se lo debe haber dicho alguien. Usted sola no habría pensado semejante tontería. ¿Qué no se puede comprar?

—Ahora no sabría... Por ejemplo, la felicidad o el amor.

—Naturalmente que se puede comprar eso. Y, cuando no es posible, se compra alguno de sus mejores sustitutivos.

—¿Y usted tiene tanto dinero, capitán Butler?

—¡Qué pregunta tan materialista, señora Hamilton! Estoy sorprendido. Pero le diré que sí. Teniendo en cuenta que fui un chico que se encontró en su primera juventud solo frente a la vida y sin un céntimo, he prosperado bastante. Además, el bloqueo me rendirá un millonaje.

—¡No!